

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
POSGRADO EN HISTORIA

*PARS POPULI INTEGR*A, *PLEBS SORDIDA*. LA IMAGEN DE LOS GRUPOS  
INFERIORES EN LA SOCIEDAD ROMANA DE LA ÉPOCA IMPERIAL

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO EN HISTORIA  
PRESENTA  
MIGUEL ÁNGEL RAMÍREZ BATALLA

ASESORA: MTRA. PATRICIA VILLASEÑOR CUSPINERA



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres, Manuel y Felisa.

Por su constante ejemplo de disciplina y trabajo,  
por enseñarme los valores de esfuerzo y honestidad,  
por apoyarme en cada proyecto emprendido,  
por sus palabras de aliento sazonadas de comprensión y ternura,  
porque en ustedes los conceptos de amor e incondicionalidad  
adquieren su significación más plena y concreta.

A mis hermanos: Rosa, Silvia, Manuel, Eduardo y Gabriela.

Por compartir la contradictoria condición fraternal,  
por el generoso y continuo apoyo brindado  
por las alegrías y tristezas comunes,  
por el camino recorrido de desafíos y satisfacciones,  
porque, más allá de cualquier diferencia, el cariño se impone entre nosotros.

Mis abuelas: María Camarillo y María Báez, *in memoriam*.

ἡ ἀρχὴ τῶν πάντων.

“En tanta diversidad de juicios, todos te afirmarán a una voz, como dicen, que hay que ser agradecidos con los que merecieron bien de nosotros”. Séneca, *Ep.* LXXXI.31.

Muchas personas han contribuido, de una u otra forma, a la realización de este trabajo y me han acompañado en el transcurso del mismo. Cualquier palabra queda corta para expresar mi profunda gratitud hacia ellos; sin embargo, brevemente les agradezco por lo que me han aportado en diversos ámbitos.

A la Mtra. Patricia Villaseñor, mi asesora, por aceptar dirigir mi tesis. Por su disposición y tiempo para revisar cuidadosamente el texto pese a sus múltiples tareas. Asimismo, por sus conceptos positivos hacia mi persona, su inagotable paciencia durante el trayecto, y sus constantes muestras de trabajo serio y comprometido. Por apoyarme desinteresadamente desde el primer momento.

Al Lic. Ernesto Schettino, maestro entrañable. Por ser parte fundamental de mi formación como historiador, brindarme las primeras oportunidades y espacios en la labor docente, y confiar sinceramente en mi capacidad en las distintas facetas del trabajo histórico, aun más de lo que yo lo hacía. Por su ojo crítico a mi trabajo combinado con un acento relajado, sus palabras de estímulo y su apoyo reiterado a mi quehacer profesional.

A la Dra. Rosa Martínez Ascobereta por leer mis textos e invitarme continuamente a eventos y espacios institucionales relacionados con temas de mi interés. Por alentarme firmemente a proseguir en mi vocación con su habitual tono afable y por sus generosos comentarios a mi trabajo.

Al Dr. José Molina y al Dr. Antonio Rubial por revisar prontamente mi tesis y por sus observaciones puntuales a la misma.

Al Dr. Julio Pimentel y al Lic. Gabriel Gutiérrez por compartir sus conocimientos de latín y griego con habilidad notable y calidad humana. Al Dr. David García por proveerme áreas para exponer mi trabajo académico y por sus percepciones positivas hacia el mismo. Al Mtro. David Becerra por facilitarme generosamente materiales cuando apenas me conocía y permitirme espacios profesionales de desarrollo. A la Dra. María Alba Pastor por hacerme accesibles fuentes de su acervo, compartir sus ideas y proyectos, y por su consideración hacia mis capacidades.

Al Dr. Álvaro Matute, la Dra. Evelia Trejo y el Dr. Pablo Yankelevich, en cuyos seminarios pude combinar mis gustos personales con mis intereses académicos, con lo cual ahondé en varios aspectos del quehacer histórico.

A Laura Rojas por el puente formado con base en la reciprocidad y solidaridad desde la licenciatura. Por tu franqueza mezclada con calidez en este viaje, tu tesón y valor para afrontar los momentos más difíciles, y tu inmensa seguridad en mis aptitudes. Porque tu amistad ha cobrado nuevos y diversos significados a través del tiempo.

A Yasir Huerta por la camaradería a prueba de todo en estos años, por las fiestas, viajes, partidos y conciertos compartidos, tu desprendimiento en todos los instantes, tu continuo

reconocimiento a mis habilidades y tu aliento a que prosiga en mi camino. Por la seguridad de que faltan muchas peripecias en común.

A Mario Flores y José Luis Mijangos por los eventuales, pero necesarios y valiosos, encuentros que han llevado a mantener el contacto y observar los rumbos que han tomado nuestras vidas, y por alegrarse siempre cuando las cosas han sido favorables para mí.

A Xóchitl Munguía por las pláticas y andanzas en diversas partes de la ciudad, las fiestas y reuniones, por compartir tus experiencias y cambios con total sinceridad, y por tu firme convencimiento de que hay algo mejor por delante.

A Alejandro Zavaleta por los vericuetos que han hecho encontrarnos una y otra vez, tu persistente consideración hacia mí, tu sentido de responsabilidad y por dejarme conocer a tu familia. A Alfredo Ruíz por confiar en mí e integrarme a proyectos profesionales que han sido importantes en mi incipiente trayectoria. A Silvia Rábago por unirse al grupo.

A Javier Luna por las vivencias en Palma e Ibiza, la ironía en común, la amplitud de miras más allá de la historia mexicana, por afrontar problemas e inquietudes similares, por el reconocimiento a mis aptitudes y el apoyo mutuo.

A Rocío Ramírez por tu abierto afecto, tu disposición al diálogo, y tu estima hacía mí en lo personal y profesional. A Adán Nieto y Laura Martínez por las reuniones donde se abrieron espacios de convivencia. A Alejandra Dávalos y Óscar Aguirre por enriquecer dichos encuentros y valorar mis capacidades.

A Anabel Velasco por tu actitud favorable hacía mí y la iniciativa de generar zonas de confluencia. A Karla Rangel por tu humor negro que hizo que nos acercáramos y tu aprecio a mis cualidades como historiador.

A mis alumnos por mostrarme la pertinencia del *docendo discitur*. Porque en las aulas he podido expresar algunas de las ideas contenidas en este trabajo, y por ser fuente constante de desafíos y satisfacciones.

## ÍNDICE

Introducción.	3
Capítulo 1. Los forjadores de la imagen.	10
La formación de los órdenes superiores.	10
Los órdenes superiores en el Imperio romano.	17
Los espacios de distinción.	24
Capítulo 2. <i>Pars melior humani generis.</i>	35
Los usos y fines de la riqueza.	35
Los ámbitos de la superioridad social.	47
<i>Paideia.</i>	63
Los más nobles, los mejores y los más ricos.	76
Capítulo 3. Los grupos inferiores de la sociedad romana.	85
Los escenarios de vida: el campo.	85
Los escenarios de vida: la ciudad.	91
Variaciones en la condición de vida de los grupos inferiores en las ciudades.	99
Capítulo 4. La visión de los grupos inferiores.	117
<i>Plebs cupida rerum novarum.</i>	117
Pan y circo.	123
La arena política: el gobierno personal.	132
La arena política: la incapacidad de las masas.	142
La valoración del trabajador.	153
La ambigua pobreza.	162
<i>Apaideutoi.</i>	172
Las actitudes cotidianas hacia los <i>humiliores</i> .	183
La respuesta de los grupos inferiores.	194
Epílogo.	204
Bibliografía.	206

## INTRODUCCIÓN

En este trabajo se pretende describir y analizar la imagen de los grupos inferiores de la sociedad romana durante la época imperial, a través de las distintas facetas y escenarios en que esos sectores fueron representados en las fuentes escritas de ese periodo, analizar los móviles y fundamentos de esa imagen, y explorar sus implicaciones. Se trata de ver algunos rasgos, valores y cualidades que se construyeron en un cuadro elaborado por diversos grupos y personas. Debido a esto, es necesario mostrar el lugar que los órdenes superiores ocupaban en la sociedad romana, su favorable condición política y económica, y la visión que tenían de sí mismos. De modo paralelo, se examina el panorama heterogéneo de los estratos bajos en la economía y su carácter homogéneo en el aspecto social, y las diversas formas en que son descritos. Se destacan las inconsistencias entre las ideas que respondían a estereotipos y prejuicios, y ciertos rasgos concretos que no se relacionan con el cuadro previamente hecho sobre estas capas; los problemas existentes en las fuentes para extraer información acerca de grupos considerados marginales en la sociedad clásica y, en lo posible, hacer anotaciones sobre las formas en que los estratos inferiores dejaron testimonio de sí mismos y respondieron a los valores sociales de su época.

Conviene aclarar ciertos puntos de los que parte esta tesis. El primero es el término de grupos inferiores en Roma. Este concepto abarca los elementos que estaban en lo más bajo de la pirámide social; de modo que contaban generalmente con recursos económicos y políticos insuficientes, tenían una posición jurídica inferior, no gozaban de reconocimiento social, tenían menores oportunidades de educación, poseían poca influencia y carecían de los atributos que la aristocracia consideraba propios. La imagen está limitada esencialmente por oposición a los órdenes propiamente dichos que tenían en Roma una definición jurídica

precisa.<sup>1</sup> La sociedad romana imperial estaba dividida en dos órdenes: senatorial y ecuestre, que se basaban en pautas jurídicas relativas a la libertad, la ciudadanía romana, ciertos privilegios legales, exenciones fiscales, riqueza, nobleza, influencia, prestigio y educación. Quienes no eran parte de esos órdenes constituían una masa amorfa carente de sentido de unidad, que recibía varios nombres de acuerdo a su estima social. La definición de grupos inferiores que postula esta investigación se ajusta a la siguiente expresión de Horacio: “Hay ánimo en ti, hay costumbres, hay lengua y confianza; mas para los cuatrocientos mil sestercios, seis o siete mil faltan; serás plebe”.<sup>2</sup> Si bien este término (*plebs*) es ambiguo, las imprecisiones ya están presentes en los textos, que prestan poca atención a todos aquellos no pertenecientes a los estratos superiores y que no se cuidan en precisar las diferencias existentes en los sectores que tenían como único elemento común su exclusión de los órdenes altos. Así, los esclavos y libertos imperiales podían amasar una enorme fortuna y mucho poder, pero no acceder a un orden superior que se ajustara a sus pretensiones. Algo similar pasaba con los eunucos en la burocracia imperial. Ambos grupos fueron repudiados en privado y lisonjeados en público cuando se deseaba algo del príncipe. A pesar de que vivían mejor que gran parte de la población carente de recursos e influencia, su estima social era igual de baja.

Las personas de los grupos inferiores no conformaban propiamente un orden o una clase. La noción de clase social tiene múltiples acepciones que obedecen a las necesidades interpretativas y teóricas de los investigadores, y es un término con algunas complicaciones para las sociedades antiguas.<sup>3</sup> Habitualmente se entiende clases sociales como los grupos determinados por las distintas modalidades de la propiedad privada de los medios de producción e intercambio, y con intereses comunes de acuerdo con su papel y lugar en el proceso productivo. Esta definición se basa primordialmente en criterios económicos que se

---

<sup>1</sup> Géza Alföldy, *Historia social de Roma*, trad. de Víctor Alonso Troncoso, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p.256 (Alianza Universidad, 482)

<sup>2</sup> Hor. *Ep.* I.I.55-57

<sup>3</sup> La dificultad de aplicar la noción de clase social a las sociedades preindustriales y, en particular, a las antiguas, ha sido un tema que ha provocado innumerables debates y discusiones. Entre la vasta bibliografía: Neville Morley, *Theories, models and concepts in ancient history*, Londres y Nueva York, Routledge, 2004, p.37-39. Peter Burke, *Sociología e historia*, trad. de Belén Urrutia Domínguez, Madrid, Alianza, 1987, p.76-77 (El libro del bolsillo, 125). J. Annequin, M. Clavel-Lévêque y F. Favory, “Presentación”, en *Formas de explotación del trabajo y reacciones sociales en la antigüedad clásica*, trad. de Juan Colatrava Escobar, Madrid, Akal, 1979, p.43-49 (Manifiesto, 82). Michael Grant, *A social history of Greece and Rome*, Nueva York, Charles Scribner’s Sons, 1992, p.36-37

ajustan a la división que las fuentes antiguas realizan de un grupo minoritario que acapara prácticamente los medios de producción, y otro, más vasto, que carece de ellos. Empero, la sociedad romana no se articulaba sólo en función de medidas económicas, sino también con base en pautas sociales y jurídicas que no siempre coinciden con aquéllos, conformando una estructura de órdenes. Según Finley, un orden es “un grupo jurídicamente definido que forma parte de una población con privilegios e incapacidades en uno o más campos de actividad [...] y que se halla en una relación jerárquica con otros órdenes”.<sup>4</sup> En tal estructura, por ejemplo, los ricos libertos imperiales contaban con medios importantes de producción, pero estaban incapacitados para acceder a un orden por su origen servil, si bien sus hijos ya no tenían esta limitante. Otro ejemplo son los decuriones de las ciudades pequeñas, que se distinguían poco de los propietarios modestos que habitaban alrededor del núcleo urbano en lo que toca al tamaño de sus propiedades; no obstante, los primeros pertenecían a un grupo superior como los curiales, por lo que tenían ventajas fiscales y jurídicas de las que carecían los segundos. La sola riqueza o propiedad de medios de producción no permitía el acceso automático a los órdenes altos, pues intervenían otros factores como la estima, la dignidad y el mérito. Aunque el concepto de clase social tiene el indiscutible mérito de insistir en las diferencias económicas de los conjuntos sociales, también deben tomarse en cuenta otros criterios para hacer un análisis global de la sociedad romana.<sup>5</sup> En lo posible, este trabajo recurre al uso de términos propios de la dinámica social romana por emanar de ella y, para evitar la repetición indiscriminada de grupos inferiores, se utilizan otros términos que remiten a esa misma idea. A pesar de que las categorías y conceptos son vitales para abordar un objeto de estudio con orden y coherencia para hacer inteligible una realidad compleja, de todos modos, cualquier modelo es simplificador e insuficiente para abarcar la amplia variedad de matices y espectros de un pasado diverso y difícil de aprehender. Analizar la sociedad romana con términos tajantes y absolutos sería impropio: los modelos deben ser utensilios flexibles para tratarla de una mejor manera.

---

<sup>4</sup> Moses Finley, *La economía en la Antigüedad*, trad. de Juan José Utrilla, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p.47 (Sección de obras de Economía)

<sup>5</sup> Jean Béranger, “Ordres et classes d’après Cicéron”, en Claude Nicolet, ed., *Recherches sur les structures sociales dans l’Antiquité classique. Caen 25-26 avril 1969*, Paris, Centre National de la recherche scientifique, 1970, p.236-239. Alföldy, *op. cit.*, p.198-201

La temporalidad elegida es el Imperio romano desde la consolidación de Augusto como *Princeps* hasta la caída de su parte occidental en el siglo V. Es un marco temporal amplio en el cual se puede exponer la continuidad de algunos conceptos, presentes en las fuentes de este periodo, y relacionar esa continuidad con la organización socioeconómica romana. En este sentido, se explica la constancia de ciertas nociones a partir de las propias condiciones económicas, políticas, sociales y culturales del Imperio romano. Esto se hace debido a que las ideas no surgen en el vacío, sino que están estrechamente relacionadas con su medio social; de otro modo, únicamente se expondrían las concepciones de los autores como un catálogo de impresiones. Como apunta Gertrude Himmelfarb, el interés en la idea no significa postular su prioridad sobre otros aspectos, sino buscar cómo se entrelazan y son interdependientes; implica atender las concepciones contemporáneas, por vagas o amorfas que sean, para analizar el significado atribuido a los hechos y fenómenos históricos por la gente que vivió en una época determinada.<sup>6</sup> En Roma, la continuidad responde a ciertas percepciones sobre los núcleos subalternos que habían surgido varios siglos antes, en otros ámbitos, que la sociedad romana adoptó para su dinámica particular, y que los autores de esta etapa reprodujeron y transmitieron a otras edades. Por esto, el presente estudio analiza las razones de esa representación que tenían orígenes muy antiguos y que rebasaron el marco imperial romano. Cabe aclarar también que, cuando se refiere a romano, quiere decir primordialmente el conjunto de territorios integrantes del Imperio romano, no solamente la ciudad de Roma.

La tesis se basa en el estudio de las fuentes escritas de la época. Se intenta encontrar las principales ideas en torno a los grupos inferiores desde la óptica de los escritores del Imperio romano. Esto no pretende minimizar o despreciar la información que proporciona el arte, la epigrafía y la arqueología sobre esos sectores; sin lugar a dudas, esas disciplinas han aportado elementos valiosos sobre el tema y se retoman algunos de sus aportes para iluminar ciertos problemas; sin embargo, la preferencia por las fuentes escritas se debe al deseo de restringir esta investigación a materiales definidos y dar la visión que ofrecen los mismos. Mediante la lectura de los autores antiguos se pueden extraer no solamente declaraciones enfáticas sobre los estratos sociales, sino también nociones que subyacen en

---

<sup>6</sup> Gertrude Himmelfarb, *La idea de la pobreza. Inglaterra a principios de la era industrial*, trad. de Carlos Valdés, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p.16-19 (Sección de obras de Historia)

juicios de valor, opiniones en boca de otros, o elementos implícitos en la narración; estos elementos dispersos conforman representaciones sobre las capas sociales. Asimismo, las inconsistencias presentes en las fuentes se toman como punto de partida para puntualizar ciertos fenómenos sociales y explicar los motivos de las ideas generadas sobre los grupos inferiores. La mayoría de los autores estudiados son gentiles y los cristianos sólo se tratan marginalmente pues, aunque comparten incontables características con sus pares paganos, desarrollaron prácticas y concepciones diferentes sobre los sectores bajos debido a sus antecedentes judíos y a su configuración como grupo. En cambio, los gentiles aportan una visión perteneciente exclusivamente al ámbito clásico sin intervención cristiana. Pese a que la visión cristiana es interesante y marcó un parteaguas, su estudio rebasa el propósito de esta tesis. Se emplean preferentemente traducciones al castellano de las fuentes antiguas, aunque cotejando los textos griegos y latinos cuando la situación lo exige. En ciertos casos, se realizó la traducción de las obras en su lengua original, lo cual se señala en las notas a pie de página.

Los escritores de la época pertenecen predominantemente a los órdenes superiores o tienen estrechas conexiones con ellos por medio de la educación y la cultura. Por ende, en mayor o menor medida, las fuentes escritas revelan los prejuicios y opiniones de una élite que se interesaba poco en quienes no formaban parte de ella, salvo en algunos escenarios. En este trabajo tiene un interés secundario la percepción que los miembros heterogéneos de los sustratos inferiores tenían de sí mismos; más bien, el propósito principal es desentrañar cuáles eran las imágenes que tenían los estratos dominantes de ellos. Con esto no se desea descalificar ni ignorar los intentos por conocer a esos conglomerados por sí mismos lo más directamente posible. Como algunos han señalado, se pueden utilizar fuentes hostiles o no muy favorables provenientes de medios aristocráticos, pese a ser intermediarios y filtros, para investigar las perspectivas y pensamientos de otros sectores sociales. Sin embargo, desde su origen, esos estudios también han reconocido las profundas limitantes de todo tipo a las que se encuentran. Dentro de las opciones para definir un objeto de estudio, esta tesis se concentra en la imagen de los grupos subalternos como el resultado de una mirada a través del otro.

La formación de identidades en los grupos sociales constituye un proceso que depende de muchos factores. Se le ha definido como el modo más básico, estructural e

inconsciente de elaborar la idea de quién es uno, de cuáles son las relaciones que nos unen con otros y de cómo es el mundo para encontrar un lugar en él. Por esto, la construcción de identidades se vive diferente en cada grupo humano.<sup>7</sup> Asimismo, conlleva simultáneamente dos posibles relaciones de comparación: similitud y diferencia. La identidad no es algo que existe por sí sola, sino que se va negociando y estableciendo poco a poco. Implica un proceder activo y reflexivo sobre las formas en que los individuos y grupos clasifica a otros y se asocian con ellos para compartir algunos rasgos comunes, e incluso crearlos, al mismo tiempo que se aleja de otros; con ello, se establecen diversas relaciones y precepciones de los demás. En este proceso, como indica Richard Jenkins, inclusión y exclusión son dos caras de la misma moneda: “una de las cosas que tenemos en común es nuestra diferencia de los otros. A la vista de su diferencia, nuestra similitud viene frecuentemente a centrarse. Definirnos también consiste en definir una serie de ‘ellos’”.<sup>8</sup> Ahora bien, este proceso no es unilateral, ya que los demás viven experiencias parecidas. Aunque cada persona o grupo tiene una visión de sí mismo y cierto control sobre las señales que manda a los demás, éstos las reciben e interpretan a su manera. Como los sujetos y grupos no viven en la nada, tan importante es la construcción de la propia imagen como la que los demás hacen de uno, y esto conlleva múltiples consecuencias: a partir de los otros se generan cualidades y valores que repercuten en la estima social. La representación es dialéctica: tanto de dentro como de afuera de uno. En la forma en que los conjuntos sociales se perciben y son vistos, están en juego “configuraciones intelectuales múltiples por las cuales la realidad está construida contradictoriamente por los distintos grupos que componen una sociedad”.<sup>9</sup> En esta tesis, por consiguiente, el objetivo es analizar a las capas inferiores como las veían otros: qué rasgos, valores, comportamiento y condiciones les eran atribuidos, y las repercusiones de esto. Los autores clásicos, con sus concepciones prefabricadas sobre esas capas, ofrecen una versión sesgada y estereotipada. No obstante, aunque su opinión refleja la postura de una minoría culta, e incluso concediendo que registren datos erróneos, sus juicios no carecen de valor y deben ser estudiados históricamente. Se puede analizar la óptica de las

---

<sup>7</sup> Almudena Hernando, *Arqueología de la identidad*, Madrid, Akal, 2002, p.17 (Akal Arqueología, 1)

<sup>8</sup> Richard Jenkins, *Social Identity*, 1ª reimp., Londres y Nueva York, Routledge, 1999, p.4 (Sociology/ Anthropology) (one of the thing that we have in common is our difference from others. In the face of their difference our similarity often comes to focus. Defining us involves defining a range of ‘thems’ also)

<sup>9</sup> Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, trad. de Claudio Ferrari, 2ª ed., Barcelona, Gedisa, 1995, p.56 (Ciencias Sociales)

fuentes antiguas sobre los sectores bajos como el resultado de las condiciones históricas de su entorno y como validadora de una estructuración social que justificaba las divisiones existentes en su seno.

El primer capítulo brinda un desarrollo general de los órdenes sociales romanos a través de su historia. Intentar estudiar la visión de los grupos subalternos por parte de los órdenes superiores sin ver sus condiciones, resultaría insuficiente y sesgado. Por ello se ofrece un panorama de la evolución de los estratos altos desde la constitución del patriciado y la plebe en la Roma monárquica hasta la consolidación de la aristocracia senatorial del Bajo Imperio, con énfasis en los cambios esenciales en la conformación de la élite dirigente del mundo romano. De igual modo, se perfilan los principales campos en que se expresaba la preeminencia de esos sectores: la riqueza, la distinción social y la educación que, sin ser los únicos campos donde se manifestaban las diferencias socioeconómicas, dan ejemplos de su condición favorecida en el Imperio y que la confirmaron en el pináculo social.

El segundo capítulo desarrolla y explica esos campos en su relación con el entorno social y económico de Roma. Se enfatiza la importancia de la riqueza en el contexto antiguo, y las implicaciones sociopolíticas de la ostentación en el gasto público y privado por parte de los notables. También se resaltan los elementos implícitos y explícitos de la alta estima social dada a los grupos superiores: quienes pertenecían a los órdenes altos buscaron diferenciarse -y aparecer como mejores- de los demás sectores por todos los medios: calzado, arquitectura, banquetes, fiestas y ceremonias, privilegios jurídicos y una ética propia. Asimismo, se analiza el papel de la educación como factor de distinción social y transmisor de valores aristocráticos, y su estrecha relación con los estratos elevados. Por último, se exponen las declaraciones de estos sectores que revelan el aprecio que tenían de sí mismos y su lugar central en la sociedad romana.

El tercer capítulo aborda las condiciones de los miembros de los grupos inferiores en el Imperio romano. Primeramente se trata el ámbito rural y posteriormente el ciudadano, para destacar los principales problemas y características de ambos contextos. Sobre todo, en las ciudades, se exponen la multiplicidad de posibles ocupaciones para sus habitantes y la dureza de la vida cotidiana en alimentación, vivienda, servicios sanitarios y vestimenta, especialmente en los grandes núcleos urbanos. De modo paralelo, se resalta que, a pesar de compartir una posición social baja, algunos de sus miembros contaban con recursos por

encima de la mayoría e, inclusive, estaban a la altura de algunos sujetos de los órdenes senatorial y ecuestre. Si bien, en términos generales, los estratos subalternos tenían una situación social desfavorable, su contexto económico era más heterogéneo de lo que parece a simple vista.

El cuarto capítulo expone y explica minuciosamente las opiniones en las fuentes escritas acerca de la masa de la población romana para analizar sus planteamientos e intenciones. Se tocan campos específicos de acción, públicos y privados, donde queda en evidencia la inferioridad de los grupos bajos como su participación política, su nivel educativo, su asistencia a los juegos, sus empleos y oficios, y su conducta hacia los valores sociales prevalecientes. La ponderación de rasgos negativos es una constante en esta visión sobre los sectores bajos y marca una continuidad con visiones heredadas del pasado que validaban el orden social existente en una relación compleja y llena de matices entre los diversos sectores sociales, lo cual provocó una representación que se mantuvo fija durante la Antigüedad.

## Capítulo 1. Los forjadores de la imagen

En toda sociedad existen ciertos grupos que están por encima de otros. El mundo clásico no fue la excepción, ya que algunos conjuntos reunían condiciones objetivas que los ubicaban en lo más alto de la pirámide social. Estos grupos contaban con los medios políticos, económicos y sociales para perpetuar su posición privilegiada; ellos podían dejar plasmada la imagen que tenían de sí mismos de varias formas. Igualmente, esto les permitía presentar su visión acerca de la gran mayoría de personas que no formaban parte de los estratos favorecidos. En la configuración de dicha visión había elementos objetivos y subjetivos que fortalecían la preeminencia y estima social de las clases altas en un medio favorable a ellas. Debido a esto, conviene revisar brevemente cómo se formaron los grupos principales en Roma a través del tiempo, y las formas en que basaban y mostraban su hegemonía.

### La formación de los órdenes superiores

Desde una etapa temprana Roma tuvo fuertes diferencias sociales en su seno. Durante la monarquía, el rey era la cabeza política, legislativa, judicial, militar y religiosa. Empero, durante la época monárquica surgieron paulatinamente dos grupos que tendrían una capital importancia en la primitiva historia romana: los patricios y los plebeyos. Los patricios poseían grandes cantidades de tierras, una representación mayor en el senado y acceso al *ager publicus*; controlaban los auspicios, conocían las normas sagradas, y contaban con la ayuda mutua gentilicia. Además, disponían de los clientes, que eran individuos integrados al núcleo gentilicio bajo un vínculo de *fides* con derechos y obligaciones mutuas. Los clientes eran una fuerza extra de trabajo para labores agrícolas, lo que incrementaba las posibilidades económicas de muchos patricios. En contraste, la plebe fue un grupo muy

heterogéneo que tenía varios orígenes y ocupaciones en la Roma monárquica: pequeños campesinos, artesanos y comerciantes.<sup>1</sup> La plebe ocupaba una posición subalterna en la estructura social romana al no contar ni con la protección gentilicia, ni con el acceso al *ager publicus*. Esto hizo que se fuera configurando conforme a las exigencias y conveniencias del aparato monárquico, del cual dependía puesto que los reyes tenían la atribución de dotar de tierras a los plebeyos si lo creían conveniente. La concesión de tierras y la protección del rey a los plebeyos eran factores de equilibrio en la monarquía al servir de contrapeso al poder de los patricios y fortalecer el poder real.<sup>2</sup> Así, conforme el patriciado fue tomando forma, la plebe también al ir agrupando a los elementos que no eran patricios.

A la caída de la monarquía, a fines del siglo VI a.C., los patricios empezaron a controlar lentamente los ámbitos que los reyes habían monopolizado, después de haber sido desplazados de los principales escenarios de poder, lo cual había quedado en el recuerdo de la conducta atroz de Tarquinio el Soberbio al subordinar al patriciado. En el tránsito de la monarquía a la república, cuestión que ha generado múltiples interpretaciones, los patricios consolidaron su posición central al acaparar las nascentes magistraturas y los puestos en el senado. A la par entraron en conflicto con los plebeyos al negarles derechos políticos, desalojarlos de sus tierras y hacerlos esclavos por deudas.<sup>3</sup> Ante esto y con el fin de obtener derechos, los plebeyos recurrieron a medidas de presión directa como la amenaza de no tomar las armas en contra de vecinos belicosos como ecuos, volscos, sabinos y etruscos que atacaban periódicamente a Roma; incluso tomaron la decisión radical de huir al monte Sacro, lo que se conoce como la primera secesión de la plebe. Tales acciones fueron

---

<sup>1</sup> Abundan las discusiones y teorías sobre el origen de patricios y plebeyos, *vid* T.J. Cornell, *Los orígenes de Roma, 1000-264 a.C. Italia y Roma de la Edad del Bronce hasta las guerras púnicas*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 1999, p.285-296 (Crítica Arqueología). Jean-Claude Richard, *Les origines de la plèbe romaine. Essai sur la formation du dualisme patricio-plébéen*, Roma, École Française de Rome, 1978, p.1-77 (Bibliothèque des Écoles Françaises d'Áthènes et de Rome). Un hecho unánime en la historiografía moderna es el rechazo a la tradición que remontaba a tiempos de Rómulo el origen de patricios y plebeyos, y que mostraba a éste como su creador, y señalaba a los plebeyos como clientes de los patricios. Liv. I.8. Dio. Hal. *Ant. Rom.* II.15 Plut. *Vit. Rom.* XIII.3-9. Cfr. Richard, *op. cit.*, p.157-190.

<sup>2</sup> Raymond Bloch, *Los orígenes de Roma*, trad. de Rafael M. Bofill, Barcelona, Vergara, 1957, p.89-93. R.M. Ogilvie, *Early Rome and the Etruscans*, 1ª. reimp., Glasgow, Fontana, 1979, p. 56-61. (Fontana History of Ancient World) Richard, *op. cit.*, p.592-593, 653. De Numa y Servio Tulio se destaca sus distribuciones de tierras a la plebe y su asignación a diferentes oficios, así como su protección en otros campos. Plut. *Vit. Num.* XVI-XVII. Dio. Hal. *Ant. Rom.* IV.9.6-9. Conviene resaltar el silencio de las fuentes antiguas sobre disputas acerca de la tierra entre patricios y plebeyos en la Roma monárquica. Ello contrasta con la explosión de episodios al respecto que caracterizaría la historia social de la República romana en sus primeros siglos. Es difícil que esto sea una casualidad, lo que refuerza el importante papel del rey como protector de la plebe con su política de equilibrios.

<sup>3</sup> Liv. II.23

completadas con medidas políticas como el establecimiento paulatino de magistrados como el tribunado de la plebe, e instituciones propias como los *concilia plebis*, medidas que les permitieron cuidar sus intereses a fin de exigir mayor participación en el Estado romano.<sup>4</sup> Esta situación tradicionalmente se conoce como el conflicto de patricios y plebeyos, y duró de principios del siglo V a.C. a principios del siglo III a.C.; el fruto de esa lucha se plasmó en una serie de leyes que aseguraban a la plebe un lugar en las magistraturas, la certeza de no ser esclavizados por no poder pagar deudas, y que los plebiscitos tuvieran fuerza de ley para todos los ciudadanos romanos.<sup>5</sup> A pesar de estos avances plebeyos, los patricios siguieron gozando de un lugar privilegiado como grupo en la sociedad romana, por su riqueza y prestigio al presumir sus preclaros abolengos.

El ingreso de los plebeyos destacados en las magistraturas romanas cumplió con sus expectativas de tener participación política acorde a su contribución en la guerra y a su creciente capacidad económica. Las uniones matrimoniales entre patricios y plebeyos, permitidas por la ley Canuleya a mediados del siglo V, hicieron posible la fusión de los patricios prestigiados y los plebeyos ricos, propiciando la aparición de la nobleza. Esto posibilitó que las instituciones plebeyas quedaran integradas plenamente al Estado romano como pasos habituales del *cursus honorum*, y perdieron su carácter combativo. Cornell dice que esto “no supuso una mayor libertad de la plebe para legislar en su propio beneficio, sino más bien que las instituciones plebeyas se convirtieron en un mecanismo útil para las leyes promovidas por la nobleza”.<sup>6</sup> Los privilegios de los nobles se conservaron y no hubo algún intento serio de eliminarlos. De tal modo, los beneficiarios de este proceso fueron los pocos plebeyos con buenos recursos económicos y los que los apoyaban y con los que se habían emparentado; los miembros menos afortunados de la plebe no ganaron ningún beneficio del acceso a las magistraturas. Este orden senatorial que nació en el siglo III, formado por quienes tenían un ancestro senador, mostró una gran conciencia de grupo y diseñó la exitosa política exterior e interior de Roma. La conquista de Italia les facilitó la

---

<sup>4</sup> Franz Altheim, *Historia de Roma*, trad. de Carlos Gerhard, México, UTEHA, 1961, v.1, p.66-70. (Manuales UTEHA, 46). Cornell, *op. cit.*, p.300-317. Richard E. Mitchell, *Patricians and Plebeians. The Origin of the Roman State*, Ítaca y Londres, Cornell University Press, 1990, p.131-167. Cfr. Liv. II.32-33. IV.52-54

<sup>5</sup> El reconocimiento patricio a los magistrados plebeyos era necesario por los ataques y muertes de algunos líderes plebeyos a manos de los patricios. Liv. III.12. Un buen resumen de la lucha de órdenes en Leon Homo, *Evolución social y política de Roma*, trad. de C. López Nieves, México, Argos, p.41-48. Cornell, *op. cit.*, p.377-391. Una crítica al modelo del conflicto de órdenes a favor del paradigma de lucha entre las esferas doméstica y militar en que lo fundamental es el paso del soldado al ciudadano, en Mitchell, *op. cit.*, p.221-236

<sup>6</sup> Cornell, *op. cit.*, p.392. Para la ley Canuleya *vid* Liv. IV.2-6.

obtención de tierras y suficiente mano de obra esclava para que se prohibiera la esclavitud por deudas de los ciudadanos romanos con la ley Petelio-Papiria del 326.<sup>7</sup>

Al mismo tiempo se consolidó el orden ecuestre formado por grandes comerciantes y artesanos que utilizaron la expansión romana para obtener nuevos mercados y productos de varios sitios. Ello les permitió amasar grandes riquezas que eran empleadas, además, para comprar tierras. Por debajo de estos dos órdenes favorecidos, estaban los pequeños campesinos, los proletarios y los libertos. Los primeros, por el constante llamado a armas, se encontraban afectados en sus campos al no poder trabajarlos, y padecían por el riesgo latente de perder la tierra por deudas. Por su parte, los proletarios, que poco a poco crecían en número, realizaban cualquier actividad que les asegurara su subsistencia cotidiana tanto en el ámbito urbano como el rural. Los libertos generalmente ocupaban oficios relacionados al pequeño comercio y a la manufactura en las ciudades, y conservaban una relación cercana con sus patronos. Por último, los esclavos ocupaban el sitio más bajo de la sociedad romana al ser jurídicamente cosas y propiedades de otros.<sup>8</sup>

En el transcurso de los siglos II y I la aristocracia senatorial confirmó su posición insigne. Los triunfos sobre Aníbal y los reinos helenísticos validaron su postura rectora y encumbraron a ciertos núcleos. Los nuevos territorios y las masas de esclavos que llegaban de las ciudades vencidas, les proporcionaron inmensas ventajas. En el terreno político era incuestionable su lugar privilegiado al presentarse como los más capacitados para ejercer las magistraturas y con los medios efectivos para hacerlo. No es casual que en el siglo II un pequeño grupo prácticamente acaparara el consulado y no permitiera que los miembros del orden senatorial menos favorecidos accedieran a él, mucho menos que hombres nuevos aparecieran; ello provocó una auténtica oligarquía.<sup>9</sup> Para esto contaba con reconocimiento social, recursos económicos para participar en las elecciones y una gran base de apoyo compuesta de familiares, clientes y libertos. La confianza en sí mismos hizo que se acabara el establecimiento en colonias de ciudadanos romanos e, incluso, que volviera la posesión

---

<sup>7</sup> Jacques Heurgon, *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas*, trad. de Antonio Antelo, Barcelona, Labor, 1971, p.213-219 (Nueva Clío. La historia y sus problemas). Cornell, *op. cit.*, p.391-397. El acercamiento de ambos grupos se ve en el matrimonio de Licinio Estolón con una hija de Fabio Ambusto y en la multa que el mismo Licinio sufrió por rebasar el límite de tierras que establecía su propia ley, lo cual habla de que gozaba de una condición económica similar a la de algunos patricios. Liv. VI.34.5 VII.16.9. Plut. *Vit. Cam.* XXXIX.6. Para la ley Petelio Papiria: Liv. VIII.28.1

<sup>8</sup> Alföldy, *op. cit.*, p.59-64

<sup>9</sup> Cuadros y cifras de la preeminencia senatorial y los pocos espacios para los hombres nuevos, en Mathias Galzer, *The Roman Nobility*, trad. de Robin Seager, 2ª. ed, Oxford, Basil Blackwell, 1975, p.40-52

del *ager publicus* en propiedad privada, violando las leyes Licinias-Sextias.<sup>10</sup> Su boyante economía les permitió tener una buena preparación, y conocer las corrientes retóricas y filosóficas provenientes de Grecia. Este acaparamiento político de la oligarquía senatorial la hizo soberbia e insensible frente a los demás grupos, y provocó la represión de toda reforma como la de los Graco. Así lo señala Salustio: “Fuera y dentro de Roma todo se gobernaba por el arbitrio de unos cuantos, en cuyas manos estaban el erario, la administración de las provincias, las magistraturas, los honores y los triunfos [...] De este modo una avaricia ilimitada y sin freno, junto con el poder, todo lo invadió, profanó y asoló, sin respetar ni considerar sagrado nada, hasta despeñarse por su propio peso en el abismo”.<sup>11</sup>

Por su parte, el orden ecuestre también se benefició de las conquistas romanas y del sistema provincial. Al no tener un aparato administrativo propio, el Estado romano delegó el cobro de tributo a los caballeros por una cantidad fija, una vez que las compañías de publicanos pagaban esa cuota podían cobrar lo que quisieran a los provinciales, lo cual era su ganancia. Con esto, formaron el segundo orden de la sociedad romana y desearon una posición política acorde a sus ambiciones. Mientras tanto, los pequeños campesinos eran regularmente desplazados por los grandes propietarios que se apoderaban de sus tierras y que los orillaban a trasladarse a Roma en busca de mejores condiciones de vida.<sup>12</sup> Esto hizo que Roma se llenara gradualmente de proletarios que vivían en condiciones difíciles y que buscaban empleo en cualquier actividad, siendo útiles en las elecciones cuando los nobles buscaban votos. Asimismo, la población provincial sufría el abuso de gobernadores, *equites* y soldados al ser presa de incesantes exacciones por parte de éstos. Los provinciales no tenían ningún derecho y debían soportar las vejaciones por parte de los romanos; aunque las élites generalmente eran mejor tratadas, en ocasiones ni ellos se libraban. Algo similar pasó

---

<sup>10</sup> Plut. *Vit. T. Gracch.* VIII.1-3. App. *Bell. Civ.* I.7-8. Las leyes Licinias-Sextias del año 367 contemplaban la posesión máxima de 500 yugadas de *ager publicus* por *paterfamilias*, pero el Estado romano seguía siendo el propietario de las tierras. Sin embargo, con el tiempo los poseedores acumularon mayores cantidades de *ager publicus* -lo que impedía su distribución entre los ciudadanos carentes de tierras- y la trataron como propiedad privada. Del mismo modo, el establecimiento de colonias había sido una política sistemática de Roma al ubicar ciudadanos romanos en territorios confiscados a las ciudades vencidas. Con ello se dotaba de tierras a quienes carecían de ellas en Roma, sacando a la población que no tenía parcelas, y se evitaba la explosión de la ira popular. Además, las colonias funcionaban como enclaves romanos en territorios sometidos, vigilaban a los aliados, y eran centros donde las instituciones romanas se diseminaban. Con el cierre de esta política, la tierra que anteriormente se reservaba para las colonias quedaba como *ager publicus* y era propensa al trato antes mencionado por la oligarquía senatorial.

<sup>11</sup> Sall. *Jug.* XLI.7-9. Otras citas parecidas en la misma obra: XXXI.7-12 y LXXXV.40-42

<sup>12</sup> El traslado de los pequeños campesinos y el uso de esclavos en los campos está atestiguado en Plut. *Vit. T. Gracch.* VIII.4, 9 y Sall. *Jug.* XLI.8. Cfr. Homo, *op. cit.*, p.136-143

con los aliados itálicos que seguían brindando hombres y recursos al ejército romano. Si bien los dirigentes itálicos contaban con beneficios, ansiaban la ciudadanía romana y otros privilegios como compensación a su aporte a las victorias de Roma.<sup>13</sup>

Tal desequilibrio tuvo graves consecuencias para Roma que vio cómo el sistema republicano entró en crisis a partir de la segunda mitad del siglo II hasta el año 31 a.C. Este periodo conocido como crisis republicana se manifestó en las guerras civiles, sociales y serviles. La lucha por el poder entre los miembros mejor ubicados de la aristocracia y sus pares menos favorecidos ocasionó múltiples conflictos caracterizados por persecuciones, matanzas y confiscaciones. Esto provocó la constante recomposición del orden senatorial y del senado, al cual se unían nuevos elementos según el favor de los jefes vencedores. Un ejemplo de esto es Sila, quien hizo ingresar a antiguos esclavos al senado, cuyo número aumentó después de su victoria.<sup>14</sup> La lucha entre los jefes políticos -Mario y Sila, Julio César y Pompeyo, Octavio y Marco Antonio- provocó la elevación de la facción victoriosa. Aun así, el cuadro es complejo: tras los eventos de los hermanos Graco hubo senatoriales que apoyaban la causa popular y algunos caballeros se alineaban con la oligarquía; así pues, no puede verse a senatoriales y *equites* como bloques contrarios. A pesar de la preferencia de Sila por el orden senatorial, ello no evitó que ejecutara a algunos de sus miembros y que favoreciera a caballeros afines a su causa. Cada grupo, según sus necesidades y demandas, buscaba al sector más propicio a sus intereses; tal vez la mezcla más curiosa se dio en la conjura de Catilina: nobles desplazados, *equites* ambiciosos, veteranos de Sila, campesinos endeudados y algunos proletarios.<sup>15</sup> En tal clima cambiante algunos sobresalían y obtenían una buena posición gracias a su actuación política o militar, como Mario y Cicerón; también se enriquecían unos cuantos libertos y esclavos por su fiel conducta hacia sus patronos o amos. Sin duda, los pequeños campesinos y los proletarios no mejoraron sus condiciones en esta etapa. La inestabilidad y los incesantes cambios de fortuna para uno u otro grupo político persistieron hasta que se impuso Octavio, “quien, con el título de Príncipe, tomó a su cargo el gobierno de todo el estado, agotado por las guerras civiles”.<sup>16</sup>

---

<sup>13</sup> El grado de abuso de los comerciantes romanos provocaba reacciones violentas como la guerra de Yugurta en la que algunos fueron asesinados y en la matanza de comerciantes itálicos y romanos en Asia cuando Mitrídates comenzó la guerra contra Roma. Sall. *Jug.* XXVI.3. Cfr. Alföldy, *op. cit.*, p.102-103

<sup>14</sup> Plut. *Vit. Sull.* XXXIII.2-4. Julio César aumentó el senado a novecientos miembros. Suet. *Caes.* 41.1

<sup>15</sup> Sall. *Cat.* XVII, XXIV. Cic. *Cat.* II.1-12

<sup>16</sup> Tac. *Ann.* I.1. Una exposición sucinta de los cambios sociales hasta Augusto, en Alföldy, *op. cit.*, p.111-130

## Los órdenes superiores en el Imperio romano

Augusto tenía mucho trabajo por hacer, varias heridas que curar y un poder por consolidar: después de él, el príncipe se volvió indiscutiblemente la figura más importante de la política y sociedad romanas, el hombre más rico y el mayor propietario de tierras. Siglos después, cuando el régimen personal estaba consolidado y el regreso a la república no era posible, Apiano señaló sin empacho las enormes atribuciones del poder imperial, no obstante el respeto a las formas habituales, pues era “una monarquía a cuyos gobernantes no llaman reyes, según creo, por respeto al antiguo juramento, sino que los designan con el nombre de emperadores, que también era el nombre de los comandantes en jefe durante el tiempo de su mando, pero, de hecho, son reyes en todo”.<sup>17</sup> Su poder político se reflejó en el plano ideológico al divinizar a Julio César y llamarse hijo del divino Julio. Al surgir el culto imperial, Augusto tuvo el tino de asociarse a la imagen de Roma, por lo que poder romano y poder imperial quedaban estrechamente unidos. En Oriente existían antecedentes de culto a los gobernantes, sobre todo en el Egipto lágida y en la Siria selúcida, y pronto la diosa Roma fue objeto de culto al igual que los gobernadores provinciales. Apenas surgió el culto imperial, las ciudades griegas lo organizaron y compitieron por hacerlo más magnificente.<sup>18</sup> Por su parte, en Occidente la iniciativa provino de los gobernadores provinciales como pieza de la integración de las provincias al mundo romano. Empero, su rápida aceptación es clara al ver la enorme diversidad de sus expresiones a lo largo del Imperio y la gran participación colectiva en los actos culturales. En ambas partes del Imperio, el culto al emperador fue crucial en la vida social y cívica de las ciudades, y se volvió un punto de unión de los dominios romanos, al tiempo que consolidaba la figura imperial.

Dentro del programa político de Augusto, demasiado extenso para pretender tratarlo aquí, se hallaba la recomposición del orden senatorial y del senado. Para ello realizó una depuración del senado y expulsó a quienes eran considerados indignos dentro del marco de la restauración republicana, instituyó un monto mínimo para pertenecer al orden senatorial,

---

<sup>17</sup> App. *Praef.* 1.6. En el siglo IV, Sinesio decía “¿cómo no va a ser una clara prueba de la juiciosa línea política de los romanos el hecho de que su monarquía, aun estando manifiestamente consolidada, evite o sea muy parca en tomar, por odio a los males de la tiranía, el nombre de “realeza”?”. *De Regno.* 19b-c

<sup>18</sup> John Ferguson, *Le religioni nell'impero romano*, trad. de Cecilia Gatto Trocchi, Laterza, Roma, Bari, 1974, p.75-77. (Biblioteca di Cultura Moderna, 756). Mary Beard, John North y Simon Price, *Religions of Rome*, 3ª. reimp., Cambridge, Cambridge University Press, 2000, v.1, p.158-160, 352-358. Cfr. Suet. *Aug.* 52, 59. Tac. *Ann.* IV.37-38

un millón de sestercios, y para el orden ecuestre, cuatrocientos mil sestercios.<sup>19</sup> Igualmente, estableció un modo más expedito para el ingreso a los hijos de senadores a ese orden para asegurar la entrada en él de personas de reconocida categoría y lealtad. Asimismo, se mostró muy interesado en los terratenientes itálicos que lo habían apoyado frente a Marco Antonio, por lo que favoreció a las élites itálicas al darles cargos y honores en el sistema imperial. Según Lidia Storoni, Augusto creía “que Roma sería capaz de unificar el mundo solo si se hacía más romana que nunca, y si era cuidadosa de no perder los valores esenciales del espíritu romano mientras se ponía a la cabeza de una sociedad cosmopolita llena de diversas creencias y supersticiones”.<sup>20</sup> En esta línea, Augusto buscó atraerse a la nobleza senatorial al otorgarle parcelas de poder, asegurándoles el desempeño de ciertas magistraturas y puestos administrativos. Esas medidas buscaban fijar su poder bajo bases estables y mantener incuestionable su posición como máximo personaje en Roma, además de heredar el mando a sus nietos. Fuera de esto no aspiraba modificar las estructuras sociales; así, el conflicto con el orden senatorial no era inevitable. El mismo Augusto decía que con “leyes nuevas de mi autoría restauré muchos ejemplos de los mayores caídos en desuso en nuestra edad y yo mismo transmití el ejemplo de muchas cosas para ser imitadas por la posteridad.”<sup>21</sup> Tal actitud fue conservada por Tiberio hasta que estallaron sus roces con miembros destacados de la nobleza. Entre otros frutos, el gobierno de Augusto hizo decrecer las constantes sangrías en el orden senatorial durante la crisis republicana para que tuvieran un marco ideal para reconstituirse.

Un aspecto importante en la evolución del orden senatorial fue la inclusión gradual de provinciales dentro de ese grupo. Para esto se tenía el precedente de la concesión de la ciudadanía romana a los aliados itálicos, aunque en ese proceso se habían cometido errores

---

<sup>19</sup> Suet. *Aug.* 38.1, 41.1. Dio Cass. 54.13.3.

<sup>20</sup> Lidia Storoni Mazzolani, *The idea of the city in Roman thought. From walled city to spiritual commonwealth*, trad. De S.O. Donell, Bloomington y Londres, Indiana University Press, 1970, p.150 (that Rome would be able to unify the world only if she made herself more Roman than ever, and if she were careful not to lose the essential values of the Roman spirit, while putting herself at the head of a cosmopolitan society full of diverse beliefs and superstitions)

<sup>21</sup> *RGDA.* 8 (Legibus nouis me auctore latis multa exempla maiorum exolescentia iam ex nostro saeculo reduxi et ipse multarum rerum exempla imitanda posteris tradidi.) Augusto afirmó que no aceptó títulos y cargos contrarios a las viejas costumbres. Suet. *Aug.* 10, 42-43. *RGDA.* 6. Para Suetonio era restaurador y conservador al mismo tiempo, Suet. *Aug.* 24, 26, 32, 34. Para Agustín, él renovó la república al conservar la libertad y sólo quitar sus efectos funestos. August. *D. Civ.* III.21, 30. Sobre el carácter y función de Augusto como personalidad histórica, *vid* Ronald Syme, *La revolución romana*, trad. de Antonio Blanco Freijeiro, Madrid, Taurus, 1989, p.18-24 (Taurus Humanidades) Las facetas de Augusto como innovador y conservador en Storoni Mazzolani, *op. cit.*, p.126-137

y abusos. Tal hecho correspondió con la paulatina integración de las provincias a Roma, se evitaron los saqueos y exacciones habituales de la República, como lo había denunciado Cicerón respecto a Verres en Sicilia, y algunos recursos se invirtieron en el mejoramiento de las provincias. Por esto se comprende que éstas estuvieran conformes con el sistema imperial, “pues recelaban del gobierno del senado y del pueblo a causa de las disputas de los poderosos y la avaricia de los magistrados, resultándoles ineficaz el auxilio de unas leyes que eran distorsionadas por la fuerza, por el soborno y, a fin de cuentas, por el dinero”.<sup>22</sup> Del mismo modo, Roma estrechó lazos e intereses con los grupos dirigentes griegos en Oriente y las noblezas indígenas de Occidente para atraerlos a su causa: el gobierno romano respetaría la posición hegemónica de las élites dirigentes en sus ciudades, mientras que éstas serían los puntales del dominio romano y conservarían el orden en las ciudades. Una recaudación racional de tributos e impuestos, la reactivación del comercio, y una paz estable propiciaron el renacimiento de las curias que vieron cómo sus miembros prosperaban, presidían ciudades rebosantes y sobresalían en el ámbito local. A su vez, esto se reflejaba en el ámbito privado y puede constatarse en la intensa actividad constructiva que vio el mundo romano durante los siglos I y II cuando los curiales gastaban sumas acordes a sus capacidades económicas para la construcción y el remozamiento de edificios, ya sean de infraestructura o para la celebración de eventos públicos.<sup>23</sup> El apoyo imperial alentó esas acciones que embellecían las ciudades y fomentaban el orgullo cívico.

Tal desarrollo político y económico afianzó las ligas entre Roma y los provinciales, lo que generó un sentido de unidad entre las distintas partes del Imperio. En el siglo II, Elio Arístides enumeraba las ventajas que las élites provinciales obtenían del dominio romano, siendo portavoz del sentimiento de unión que daba la extensión de la ciudadanía romana al decir: “Lo que una ciudad es para sus propias fronteras y territorios, eso es esta ciudad [Roma] para toda la ecúmene, como si se presentase el núcleo urbano a todo el territorio”.<sup>24</sup>

---

<sup>22</sup> Tac. *Ann.* I.2. Al ser cuestionado por qué no subía los impuestos a las provincias, Tiberio decía que el buen pastor trasquilaba las ovejas, no las desollaba. Suet. *Tib.* 32. 2. Dio Cass. LVII.10.5

<sup>23</sup> Mijail Rostovtzeff, *Historia social y económica del Imperio Romano*, trad. de Luis López Ballesteros, Madrid, Espasa-Calpe, 1998 v.1, p.305-308 (Austral) Pierre Grimal, *La civilización romana. Vida, costumbres, leyes, artes*, trad. de J.C. de la Sierra, Barcelona, Paidós, 1999, p.287 (Paidós Orígenes, 7). P.A. Brunt, “Local Ruling Classes in the Roman Empire”, en D.M Pippidi, ed., *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VIe Congrès International d’Etudes Classiques*, Bucarest, Editura Academiei-Société d’Edition ‘Les Belles Lettres’, 1976, p.169-170.

<sup>24</sup> Aristid. *Or.* XXVI.61. Algunas décadas posteriores Dión Casio usó la misma imagen un siglo después para explicar el mismo fenómeno. Dio Cass. LII.19.3.

Esto facilitó el acceso gradual de los provinciales a los órdenes senatorial y ecuestre. Así, Claudio hizo ingresar a nobles de la Galia Narbonense al senado y al orden senatorial, los Flavios apoyaron la integración de los oriundos de Hispania, Galia, África, Asia y Galacia, con los Antoninos los provinciales continuaron engrosando las filas del orden senatorial y del senado hasta conformar la mayoría de ese cuerpo, y los Severos animaron el ingreso de africanos y de sirios.<sup>25</sup> En el Alto Imperio, el orden senatorial aportaba elementos para la justicia, la administración y la milicia tanto en Roma como en las provincias; además, de sus filas salían los gobernadores de las provincias senatoriales. Como otros fenómenos, esto sucedía con el consentimiento de los emperadores más juiciosos, que buscaban mantener buenos tratos con los miembros del orden senatorial y darles ciertos espacios de acción.<sup>26</sup> Ello habla del entendimiento de ambos y la relevancia de ese orden en la sociedad romana. En el nuevo escenario, actuación política y servicio al Estado se volvían regularmente en servicio al príncipe.

El orden ecuestre también se vio alimentado por los constantes refuerzos de familias e individuos provenientes de las provincias. Buena parte de las noblezas provinciales con el suficiente prestigio y una fortuna respetable podía aspirar al orden ecuestre y realizar los primeros pasos de una carrera política en el sistema imperial. Igualmente, los decuriones de ciudades importantes o con buenos recursos económicos eran capaces de formar parte de las filas de los *equites*. El Imperio abrió y reafirmó algunas esferas para que los caballeros destacaran: la milicia ofrecía un campo especialmente atractivo para que los caballeros sobresalieran y ello se reflejaba en el terreno político.<sup>27</sup> La política también fue un campo propicio para los *equites*, pues varios puestos importantes estaban reservados a ellos como procurador de provincias imperiales, prefecto de la anona en Roma, prefecto de Egipto y prefecto del pretorio, quien era un personaje con gran poder político y cercano al príncipe. Otra parcela con múltiples opciones fue la administración y burocracia imperiales, impulsadas por Augusto y Claudio, al poner responsabilidades referidas a la dirección del patrimonio del príncipe y a la gestión de la cancillería imperial. Aunque Claudio confió

---

<sup>25</sup> El estudio clásico que analiza este proceso y los fenómenos relacionados a él es A.N. Sherwin-White, *The Roman Citizenship*, 2ª ed., Oxford, Oxford University Press, 1970

<sup>26</sup> M. Rostovtzeff, *Roma. De los orígenes a la última crisis*, 7ª. ed., trad. de Tula Núñez de la Torre, Buenos Aires, EUDEBA, 1993, p.102-109. Keith Hopkins, "Movilidad de la élite en el Imperio Romano", en M.I., Finley, ed., *Estudios de Historia Antigua*, trad. de Ramón López, Madrid, Akal, 1981, p.132 (Akal Universitaria, 8)

<sup>27</sup> Alföldy, *op. cit.*, p.167-173

originalmente algunos de esos deberes a sus libertos, Adriano los reservó para el orden ecuestre y excluyó de estos puestos a los senatoriales.<sup>28</sup> Estos puestos eran bien pagados y ponía a sus responsables en contacto con las esferas más altas de poder. Tales medidas de Adriano respondían en parte al choque del príncipe con algunos elementos destacados del orden senatorial y de las medidas que crearon un consejo paralelo al senado que le sirviera de consulta para los asuntos del Imperio.<sup>29</sup> Además, esa actitud obedecía a su deseo de rodearse de gente capaz que no tuviera lazos con el orgulloso orden senatorial y que le debiera su elevada posición, por lo tanto se aseguraba su lealtad.

La crisis del siglo III fue un punto de quiebre y a la vez de confirmación de procesos previos. El inestable ambiente político de esta etapa se reflejó en los numerosos príncipes, usurpadores y aspirantes a la púrpura imperial. El desequilibrio también afectó al ejército que nombraba y quitaba emperadores a placer. Además, estaban los numerosos problemas con los diversos pueblos bárbaros que atacaban al Imperio. Aun así, la figura del emperador continuaba representando al hombre más importante de la política, aunque individualmente su posición era más frágil cada vez. Esta época vio surgir personajes férreos que pusieron su empeño y capacidad para afrontar los desafíos como Claudio Gótico, Aureliano y Probo. Como dice Walbank “los siglos anterior y posterior a Diocleciano contemplaron a algunos de los hombres más destacados que ha conocido el mundo gobernando al Imperio desde Roma y Constantinopla”,<sup>30</sup> pero la gravedad de los problemas rebasaba el talento personal. Tales individuos continuaron apareciendo hasta finales del siglo IV; empero, tras la muerte de Teodosio, sus hijos, criados en el ambiente artificial de la corte, quedaron a la sombra de generales y cortesanos que eran los reales diseñadores de la política. Precisamente entonces se incrementó la corte y el ceremonial que recibió fuertes influencias orientales, sobre todo de Persia, lo cual fue explotado por los príncipes para realzar su majestad y separarlo del común de los mortales. Este proceso fue fomentado por Aureliano y Diocleciano, y seguido

---

<sup>28</sup> André Piganiol, *Historia de Roma*, trad. de Ricardo Anaya, 4ª ed., Buenos Aires, EUDEBA, 1976, 589 p.

<sup>29</sup> Homo, *op. cit.*, p.291-292. Hopkins, “Movilidad... en Finley, *op. cit.*, p.130. Para Hopkins tal actitud es sintomática de la inestable relación entre el príncipe y los nobles, pues “los ejemplos de hostilidad entre el emperador y la aristocracia senatorial son innumerables”, pero Ste Croix rechaza que hubiera un conflicto *per se* entre ambos. *Idem*, p.128. G.E.M. de Ste Croix, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 1988, p.443-445 (Crítica Arqueología)

<sup>30</sup> F.W. Walbank, *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente*, trad. de Doris Rolfe, 5ª. reimp., Madrid, Alianza Editorial, 1996, p.61 (Alianza Universidad, 209) La misma opinión es compartida por Ferdinand Lot, *El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media*, trad. de José Amorós Barra, México, UTEHA, 1956, p.152-154 (La evolución de la humanidad, 47)

por la mayoría de sus sucesores. Sinesio criticaba esto y defendía que la “costumbre de que el soberano no sea para sus soldados alguien a quien raramente ven puede suscitar en el alma de esos soldados una buena disposición acusada hacia él”, y Claudiano consideraba que los males imperiales empezaron “después que Partia corrompió nuestras costumbres y las sustituyó con el regio fasto arsacio”.<sup>31</sup> Poco a poco el príncipe y sus familias fueron revistiéndose de sacralidad; además, cada emperador se ponía bajo la tutela de un dios para aparecer como protegido y representante de la divinidad, incluso apelando a formas sincréticas. La adopción del cristianismo por Constantino no cambió esto; al contrario, encumbró aun más la figura imperial al defender que ocupaba esa dignidad por la gracia de Dios. Por ejemplo, Eusebio de Cesarea decía que Constantino era “el único que llegó a ser bienamado de Dios, soberano del Universo, entre los que alguna vez gobernaron el Imperio Romano”.<sup>32</sup> Con Teodosio y sus hijos se acentuó la visión del emperador como delegado de Dios en la Tierra y su persona era referida regularmente como *sacratissimus princeps*, *numen nostrum* y *nostra perennitas*. Su morada era llamada *sacrum palatium* y pocos privilegiados podían besar su manto y dirigirse directamente a él.<sup>33</sup>

Los emperadores no pertenecían siempre al orden senatorial desde que el ecuestre Macrino tomó el poder en el 217: los más linajudos provenían del orden ecuestre y no faltaban los que ascendían de grupos bajos y que, gracias a su carrera en el ejército, vestían la púrpura imperial. Debido a sus pugnas con la nobleza senatorial, que varias veces llegaron a matanzas y confiscaciones, y a la necesidad de usar a los elementos más capaces, los príncipes comenzaron a excluir de los puestos importantes de la administración al orden senatorial y poner a caballeros en sus lugares: Galieno y Diocleciano<sup>34</sup> desplazaron a los nobles de los puestos militares y civiles más importantes, y eliminaron parcialmente su ubicación central en la política romana para darle ese papel a los *equites*. Con esto el orden ecuestre ganó en importancia y poder, pues de sus filas surgían varios emperadores y

---

<sup>31</sup> Sin. *De Regno*. 12d. Claud. *In Eutropium*. 415 (Arsacio postquam se regio fastu sustulit et nostros Parthia mores corruptit)

<sup>32</sup> Euseb. *Vit. Const.* I.3.4. Otros pasajes parecidos en Euseb. *Hist. Eccl.* X.9.8-9. Lact. *De Mort. Pers.* 44.5. Tal interpretación cristiana se empalmaba bien con el concepto romano de buscar el apoyo de los dioses para sus empresas. J.H.W.G. Liebeschuetz, *Continuity and Change in Roman religion*, Oxford, Oxford University Press, 1979, p.300-304. Ferguson, *op. cit.*, p.75-85

<sup>33</sup> Charles Norris Cochrane, *Cristianismo y cultura clásica*, trad. de José Carner, 2ª. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p.317 (Sección de obras de Historia)

<sup>34</sup> Aur. Vic. *Caes.* 33-34. Cfr. Roger Remondón, *La crisis del imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio*, 2ª.ed., trad. de Carmen Alcalde y María Rosa Prats, Barcelona, Labor, 1973, p.43-49 (Nueva Clío)

generales, y gozaba de una posición preferente para los puestos en el gobierno, el ejército, la burocracia, y el derecho. No obstante, esta situación cambió con Constantino cuando rehabilitó al orden senatorial al darle nuevamente juego político y admitir la entrada en él a los caballeros más prestigiados y convertir los cargos ecuestres relevantes en senatoriales: así se llevó a cabo la fusión de los órdenes.<sup>35</sup>

En cambio, de los grupos favorecidos, los curiales quedaron más vulnerables al estar como responsables de algunas actividades que antes habían sido honoríficas y voluntarias. El gobierno imperial presionaba a los gobernadores provinciales para que obligaran a los decuriones a cumplir sus deberes de recaudar los impuestos y ocuparse de la administración de las ciudades aun a costa de sus propios bienes y personas. La legislación imperial se volvió muy estricta al tratar de impedir que los decuriones escaparan de sus deberes. Por principio de cuentas, a diferencia de su carácter voluntario original, la condición curial se volvió hereditaria en el marco de la política que establecía grupos cerrados de profesión. Quien abrazaba la carrera eclesiástica debía dejar sus bienes a un pariente cercano o a la curia, se le prohibía vender propiedades a menos que fuera por causa de extrema necesidad, y se le reclamaba de los ejércitos y senados locales si es que se habían refugiado en ellos.<sup>36</sup> Esto explica el intento de varios curiales por arribar a espacios exentos de esas cargas y apelar a figuras influyentes que les aseguraran tal posibilidad. Varios personajes indican la insistencia por evitar que conocidos y amigos cayeran en la condición curial por las cargas subyacentes. No resulta extraño, como señala Alföldy, que “el rango de curial fuese sentido por muchos de ellos no como un privilegio, sino realmente como un castigo”.<sup>37</sup> Libanio pedía a un gobernador no imponer cargas suplementarias a los curiales por el temor de éstos a que fueran reglamentadas y obligatorias; y abogaba personalmente por amigos y por su propio hijo para que no fueran incluidos de forma indebida en la lista de decuriones. Refiere el caso de alguien que huyó de su ciudad, pues “si lo hubiesen cogido dentro de la ciudad, incapacitado como estaba para cumplir con las cargas curiales, le hubiese esperado el encarcelamiento”.<sup>38</sup> Del mismo modo, Sinesio le ruega al gobernador Hesiquio que quite a su hermano Evoptio “del fatídico registro” curial de su ciudad natal, pues ello lo obligó a

---

<sup>35</sup> Perry Anderson, *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, trad. de Santos Julia, 22ª. reimp, México, Siglo XXI Editores, 1997, p.99. Alföldy, *op. cit.* p.256-263.

<sup>36</sup> Norris Cochrane, *op. cit.* p.291-292, 303. Alföldy, *op. cit.*, p.265-267. Walbank, *op. cit.*, 95-98

<sup>37</sup> Alföldy, *op. cit.*, p.267.

<sup>38</sup> Lib. *Ep.* IV.374.5. Cfr. *Or.* XVIII.146-148. *Ep.* II.196. II.115. III.245.4-8. III.251-252.

huir, y concluye escribiendo: “devuélveme a mi hermano, que por esto precisamente ha emigrado, bien lo sabe Dios: lo que es ante mí, tan necesitado estoy de consuelo en medio de muchas desgracias, que tú no desconoces; él no alega algún otro motivo”.<sup>39</sup>

Los espacios de distinción.

Cuando alguien se acerca al mundo romano debe tener presente que se halla en un ámbito preindustrial que sobresale por ser un universo de órdenes, de categorías jurídicas definidas y establecidas, de lazos personales y de valores aristocráticos.<sup>40</sup> Estos rasgos tenían un gran peso en el mundo antiguo e interactuaban con los criterios políticos y económicos. Cuando se analiza estos aspectos se advierte la enorme complejidad de la sociedad romana, pues confluían distinciones de diversa naturaleza: libre-esclavo, ingenuo-liberto, rico-pobre, *honestior-humilior* y otras, todas relacionadas con factores sociales y legales. Como señala Valerie Hope, esto no implica que las personas o grupos no puedan ser ubicados según su condición económica o legal, “sino que las clasificaciones unidimensionales se arriesgan a ignorar los múltiples factores e interacciones que afectan la vida de las personas”.<sup>41</sup> Los bienes, el poder, la influencia, las relaciones sociales, la ciudadanía, el oficio, entre otros, eran esferas que influían en la posición que cada uno tenía en el Imperio romano, lo cual crea un cuadro de múltiples identidades realmente fascinante con varias repercusiones para la vida de los individuos. Si bien cada caso tiene sus particularidades, es claro que la sociedad romana tenía una estructura jerárquica en cuyo punto más alto estaba el orden senatorial. Generalmente sus miembros poseían poder político, grandes riquezas, estima y prestigio social, acceso a la mejor educación, relaciones e influencia sociales, apreciación del arte, etc.<sup>42</sup> Formas simbólicas y externas los distinguían de otros grupos y servían para enfatizar su prestigio social. Aunque individuos de otras capas los superaran en un campo

---

<sup>39</sup> Sin. *Ep.* 93.18-21. Símaco hizo lo mismo al pedir que algunos accedieran a posiciones que los librarán de los deberes curiales. *Rel.* 5-8

<sup>40</sup> Jean Andreau, “El liberto”, en Andrea Giardina, ed., *L'uomo romano*, trad. de Paolo Russo, 9ª. reimp., Roma-Bari, Laterza, 1996, p.189-190. (Economica Laterza, 13)

<sup>41</sup> Valerie Hope, “Status and identity in the Roman world”, en Janet Huskinson, ed., *Experiencing Rome. Culture, Identity and Power in the Roman Empire*, Londres, Routledge-The Open University, 2000, p127 (but one-dimensional classifications risk ignoring the multiple factors and interactions that affected people's lives)

<sup>42</sup> Janet Huskinson, “Elite culture and the identity of empire”, en *idem*, p.103-104. Paralelamente tales signos distintivos servían para que las élites provinciales se vincularan e hicieran gala de su adhesión y fidelidad al Imperio frente a los bárbaros allende las fronteras.

específico, el orden senatorial, como grupo, estaba en la cima de la pirámide social y no dudaban en presumirlo en público y en privado de diversas maneras.

Un primer campo donde pueden verse las diferencias entre grupos sociales es la riqueza. La tendencia hacia la concentración de bienes en manos de miembros del orden senatorial se dio desde la época republicana, en la cual la aristocracia llegó a tener una gran riqueza especialmente a partir de las guerras púnicas. Como se ha dicho, el monto mínimo para pertenecer al orden senatorial era un millón de sestercios, pero frecuentemente varias familias rebasaron con mucho esa cantidad. La riqueza de Plinio el Joven llegaba a los veinte millones de sestercios, pero estaba lejos de ser una de las más grandes pues había fortunas veinte veces mayores a la suya. Por ejemplo, décadas tiempo atrás la fortuna de Séneca ascendía a trescientos millones de sestercios.<sup>43</sup> Tal riqueza provenía de préstamos, empresas comerciales, sueldos por puestos en la administración imperial y, sobre todo, sus grandes propiedades agrícolas en Italia y las provincias. La medida de Trajano que forzaba a los senadores a tener el tercio de sus tierras en Italia sólo hizo que diversificaran la ubicación de sus bienes raíces.<sup>44</sup> Si bien el periodo que siguió a la crisis del siglo III trajo consigo dificultades económicas y comerciales, no evitó que algunos acumularan grandes riquezas. Además, el acaparamiento de tierras por parte de pocos en detrimento de los pequeños campesinos provocó la constitución de latifundios que daban buenas ganancias a sus propietarios. Sin duda, el orden senatorial reconstituido por las medidas de Constantino fue el más favorecido. A fin del siglo IV e inicio del V había senadores que obtenían cuatro mil libras de oro anuales por la renta de algunas de sus tierras. Sexto Petronio Probo, perteneciente a los influyentes Anicios, tenía tierras en casi todas las diócesis romanas; el orador Quinto Aurelio Símaco contaba con tierras en Italia, Sicilia y África, y los Valerios poseían varias fincas en Italia, Britania, Galia, Hispania, África, Mauritania y Numidia. Cuando Valerio Piniano y su esposa Melania decidieron vender sus propiedades y donar el dinero obtenido a la Iglesia para llevar una vida ascética, tenían una casa en el Celio que

---

<sup>43</sup> Tac. *Ann.* XIII.42. Más adelante en el mismo párrafo aclara los medios indignos que Séneca había usado para reunir esa fortuna más allá de sus tierras: usura y caza de testamentos. El enriquecimiento repentino debido a métodos cuestionable no era algo nuevo; un reproche parecido se le había hecho a Sila a comienzos del siglo I a.C., pues de unos medios muy modestos llegó a tener una gran fortuna. Plut. *Sull.* I.5

<sup>44</sup> Plin. *Ep.* III.19. El propio emperador seguía siendo el máximo propietario de tierra y tenía más formas de procurarse recursos como confiscaciones, donaciones y herencias. Fergus Millar, *The emperor in the Roman world*, Worcester y Londres, Duckworth, 1977, p.175-189. Dorothy J. Crawford, "Imperial estates", en M.I. Finley, ed., *Studies in Roman Property*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007, p.40-56 (Cambridge Classical Studies)

ningún senador podía comprar y, por lo menos, 25000 esclavos.<sup>45</sup> Junto con la riqueza producida por las tierras estaban los tesoros de oro y plata que acumulaban y que servían para hacer gastos que iban de las mil libras de oro hasta las cuarenta y cinco mil.

Aunque el senatorial era el más rico, en el Alto Imperio había *equites* y libertos que tenían mayor riqueza que algunos senatoriales y, durante el Bajo Imperio, algunos eunucos y cortesanos influyentes también disponían de grandes recursos. Del orden ecuestre, hubo quienes lograron reunir una riqueza que bien podían envidiar algunos senatoriales. Sin ser tan homogéneo como el orden senatorial, los *equites* más afortunados compartían ciertos rasgos, y tenían fuentes similares de recursos a las que tenían durante la República. Esas fuentes eran la propiedad de tierras, la participación en la administración imperial, las empresas comerciales, la posesión de talleres artesanales y el préstamo de dinero. Con tales actividades hubo quienes acumularon caudales asombrosos como Publio Vedio Polio, en tiempo de Augusto, y Cornelio Seneción, en el de Nerón.<sup>46</sup> Éstos y otros aprovecharon la paz y la estabilidad del régimen imperial, en el cual se reactivó el comercio dentro de las fronteras imperiales y la consolidación de las rutas que llegaban a China e India para la obtención de productos de lujo. Así, la habilidad, los contactos y el esfuerzo hacían posible que algunos caballeros tuvieran buenos recursos.<sup>47</sup>

Por su parte, el orden curial era mucho más heterogéneo que los dos anteriores, pues dependía en gran medida de la importancia de la ciudad: no era lo mismo ser un decurión de Alejandría o Antioquia que de una pequeña ciudad que apenas podía distinguirse de una aldea. Ello hacía que la cantidad mínima exigida reflejara la diferencia entre ciudades: para Cartago y Como se pedía cien mil sestercios mientras que para algunos núcleos urbanos en África con veinte mil era suficiente, lo que plasma aquello que se creía pudiente en las

---

<sup>45</sup> Georges Depeyrot, *Crisis e inflación entre la Antigüedad y la Edad Media*, trad. de Juan Vivanco, Barcelona, Crítica, 1996, p.106-110 (Crítica Arqueología). Anderson, *op. cit.*, p.93-94. Un retrato mordaz de los bienes del grupo senatorial en el siglo IV se encuentra en Amm. Marc. 14.6.10

<sup>46</sup> Alföldy, *op. cit.*, p.169-170. Peter Garnsey y Richard Saller, *El Imperio romano. Economía, sociedad y cultura*, trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 1991, p.136-137 (Crítica Arqueología). Hopkins insiste en que debe desecharse la visión tradicional del orden ecuestre como un grupo exclusivamente interesado en la artesanía y el comercio, sin intereses en la tierra. Hopkins, "Movilidad... en Finley, *op. cit.*, p.120

<sup>47</sup> Walbank, *op. cit.*, p.37-46. Del comercio suntuuario con India y China el Imperio gastaba cien millones de sestercios. Plin. *Nat. Hist.* VI.100-101, XII.83-84. Cfr. Jean-Noël Robert, *De Roma a China. Por la ruta de la seda en la Roma antigua*, trad. de Marta Moreno, Barcelona, Herder, 1996, p.157-208 El apogeo comercial debe relacionarse con el efecto de la paz romana que se impuso al caos y guerra permanente en Oriente antes de la conquista romana, así como el mejoramiento de las provincias impulsado por los príncipes para evitar los abusos de la época republicana, y del auge de las ciudades que contribuyó a que éstas tuvieran una función económica importante y sirvieran como elemento de cohesión en el vasto Imperio. Plin. *Nat. Hist.* XIV.2

diversas ciudades. Los curiales más ricos tenían las propiedades más grandes de su entorno y, si su ciudad estaba en medio de una ruta comercial, se dedicaban a la artesanía y al comercio.<sup>48</sup> Si las circunstancias eran óptimas, algunos poseían una fortuna que se acercaba al mínimo del orden ecuestre, de modo que incluso podían aspirar a ingresar a él. Aquéllos con una riqueza más reducida, cuyas condiciones sociales no les permitían ir más allá del medio local, debían contentarse con enfocar sus ambiciones políticas en los bordes de sus propias ciudades. De cualquier modo, los curiales se vieron beneficiados, pues el Imperio creó las condiciones y medios necesarios para la fundación de ciudades y la recuperación de las existentes; a la vez que reafirmó la posición predominante de sus grupos dirigentes de acuerdo con la importancia concedida a las ciudades en el mundo antiguo y que Roma usó para sus propios propósitos.<sup>49</sup>

Otro aspecto es la distinción que marca la estructura de órdenes. A fines de la República el hijo de un senador poseía el rango de caballero, y había cargos y funciones que podían encomendarse indistintamente a un senatorial o a un caballero. No obstante, Augusto insistió en remarcar las diferencias entre órdenes para que tuvieran criterios claros. Aparte de instituir distintos montos de riqueza para uno y otro, Augusto hizo que los hijos de los senadores entraran inmediatamente al orden senatorial.<sup>50</sup> Además, cada orden tenía sus signos tradicionales distintivos que expresaban su identidad como grupo, algunos de los cuales se remontaban a la época republicana. Por ejemplo, al orden senatorial lo distinguía el anillo de oro, la banda púrpura en la toga, la capa corta y un calzado especial. De modo similar, el orden ecuestre tenía sus propias señales: un anillo peculiar, una banda más estrecha en el vestido, el caballo y la participación en algunas fiestas. Así pues, se exigió a los *equites* que entraban al orden más alto la devolución del caballo en una ceremonia con la que se simbolizaba el abandono de su antiguo orden y la entrada al nuevo. A diferencia

---

<sup>48</sup> Walbank, *op. cit.*, p.35-37. Rostovtzeff, *Historia social...v.1*, p.305-308. Parte de esta riqueza se quedaba en las propias ciudades de diversas maneras. Igualmente, a pesar de las diferencias regionales, las ciudades en el mundo grecorromano compartían rasgos estructurales que las hacían muy parecidas en su organización sin que ello diluyera sus propias tradiciones. La misma Roma fomentó esto al propiciar la revitalización de ciudades y la creación de nuevas para que tuvieran formas políticas que sirvieran para unificar al Imperio. Esto se reflejaba en la función directriz que tenían las curias urbanas; los propios escritores eran bastante conscientes de la importancia de la serie de privilegios y honores de índole social y económica, como dice Elio Arístides, *Or. XXVI.92-103*. Cfr. Alföldy, *op. cit.* p.174-179. Grimal, *op. cit.*, p.287-289

<sup>49</sup> Aunque con fines polémicos, Tertuliano señalaba el auge urbano y el esplendor comercial como signos de la bonanza de sus tiempos: “Hay tantas ciudades como chozas no hubo [...] allí donde hay una casa, hay un pueblo, allí donde hay un gobierno, allí hay vida”. Tert. *De Anim.* XXX.3-4

<sup>50</sup> Suet. *Aug.* 38.2.

del orden senatorial, el ecuestre no incluía la asimilación automática de los hijos al orden del padre, pero no era raro que tuvieran las condiciones para acceder al rango paterno.<sup>51</sup> Como resultado de esta progresiva diferenciación, a partir del principado se esclareció qué cargos podía y debía ocupar cada orden. Paralelo a esto se hizo común una titulación que separaba los órdenes: al miembro del orden senatorial se le llamaba *vir clarissimus* y al caballero *vir egregius*.<sup>52</sup> En la Antigüedad tardía el número de esos títulos aumentó para señalar las nuevas diferencias entre los miembros de la nobleza que había acogido a sujetos procedentes de diversos orígenes. Para ello se realizó una nueva división que contemplaba la existencia de *clarissimi*, *spectabiles* e *illustres*, estos últimos formaban el grupo más selecto de orden senatorial cuyos miembros pertenecían a las casas más nobles y a los más altos funcionarios de la administración. Asimismo, el orden senatorial reflejaba los distintos orígenes de las noblezas de Roma y Constantinopla. En la primera las familias nobles presumían su rancio abolengo y renombre, tenían una clara conciencia de grupo que se expresaba en la devoción a los cultos antiguos que les proporcionaba un gran sentido de continuidad con el pasado glorioso de Roma. La segunda albergaba elementos que venían de las curias urbanas orientales o del servicio imperial. Estos individuos carecían del orgullo y prestigio aristocráticos de sus pares occidentales; además muchos abrazaron el cristianismo desde que los emperadores cristianos favorecían a sus correligionarios.<sup>53</sup> Con todo, el nuevo *ordo senatorius* se mantenía en lo alto de la estructura social romana.

La crisis del siglo III no hizo mella en la posición privilegiada de los curiales desde el punto de vista oficial, aunque sí deterioró las condiciones de muchas curias romanas. Conforme las circunstancias se tornaron adversas con los golpes de Estado, las invasiones bárbaras, la inestabilidad económica y la proliferación de piratas y bandoleros, el gobierno

---

<sup>51</sup> Dio Cass. LIX. 9.5. Ya Augusto había tomado una serie de reglas para delimitar las obligaciones del orden ecuestre. Suet. *Aug.* 38-40. Tales medidas estaban dirigidas para dar a los caballeros fuentes de orgullo que los ligaran como grupo y como el segundo orden de Roma. Cfr. Pat Southern, *Augustus*, Londres y Nueva York, Routledge, 2001, p.150. Syme, *op. cit.*, p.448-449

<sup>52</sup> Sobre las distintas funciones para cada orden, *vid* Millar, *op. cit.*, p.101-110, 300-313. Para los efectos en el orden ecuestre y su vinculación con la burocracia imperial, *vid* Jean Gage, *Les classes sociales dans l'Empire Romain*, 2ª. ed., París, Payot, 1971, p.115-119. Ambos estudiosos destacan la importancia del mérito personal y el servicio al emperador; este servicio podía promoverlos a posiciones de poder, lo cual fue más común a partir de Adriano. Incluso ello podía atraerles el acceso al orden senatorial.

<sup>53</sup> Averil Cameron, *El mundo mediterráneo en la Antigüedad tardía (395-600)*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 1998, p.103-104 (Crítica Arqueología). A.H.M. Jones, "El trasfondo social de la lucha entre cristianismo y paganismo" en Arnaldo Momigliano, ed. *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, trad. de Marta Hernández Iñiguez, pref. de Javier Arce, Madrid, Alianza Editorial, 1989, p.33-35 (Alianza Universidad, 614)

imperial intentó explotar sus recursos más eficazmente. La pertenencia a la curia, con sus consecuentes honores y gastos que antes habían sido fervientemente buscados por los elementos con mayores posibilidades económicas, ahora era una obligación con cargas fijadas estrictamente por el Estado.<sup>54</sup> La tradición evergética de los más destacados de cada ciudad dio paso a compromisos que muchas veces el curial debía cubrir con sus bienes si no cumplía con el cobro de impuestos. El orden curial se volvió oficialmente hereditario y la intervención estatal se dejó sentir con un aparato burocrático al interior de las ciudades.<sup>55</sup> Debido a esto, si bien conservaron su status político y social en la Antigüedad tardía, los decuriones buscaron espacios para deshacerse de sus pesadas cargas y acceder a un orden superior, a un puesto en la burocracia imperial, al ejército o la carrera eclesiástica que eran ámbitos exentos de esos deberes.<sup>56</sup> Así, las otrora ciudades rebosantes con curias orgullosas de su condición privilegiada se volvieron órganos cada vez más incapaces de cumplir con sus cometidos. Amiano, Libanio, Zósimo y Procopio mencionan constantemente el estado frágil del *ordo decurionorum* e incesantemente abogan por mejorar su situación, dada su importancia en el Imperio. Por ello Amiano aplaudía la postura de Juliano de rebajar los impuestos a las ciudades galas que habían sufrido ataques bárbaros, y Libanio reconocía su postura al respecto: “Obra suya es enmendar la pobreza de las ciudades, que se encontraban desposeídas de los bienes que con justicia poseían desde antiguo”.<sup>57</sup> El gobierno romano debió atender estas demandas y, al mismo tiempo, tratar de mantener un delicado equilibrio entre sus propios intereses y los de los diversos grupos en el Imperio.

---

<sup>54</sup> Alföldy, *op. cit.*, p.227-228. Gage, *op. cit.*, p.376-383. Walbank, *op. cit.*, p.81-82. Obligaciones como el abasto de víveres y agua, el arreglo de los edificios públicos, la celebración de los juegos, el almacenamiento y transporte de provisiones para el ejército, el cobro de impuestos y el cuidado de la posta pública.

<sup>55</sup> J.H.W.G., Liebeschuetz, *Decline and Fall of the Roman City*, Londres, Oxford University Press, 2001, p.4. Ste. Croix, *op. cit.*, p.542-544.

<sup>56</sup> Las reiteradas disposiciones imperiales para evitar la huída curial muestran su fracaso. Varios príncipes como Constancio y Justiniano exigieron las dos terceras partes de los bienes de los curiales que abrazaban el sacerdocio, del mismo modo Anastasio y León realizaron medidas para evitar que la Iglesia recibiera personas que se sustraían de sus deberes. También Teodosio II legisló contra de los curiales que se refugiaban en la burocracia imperial. Cameron, *op. cit.*, p.105-107. Remondon, *op. cit.*, p.137-138

<sup>57</sup> Amm. Marc. 17.3. Lib. Or. XIII.45 La exención de impuestos fue una de las medidas más destacadas del gobierno de Juliano especialmente en Occidente, donde los galos aplaudían su labor como destacan varios autores. Amm. Marc. 17.4. Pan. Lat. XI. Sobre las exenciones imperiales a las ciudades, *vid* Depeyrot, *op. cit.*, p.15-17. Esto no quiere decir que todas las ciudades tuvieran las mismas dificultades o que fueran golpeadas con la misma intensidad. Las sedes imperiales y las grandes ciudades tuvieron más opciones de mantener su antiguo esplendor y obtener diversos apoyos, así Constantinopla recibió un inmenso patrocinio imperial. Por razones históricas, Oriente reunía condiciones que posibilitaron que la vida urbana conservara su vigor por más tiempo que Occidente; empero, la tendencia a la baja era clara. Anderson, *op. cit.*, p.96-100. Cameron, *op. cit.*, p.96-97

Otra esfera más donde las diferencias eran visibles es la educación. Ya desde la época griega, los dirigentes de la sociedad buscaban llegar a ser personas cultas, y la vía para ello era el aprendizaje sistemático y riguroso de los autores antiguos, modelos de estilo y custodios de valiosos conocimientos. En la etapa helenística, Roma tuvo contactos más serios y directos con el mundo griego, ya que ese modo de educación estaba plenamente arraigado.<sup>58</sup> La primitiva educación romana se desarrollaba en el ámbito familiar en que el padre enseñaba a sus hijos cuestiones prácticas: las letras, arar la tierra y realizar algunos ejercicios físicos. En la familia, la educación fomentaba los valores de apego, obediencia, trabajo y lealtad a los dioses, a los parientes y a Roma. Tal instrucción se basaba en la preservación de las costumbres antiguas, el cuidado de la moral y la participación en los asuntos cívicos. Sin embargo, conforme la nobleza senatorial se interesó más en la cultura griega, los aristócratas buscaban profesores griegos para sus hijos y, cuando era posible, los enviaban a Grecia para que se instruyeran. Esta actitud filohelenista provocó posiciones encontradas en la sociedad republicana, pero la balanza se inclinó a favor de la educación según el modelo griego.<sup>59</sup> A fines de la República y comienzos del Imperio, esto propició que los romanos aprovecharan los modelos griegos para realizar una literatura propia y elevar al latín al nivel de lengua literaria. A la vez que adoptaron la educación helenística, la adaptaron conforme a su talante práctico, requerimientos y necesidades.

En el Imperio romano el estudio de los escritores antiguos había alcanzado ciertas prácticas y herramientas de la Grecia helenística y las había perfeccionado. El aprendizaje de las materias era un proceso largo y laborioso que comenzaba a una tierna edad. Los primeros encargados de la educación de los niños eran los pedagogos y los *ludi magistri* que enseñaban a leer, escribir y la aritmética básica. En sus orígenes, el pedagogo era un esclavo encargado de llevar al niño de la escuela a la casa y viceversa, pero gradualmente tomó una participación más activa en la formación del niño al evitar los peligros y las malas

---

<sup>58</sup> Una visión panorámica de la educación griega en Henri-Irenee Marrou, *Historia de la educación en la Antigüedad*, trad. de Yago Barja de Quiroga, 2ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p.228-232. (Sección de obras de Educación y Pedagogía)

<sup>59</sup> *Idem*, p.320-330. Catón y los Escipiones representaron estas tendencias en el siglo II a.C. El primero creía que los griegos eran seres taimados y falaces que con su verbosidad defendían cualquier postura, de modo que su influjo era nocivo porque pervertía las costumbres romanas. Los segundos admiraban la cultura griega y buscaron asimilarla a la romana para participar de la civilización más prestigiada de su tiempo. R. H. Barrow, *Los romanos*, trad. de Margarita Villegas de Robles, 22ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p.65-68 (Breviarios, 38) Emilio Redondo, "La educación romana", en Emilio Redondo, coord., *Introducción a la historia de la educación*, Barcelona, Ariel, 2001, p.186-191 (Ariel Educación)

influencias, y reforzar la instrucción que recibía de los maestros.<sup>60</sup> La segunda etapa correspondía a los gramáticos que se encargaban de desarrollar metódica y rigurosamente las habilidades de los alumnos en la lectura y la escritura mediante ejercicios previamente seleccionados. Después se pasaba a las materias centrales de la cultura grecorromana: la retórica y la filosofía.<sup>61</sup> Tales disciplinas requerían de un gran bagaje de conocimientos previos, un arduo entrenamiento y dedicación para profundizar en sus cuestiones más complejas. No obstante, también había escuelas de geometría, música, cálculo, derecho, siendo esta última muy popular en el Bajo Imperio porque daba amplias posibilidades de conseguir un puesto burocrático.<sup>62</sup> Con todo, se buscaba como ideal una educación lo más completa posible con vistas no sólo a la instrucción formal del alumno, esto es, brindarle técnicas que redundaran en un mejor desempeño en cada disciplina, sino a formar al hombre integralmente desde el punto de vista ético. Según Marrou, “el clasicismo no quiere limitarse a formar un literato, un artista, un sabio: busca al hombre, es decir, busca ante todo un estilo de vida conforme a una norma ideal”.<sup>63</sup> Más allá del afán práctico que algunos perseguían para tener un medio de sustento y de movilidad social, se buscaba el desarrollo integral del hombre y desplegar todas sus potencialidades en beneficio de su comunidad y de sí mismo. Por ello se pretendía que todos los conocimientos tuvieran como fin esa idea, de ahí que se considere su vocación humanista.

La retórica fue una disciplina que gozó de la más alta estima en el mundo antiguo al ser un componente esencial de la cultura clásica que la diferenciaba de formas bárbaras. En Grecia fue un elemento distintivo de la vida cívica que fomentaba la presentación atractiva y convincente de las ideas políticas, y el desarrollo de la argumentación en los procesos judiciales. Cuando Roma conoció el arte retórico, éste cayó en un terreno fértil, pues daba a los romanos interesados en la política y el derecho la opción de presentar sus propuestas de forma más efectiva e influir en la opinión pública. Ello les permitía realizar una exitosa

---

<sup>60</sup> Por ejemplo, en el siglo IV d.C., Juliano hablaba de la influencia que tuvo su pedagogo Mardonio sobre su carácter al decirle: “Que no te arrastre la multitud de los de tu edad, que se lanza a los teatros, a buscar nunca ese tipo de espectáculo”. *Jul. Or. XII.351d. Cfr. Or. IV.241d. Cfr. Plut. Mor. 4a-b*

<sup>61</sup> M.L. Clarke, “Educación y oratoria”, en J.P.V.D. Baldson, *Los romanos*, trad. de Cecilia Sánchez Gil, 3ª. reimp., Madrid, Gredos, 1987, p.287-288 (Biblioteca Universitaria Gredos, 3)

<sup>62</sup> Esta situación era un dolor de cabeza para los oradores griegos que veían como sus potenciales alumnos se decantaban por esos estudios en lugar de la retórica. Libanio que se quejaba constantemente de que la retórica en Antioquia había perdido atractivo ante la seducción que el estudio del latín y del derecho tenían en Berito, pues daban herramientas para obtener trabajo en la administración imperial *Lib. Or. II.43-44. Lib. Or. I.5-6*

<sup>63</sup> Marrou, *op. cit.*, p.306. Redondo y Laspalas, “La paideia griega”, en Redondo, *op. cit.*, p.136-137.

carrera política y aumentar las posibilidades de aprobación de sus *rogationes*.<sup>64</sup> Esto explica que fueran los miembros del orden senatorial los más interesados en que sus hijos cultivaran la retórica para que aprovecharan las ventajas que podían ponerlos por encima de sus pares. Debido a esto, no repararon en gastos para conseguir a los mejores maestros o enviar a sus vástagos a Grecia para que estudiaran en la cuna de la retórica.<sup>65</sup> Aunque con el Imperio la participación política dependía en gran medida del emperador, esto no supuso que el cultivo de la retórica fuera innecesario o que sufriera menoscabo, pues una buena preparación retórica fue apreciada por los miembros de los órdenes altos. En cierta medida, el acercamiento a la retórica fue fomentado por el gobierno imperial y las curias urbanas, por lo que más personas pudieron estudiar las argucias oratorias que les permitía obtener habilidades para hacer una carrera en la administración imperial.<sup>66</sup> El arte de expresarse correctamente oralmente y por escrito fue estimado por sí mismo en la Antigüedad. No extraña, pues, que Elio Arístides diga que “la retórica es de las actividades humanas la más grande, la primera, la más perfecta y, si se me permite decirlo, la más digna de alabanza”.<sup>67</sup> La cantidad de obras escritas cuyo objetivo es el análisis retórico y su influjo en varias épocas demuestra la importancia concedida a la retórica en el mundo antiguo. No obstante, a pesar de que se propiciaba su ejercicio para varias personas, la retórica estuvo más cerca de los grupos sociales elevados, pues éstos podían aproximarse más fácilmente a las nociones que complementaban la formación del ciudadano.

Algo similar ocurrió con la filosofía. Ésta surgió en la Grecia arcaica, junto con la historiografía, la geografía y las ciencias naturales, como expresiones de la revolución en el pensamiento. El saber filosófico ofrecía soluciones a las cuestiones naturales, dejando de lado las explicaciones míticas y sobrenaturales para pasar al terreno de la especulación y la teoría. A veces, más que los resultados concretos, lo relevante y diferente era el método y las preguntas formuladas, lo que provocaba el cuestionamiento de paradigmas indiscutibles

---

<sup>64</sup> George A. Kennedy, *A New History of Classical Rhetoric*, Princeton, Princeton University Press, 1994, p.102-105 (Princeton Paperbacks). Marrou, *op. cit.*, p.338-339. Julio César estudió al lado de excelentes profesores con vistas en sus ambiciones políticas. Su destreza al comunicarse verbalmente y por escrito era altamente valorada por sus contemporáneos. Plut. *Vit. Caes.* IV

<sup>65</sup> Jérôme Carcopino, *La vita quotidiana a Roma all'apogeo dell'Impero*, trad. de Eva Amodeo Zona, introd. de Ettore Lepore, 14a. reimp., Roma-Bari, Laterza, 2008, p.124 (Economica Laterza, 3)

<sup>66</sup> Como otras medidas en el régimen imperial, Julio César había brindado un valioso antecedente al otorgar la ciudadanía romana a las personas que cultivaran las artes liberales en Roma. Suet. *Caes* 42.1. También Vespasiano fue un tenaz patrocinador de profesores de retórica latina y griega a costa del erario. *Vesp.*18

<sup>67</sup> Aristid. *Or.* II.204

hasta entonces. Luego se eligieron las temáticas relacionadas con el hombre y su proceder, entonces los temas principales fueron Dios, el cosmos y el hombre.<sup>68</sup> En la etapa helenística las escuelas insistían en el cosmopolitismo, la acción individual y la importancia del sabio como respuestas a la crisis de la *pólis* y la decreciente participación política por los reinos que surgieron de la desmembración del imperio de Alejandro.<sup>69</sup> En Roma se tuvo una inicial actitud de desconfianza hacia los filósofos porque su influjo podía perjudicar las tradiciones romanas al cuestionar algunos rasgos religiosos y morales. Aun así, romanos renombrados se apresuraron a empaparse de ese saber mediante maestros fuera y dentro de Roma. El estoicismo fue la principal escuela que atrajo la atención de individuos como Cicerón y Séneca por su acento en los asuntos éticos que tan caros eran a los nobles romanos. Éstos quisieron añadir a su poder, riqueza e influencia el prestigio de conocer y dominar los argumentos filosóficos, y a ello dedicaron recursos considerables. Eso hizo que algunos estoicos estuvieran cerca de príncipes como Augusto y los Antoninos.<sup>70</sup> El gusto por la filosofía propició el apoyo imperial a su estudio y la estima de los filósofos mejor reputados. Tal cuadro no cambió durante la crisis imperial aunque no siempre se apoyaba su estudio en circunstancias tan difíciles. Así, el neoplatonismo como la filosofía típica de la Antigüedad tardía gozó de la estima y del patrocinio de Galieno y Juliano.<sup>71</sup> De cualquier modo, la enseñanza de la filosofía fue fervientemente buscada debido a que era una de las joyas máspreciadas de la cultura grecorromana.

Tanto la retórica como la filosofía compartían una característica: en sus orígenes fueron disciplinas practicadas por los grupos sociales mejor ubicados. La posibilidad de

---

<sup>68</sup> Olof Gigon, *La cultura antigua y el cristianismo*, trad. de Manuel Carrión Gutiez, Madrid, Gredos, 1970, p.59 (Biblioteca Universitaria Gredos, 17) Hermann Frankel, *Poesía y Filosofía de la Grecia Arcaica. Una historia de la épica, la lírica y la prosa griega hasta la mitad del siglo quinto*, trad. de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, Madrid, Visor, 1993, p.245-247 (La balsa de la medusa, 63). Moses Finley, *La Grecia primitiva. Edad del bronce y era arcaica*, trad. de Teresa Sampere, Barcelona, Crítica, 1986, p.144-152 (Estudios y Ensayos, 121)

<sup>69</sup> En la medida en que los romanos contactaron con la noción del imperio de Alejandro, se apropiaron de tal idea para justificar la identificación de Roma con la ecúmene. Los pensadores romanos empiezan a formular la doctrina del imperio universal con conceptos muy cercanos a los de los griegos, el Imperio se identifica con el *Orbis Terrarum*, el senado legisla para el bien de toda la humanidad y Roma es el centro del mundo sobre todo a partir de los Antoninos. Storoni, *op. cit.*p.20-21

<sup>70</sup> De Augusto se ponderaba su relación con los estoicos Ario de Alejandría y Atenodoro, y el benéfico influjo que tuvieron sobre el emperador. De los Antoninos es conocida la buena educación que tuvieron ponderada por ellos mismos como un elemento esencial de su formación, así como el patrocinio que dieron a la filosofía. Suet. *Aug.* 89.1. Jul. *Or.* X.309b-c, 326a-b. Aur. Vict. *Caes.* 13-16. Es útil anotar que, durante el periodo de los Flavios, también hubo expulsiones y ejecuciones de algunos filósofos, pero tales medidas obedecieron a un contexto político más que a una aversión a la filosofía en sí. Suet. *Vesp.*15. *Domic.* 10

<sup>71</sup> Jul. *Or.* VI.254a. Amm. Marc. 25.3.23. Porph. *Plot.* 12

obtener una formación retórica y filosófica, y la calidad de la misma, en un principio dependía de la capacidad de las familias de procurarse la instrucción deseada. Los órdenes senatorial y equestre fueron los más interesados en promover la educación para sus miembros de acuerdo con sus objetivos particulares. Sin ser excluyente, la cultura clásica estuvo especialmente relacionada con esos conjuntos. Aunque solamente se trataron dos materias fundamentales de la civilización antigua, algo similar puede decirse de otras ramas del conocimiento que griegos y romanos consideraban como constitutivas del hombre y que los distanciaban de los bárbaros. La educación, la riqueza y la distinción social, fueron campos de diferenciación que tuvieron expresiones palpables que recordaban a los distintos sectores del Imperio cuál era su papel y función socialmente asignados. El análisis de algunas expresiones, unas espectaculares y otras cotidianas, revela la estructura social del mundo romano en época imperial y sus fundamentos ideológicos. Es lo que se pretende estudiar en el siguiente capítulo.

## Capítulo 2. *Pars melior humani generis*

En las sociedades premodernas la pertenencia a un grupo socioeconómico alto se reflejaba en varios campos de la vida, y dependía de factores como el linaje, el prestigio, el poder político, la preeminencia social y la capacidad económica. La reunión de esos elementos o la ausencia de alguno de ellos modificaban la situación del individuo y su familia en el medio social. Por esto, no se buscaba solamente tener una buena posición en la sociedad, sino que también debía ser visible ante propios y extraños. En el Imperio romano los órdenes superiores sabían que estaban en lo más alto de la pirámide social y se ocuparon de expresar su lugar privilegiado en la sociedad de muchas maneras. Los órdenes senatorial y ecuestre tenían una clara conciencia de grupo y los privilegios reforzaban ideológicamente su condición, lo cual se sumaba a sus condiciones objetivas de vida. Empero, tal fenómeno también se dirigía a quienes no pertenecían a esos conjuntos; así acentuaba las diferencias y recordaba el lugar propio de cada quien. Por esto es útil analizar algunos aspectos en que las diferencias adquirirían tal concreción y notoriedad que no pasaban desapercibidas.

### Los usos y fines de la riqueza

Como se ha apuntado anteriormente la buena situación económica de los órdenes superiores indicaba su predominio por encima de los demás. Sus recursos económicos les permitían acceder a bienes y servicios que estaban fuera del alcance de la mayoría de la población, lo que les brindaba un estilo propio de vida que contrastaba con las difíciles condiciones de subsistencia de otras capas sociales. La propiedad evidencia esto, pues los miembros de los órdenes superiores eran los mayores propietarios de bienes inmuebles en el mundo romano. El hecho en sí no era nuevo al responder a la evolución de la nobleza senatorial del periodo

republicano que reunía riquezas espectaculares. El orden senatorial tenía grandes casas en Roma e inmensas propiedades de varias yugadas en toda Italia, trabajadas por esclavos, especialmente en las zonas agrícolas más ricas, como dice Plutarco al hablar del clima tenso provocado por las propuestas de los hermanos Graco.<sup>1</sup> Sin embargo, los aristócratas no se conformaron con esto, sino que expandieron sus propiedades por las provincias formando latifundios que contribuían a acrecentar su riqueza. Sus casas en Roma eran verdaderas mansiones que reunían un lujo excepcional, y que podían costar entre los tres y los quince millones de sestercios. Además, tenían propiedades en la misma Roma que utilizaban para otros objetivos como las *insulae*.<sup>2</sup> Debe tomarse en cuenta también el gasto en lujos y comodidades como jardines y piscinas en las villas afuera de las ciudades, y en el mobiliario y personal doméstico en las casas de los núcleos urbanos. La posesión de oro y plata podía llegar a las mil libras, y algunos objetos suntuarios costaban miles de sestercios; de ahí que las reiteradas leyes contra el lujo hablen de la firmeza de esos gastos y la inutilidad de los preceptos legales que pretendían detener el consumo suntuario.<sup>3</sup> Los miembros del orden senatorial y ecuestre debían llevar una vida acorde a su condición, por lo que usaban fuertes cantidades para resaltar por encima de sus pares en una competencia por mostrar su poder económico. Además, el contacto con el Oriente helenístico recién absorbido hizo que varios productos sofisticados llegaran más fácilmente a Roma y que los órdenes superiores estuvieran prestos a adquirirlos.

No obstante, los miembros de los grupos altos también gastaban en otras cosas: en la República los personajes con aspiraciones políticas usaban grandes sumas para promover su imagen, como repartos de grano, aceite y vino. La construcción y remodelación de obras públicas también fue un hecho usual y eficaz que funcionaba como un medio de promoción personal del candidato, magistrado o general. Estos sujetos estaban interesados en ofrecer nuevas comodidades y servicios a los electores: se buscaba que los espectadores de los juegos estuvieran cubiertos, que tuvieran agua en el verano, que los escenarios fueran giratorios para brindar una visión completa, y que las edificaciones fueran adornados con pinturas, plata, oro y marfil. Esta situación propició que varias personas usaran recursos

---

<sup>1</sup> Plut. *Vit. T. Gracch.* 10.5, 13.3. Cfr. App. *B. Civ.* I.10. Vel. Pat. II.2.3

<sup>2</sup> Israël Shatzman, *Senatorial Wealth and Roman Politics*, Bruselas, Latomus, 1975, p.21-37 (Collection Latomus, 142). Por ejemplo, la casa de Cneo Domicio Enobarbo costaba seis millones de sestercios por su excelente ubicación y proverbial lujo. Val. Max. IX.1

<sup>3</sup> Shatzman, *op. cit.*, p.94-98

propios y que incluso llegaran a endeudarse para tener posibilidades en la arena política.<sup>4</sup> Asimismo, la invitación a banquetes y a espectáculos públicos fue algo frecuente con fines electorales, y otras veces ni siquiera en época electoral; esto producía efectos negativos y perniciosos como la corrupción electoral, situación típica en la crisis republicana, y llevaba al enfrentamiento entre los grupos políticos.<sup>5</sup>

Esta situación no cambió cuando surgió el Imperio personal: el orden senatorial y el ecuestre siguieron llevando un estilo de vida acorde a su posición social. En el Imperio se gastaba de forma muy similar a como se había hecho en los últimos siglos de la República. La propiedad territorial siguió siendo la principal muestra de poder económico en el mundo antiguo: en la propia Roma sus casas tenían pórticos, atrios, bibliotecas, baños, galerías de pinturas y otras comodidades que revelaban la capacidad económica del propietario. A la par, esto era completado por otra mercancía que también era necesaria y que mostraba el poder adquisitivo: los numerosos esclavos que se dedicaban a tener todo en perfecto estado y orden.<sup>6</sup> Lejos habían quedado los tiempos de las pequeñas y modestas propiedades de Valerio Publícola, Quincio Cincinato y Fabricio Luscino. Los senatoriales se esforzaban por adquirir tierras en lugares diversos para que sus rentas no estuvieran expuestas a las contingencias naturales de una sola región y, al mismo tiempo, tener espacios de recreo y descanso en varias partes del Imperio para cuando quisieran gozar un clima y ambiente de acuerdo con su gusto. En el siglo IV se decía sobre el senatorial Probo: “era un hombre conocido en todo el imperio por la nobleza de su estirpe y por la riqueza de su patrimonio, un patrimonio que le permitía tener posesiones en casi todo el mundo”.<sup>7</sup> La enormidad de las propiedades senatoriales y el gran número de esclavos encargados de su sostenimiento

---

<sup>4</sup> Para las progresivas comodidades en los lugares públicos. Val. Max. II.4.6. Julio César adquirió grandes deudas para pagar la construcción y remozamiento de edificios públicos, juegos gladiatorios y otros *ludi* que también le acarrearón popularidad. Suet. *Caes.* 10-13. Plut. *Vit. Caes.* V.8-9. Fue uno de los personajes que más explotó la relación entre obra pública y promoción de la imagen con fines políticos y electorales.

<sup>5</sup> El uso de recursos para captar votos también está atestiguado en los reproches de Catón contra los triunviros, aunque él mismo llegó a apoyar diversos gastos para obtener votos en detrimento de Julio César que utilizaba una enorme cantidad de dinero para atraerse el favor popular. Suet. *Caes.* 19. Un apunte sobre tales prácticas en esta época a pesar de las leyes que lo prohibían, en Lily Ross Taylor, *Party Politics in the Age of Caesar*, Los Ángeles, University of California Press, 1971, p.62-69

<sup>6</sup> Ludwig Friedlaender, *La sociedad romana. Historia de las costumbres en Roma desde Augusto hasta los Antoninos*, trad. de Wenceslao Rocés, 1ª. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p.126-127 (Sección de Obras de Historia). Por ejemplo, Marcial felicitaba a un conocido porque desde su casa se podía ver toda Roma, contaban con un gran número de provisiones y se podía descansar plácidamente en alguna de sus innumerables habitaciones. Mart. XII.57.18-25. Asimismo, Estacio realiza una descripción literaria de una villa de un personaje poderoso de su tiempo, ponderando su belleza y funcionalidad. Stat. *Silv.* I.3.15-75

<sup>7</sup> Amm. Marc. 27.11.1

hicieron que Amiano se expresara sarcásticamente del cansancio y pesar que les provocaba a sus dueños la visita de sus terrenos: “si realizan un largo viaje para ver sus posesiones o para cazar gracias al esfuerzo de otros, piensan que su desplazamiento es semejante al de Alejandro Magno o al de Julio César”.<sup>8</sup> En el Bajo Imperio la propiedad rural adquirió una creciente importancia, pues en esa etapa se reforzó la tendencia de vivir en el campo como muestra tangible del ideal aristocrático del *otium* como estilo de vida, consecuencia de la riqueza y un símbolo de la posición social. El tenso clima político y militar de la época, especialmente por los impuestos, los golpes de Estado y las invasiones bárbaras, provocaba la huída de las ciudades. La obtención de propiedades en varias provincias y la creación de villas, que requerían seguridad y defensa, hizo que se armaran ejércitos particulares, y que se buscara el suministro de mercancías y productos en los talleres de la propia villa. Sobre la ventaja de una de sus villas, Ausonio decía: “Mi campo no está ni lejos de la ciudad, ni cerca de la ciudad, de modo que no sufro el agobio de la gente y puedo disponer de mis bienes, y cuando los inconvenientes me obligan a cambiar de lugar, me mudo y disfruto alternativamente del campo o de la ciudad”.<sup>9</sup> Ello iba de la mano con las comodidades de la vida urbana en el campo: baños, bibliotecas, templos y otros edificios que servían para recibir la visita de magistrados y amigos. Así, la villa se volvió un escenario fundamental en varios aspectos de la vida económica y social.

Ahora bien, el asunto no solamente se quedaba en la adquisición de propiedades, sino en el gasto implicado en su mantenimiento y ornamentación. Los nobles dedicaron enormes recursos para que sus hogares estuvieran adornados con elegancia y buen gusto. La arquitectura obedecía a las necesidades estructurales del urbanismo que hundía sus raíces en la conformación de la *pólis* griega y a las comodidades que todo miembro de las

---

<sup>8</sup> Amm. Marc. 28.4.18. Tal actividad tiene correspondencia en algunas fuentes literarias: Apuleyo hace que una mujer convenza a su marido “de que acuda a toda prisa a unas fincas situadas a una enorme distancia”. Apul. *Met.* X.4.4. Cfr. la descripción de Estacio sobre unos baños particulares. Stat. *Silv.* I.5

<sup>9</sup> Aus. *De Herediolo*, 29-33. Para las funciones de la villa tardoimperial vid Javier Arce, “*Otium et negotium: the great estates, 4th-7th century*”, en Michelle Brown y Leslie Webster, eds., *The transformation of the Roman world*, Londres, British Museum Press, 1997, p.21-23. Jeremy Rossiter, “*Convivium and Villa in Late Antiquity*”, en William J. Slater, ed., *Dining in a Classical Context*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1991, p.199-200 El gran papel del terrateniente como intermediario de amplias capas de población frente a la autoridad central, sus atribuciones de juez en la villa y su influencia para brindar protección y favores fueron definitorios en la dinámica social de esta época a tal grado que tuvo su proyección celestial en la figura del santo patrono cristiano que fungía como intermediario en la corte celestial de un Dios lejano. Peter Brown, *The cult of the saints. Its Rise and Function in Latin Christianity*, Chicago, University of Chicago Press, 1982, p.55-57 (The Haskell Lectures on History of Religions. New Series, 29)

élites debía disfrutar; con ello se abría paso a los gustos y adaptaciones locales, de manera que unidad y diversidad convivían de modo fascinante. Las grandes casas tenían atrios, peristilos, vestíbulos y baños que cumplían con las exigencias para hacerla funcional. El *triclinium* y las salas de recepción eran espacios dentro de la casa para la convivencia entre los miembros de la familia y para el encuentro con personas de todo origen social.<sup>10</sup> La riqueza y el buen nombre exigían que los poderosos tuvieran espacios reservados para acoger a los huéspedes distinguidos que visitaban la ciudad. Esto hacía explícita la posición social de los reunidos en esas habitaciones. El lujo manifestado en materiales y trabajos empleados en el adorno de la *domus* también cobraba un papel significativo. El uso y trabajo del mármol fueron recurrentes en las capas altas que no escatimaban recursos para obtener el mejor material disponible para sus casas: la variedad del mármol procedente de muchas partes del Imperio hallada en sitios urbanos y rurales de provincias tan lejanas como Britania atestiguan ese hecho.<sup>11</sup> Comprar y trasladar los materiales era costoso, así como la contratación de un artista capaz; aunado a esto, se buscaban insistentemente materiales raros y llamativos para adornar la casa, por lo cual también las piedras y metales preciosos fueron elementos utilizados por los grupos sociales romanos altos. Según las fuentes literarias, tanto en la Grecia clásica y helenística como en la República romana, los pavimentos de mosaico eran un exceso.<sup>12</sup> En el Imperio la crítica se dirigió contra el uso del mármol o el mosaico de pared, pero la difusión de los mosaicos de piso demuestra que tales críticas eran ignoradas; además, las variantes en el tipo de mosaicos reflejan la escala económica y social de quien tenía la posibilidad de pagar esos trabajos. Si bien el incremento en la demanda bajaba el costo de producción, debe considerarse, como parte del gasto, la destreza del mosaquista, pues su prestigio y trabajo también pesaban en el costo final, y la capacidad económica del comprador. Debido a esto, los mosaicos conservaron su

---

<sup>10</sup> Yvon Thébert, “Vida privada y arquitectura doméstica en el África romana”, en Phillippe Aries y Georges Duby, dir., *Historia de la vida privada*, trad. de Francisco Pérez Gutiérrez, 6ª. reimp., Madrid, Taurus, 1989, p.357-358, 363-366. M.W. Frederiksen, “Ciudades y casas”, en Baldson, *op. cit.*, p.218-219

<sup>11</sup> Raphael M.J. Esserling, “An spirit of improvement? Marble and the Culture of the Roman Britain”, en Ray Laurence y Joan Berry, eds., *Cultural Identity in the Roman Empire*, Londres y Nueva York, Routledge, 2001, p.142-144. (Classical Studies/Archaeology/Ancient History). T.W. Potter, *Roman Britain*, 2ª. ed., Londres, British Museum Press, 1997, p.63

<sup>12</sup> Plinio el Viejo recapitulaba la calidad del mármol según su origen y recordaba el lujo de los mármoles en las casas de Escauro, Craso y Bruto en la República. Plin. *Nat. Hist.* XVIII.6-8. Tal lujo se contraponía a las costumbres del pasado y hacía caso omiso de leyes e interdictos que intentaban controlarlo. Plinio las llama costumbres vencidas (*moribus uictis*). Lucio Licinio Craso mandó traer columnas del Himeto para adornar su casa. Cfr. Val. Max. IX.2

signo de distinción y riqueza en la Antigüedad tardía y los individuos pudientes procuraban tener mosaicos que reflejaran su capacidad económica.<sup>13</sup>

También el mobiliario y los objetos cotidianos llevaban la impronta de la dignidad de sus dueños y su lujo excesivo despertó la protesta de algunos senadores: la recurrencia de las leyes suntuarias demuestra tal exceso y el fracaso en impedirlo. Con Tiberio se decretó “que no se fabricase vajilla de oro macizo para servir alimentos y que los hombres no se deshonraran usando vestidos de seda. Frontón fue más lejos y pidió poner límite a la plata, los muebles y los esclavos”.<sup>14</sup> Los candelabros de Egina costaban 25.000 sestercios, los vasos murrinos llegaban a costar 300.000 sestercios, algunos vasos de plata finamente trabajada valían 6.000 sestercios, el costo de mesas de madera fina ascendía a 500.000 sestercios y algunos tapices orientales valían 800.000 sestercios en los siglos I y II. Estas excentricidades motivaron a Juvenal a decir, con su típico tono moral y crítico, que los muebles eran modestos en el pasado y “ahora se considera desgraciado a quien no tiene muebles de marfil y plata”.<sup>15</sup> También eran objetos de lujo los vestidos de lino y seda, siendo los productos orientales los más afamados y costosos. Había además joyas que destacaban por su exotismo, por los sitios lejanos de donde provenían, dentro o fuera del Imperio, y por las piedras y materiales preciosos con que eran realizadas y que provocaban sus precios elevados.<sup>16</sup>

Asimismo, la consolidación de la conquista romana y el incremento del comercio interior y exterior propiciaron que nuevos alimentos estuvieran al alcance de los órdenes superiores y que éstos gastaran grandes cantidades en platillos elaborados a la altura de su prestigio y de sus educados paladares. Había ciertos pescados, vinos y salsas, cuyo lugar de origen era celebrado por su sabor peculiar, que los ricos se esmeraban por tenerlos sin

---

<sup>13</sup> Katherine M.D. Dunbabin, *Mosaics of the Greek and Roman World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p.326. Robert Etienne, *La vida cotidiana en Pompeya*, trad. de José Antonio Míguez, Madrid, Aguilar, p.167-168 (Cultura e Historia). En pasaje de las *Metamorfosis*, Apuleyo narra la majestuosidad de una casa destacando un atrio que tenía varias columnas y estatuas fabricadas de un mármol de excelente calidad así como de un trabajo excepcional con temas mitológicos. Apul. *Met.* II.4

<sup>14</sup> Tac. *Ann.* II.33. En tales medidas debe verse la influencia de Tiberio, cuyo talante moderado y ahorrativo, por lo menos en estas cuestiones, recordaban la austeridad que se relacionaba a los tiempos republicanos.

<sup>15</sup> Juv. XI.125-129. A inicio del siglo III, Tertuliano decía que “para la vajilla [...] se extrae plata de las minas”. Apol. 6.3. También Apuleyo mencionaba la existencia de lechos de cedro y marfil, fundas de oro, copas costosas, vidrio tallado, cristal de gran calidad, objetos de plata, oro y ámbar. *Met.* II.19.1-4. Cfr. Katherine M.D. Dunbabin, “Triclinium and Stibadium”, en Slater, *op. cit.*, p.123-128

<sup>16</sup> Friedlaender, *op. cit.*, p.809-813, 843-848. A pesar de su antigüedad, este texto sigue siendo referencia obligada para quien se acerca a estos hechos. Cfr. Carcopino, *op. cit.*, p.44-45. Etienne, *op. cit.*, 167-172. De Heliogábalo se contaban gastos excesivos en cuanto a vestimentas, muebles y regalos. *SHA.* Hel. 23.3-5

importar el costo, para exponerlos en los banquetes. Juvenal criticaba a un amo que gastaba grandes cantidades en exquisitos platillos y señalaba que “antes para los días festivos y cumpleaños se guardaba lomo de puerco y tocino junto con algo de carne fresca de la víctima y no los platillos elaborados y exóticos de ahora”.<sup>17</sup> De igual modo los grandes banquetes ofrecidos por algunos emperadores como Calígula, Nerón, Vitelio y Heliogábalo simbolizaron el despilfarro y el lujo en la comida: platillos de cuatro millones de sestercios y festines de 400.000 sestercios se volvieron proverbiales por su precio y por los manjares raros que se ofrecían. Sobre esto, en el albor del siglo III, Tertuliano decía irónicamente que “hay que llamar cenas centenarias a las cenas que cuestan cien mil sestercios”,<sup>18</sup> haciendo referencia a las comidas de algunos particulares en su época. Fuera una ocasión especial o simplemente por el gusto de hacerlo, cualquier pretexto era bueno para quien tuviera la disposición y el dinero de realizar este tipo de banquetes.

Los gastos de los *potentes* romanos no se limitaban a la comodidad en este mundo, sino también se reflejaban en sus moradas funerarias. En la mayoría de las sociedades es normal que los grupos privilegiados tengan tumbas llamativas, baste recordar las grandes tumbas egipcias y aqueas. En la Grecia arcaica y en Etruria los entierros se hacían fuera del recinto urbano y los miembros más pudientes se esforzaron por hacer sus tumbas grandes y ostentosas para denotar su importancia. Asimismo, los objetos que acompañaban al cuerpo o a sus cenizas testificaban la riqueza que se tuvo en vida: ahora una parte lo acompañaba a su morada permanente.<sup>19</sup> Los romanos pudientes, influidos tanto por esto como por el boato helenístico, construyeron estupendos monumentos funerarios para sus familias y para sí mismos, que no sólo reflejaban su capacidad económica, sino las actividades y placeres del difunto, lo cual también se prestaba a la competencia aristocrática. Los más ricos construían tumbas con forma de pirámides, mausoleos y templos que podían contar con jardines que

---

<sup>17</sup> Juv. XI.117-124. Sobre estas comidas es necesario recordar que no debe creerse que era lo habitual, estos textos suelen fijarse en los platillos exóticos para criticarlos y ponderar una vida más sencilla. Además, lo frugal y lo lujoso podían tener barreras muy difusas como puede verse en Plinio, *Ep.* III.12. Por ello debe cuidarse el uso de las fuentes. Emily Gowers, *The loaded table. Representations of Food in Roman Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1996, p.6-7.

<sup>18</sup> Tert. *Apol.* 6.3. Para los hábitos de los emperadores: Suet. *Cal.* 37.1. *Nero.* 27.1. *Vit.* 13. Tac. *Hist.* LXII.2. *SHA.* Hel. 19.6. 20.4-7. Eutr. VIII.18.2-5.

<sup>19</sup> Ian Morris, *Burial and ancient society. The rise of the Greek city-state*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p.46-52,183-189 (New Studies in Archaeology). Alain Hus, *Los etruscos*, trad. de Joaquín Gutiérrez Heras, 5ª. eimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p.254-257 (Breviarios, 167). Dominique Brisquel, *Les étrusques. Peuple de la différence*, 10ª ed., París, Armand Colin, 1993, p.88-92 (Civilisations U). Raymond Bloch, *Los etruscos*, Barcelona, Argos, 1961, p.175-185.

inmediatamente atraían las miradas. También se hacían importantes gastos en la cremación y en la urna donde se depositaban las cenizas o en el sarcófago en caso de que fuera un rito de inhumación. Como sea, se usaban materiales caros y se adornaban exquisitamente como muestran los magníficos ejemplares de la etapa imperial. Como dice Friedlaender: “El afán tan generalizado, y exaltado a veces hasta la pasión, de seguir viviendo en la memoria de la posteridad, y de asegurar también esta pervivencia a las personas queridas [...] habrían de atraer las miradas llenas de asombro a las futuras generaciones”.<sup>20</sup>

La exhibición de la riqueza también se hacía en el ámbito público. A pesar de la importancia del individuo en el mundo grecorromano, aquél no vivía sin interactuar con los demás, de ahí que adquiriera su sentido más pleno en la ciudad como defendía Aristóteles.<sup>21</sup> Los ciudadanos estaban forzados a contribuir de acuerdo con sus posibilidades económicas y con su posición social a las necesidades del Estado: la condición de ciudadano requería la corresponsabilidad en la dirección de los asuntos estatales. Esto, que comenzó como rasgo aristocrático, se extendió al grueso de los ciudadanos conforme la democracia se impuso; a partir de Solón, Atenas fue el caso más emblemático de esto.<sup>22</sup> El apogeo ateniense hizo que varios ciudadanos voluntariamente se encargaran de más gastos para librar a la ciudad de cargas: mantener una nave por un año, solventar los gastos de una puesta en escena, dar banquetes en las festividades y construir edificios. Según Robin Osborne, “un gran número de atenienses ricos necesitaban grandes cantidades de efectivo, y los necesitaban no sólo de modo ocasional, sino regularmente”.<sup>23</sup> A pesar de que los gastos no eran privativos de un grupo social, era claro que los nobles contaban con mayores recursos para afrontarlos y ponderar su poderío económico en la esfera pública.

Como en otros aspectos, Roma se vio influida también en esto por el legado heleno. A partir del siglo III a.C., con la aparición de la *nobilitas*, ésta utilizó el gasto público para enfatizar su posición preeminente. Como señala P.A. Brunt, la riqueza jugó un papel crucial en este proceso así como en sus efectos degenerativos: “gastar con largueza, gratificar al

---

<sup>20</sup> Friedlaender, *op. cit.*, p.858-859. Sobre este mismo tema: Etienne, *op. cit.*, p.314-316. Pierre Grimal, *La vida en la Roma antigua*, trad. de Sandra y Fernando Schiumerini, Barcelona, Paidós, 1993, p.35 (Paidós Studio, 95) Séneca se consideraba espléndido y cuidadoso por llevar cuentas de sus gastos. Sen. *Ep.* I.4

<sup>21</sup> Arist. *Pol.* 1252b

<sup>22</sup> Adolfo J. Domínguez Monedero, *Solón de Atenas*, Barcelona, Crítica, 2001, p.63-65 (Crítica Arqueología)

<sup>23</sup> Robin Osborne, “Pride and Prejudice, Sense and Subsistence: Exchange and Society in the Greek City”, en John Rich y Andrew Wallace-Hadrill, eds., *City and Country in the Ancient World*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, p.131 (large numbers of wealthy Athenians needed large accounts of cash, and needed the not just occasionally but regularly). Cfr. Ian Morris, “The Early Polis as City and State”, en *idem*, p.44-49

electorado con fiestas y espectáculos costosos, y el recurso a la corrupción pura y simple aumentaban las probabilidades de los aspirantes a los cargos”.<sup>24</sup> La proyección de la imagen con fines político-electorales fue entendida pronto por los aristócratas romanos que no limitaron recursos para ofrecer mejores beneficios a la ciudad. Los ediles construían y remozaban edificios públicos aprovechando el hábito romano de llamar a las obras públicas con el nombre de su constructor. El botín y el dinero de los generales fueron usados en parte para proveer a Roma de edificios que la hicieran digna de una ciudad conquistadora del mundo, además de juegos, espectáculos y banquetes. La nobleza senatorial pronto se vio inmersa en la dinámica competitiva por brindar mayores comodidades y lujos: Plinio el Viejo refería que Escauro dotó a la ciudad de columnas de mármol en el siglo I a.C., gastos que califica de “voluptuosidades públicas”.<sup>25</sup> Algunos rivales de Julio César impulsaron leyes que pretendían limitar el gasto en larguezas públicas, pues “siendo edil, además del Comicio, el Foro y las basílicas, decoró incluso el Capitolio con unos pórticos provisionales para exponer en ellos una parte de los pertrechos de que disponía en abundancia”.<sup>26</sup>

Con la instauración del Imperio, el poder se centró en la figura del emperador y en su administración, pero las ciudades seguían organizándose según las antiguas usanzas, e incluso el gobierno imperial favoreció el desarrollo de las mismas, pues entendía que su propia fortaleza dependía de los núcleos urbanos. Al hacer esto, el emperador preservaba las estructuras cívicas y urbanas que tenían hondas raíces en el orbe antiguo. Debido a esto, Garnsey y Saller consideran clave tal política para entender el funcionamiento del Imperio, pues “los miembros más acomodados de una comunidad se encargaban del cumplimiento de servicios y responsabilidades esenciales por medio del pago en dinero o en especie o la prestación de servicios personales”.<sup>27</sup> De esta manera, las ciudades eran administradas por los senados locales y por el *ordo decuniorum* que se encargaba de recaudar los impuestos - un 5% del excedente agrícola en el Alto Imperio y diez en el Bajo- y mantener la paz pública en representación del príncipe. Los curiales no pasaban del 5% de la población total

---

<sup>24</sup> P.A. Brunt, *La caduta della Repubblica romana*, trad. de Franco Salvarotelli, Roma y Bari, Laterza, 2004, p.42 (Economica Laterza, 342). (Spendere con larghezza, gratificare l'elettorato con feste e spettacoli costosi, e il ricorso alla corruzione pura e semplice, aumentavano le probabilità dei concorrenti alle cariche)

<sup>25</sup> Plin. *Nat. Hist.* XXXVIII.5 (voluptatibus publicis)

<sup>26</sup> Suet. *Caes.* 10.1

<sup>27</sup> Garnsey y Saller, *op. cit.*, p.47. Valerio Máximo cuenta que un célebre ciudadano griego se encargaba de construir edificios, brindar espectáculos, ofrecer magníficos banquetes y comprar trigo cuando era escaso. IV.8.2

del Imperio, pero poseían la cuarta parte de las tierras y el 40% de la riqueza.<sup>28</sup> Tal situación hacía tremendamente eficaz al gobierno imperial en el territorio romano porque, sin tener que gastar en una gran burocracia como los Estados modernos, podía estar en todo lugar que tuviera ciudades y sus órganos de representación con un gasto mínimo. Las curias compuestas por los individuos más prestigiados y ricos, debían usar parte de su riqueza para los deberes habituales de los decuriones, esto es, al cuidado de las propias ciudades. Había que procurar la construcción y mantenimiento de edificios públicos ya que la vida cívica tenía un carácter marcadamente público: teatros, anfiteatros, termas, circos, basílicas, gimnasios, baños, pórticos, fuentes, templos, acueductos, arcos, muros, mercados y drenaje fueron cruciales en la fisonomía urbana del Imperio, lo mismo en Britania que en las provincias orientales, sin que ello signifique la negación de las tradiciones locales.<sup>29</sup> Junto con eso, los notables locales se encargaban de la provisión de trigo y vino para evitar la carestía, el hambre y los tumultos que podían perturbar la paz social y atraer la atención del gobernador o del emperador.

En las etapas de auge, los curiales rebasaban sus deberes tradicionales y realizaban más obras y aportaciones de las esperadas, incluso en otras ciudades. Según Owens, “había un sentimiento profundo y genuino de orgullo y patriotismo cívico, especialmente entre los líderes de las ciudades, y este patriotismo tenía un profundo efecto en el desarrollo de las ciudades a través del imperio”.<sup>30</sup> Así, por ejemplo, el padre de Herodes Ático otorgó cuatro millones de denarios para el abastecimiento de agua a Troya, y dotaba regularmente de vino, carne y dinero a Atenas. El propio Herodes Ático realizó varias donaciones en Epiro, Grecia e Italia, pagó el estadio y el Odeón de Atenas, un acueducto en Olimpia, un teatro en Corinto y un estadio en Delfos. De modo parecido, Dión de Prusa mencionaba su intención

---

<sup>28</sup> Peter Brown, *El primer milenio de la cristiandad occidental*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 1997, p.27-28 (La construcción de Europa). Garsney y Saller, *op. cit.*, p.32-39. Cameron, *op. cit.*, p.107-109. Aun con las modificaciones en la Antigüedad tardía la tasa impositiva no creció desmesuradamente aunque los textos contemporáneos se quejen del aumento de impuestos y la burocracia. Lo que sí creció fue la brecha entre los grupos pudientes y los menos favorecidos en esta etapa.

<sup>29</sup> Un análisis pormenorizado de estas construcciones y sus distintas funciones en E.J. Owens, *The City in the Greek and Roman World*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, p.149-163. Para la diversidad de formas dentro de un mismo marco arquitectónico: John Wacher, *The Towns of Roman Britain*, 2ª. ed., Londres y Nueva York, Routledge, 1997, p.17-32. Warwick Ball, *Rome in the East. The Transformation of an Empire*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000, p.207-221

<sup>30</sup> Owens, *op. cit.*, p.122. (There was a deep and genuine feeling of civil pride and civil patriotism, especially amongst leading citizens of the towns, and this patriotism had a profound effect on the development of towns throughout the empire.)

de dotar a su ciudad de pórticos, fuentes, murallas y puertos para su patria, y que rebasaba las donaciones de ciudadanos más ricos que él. Esto cobra mayor importancia cuando Dion aclaró que, pese a estar pasando algunos problemas económicos, cumplía con sus deberes.<sup>31</sup> Además, los notables locales contribuían de otras formas a la ciudad al dotar de profesores, ayudaban con dádivas y donaciones a la comunidad, y hacían préstamos con bajos intereses a los menos favorecidos. Tal fue el caso de Plinio el Joven en su natal Como y en otras ciudades cumpliendo con el papel que se esperaba de él. Además de construir y remozar templos, pagó estatuas, construyó una biblioteca en Como de un millón de sestercios, dio cien mil para su mantenimiento y se comprometió a pagar a los profesores; dio 500.000 sestercios para el sostén de niños libres así como la renta de una propiedad; pagó unas termas y concedió diversas cantidades para el sostenimiento de éstas y para comidas anuales en la ciudad. Comentando su aporte en mármol para adornar un templo, afirmó que “demostraré tanta piedad como magnificencia”, con lo cual imitaba el ejemplo dado por Trajano y que después seguirían los demás Antoninos.<sup>32</sup> Aunque esos casos destacan por la enormidad de los recursos, se pueden multiplicar a una escala menor, pero constante, en todas las ciudades romanas. Luciano decía que estos gastos se hacían en pro a la ciudad, pues así los ciudadanos adquirirían “riquezas por la mera satisfacción de entregarlas a las arcas públicas del Estado”.<sup>33</sup>

En términos generales, en el Bajo Imperio las condiciones urbanas se deterioraron y ante esto el gobierno imperial pretendió controlar sus recursos de modo más directo y eficaz, lo que explica la evolución administrativa en la Antigüedad tardía. Para ello fijó claramente las obligaciones curiales con sus ciudades, lo que, aunado al declive económico de algunos decuriones, ocasionó que éstos desearan librarse de sus tradicionales deberes, y que las leyes imperiales deseaban mantenerlos en sus puestos.<sup>34</sup> Las curias sufrieron la intervención creciente de funcionarios imperiales para vigilar el correcto ejercicio de los

---

<sup>31</sup> Dio. Chrys. *Or.* XLV.12-13. En algunos discursos recalca los problemas económicos que esto le provocaba. *Or.* XL.7-9. XLV.10. Para el padre de Herodes Ático, *vid* Filost. *VS.* 521. Cfr. Alföldy, *op. cit.*, p.160.

<sup>32</sup> Plin. *Ep.* IX.39. Sobre sus actividades *vid Ep.* I.8. III.5. IV.1. El mismo comenta el apoyo de Trajano a los distintos grupos sociales. *Pan.* I.27-28. Para las donaciones de los demás Antoninos *vid SHA.* Hadr. 7.8. Ant. 2.8. M. Aur. 7.8. Una exposición sobre las labores evergéticas de Plinio, destacando su generosidad a pesar de que no contaba con una fortuna espectacular, en Friedlaender, *op. cit.*, p.129-130

<sup>33</sup> Luc. *Patr. Enc.* 11.7

<sup>34</sup> Algunos síntomas de descomposición curial y urbana son visibles en los últimos años de los Antoninos. Alföldy, *op. cit.*, p.178-179 Walbank, *op. cit.*, p.81-83. Dion comentaba que en su tiempo había algunos curiales que huían de las liturgias y que no deseaban los cargos. Dio Chrys. *Or.* XX.2

recursos; al mismo tiempo, se acentuaron las diferencias económicas y sociales entre los miembros de cada senado, siendo los elementos menos favorecidos los que cargaron con la mayoría de los compromisos. Si bien este proceso estuvo lejos de ser homogéneo y de afectar por igual y al mismo tiempo en todas las provincias, marcó una tendencia que define la transición de la ciudad antigua a la medieval. La siguiente afirmación de Claude Lepelley es útil: “Debemos, por lo tanto, notar y aceptar la coexistencia de dos realidades: la supervivencia de la ciudad clásica y el lento surgir de nuevas estructuras que competían con ella y muy gradualmente la reemplazaron”.<sup>35</sup> A pesar de estas vicisitudes, mientras existió la ciudad y el ideal urbano hubo personajes que cumplían las tareas curiales con denuedo, incluso con prodigalidad y entusiasmo si las circunstancias eran favorables. Aprovechando los referentes sociales de su época, Apuleyo describió a uno de sus personajes como un entusiasta donador de juegos y espectáculos que “preparaba diversiones para el pueblo dignas de la magnificencia de su fortuna”, e hizo una detallada narración de su generosidad. Por su parte, en el siglo IV, Libanio señaló algunos casos de personas que construían y remozaban edificios, pagaban juegos y carreras más vistosas que sus predecesores, y acaparaban las liturgias por encima de sus capacidades económicas; inclusive debió ayudar a un primo para que cumpliera con lo prometido. De igual modo, Símaco gastó una cantidad considerable para brindar grandes espectáculos -“una forma de generosidad diferente”, por la cuestura de su hijo.<sup>36</sup> También, como se venía haciendo anteriormente, algunos apoyaban los estudios de los jóvenes de sus ciudades, las dotaban de bibliotecas, pagaban a los profesores locales y apoyaban a las asociaciones profesionales como modos de contribuir con los gastos de los decuriones. Por ejemplo había un notable local que utilizaba parte de su riqueza para financiar los estudios de algunos jóvenes africanos, entre los que se contaba Agustín.<sup>37</sup>

---

<sup>35</sup> Claude Lepelley, “The survival and fall of the classical city in Late Roman Africa”, en John Rich, ed., *The city in Late Antiquity*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996, p.70. (Leicester and Nottingham Studies in Ancient Society, 3). (We must, therefore, note and accept the coexistence of two realities: the survival of the classical city, and the slow emergence of new structures, which competed with it and very gradually took its place) Para los cambios en la ciudad clásica *vid* Liebeschuetz, *op. cit.*, p.411. Cameron, *op. cit.*, p.171-184. Wolfgang Liebeschuetz, “The end of the ancient city”, en Rich, *op. cit.*, p.4-15. La sumisión por parte de los curiales menos reconocidos a los principales, además de la aparición de los patronazgos militares opuestos a los curiales que debían pagar con sus bienes los impuestos no pagados, se ve en Lib. *Or.* XLVII.4-10

<sup>36</sup> Apul. *Met.* IV.13.2. Lib. *Or.* III.135-137. 193-195. Symmachus, *Ep.* II.78.

<sup>37</sup> August. *C. Acad.* II.2.3. Cfr. Peter Brown, *Biografía de Agustín de Hipona*, trad. de Santiago Tovar y María Rosa Tovar, Madrid, Revista de Occidente, 1970, p.21-22

## Los ámbitos de la superioridad social

En la antigua Roma, la riqueza y su gasto tenían otras aristas sociales con implicaciones ideológicas, con códigos explícitos e implícitos que reforzaban las brechas sociales. Como indica Leach “los índices en los sistemas de comunicación no verbal, como los elementos del sonido en el lenguaje hablado, no tienen un significado si están aislados, sino solo como elementos de conjuntos. Un signo o símbolo solamente adquiere significado cuando se le distingue de otro signo o símbolo contrario”.<sup>38</sup> En la Antigüedad había una gran cantidad de elementos tácitos o espectaculares que validaban a los órdenes superiores.

Desde la República el orden senatorial contaba con signos externos de su prestigiada posición: calzado, una banda especial en la toga y títulos que podían heredar a su familia, y que robustecían su conciencia de grupo. A pesar de las convulsiones políticas de la crisis republicana, en el Imperio la estructura social fue reforzada: los signos senatoriales se presumían a la menor provocación, sobre todo en el ámbito público, como muestra de su elevada posición: la banda ancha, títulos especiales, riqueza mínima, permiso para heredar las prerrogativas; esto suponía una posición reconocida, y una moral y valores propios. Aunque en la Antigüedad tardía se dio la fusión de órdenes, el nuevo grupo senatorial pronto se dividió en categorías, con sus propios signos de distinción y privilegios que plasmaban la jerarquía existente entre sus elementos.<sup>39</sup> La pertenencia a un orden no era una cuestión sólo de riqueza, sino que había más factores involucrados: linaje, influencia, prestigio, educación y lugar de nacimiento. La admisión al orden senatorial o equestre, se daba en una ceremonia llena de símbolos en que el sujeto salía de su anterior grupo para pasar al nuevo, y disfrutar de las exenciones fiscales y privilegios jurídicos propios. De la misma manera, la inclusión al senado era un proceso que requería el cumplimiento de ciertas formalidades que recordaban la relevancia de ese suceso.<sup>40</sup> Junto con el emperador, que patrocinaba el acceso de ciertos individuos, el senado jugaba un papel importante en la

---

<sup>38</sup> E.R. Leach, *Culture and communication: the logic by which symbols are connected*, apud Morris, *op. cit.*, p.140 (The indices in non-verbal communication systems, like the sounds elements in spoken languages, do not have meanings as isolates but only as members of sets. A sign or symbol only acquires meaning when it is discriminated from some other sign or symbol.)

<sup>39</sup> Gage, *op. cit.*, p.355-357. Garsney y Saller, *op. cit.*, p.135-136

<sup>40</sup> Las diversas modalidades, la complejidad de la admisión al senado y las discusiones alrededor de este tema quedan de manifiesto en Paolo Garbarino, *Ricerche sulla procedura di ammissione al senato nel tardo impero romano*, Milán, Dott. A. Giuffré Editore, 1988, p.363-391. Cfr. Syme, *op. cit.*, p.275-276

calificación de quienes pretendían entrar en su seno. El senado decidía si una persona contaba con el perfil económico y social adecuado para ingresar en él y juzgaba si ese individuo aportaría su parte correspondiente de prestigio y honorabilidad al conjunto.

El ingreso al senado y el ejercicio del consulado marcaban grandes acontecimientos en la vida social y política del individuo que lograba tales metas; se trataba de la cumbre de una importante carrera política y el mayor honor que un romano podía gozar, como lo expresó un orgulloso Cicerón.<sup>41</sup> En el Imperio, cuando las decisiones importantes estaban lejos de ser tomadas por el senado y los cónsules, el ser senador o cónsul era la culminación de una larga carrera administrativa. Para lograrlo era necesario un buen desempeño político al servicio del emperador y un uso inteligente de recursos propios en los lugares de origen y en la propia Roma.<sup>42</sup> De nuevo la capacidad económica cumplía un papel importante al brindar un elemento extra que fortalecía su sentido de grupo. Aun Libanio, que no veía con buenos ojos las cosas relacionadas con Roma o con el latín, reconocía que la admisión al senado romano era un gran honor que conllevaba muchos beneficios e inmunidades, que varios ambicionaban. Los príncipes lo habían hecho un honor que podía exhibirse durante toda la vida, perpetuaba el nombre en los fastos y se presumía en todo el mundo romano. Con un toque retórico escribía que nada podía eclipsar al consulado, y que muchos anteponían “la obtención de una distinción a una vejez placentera y que, si alguno de los dioses les diera a elegir entre una vida longeva o este honor, se inclinarían por éste”.<sup>43</sup> Su contemporáneo Ausonio se congratulaba por haber alcanzado el consulado tras una dilatada carrera política y retórica bajo Graciano: “De su corte formé parte y fui su cuestor, luego - cima de los honores- prefecto de las Galias, de Libia y del Lacio, y ya cónsul, fui el primero en obtener los haces y la silla curul del Lacio, por delante de mi colega”. Por su parte, Símaco, uno de los senadores más prestigiados del siglo IV, se refería al cargo como “el culmen de los honores” y alababa a los emperadores por conceder tal honor a Pretextato “al que razonablemente habíais hecho cónsul para que la memoria de los anales propagara su célebre nombre”.<sup>44</sup>

---

<sup>41</sup> Cic. *Cat.* IV.9. Tiempo después Estacio también destacaría la toma del consulado como un acontecimiento digno de resaltar. *Silv.* I.2.170-175. I.4.80-81

<sup>42</sup> Pierre Lambrechts, *La composition du sénat romain de l'accession au trône d'Hadrien a la mort de Commode (117-192)*, Roma, “L'Erma” di Bretschneider, 1972, p.190-195. Cfr. Syme, *op. cit.*, p.290-299

<sup>43</sup> Lib. *Or.* XII.16. Cfr. *Ep.* I.62.5. III.254.2

<sup>44</sup> Aus. *Praef.* 1.35-40. Symmachus. *Or.* 7.2

Sea de forma institucional o cotidiana, los órdenes privilegiados del Imperio romano dejaban constancia de su posición en la sociedad de su tiempo. Como se apuntó, un primer campo era el vestido y los adornos: el senatorial llevaba la laticlavia y los caballeros una banda más pequeña, pero que resaltaba de la indumentaria más modesta y de menor calidad de los demás romanos, además del anillo de oro.<sup>45</sup> Especialmente había un gran énfasis en remarcar las distancias sociales que ubicaban al orden senatorial en el lugar más alto. Tácito refería el escándalo y la vergüenza que provocó el adulterio de la nuera de Tiberio con el prefecto de pretorio Sejano, de origen ecuestre, por rebajarse a tener relaciones con un inferior: “aquella mujer, que tenía por tío-abuelo a Augusto, por suegro a Tiberio, y que era madre de los hijos de Druso, se deshonraba a sí misma, a sus antepasados y a sus descendientes con un adúltero vulgar hasta el extremo de preferir la ignominia y la incertidumbre antes que la honradez y la seguridad del momento”.<sup>46</sup> De manera similar, Vespasiano exigía que se observaran las diferencias de órdenes y que el senatorial gozara de muestras públicas de respeto conforme a su rango para fortalecer las barreras sociales. Una de sus medidas iniciales fue depurar los órdenes senatorial y ecuestre para quitar a los indignos y admitir a los mejores provinciales e itálicos. A esas medidas le siguieron otras “queriendo que se comprendiese que la diferencia entre estos dos órdenes consistía menos en sus derechos que en su linaje, sentenció en una querrela entre un senador y un caballero que no estaba permitido decir injurias a los senadores pero que todos los ciudadanos podían responder a una injuria”.<sup>47</sup> Esas palabras ayudan a comprender que las diferencias eran importantes, y que la estructura de órdenes se mantuviera indemne. Si esto pasaba con el orden ecuestre, que al fin al cabo era un grupo privilegiado, mayor fue la atención prestada a que el orden senatorial no se manchara con el contacto con otros grupos: El matrimonio entre senatoriales y libertos fue formalmente prohibido por varias leyes, y los libertos no podían acceder oficialmente a un orden superior. Esto explica el escándalo por la tentativa de Nerón de contraer matrimonio legítimo con su liberta Acté, aunque la relación informal no importaba. Juvenal puso el grito en el cielo al conocerse casos de mujeres senatoriales

---

<sup>45</sup> Alföldy, *op. cit.*, p.158-159. Garnsey y Saller, *op. cit.* p.140

<sup>46</sup> Tac. *Ann.* IV.3. Se decía que a Calígula le molestaba que le llamaran nieto de Agripa por considerar que su origen ecuestre era muy bajo. Por ello inventó que su madre había nacido del incesto entre Augusto y su hija Julia. Suet. *Cal.* 23.1. Aún así, esto no debe conducir al error de que el orden senatorial estuviera cerrado a fijar relaciones de parentesco con los caballeros; al contrario, era muy común, sino fijar la superioridad y prestigio que tenía el orden senatorial como grupo.

<sup>47</sup> Suet. *Vesp.* 9.2. Para una acción similar, cfr. *SHA.* M. Aur. 10.6

que se fijaban en hombres de condición baja a tal grado que se desvivían en atenciones hacia ellos y querían tener hijos suyos, sin importarles dejar rango, familia e hijos.<sup>48</sup>

También los espacios públicos testimoniaban la preferencia de los mejores órdenes. Los edificios públicos que servían como punto de encuentro para las ocasiones en que la colectividad hacía vida común eran un microcosmos que reflejaba el orden jerárquico de la sociedad romana. Sitios como el circo y el anfiteatro eran lugares idóneos para manifestar las diferencias que remitían al dominio que algunos grupos tenían fuera de esos edificios, pues había asientos reservados para el emperador, el orden senatorial y el ecuestre, de tal modo que evidenciara el valor de los mismos. El *podium*, reservado al príncipe, a los senadores, a las vestales y a los magistrados, estaba formado por cuatro filas de asientos y estaba ricamente adornado con mosaicos y mármol. El mejor lugar era para el emperador y había hileras reservadas para caballeros y senatoriales.<sup>49</sup> Asimismo, se prestaba atención en evitar que esos lugares fueran ocupados por aquellos a quienes no les correspondían. El gobierno romano cuidó y acentuó la posición excelsa de la nobleza desde la época de Augusto, quien “movido por la ofensa hecha a un senador que en Pozzuoli, durante unos juegos concurrendos, no había hallado a nadie que le hiciera sitio entre el numeroso concurso de espectadores. Por consiguiente, se promulgó un decreto del senado por el que debía reservarse a los senadores la primera fila de asientos cada vez que se diera en toda parte un espectáculo público”.<sup>50</sup> No extraña que, antes, para humillar a los *equites* que simpatizaban con los populares, Sila les quitara sus lugares de honor en los lugares públicos y que, un siglo después, Calígula adelantara las distribuciones públicas para fomentar que la plebe ocupara los puestos reservados a los órdenes superiores como una muestra de desprecio.<sup>51</sup> La división en esas construcciones no era sólo asunto de tener una mejor visión del espectáculo; era un recordatorio cotidiano para todos los grupos sociales que debían

---

<sup>48</sup> Suet. *Nero*. 28.1. Juv. VI.71-81. Vespasiano y Marco Aurelio tuvieron libertas como concubinas después de las muertes de sus esposas, lo cual se veía con normalidad. Suet. *Vesp*. 3. SHA. M. Aur. 29.10. Con Justiniano seguía tal prohibición, pero su modificación para casarse con Teodora causó indignación. Procop. *Arc*. IX.51

<sup>49</sup> Una explicación más detallada en Roland Auguet, *Crueldad y civilización: los juegos romanos*, trad. de Carmen Marsal, Barcelona, Orbis, 1985, p.31-32. (Biblioteca de Historia, 51). Valerio Máximo aclara que los senadores empezaron a tener asientos especiales a partir del 194 a.C. II.4.3. Asimismo, indica que los Elios contaban con sitios reservados en el Circo Máximo como símbolo de su posición. IV.4.7.

<sup>50</sup> Suet. *Aug*. 44.1-2. Además insistió en que los caballeros ocuparan los puestos reservados a ellos, por ser parte del orden o por tener parientes caballeros. *idem*, 40.1. También en las provincias la disposición de los asientos separaba a los curiales de los ciudadanos comunes. La ley de Julio César en Urso dividía los lugares conforme a la categoría social y establecía grandes multas a los infractores. Garnsey y Saller, *op. cit.*, p.141

<sup>51</sup> Suet. *Cal*. 26.4

asumir el papel que les correspondía. Como señala Roland Auguet, “la desigualdad social se manifestaba con una precisión tanto mayor cuanto los edificios ganaban en importancia y en complicación”.<sup>52</sup>

Algo parecido ocurría con los repartos y donativos de los notables a la comunidad con motivo de alguna fiesta o celebración, pública o privada. Las donaciones antiguas eran distintas a la idea de caridad que implica la ayuda a quien se ve en estado de necesidad. Los repartos antiguos de comida y dinero eran una práctica evergética dirigida a la comunidad en sí, esto es, el cuerpo ciudadano, y no sólo a un sector de ella. Por lo tanto, se hacían de acuerdo con la categoría y el mérito, y se buscaba favorecer a los miembros más ricos e importantes de la colectividad. Además, estos repartos se realizaban en las fechas cívicas relevantes de la comunidad o del príncipe, y no necesariamente en tiempos de necesidad, si bien solían hacerse en esas coyunturas.<sup>53</sup> Así pues, muchos eran excluidos de estas dádivas y liberalidades públicas. En la misma línea, las donaciones realizadas por príncipes y particulares se definían según el rango social. Estas prácticas implicaban la aceptación y refuerzo del esquema social imperante al mostrar las diferencias socioeconómicas y su reproducción como algo natural. En la República, Cicerón decía que se debía ser cauto con los beneficios, ver a quién y cómo se ayudaba: “No debe cerrarse el patrimonio familiar de manera que no pueda abrirlo la generosidad, ni tampoco debe abrirse de tal manera que esté al alcance de todos”. Por lo tanto, debía existir una gradación de los favores considerando el parentesco y el rango social, y si valía la pena dar la ayuda. Dos siglos después Marco Aurelio escribía que una gran enseñanza que recibió de Antonino Pío fue “el distribuir sin vacilaciones a cada uno según su mérito”.<sup>54</sup>

La arquitectura privada también servía como velado testimonio de la jerarquía social en Roma. Para Umberto Eco, la arquitectura no posee solo una finalidad práctica, sino también comunica una serie de connotaciones y valores simbólicos no menos útiles que su función práctica, pues “es funcional debido al conjunto de convenciones que connota, permite determinadas relaciones sociales, las confirma, demuestra su aceptación y parte de

---

<sup>52</sup> Auguet, *op. cit.*, p.30. Luciano parodia una asamblea de dioses en la que destaca la asignación de asientos por la riqueza manifestada en el material con que estaban hechas sus imágenes. Luc. *Jup. Trag.* 7. Aunque Plinio el Joven señale que Trajano añadió cinco mil lugares al circo en que no se veía diferencia ni separación alguna entre los asientos del emperador y los demás, la norma era lo contrario. *Pan.* I.51

<sup>53</sup> Ste Croix, *op. cit.*, p.497. Nuevamente Luciano en su parodia hace que los dioses reciban repartos conforme a su categoría. Luc. *Jup. Trag.* 13

<sup>54</sup> Cic. *Off.* II.14. M. Aur. I.16

quienes comunican su propio rango con ella, su decisión de someterse a determinadas reglas, etc.”<sup>55</sup> En Roma, la construcción de grandes casas y su ornato probaban la vida lujosa que correspondía al rango social de los grupos elevados. Cicerón comentaba sobre cómo debía ser la casa de un hombre: “conviene que sea la casa de un hombre ilustre y distinguido, cuyo fin es el uso, al que debe adaptarse todo el plan de la construcción, aunque debe tenerse cuidado de la dignidad y la comodidad”.<sup>56</sup> Los nobles tenían grandes casas con muebles lujosos, objetos artísticos, jardines y fuentes adornadas con estatuas de mármol y bronce. Quienes tenían los recursos suficientes pagaban mosaicos y pinturas para que los demás los vieran, sobre todo quienes entendían las alusiones a temas mitológicos y literarios. En el siglo II d.C., Dion igualaba la perfección del orbe con una casa bien hecha: “De la misma forma que vemos algunas casas de hombres considerados dichosos y ricos, que están construidas con vigas y columnas, y labradas con oro y pinturas en techos, paredes y puertas, así también el mundo está hecho para refugio y regalo de los hombres”.<sup>57</sup>

Según David Shotter, la búsqueda de los mejores materiales en las moradas de los notables britanos “reflejan el deseo de un rico propietario de hacer una exhibición ostentosa de riqueza con edificios dedicados a una vida lujosa”.<sup>58</sup> Lo mismo puede decirse de otras partes del Imperio. Así, estas prácticas pueden encuadrarse en el concepto de expresión del status que Mark Grahane define como “variación en la cultura material emblemática de una posición en la jerarquía social. Los individuos no sólo comunican su posición, sino también su identificación con aquellos que comparten un status similar”.<sup>59</sup> Si bien se insistía en el pique de los nobles por destacar en este ramo, el mensaje también iba dirigido a los grupos inferiores en oposición a las élites. Luciano afirmaba que los ricos “no aprecian el hecho de

---

<sup>55</sup> Umberto Eco, *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, trad. de Francisco Serra Cantarell, Barcelona, Lumen, 1989, p.295 (Palabra en el tiempo, 176)

<sup>56</sup> Cic. *Off.* I.39. Para Etienne el noble romano “quiere rodearse de todos los símbolos de esta cultura en la que colocó su ideal”. *op. cit.*, p.298. Para estos aspectos *vid* Carcopino, *op. cit.*, p.44-45. Frederikssen, “Ciudades y casas”, en Baldson, *op. cit.*, p.220-221.

<sup>57</sup> Dio Chrys. *Or.* XXIX.28. Asimismo, Luciano dedica un opúsculo a la descripción y elogio de una casa por su belleza, buen gusto y simetría que la hacían una composición armónica en sí. *Luc. Dom.* 10.2.

<sup>58</sup> David Shotter, *Roman Britain*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998, p.55-56 (Lancaster Pamphlets) (reflect the desire of a wealthy owner to make an ostentatious display of wealth with buildings devoted to luxurious living.)

<sup>59</sup> Mark Grahane, “Material culture and Roman identity. The spatial layout of Pompeian houses and the problem of ethnicity” en Lawrence y Barry, *op. cit.* p.161-162 (variation in material culture that is emblematic of a position in a social hierarchy. Individuals not only communicate their position but also their identification with those who share a similar status) Cfr. Janet Huskinson, “Looking for culture, identity and power”, en Huskinson, *op. cit.*, p.7-9. Richard Miles, “Communicating culture, identity and power”, en *idem*, p.29-33

ser ricos como el recibir parabienes por serlo. Efectivamente, de nada sirve una bella casa, ni su oro y su marfil, de no existir quien la admire”.<sup>60</sup> Las clases altas reforzaban su sentido de grupo al utilizar sus bienes como símbolos de distinción frente a los grupos bajos. Sus casas, vestidos, adornos y muebles constituían el estilo de vida que los hacía miembros señalados de su sociedad y los separaba de los demás en puntos concretos. La *Domus Áurea* de Nerón tenía pórticos, estatuas, un lago que imitaba el mar, edificios que recordaban la ciudad, campos, viñas, bosques y fieras; además, estaba adornada con piedras preciosas, mármol y marfil. Se dice que, al ver terminada la obra, Nerón dijo “que por fin había empezado a vivir como un hombre”.<sup>61</sup> Algo parecido podían decir los aristócratas romanos de sí mismos al ver sus residencias y bienes.

Algo similar ocurría con los banquetes. Compartir el alimento tiene un lugar central como símbolo de identidad grupal; es una de las prácticas colectivas mediante las cuales se establecen relaciones de poder. El banquete ocupaba un papel definitorio para estrechar lazos sociales: el banquete público era una institución cívica que daba sentido de unidad e igualdad en el grupo. En Grecia, que los convidados tuvieran la misma porción en los banquetes expresaba la isonomía entre los ciudadanos y su pertenencia a la comunidad.<sup>62</sup> Empero, en Roma la tradición era diferente al realzar la distancia entre los participantes: la persona con rango más alto tomaba la mejor parte y le seguían los demás en estricto orden jerárquico. La estratificación social se notaba también en el tamaño de la porción, la calidad del platillo y el sitio de cada comensal: había lugares de honor (*locus consularis*) para los invitados más prestigiados que gozaban de una mejor vista y eran observados por todos: mientras menos importante se fuera, se estaba más lejos del centro. Con esto se hacía patente la condición social y el reconocimiento de la élite. Sobre esto, Dunbabin apunta: “lo que la disposición fomenta realmente es la creación de redes, el intercambio complejo de favores y obligaciones que es tan básico a la estructura social romana”.<sup>63</sup>

---

<sup>60</sup> Luc. *Nigr.* 23. Apuleyo, para realzar la importancia de un personaje, escribe: “Con razón se dice que es uno de los principales este Milón puesto que habita fuera del recinto y de todo el resto de la ciudad”. *Met.* I.21.3

<sup>61</sup> Suet. *Nero.* 31.2. En el siglo IV Amiano comentaba el lujo de las casas de la aristocracia romana. 14.9-11

<sup>62</sup> Plut. *Lic.* 10.1. Cfr. Pavel Oliva, *Esparta y sus problemas sociales*, trad. de Marina Picazo, Madrid, Akal, 1983, p.32-33 (Akal Universitaria, 56)

<sup>63</sup> Katherine M.D. Dunbabin, *The Roman Banquet. Images of Conviability*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, p.40. (What the arrangement really encourages is networking, the complex exchange of favours and obligations that is so basic to the Roman social structure). Como en otras facetas, Augusto era cuidadoso en distinguir los linajes en los banquetes. Suet. *Aug.* 74. Para una descripción literaria que destaca la presencia de los notables en los banquetes: Apul. *Met.* II.19.1

Asimismo, en estos convivios había actitudes que clarificaban las diferencias entre los participantes. Luciano refiere que los más ricos recibían los mejores asientos en los banquetes públicos y privados; eran ellos quienes conocían el protocolo y las maneras que debían seguirse a la hora de probar los platillos y las bebidas, lo cual ponía de relieve que los órdenes elevados solían realizar tales prácticas y se evidenciaba a quienes asistían a esos eventos por primera vez.<sup>64</sup> Juvenal indicaba que los ricos y poderosos merecían los mejores platos y recibían utensilios de oro y plata para degustar sus alimentos, y que los poderosos podían ser juzgados de forma distinta a los demás al excusárseles algunas conductas impropias.<sup>65</sup> Así, en una actividad cotidiana, como lo es comer, se muestran las diferencias sociales en el marco solemne de las fiestas cívicas y en los eventos privados. Si bien estas actividades afianzaban la cohesión social de todos los miembros de la comunidad, al mismo tiempo fortalecían la desigualdad social y el lugar que cada uno debía tener. Ello convenía sobre todo al orden senatorial, a los caballeros y a los decuriones, que eran quienes ocupaban los primeros puestos de la sociedad romana. Se puede coincidir, entonces, con Van Nijf en que “ese ritual público sirvió como un mejor vehículo para el proceso de formación del orden en que la élite estaba envuelta”.<sup>66</sup>

Otras manifestaciones públicas llevaban la impronta del orden y la jerarquía. Las ceremonias del triunfo y la ovación se hacían conforme a un protocolo en que los grupos sociales estaban separados y jugaban un papel que se ajustaba a su importancia. Lo mismo pasaba con las prácticas funerarias, en el siglo III Herodiano narra la apoteosis de Septimio Severo y el ritual del entierro. Sobresalía la participación del senado y los miembros de los órdenes senatorial y ecuestre, así como de las familias de alta alcurnia. Asimismo, hacía una detallada descripción de la procesión de las máscaras de generales y emperadores:

---

<sup>64</sup> Luc. *Gall.* 22.9. *Sueldo.* 36.14-18. Aunque en un medio distinto, pero contemporáneo, se conocía este tipo de separaciones. Jesús recomendaba que en los banquetes no se buscara el lugar más prominente porque se corría el riesgo de que llegara alguien más importante y se fuera desplazado. Era mejor situarse en un sitio bajo para que, si las condiciones eran propicias, el anfitrión lo colocara después en uno mejor. Señalaba que “entonces tendrás honra ante los que están en la mesa contigo”. (τότε ἔσται σοι δόξα ἐνώπιον τῶν συνανακειμένων σοί.)

<sup>65</sup> Juv. I.101. XI.1-10. Emily Gowers aclara que en el banquete el anfitrión hacía sus propias reglas y podía ir en contra de las convenciones políticas y sociales de su tiempo, no había una estricta correspondencia entre el mundo exterior y el banquete. Sin embargo, reconoce que éste podía tanto validar la jerarquía social como transgredirla en el ámbito privado. *op. cit.*, p.25-26

<sup>66</sup> Onno M. Van Nijf, *The Civic World of Professional Associations in the Roman East*, Amsterdam, J.C. Gieben Publisher, p.61. (Dutch Monographs on Ancient History and Archaeology, 17) (that public ritual served as a major vehicle for this process of ordo-making in which the elite was involved.)

Entierran el cuerpo del emperador muerto al modo del resto de los hombres, aunque con un funeral fastuoso [...] El senado en pleno se sitúa en el lado izquierdo, vestidos con mantos negros; en el derecho están todas las mujeres a quienes la dignidad de sus maridos o padres hace partícipes de este alto honor. Ninguna de ellas lleva oro ni luce collares, sino que, vestidas de blanco y sin adornos, ofrecen una imagen de dolor [...] Luego, cuando ven que ha muerto, los miembros más nobles del orden ecuestre y jóvenes escogidos del orden senatorial levantan el lecho, lo llevan por la Vía Sacra, y lo exponen en el foro antiguo, en el sitio donde los magistrados romanos renuncian a sus cargos. A ambos lados se levantan unos estrados dispuestos en gradas; en un lado se encuentran un coro de niños de familias nobles y patricias, y en el opuesto hay uno de mujeres de elevado rango.<sup>67</sup>

La reacción ante la muerte pasa por varias formas y cada sociedad genera sus mecanismos rituales para enfrentarla. Como Morris señala, el impacto de la muerte de una persona depende ampliamente de su posición dentro de la sociedad. Un funeral es “una ocasión donde las normas ideales de los papeles sociales de los sobrevivientes y los muertos son revelados con una mayor claridad”.<sup>68</sup> Los funerales de los nobles romanos eran eventos públicos que impactaban a toda la sociedad y exponían su relevancia social. Los nobles, especialmente si habían ocupado magistraturas, tenían el derecho a un elogio fúnebre que recapitulara sus servicios a Roma y la categoría de su familia o *gens*. Los aristócratas guardaban *imagines* que representaban a sus ilustres antepasados, y que solían acompañar al difunto durante la procesión fúnebre. Tácito relata que el funeral de Druso, el hermano de Tiberio, “con la procesión de las imágenes resultó brillante en extremo, pues se pudo contemplar en una larga fila a Eneas, el origen de la familia Julia, a todos los reyes de Alba, a Rómulo, el fundador de la Ciudad, seguidos de la nobleza sabina, y a Ato Clauso y demás efigies de los Claudios”. Poco antes cuenta el funeral de Junia, sobrina de Catón y hermana de Bruto, que pertenecía a una gran familia senatorial. Aunque Tiberio no fue considerado, “no impidió que su funeral se viera realizado con el discurso fúnebre en el Foro y demás solemnidades. Imágenes de veinte conocidísimas familias abrían el cortejo: los Manlios, los Quincios y otros nombres de igual nobleza. Pero más que todos brillaban Casio y Bruto precisamente por el hecho de que no se podían contemplar sus imágenes”.<sup>69</sup>

---

<sup>67</sup> Hdn. IV.2.2-5. Una ceremonia triunfal detallada es la de Lucio Emilio Paulo sobre Filipo V en Plut. *Vit. Emil.* XXXII-XXXV. XXXIX.6-9. En época imperial pueden verse las versiones muy parecidas del triunfo de Constantino sobre Majencio en *Pan. Lat.* IX.19-20. Euseb. *Vit. Const.* I.41.1-2. Lact. *De Mort. Pers.* 44.10. Zos. II.17. Prudent. *C. Symm.* I.490-500. En todas ellas se destaca el papel del senado y el orden senatorial.

<sup>68</sup> Morris, *op. cit.*, p.32. (one occasion where the ideal norms of the social roles of the survivors and the dead are played out with the greatest clarity)

<sup>69</sup> Tac. *Ann.* IV.9. III.76. El primer discurso lo hizo Valerio Publícola en honor a Bruto. Liv. II.6. Las mujeres no tenían este privilegio, pero Julio César hizo el primero para su tía Julia y su joven esposa. Suet. *Caes.* 6.1. Plut. *Vit. Caes.* V.1. Las imágenes de Casio y Bruto no podían exhibirse por ser los asesinos de Julio César.

Estas situaciones recuerdan la trascendencia del ritual en la vida de los pueblos; en los rituales se asientan modelos de funciones y relaciones, y las experiencias se interpretan a través de ellos al clarificar la estructura social. Según Morris, “la acción ritual no es un código o un lenguaje defectivo, pero produce su propio tipo de lenguaje simbólico. La estructura social, como parte de papeles y reglas interiorizados, pero constantemente renegociados, es un artefacto de este conocimiento”.<sup>70</sup> Griegos y romanos construyeron el significado de sus mundos a través de ceremonias: Este enfoque ayuda a entender el enojo que causó la negativa de Tiberio por no brindar los honores usuales de los funerales a su hijo adoptivo Germánico. Tácito preguntaba “¿Dónde estaban aquellas costumbres de los antiguos, como la efigie colocada el féretro, los poemas compuestos para recordar su virtud, los discursos fúnebres y las lágrimas o las afectadas demostraciones de sentimiento?”<sup>71</sup> Si ello pasaba cuando no se hacían los ritos habituales, el agravio era mayor cuando se negaba la sepultura a un notable, pues, al privarlo de una tumba o monumento con su inscripción, se impedía que se atestiguara su posición social. Plinio se quejaba de que la tumba de su amigo Rufo no estuviera terminada por la apatía de sus herederos, pues era lamentable que la gloria de un hombre destacado no tuviera su inscripción. Por ello, en distintas épocas, fue considerado un exceso el trato que recibieron los cuerpos de los hermanos Graco tras la represión de su movimiento, que se pensara arrojar el cuerpo de Tiberio al Tíber, el oprobio dado al cuerpo de Galba por los seguidores de Otón, y que Severo despedazara los cuerpos de varios senadores y ordenara que el cadáver de Clodio Albino fuera exhibido fuera de su casa, pisoteado por un caballo y arrojado al mar.<sup>72</sup> Las tumbas de los nobles, como símbolo de prestigio, podían ser verdaderos monumentos que reflejaban su riqueza y prestigio en vida, y estaban en lugares estratégicos para ser vistos por los visitantes de las ciudades. La cremación misma, que fue en algunas épocas el rito funerario preferido, era propia de los órdenes superiores porque el costo de incinerar un cuerpo era alto. A partir del siglo II, en

---

<sup>70</sup> Ian Morris, *Death-ritual and social structure in classical antiquity*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, p.9 (Key Themes in Ancient History). (Ritual action is not a code or a defective language, but produces its own kind of symbolic knowledge. Social structure, as a set of internalised but constantly renegotiated roles and rules, is an artefact of this knowledge.)

<sup>71</sup> Tac. *Ann.* III.5. También se censuró a Nerón por enterrar a Británico sin la pompa habitual de los nobles, lo cual aumentaba las sospechas de que había mandado asesinarlo. Suet. *Nero.* 33.4. Tac. *Ann.* XIII.17.

<sup>72</sup> Plut. *Vit. T. Gracch.* XX.4. C. *Gracch.* XVII.6. App. *Bell. Civ.* I.16, 26. Val. Max. IV.7.1. Suet. *Tib.* 75.1. Tac. *Hist.* XLI.7. SHA. Sev. 11.5-9. 12.1-2. Del mismo modo, se había dado un trato infamante al cadáver de Servio Tulio por parte de su yerno y su hija. Por el contrario, se alababa que Julio César y Marco Antonio cuidaran que sus rivales tuvieran honras fúnebres acordes a su posición. Liv. I.48-49. Val. Max. V.1.10-11

que la inhumación se volvió común, el prestigio se reflejaba en la calidad del sarcófago, sus materiales y adornos.<sup>73</sup> La belleza y diseño de los sarcófagos romanos certificaban el poder social y económico que sus ocupantes habían tenido en vida.

En la misma línea, la evergesis antigua contemplaba el sostén de las ciudades, pero también el gusto por la notoriedad de las élites y su afán por plasmar su función crucial en sus comunidades. Los dirigentes urbanos podían decir que las ciudades eran suyas porque se ocupaban de su mantenimiento y de que fueran centros rebosantes de cultura, buena vida y funcionalidad. Si se tiene en cuenta que muchas decisiones en el periodo imperial estaban en manos del príncipe o del gobernador, y no de elecciones como en la democracia griega o en la Roma republicana, el fenómeno se torna más complejo. Muchas veces los gastos rebasaban la capacidad económica de los donantes para construir edificios, brindar juegos, regalar grano o patrocinar distintos *collegia*, a tal grado que se arriesgaban fortunas.<sup>74</sup> El espíritu competitivo de los notables los empujaba a realizar grandes esfuerzos por estar a la altura de sus ancestros y resaltar por encima de sus pares. Según Veyne, no ver esto es “ignorar y racionalizar un fenómeno cuyo costo y desarrollo simbólico va mucho más allá de lo que era socialmente necesario [...] La nobleza residía, literalmente, en un ‘juego de competición’, tan irracional política y económicamente como el despilfarro debido a la pura ostentación”.<sup>75</sup> De tal forma, los benefactores quedaban en la memoria colectiva cuando se conmemoraban sus aportes a las ciudades. Los romanos estaban interesados por cómo los veían los demás; por ello apreciaban las muestras públicas de respeto como el aplauso en circos y anfiteatros, y tener inscripciones y estatuas donadas por los senados locales. En el siglo II, Dion consideraba injusto que, para ahorrar gastos, se borrarán las inscripciones de quienes habían contribuido con la ciudad, porque se les negaba la honra debida y, con esto, se alejaba a los ciudadanos deseosos de gastar en la ciudad. Decía que los hombres “necesitan coronas y estatuas, asientos de preferencia y ser recordados. Muchos, incluso, han muerto ya por eso, para lograr una estatua, una nominación u otro honor cualquiera y

---

<sup>73</sup> Morris, *Death ritual...*, p.46-47, 52-55

<sup>74</sup> Los problemas económicos de los nobles locales y las curias por los gastos de obras en Dio. *Or.* LXVI.2. XLVII.15-17. Aristid. *Or.* XXIII.12. Lib. *Or.* III.134-137. *Ep.* II.113. IV.381.3-5. Plin. *Ep.* X.34-35. 48-49.

<sup>75</sup> Paul Veyne, *La vita privata nell'Impero romano*, trad. de María Garin, 2ª. ed., Roma y Bari, Laterza, 2006, p.105-107 (Economica Laterza, 187) (appiattare e razionalizzare un fenomeno il cui costo e il cui sviluppo simbolico vanno ben al là di ciò che era socialmente necessario [...] La nobiltà risiedeva, alla lettrera, in un “gioco di competizione”, così irrazionale, politicamente ed economicamente, quanto lo sperpero dovuto a pura ostentazione). Cfr. Ramsay Mac Mullen, “Roman elite motivation: three questions”, en *Changes in the Roman Empire. Essays in the Ordinary*, Princeton, Princeton University Press, 1990, p.19-23.

para dejar a la posteridad una fama ilustre y un recuerdo de sus personas”. De igual modo, Apuleyo declaraba que “en la ciudad se concede a una persona una estatua, como premio por sus méritos, para que se contemple”.<sup>76</sup> La ambición por la atención y admiración de su medio fue un importante motor en una época repleta de signos exteriores de estima social y el uso público de la riqueza obedecía en parte a ello. Luciano captó bien esto al afirmar que los bienes valdrían poco para los ricos si no tuvieran “admiradores de vuestra riqueza, si sois ricos aisladamente, en privado y en la oscuridad”.<sup>77</sup>

La preeminencia de los grupos superiores tenía implicaciones legales y jurídicas. Es sabido que la ciudadanía romana contemplaba derechos políticos, sociales y jurídicos que eran ambicionados en la República y el Imperio: en el plano legal, los ciudadanos tenían derecho a un juicio, la prohibición de ser sometido a tortura, el derecho de apelación y la diferenciación de penas. Ahora bien, conforme se concedía la ciudadanía a más grupos y personas, paralelamente se afirmaban diferencias legales de acuerdo con el grupo social al que se pertenecía.<sup>78</sup> Entre los siglos II y III se consolidó la distinción legal entre *honestiores* y *humiliores* en la directriz de los jurisconsultos romanos que implicaba la aplicación a los primeros de las exenciones de los ciudadanos romanos; por su parte, los segundos fueron tratados como no ciudadanos. Esto adquirió mayor fuerza cuando la ciudadanía romana se dio a los habitantes libres del Imperio en 212, y el sistema jurídico romano había asimilado ese proceso. Los *honestiores* incluían al orden senatorial, a los *equites* y a los curiales, quienes gozaban de penas diferenciadas, esto es, por un mismo delito tenían castigos más suaves (como el exilio o penas pecuniarias) que los reservados a los *humiliores*, de forma que estaban libres de tortura en los interrogatorios y de penas infamantes como la muerte

---

<sup>76</sup> Dio Chrys. *Or.* XXXI.16. Apul. *Apol.* 14. El material arqueológico y epigráfico de la Antigüedad es grande y sólo se conserva una parte de la producción total. Para la relación entre evergesis y reconocimiento público: Owens, *op. cit.* p.121-122. Corbier, “City, Territory and Tax”, en Rich y Wallace-Hadrill, *op. cit.*, p.215-216. A esto debe añadirse la exhibición de numerosos esclavos y clientes que acompañaban al poderoso por las calles de las ciudades ratificaba la jerarquía de éste a la vista de todos.

<sup>77</sup> Luc. *Sat.* 33. Apuleyo menciona el orgullo de los magistrados al exponer los signos de su posición como varas y lictores. Apul. *Met.* I.24.7. Las inscripciones revelan la importancia de los honores recibidos por los gobiernos curial e imperial. H-G. Pflaum, “Titulature et rang social sous le Haut Empire”, en Claude Nicolet, ed., *Recherches sur les structures sociales dans l’Antiquité classique. Caen 25-26 avril 1969*, Paris, Centre National de la recherche scientifique, 1970, p.80-82. Aunque en ocasiones no se podía leer la inscripción, ello no evitaba su impacto simbólico sobre los espectadores. Ramsay Mac Mullen, “The Epigraphic Habit in the Roman Empire”, en *American Journal of Philology*, Baltimore, 1982, vol. 103, num.3, p.244-246.

<sup>78</sup> Peter Garnsey, “El privilegio legal en el Imperio romano”, en Finley, *Estudios sobre...*, p.171-176. Garnsey y Saller, *op. cit.*, 141-142. Liebescheuetz, *Decline and Fall...* p.2-3. La antigua situación daba privilegios a los ciudadanos sobre los no ciudadanos como lo muestra el caso de Pablo que usualmente apelaba a su condición romana para salir de algunos aprietos con las autoridades locales. Cfr. *Acta.* 16.37-39. 22.24-29.

por fuego o en un madero.<sup>79</sup> Sin duda, en este proceso jugó un papel importante la estima social que gozaban estos grupos en el Imperio romano: su prestigio tuvo correspondencia en el marco legal. Los autores antiguos reclamaban cuando los miembros de los núcleos altos eran tratados sin considerar su rango. Lactancio criticaba el trato dado por los tetrarcas durante la persecución: “Eran sometidos a tortura no sólo los curiales, sino también todos los magistrados principales de cada ciudad, los egregios y perfectísimos [...] Si eran condenados a muerte, se recurría a la cruz; si a una pena menor a los grilletes. Madres de origen libre y pertenecientes a la nobleza eran condenadas a trabajos forzosos en las factorías estatales”. De igual manera, Amiano censuraba el proceder de un funcionario del siglo IV en Roma porque “determinó que si el asunto lo exigía, se torturara a todos los acusados, a pesar de que muchos de ellos se hubieran librado de un cruento castigo según nuestro antiguo código de derecho y según los designios de los dioses”.<sup>80</sup>

Los grupos superiores trataban de diferenciarse de los demás por todos los medios. Uno de ellos fue presumir que su moral y valores estaban a la altura de su posición social, en ello resaltaban su acento racional. Griegos y romanos creían que lo propio de los hombres civilizados era crear leyes escritas y seguirlas en términos morales y cívicos. Esto permitía la habilidad individual de controlar las pasiones y subordinar los deseos a la ley, y garantizaba una vida ordenada y una sociedad organizada. Tales rasgos separaban al mundo clásico de los animales y los bárbaros que no gozaban de esta capacidad, y ello los obligaba a estar sometidos al Imperio romano.<sup>81</sup> El control racional se basaba en el equilibrio que debía expresarse en los aspectos internos y externos, en público y en privado. Para Marco Aurelio ese autocontrol era “la resistencia a las pasiones corporales, pues es propio del movimiento racional e intelectual marcarse límites y no ser derrotado nunca ni por el movimiento sensitivo ni por el instintivo. Pues ambos son de naturaleza animal, mientras que el movimiento intelectual quiere prevalecer y no ser subyugado por aquéllos”.<sup>82</sup> Tal

---

<sup>79</sup> Wolfgang Kunkel, *Historia del Derecho Romano*, trad. de Juan Miquel, 1ª. reimp., Barcelona, Ariel, 1989, p.81-82 (Ariel Derecho). Juan de Churruca, *Introducción histórica al Derecho Romano*, 7ª ed., Bilbao, Universidad de Deusto, 1994, p.146-147 (Derecho, 7). Como ejemplo del privilegio legal a un gobernador senatorial que aceptó sobornos, desterró a un caballero, y asesinó a otros, se le condenó al destierro y dar el dinero mal habido al erario, crímenes que a otro le habría valido la muerte. Plin. *Ep.* IV.11

<sup>80</sup> Lact. *De Mort. Pers.* 21.3-4. Amm. Marc. 28.1.11. La crueldad en los castigos aumentó en el Bajo Imperio. El cristianismo no afectó esta evolución, incluso las penas y la tortura sin distinción de rango crecieron a partir de Constantino. Mac Mullen, “Judicial Savagery in Roman Empire”, en *op. cit.*, p.209-212

<sup>81</sup> Mazzolani, *op. cit.*, p.17-18

<sup>82</sup> M. Aur. VII.55

control debía verse en el campo familiar. El hombre debía vigilar su casa al mantener en el lugar debido a su esposa, hijos, esclavos y libertos, pues se reconocía su supremacía por su condición viril.<sup>83</sup> Dejarse influir demasiado por ellos era una debilidad de carácter indigna de un hombre, pero ser intransigente y severo era también inadmisibles. Los arrebatos de ira mostraban descontrol sobre las pasiones y evitaban un juicio certero: por ello se criticaba el castigo excesivo, la conducta irrazonable y el dejarse llevar por la cólera. Se decía que Platón dejó el castigo de un esclavo a un amigo por temer que el enojo le nublara el juicio: “creía que su comportamiento sería indigno si la culpa del esclavo y su castigo merecieran la misma reprobación”.<sup>84</sup>

En el trato con su esposa, el hombre debía ser cuidadoso: el carácter inconstante y voluble propio del sexo femenino hacía a la mujer un ser irresponsable, por ello era vital que el marido la condujera de modo firme. Bajo Tiberio un senador propuso que las esposas de los gobernadores no los siguieran porque “en una comitiva de mujeres había quienes impedían la paz con sus excesos y la guerra con sus miedos y convertían en una columna romana en algo semejante a una avanzadilla de bárbaros. No eran sólo un sexo débil e incapaz de soportar las penalidades, sino también cruel, ambicioso y ávido de poder”.<sup>85</sup> La elección de una esposa no debía hacerse sólo por razones políticas, si bien éstas retuvieron su peso en esa decisión. Tampoco debía recaer en el aspecto sexual, puesto que la esposa estaba para tener a los hijos y cuidar la casa, no para la satisfacción y placer. Se dice que “esta realidad social explica por qué muchas de las fuentes antiguas tratan la actividad sexual, la lujuria y el amor entre un hombre y una prostituta, más que entre un marido y una mujer”.<sup>86</sup> Idealmente se deseaba que un matrimonio romano se fundara en los intereses comunes, el respeto a los papeles sociales y la concordia conyugal. El hombre debía tomar la opinión de su esposa en las decisiones relativas a la vida en común, aunque él llevara la iniciativa, y debía tratarla con el decoro debido. Por su parte, la mujer tenía que interesarse

---

<sup>83</sup> Se reprendía a un superior cuando era llevado por sus inferiores. En parte esto explica las críticas a Claudio, pues se le creía títere de mujeres y libertos; sus acciones “expresaban más bien la voluntad de sus mujeres y libertos que la suya, no teniendo otra regla que el interés o capricho de éstos”. Suet. *Claud.* 25.6. Jul. *Caes.* 310b. De modo parecido, Constancio “dependía completamente de sus esposas, o de las palabras seductoras de sus eunucos”. Amm. Marc. 21.16.16.

<sup>84</sup> Val. Max. IV.1.2

<sup>85</sup> Tac. *Ann.* III.33. Cfr. una visión similar de la mujer como un ser débil y tímido en Liv. I.46-47. VI.34.

<sup>86</sup> Marguerite Johnson y Terry Ryan, *Sexuality in Greek and Roman Society and Literature. A Sourcebook*, Nueva York, Routledge, 2005, p.2 (This social reality explains why many of the ancient sources deal with sexual activity, lust and love between a male and a prostitute rather than between a husband and wife)

por los asuntos de su marido y aceptar su dirección: colaborar con la administración de la casa, mostrar devoción por su esposo, y esforzarse por seguir sus actividades.<sup>87</sup> Las mejores muestras del compañerismo están en Plutarco cuando habla de los papeles maritales, en Dion, cuando refiere la armonía de Trajano y Plotina, en Plinio, al señalar las virtudes de su esposa -incluso expresa interés erótico en ella-, y en Ausonio, cuando lamenta la muerte de su esposa a pesar de que había ocurrido muchos años atrás.<sup>88</sup>

El control racional se ejercía también sobre la sexualidad: gradualmente se aceptó la noción de que era intolerable dejarse llevar por el deseo, y ser esclavo de los impulsos y del gusto por las mujeres o por los hombres. El deseo sexual no era criticable en sí, pues se consideraba parte de la naturaleza humana y una actividad normal; lo inaceptable era el descontrol que llevaba a perderse en la vorágine irracional. En el encuentro sexual debía haber una adecuada dosis de pasión con la conciencia de lo que se estaba haciendo, lo cual también incumbía a la mujer. El autocontrol en el sexo era un reflejo del dominio que se tenía sobre sí mismo en otros campos: si se podía controlar en eso entonces se podía dominar a otros como correspondía a los miembros de la élite.<sup>89</sup> Las relaciones sexuales debían perseguir la procreación: la esposa debía ser una compañera y no una amante. Por ello los autores clásicos insisten en el autodomínio sexual como una cualidad resaltable. Horacio y Persio criticaban el desenfreno de sus contemporáneos que perdían mucho dinero con prostitutas o tenían problemas debido a sus aventuras con mujeres casadas; Suetonio señalaba los extravíos sexuales de Tiberio, Calígula y Nerón como reflejo de sus caracteres inmoderados; pretendientes y emperadores en la *Historia Augusta* sobresalían por su lascivia que los llevaba a excesos; en el siglo IV Joviano recibía críticas porque “se entregaba a los placeres del vino y del amor, vicios que quizás debió haber corregido por respeto a la dignidad imperial”.<sup>90</sup> En cambio, de Zenobia se destacaba que “si no hubiera tenido el propósito de concebir, ni siquiera hubiera conocido a su marido”; Amiano decía

---

<sup>87</sup> Garnsey y Saller, *op. cit.*, p.158-163. Peter Brown, “La Antigüedad tardía”, en Ariès y Duby, *op. cit.*, p.244-245. Veyne, *op. cit.*, p.37-44. Cfr. los tipos de amor en Apul. *Apol.* 12

<sup>88</sup> Plut. *Mor.* 140d-e. Dio Chrys. *Or.* III.122. Plin. *Ep.* III.16. IV.19. VI.4-5. VII.5. Aus. *Parent.* 9.

<sup>89</sup> Peter Brown, *El cuerpo y la sociedad. Los hombres, las mujeres y la renuncia sexual en el cristianismo primitivo*, trad. de Antonio Juan Desmots, Barcelona, Muchnik Editores, 1993, p.27-36. Aline Rousselle, *Porneia. Del dominio del cuerpo a la privación sensorial. Del siglo II al siglo IV de la era cristiana*, trad. de Jorge Vigil, Barcelona, Península, 1989, p.20-25 (Historia/Ciencia/Sociedad, 217). La visita a los prostíbulos y la masturbación eran prácticas aceptadas si no eran una necesidad irrenunciable. Hor. *Sat.* I.II.30-35

<sup>90</sup> Hor. *Sat.* I.II.61-85. Pers. IV.48. Suet. *Tib.* 43-45. *Cal.* 24-25, 36. *Nero.* 28-29. *SHA.* Comm. 10.8-9. Heliog. 9-10. Tyrann. 6.4-7. Amm. Marc. 25.10.15

sobre Constancio: “durante su larguísima vida, fue muy casto. Hasta tal punto que ni el peor de sus sirvientes particulares pudo nunca hablar mal de él, ni siquiera basándose en una sospecha”, y de Juliano: “destacó por una castidad tan intachable que incluso es sabido que, después de perder a su esposa, no prestó atención alguna a lo sexual [...] ya en plena flor de la juventud evitó esa pasión con tanto empeño que ni siquiera los sirvientes más allegados pudieron sospechar de él por algún deseo de este tipo”.<sup>91</sup> El énfasis en el justo medio por parte de los órdenes superiores se extendía a todos los aspectos de la vida. La búsqueda del delicado equilibrio sirvió para apuntar el control de sí mismos, justificar el predominio sobre los demás y validar su posición social. El dominio de uno era requisito indispensable para sujetar a quienes requerían una dirección eficaz.

La exigencia de una conducta moderada se ve también en el uso del dinero: éste era para gastarse y acercarse a las personas, siendo lo más adecuado ubicarse entre la avaricia y la prodigalidad. El avaro se priva y priva a los demás de su riqueza, ello lo aísla; por esto provoca recelo y rechazo por parte de los demás al negarse a usar su riqueza para el disfrute común, y se critica su actitud mezquina que le hacía preocuparse por el fin de su riqueza. En el siglo I Horacio preguntaba “¿De qué te sirve un inmenso peso de plata y de oro, a hurto depositar, tímido, en la tierra excavada? Más éste, si a gastarlo empezaras, se acertara a un vil as”; Dion reprochaba que el avaro considerara las fiestas “como pesada carga, ya que le ocasionan múltiples dispendios”; y en el siglo II Apuleyo exponía a un personaje: “hombre enormemente adinerado y muy rico, pero también infame, de extrema avaricia y bajeza rastrera [...] no mantiene más que a una criada y va siempre vestido como un mendigo”.<sup>92</sup> El gasto en las fiestas públicas fortalecía la cohesión social mientras la codicia la rompía, pero el derroche era igualmente censurable. Con su perspicacia habitual, Luciano captó la directriz adecuada al decir en nombre de la riqueza: “Por esto, ni alabo a éstos ni tampoco a quienes me prodigan en exceso, sino a los que adoptan un término medio -que es lo mejor- en esta cuestión, y ni me ahorran sin más ni me dilapidan”.<sup>93</sup> El exceso revelaba un carácter indigno de un romano y tenía alcances morales. Ciertamente el despilfarro era

---

<sup>91</sup> *SHA*. Tyrann. 30.12. Amm. Marc. 21.16.6. 25.4.2-3.

<sup>92</sup> Hor. *Sat.* I.I.41-43. Dio. Chrys. *Or.* IV.91. Apul. *Met.* I.21.5. Comentando la amplia labor evergética de un personaje, Valerio Máximo decía “si comparamos su actuación con la de los que tienen sus arcas cerradas en escondites inexpugnables, ¿no parecen más nobles los gastos de aquél que los ahorros de éstos?”. Val. Max. IV.8.2. Cfr. al respecto Florence Dupont, *El ciudadano romano durante la República*, trad. de Amanda Foros de Gioia, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1992, p.54-56.

<sup>93</sup> Luc. *Misan.* 25.16. Cfr. “Corren los necios, cuando evitan sus vicios, a los contrarios”. Hor. *Sat.* I.II.24

criticable en sí, pero más por las implicaciones que tenía a la hora de definir la personalidad humana. En tal sentido pueden verse las menciones en la literatura sobre las comidas fastuosas: la comida puede valer por sí misma o reflejar valores morales con asociaciones simbólicas. Según Gowers, “el hecho que lo que un hombre comió aparezca frecuentemente en las fuentes romanas demuestra el gran potencial que la comida tenía para proyectar la moral del individuo y los valores culturales”.<sup>94</sup> Las rarezas contadas sobre los banquetes de príncipes y particulares reflejaban sus debilidades en otros aspectos de la vida que iban en contra de la *gravitas* propia de los romanos, y que los grupos dirigentes debían ostentar como signo propio. La conducta privada debía responder a la posición social de la persona: a principios del siglo III Minucio Felix recreaba la plática entre Octavio y Cecilio, donde destaca la sabiduría de los interlocutores, la charla filosófica y el contacto con los amigos. En el siglo I, Estacio hablaba sobre las acciones correctas de Manilio Vopisco en su villa, acordes a su categoría social: “Sin duda, aquí las costumbres para aquél meditan los pesos, /se oprime aquí una fecunda quietud y, con frente serena, /una grave virtud, y un brillo sano y delicias/ carentes de lujo”.<sup>95</sup> Cada rasgo de la vida debía expresar el control de uno mismo: el gasto excesivo, la gula y la conducta indigna en la esfera privada, se oponían al ideal de vida ordenada, considerada propia de los grupos altos.

### *Paideia*

Otro rubro que resulta fundamental para la comprensión de la dinámica social antigua es la cultura al constituirse en un referente ineludible en la conformación identitaria del mundo clásico. Por la cultura los griegos y romanos se ubicaron en un plano superior respecto a los pueblos allende las fronteras imperiales: bárbaros de Europa, nómadas de Asia o el imperio

---

<sup>94</sup> Gowers, *op. cit.*, p.4. (The fact that what a man ate appears so often in the Roman sources shows what great potential food had for projecting on individual's moral and cultural values) Hay que ser cuidadoso al hablar de los excesos culinarios en el Imperio: Juvenal refiere una cena excesiva: cabrito, espárragos, huevos, peras, uvas y manzanas. *Sat.* XI.64-81

<sup>95</sup> *Stat. Silv.* I.3.90-92. *Min. Fel.* I-II. En banquetes de grandes personajes había excentricidades como perlas y piedras preciosas en las bebidas, peces y mariscos exóticos en estanques propios o se obtenían de lugares lejanos. *Val. Max.* IX.2. *Apul. Met.* II.19.3. El descontrol culinario en Calígula, Nerón, Vitelio y Heliogábalo expresaba su desorden en otros campos y se veía en su constitución física, de ahí el interés por la descripción corporal de las personas. En cambio, Augusto sobresalía por su mesura en la comida y el vino. *Suet. Aug.* 76-77. En la República, Sila y Lúculo eran conocidos por sus banquetes y platillos estrafalarios, contrario al *otium cum dignitate*. *Plut. Vit. Sull.* II.3-7. *Lucull.* XXXIX-XLI. Lo propio era comer y beber conforme al hambre y la sed. *Hor. Sat.* II.VII.30-39. *Sen. Ep.* LXXVII.22.

persa. No obstante, esto también aplica en relación con los grupos sociales en el ámbito interno de la sociedad griega o romana. En Grecia, el acceso a la educación era un aspecto distintivo de los grupos altos; cuando Roma absorbió y adaptó la educación griega para sus fines, difundió los parámetros culturales que asumía como la civilización a los lugares que conquistaba. A continuación se mencionarán algunos.

La retórica tuvo un papel central en la educación clásica, y fue fundamental en la formación de los hombres. El arte de hablar y expresarse correctamente se relacionó con la aptitud de razonar y dialogar desde la revolución cultural de la Grecia arcaica. Convencer a partir de mover pensamientos y sentimientos era una aptitud ansiada en el ámbito griego, que después se trasladó al romano. El dominio del arte retórico, esto es, el conocimiento de la oratoria en su aspecto formal, como un sistema de procedimientos y reglas, llevaba varios años de estudio, y requería de la laboriosidad y empeño de los alumnos. El primer nivel de estudios estaba abierto a todos y consistía en aprender a leer, escribir y memorizar textos. El segundo nivel, más restringido, contemplaba el estudio teórico de la lengua, sobre todo a través de la explicación de los autores, que incluía el análisis de palabras y el comentario del tema. La repetición y memorización eran usos habituales de los profesores que no dudaban en emplear castigos corporales como medio correctivo.<sup>96</sup> Sobre el tercer grado de estudios, los mecanismos del aprendizaje retórico incluían la lectura en voz alta y la recitación; el estudio de las partes de la oración; el conocimiento de la métrica; la corrección al hablar y escribir; el comentario de textos; y la preparación de discursos que Aristóteles había fijado: deliberativo, judicial y epidíctico.<sup>97</sup> En Roma la oratoria judicial examinaba las técnicas discursivas para la acusación y defensa de los ciudadanos en materia legal; la deliberativa trataba los discursos con el fin de elegir magistrados, proponer leyes y la presentación de causas; la epidíctica o demostrativa en la República se prestó a la *laudatio funebris* de romanos que se destacaron por sus proezas. Durante el Imperio se usó para el elogio de personas relevantes como el príncipe u otros personajes allegados a él.

---

<sup>96</sup> Los castigos eran recurrentes: Horacio se quejaba de su profesor y decía que había maestros que regalaban dulces a los alumnos para motivarlos a trabajar. En el siglo I Seneca veía los golpes como algo cotidiano; en el siglo IV Ausonio aconsejaba a su nieto no temer a los golpes del maestro, Agustín recordaba los castigos que recibía por sus descuidos y Jerónimo se lamentaba de haber sido mandado a un cruel maestro. Hor. *Sat.* I.1.25-26. Sen. *Clem.* I.16.3. Aus. *Prot.* VII.2.25-30. August. *Conf.* I.9.19. Jer. *C. Ruf.* I.30. Una explicación pormenorizada de los primeros ciclos en Donald Lemen Clark, *Rhetoric in Greco-Roman education*, Wesport, Greenwood Press Publishers, 1977, p.67-143. Cfr. Lact. *Div. Inst.* III.25.9-10

<sup>97</sup> Arist. *Ret.* 1358b. Siglos después, Jerónimo recordaba las complicadas divisiones de la gramática, la dialéctica y la retórica. Jer. *C. Ruf.* I.30

Como apunta Stanley Bonner, “el principal objetivo del programa escolar era el hablar en público de un modo eficaz”,<sup>98</sup> y sus energías se dirigían a ello.

La escuela llevó hasta sus últimas consecuencias leer, memorizar, comentar e imitar las obras preciadas de la literatura antigua que eran fuentes inagotables de técnicas y temas. Transmitía un bagaje cultural para preservarlo y heredarlo tal cual: no se fomentaba la novedad, sino la conservación y la imitación de los modelos, así como el dominio de las técnicas. Luego en la Antigüedad tardía se tendió a la erudición con fines de recuperación del pasado glorioso de Roma.<sup>99</sup> La forma y contenido se calcaban de motivos pasados que se plasmaban en controversias y suasorias que repetían sucesos y personajes antiguos para discutir sobre ellos y tomar una decisión. Estos temas artificiales no pertenecían al presente y se prestaron a la producción de obras y discursos dirigidos al entrenamiento retórico y a la ostentación de las habilidades técnicas del autor sobre cualquier tema. La precisión y repetición podían tornarse tan tediosos que despertaron las quejas de varios autores acerca de la exclusión de temas reales a favor de los ficticios. En el siglo I Persio escribía que de niño “no quería aprender las grandes palabras de Catón que iba a morir”; Petronio se decía harto de los temas que incumbían a piratas, tiranos, oráculos y vírgenes; Tácito se quejaba de “los premios de tiranidas o las alternativas de violadas, los remedios de una peste o los incestos de las madres”. En el siglo V Agustín se lamentaba de “retener los descarríos de no sé que Eneas, olvidándome de mis descarríos y llorar la muerte de Dido”.<sup>100</sup>

En el Imperio la toma de decisiones se concentró en el emperador y sus consejeros, pareciera que la retórica deliberativa se volviera inservible o un mero asunto de ornato. Sin embargo, los oradores tenían una participación importante en ceremonias y fiestas, también realizaban encargos políticos en algunos casos. El orador se convertía en el sujeto indicado para representar a la ciudad en caso de alguna desgracia natural, el abuso de un gobernador

---

<sup>98</sup> Stanley F. Bonner, *La educación en la Roma antigua. Desde Catón el Viejo hasta Plinio el Joven*, trad. de José M. Doménech Parde, Barcelona, Herder, 1984, p.431. George Kennedy, *The art of Rhetoric in the Roman World. 300 B.C.-A.D. 300*, Princeton, Princeton University Press, 1972, p.7-23.

<sup>99</sup> Albrecht Dihle, *Greek and Latin Literature of the Roman Empire From Augustus to Justinian*, trad. de Manfred Malzahn, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, p.445-446

<sup>100</sup> Pers. III.44. Petr. *Satyr.* 1. Tac. *Dial.* XXXV.5. August. *Conf.* I.13.20. Estas prácticas motivaron los reproches de algunos porque la educación antigua llenaba de saberes inútiles a los jóvenes. Walbank, *op. cit.*, p.128-129. Lot, *op. cit.*, p.242-243. En contraste, otros revaloran la retórica antigua en contenido y forma de acuerdo con las necesidades y gustos de la época, sobre todo en los valores de belleza y estilo. Marrou, *op. cit.* p.398-399. Burckhardt, *op. cit.*, p.271. En el caso de Agustín, se ha señalado que su instrucción retórica le proporcionó una sólida base lingüística que le permitió analizar los textos cristianos con la profundidad que se tenía sobre las obras clásicas. Norris Cochrane, *op. cit.*, 384-385. Brown, *Biografía...* p.42-43

provincial, la búsqueda de exenciones y privilegios, y para ser mediador y consejero en las disputas internas de las ciudades o entre ciudades Según George Kennedy, “el orador era quien estaba capacitado para defenderse a sí mismo, a su familia, a su propiedad, para participar en la vida cívica de su ciudad; para expresar los valores de la civilización”.<sup>101</sup> La estima dada a los rétores por los príncipes ayudó a aumentar el reconocimiento de su arte y estimuló su estudio. Al elegir a un buen orador, se tenía la ventaja de contar con alguien que conocía los secretos de la persuasión frente a las autoridades adecuadas. Con esto se aseguraba que la causa fuera mejor defendida, lo cual, aunado a su prestigio personal, atraía la atención y el respeto de su auditorio. Por ello, no era un asunto menor para la ciudad tener oradores valorados por su capacidad discursiva y sapiencia de los autores antiguos. En el siglo II Luciano resaltaba los puestos políticos y honores dados a los oradores, mientras en el siglo IV Libanio recordaba la disputa entre Antioquia y Constantinopla por hacerlo sofista oficial de la ciudad, y decía que “abandonar la ciudad de uno para aprender el arte oratorio también es hermoso para la propia patria, a la cual el ausentado podrá engrandecer gracias a sus estudios”.<sup>102</sup> Por ello no era raro que los rétores vinieran de las noblezas locales de las ciudades romanas, cuya educación era el complemento cultural de su buena cuna y sus vastos medios socioeconómicos. Al estar iniciados en la *paideia*, reclamaban sus puestos privilegiados en la política y sociedad romanas. Como señala Peter Brown, esto hizo visible a “un grupo de personas que clamaban, sobre la base de su alta cultura, ser los líderes naturales de la sociedad”.<sup>103</sup>

Con esto, es normal que el estudio de la retórica exigiera una formación completa. El entrenamiento retórico implicaba el aprendizaje de varios saberes para que el futuro rétor desarrollara cualquier tema en ámbitos diversos. Tácito recordaba la instrucción que pedía Cicerón para los estudiosos de oratoria y que él mismo tuvo: derecho con Mucio Escévola,

---

<sup>101</sup> George Kennedy, *Greek Rhetoric under Christian Emperors*, Princeton, Princeton University Press, 1983, p.3. (It was the orator who was able to defend himself, his family, and his property; to participate in the civic life of his city; to express the values of his civilization.) Sobre los oradores y las ciudades: Cic. *Off.* VII. Dio. *Chrys. Or.* XXXVIII.1. XLI.8. Aristid. *Or.* III.13.XXIII.4. Lib. *Or.* III.182-185. *Ep.* III.12.7-8. Sinesio. *De Regno*, 1c-3c. E.L. Bowie, “Los griegos y su pasado en la segunda sofística”, en Finley, *Estudios de...*p.187-194. Graham Anderson, *The Second Sophistic. A Cultural Phenomenon in the Roman Empire*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993, p.24-28

<sup>102</sup> Luc. *Somn.* 32.10. Lib. *Or.* I.39, 88-89. *Ep.* I.24.1

<sup>103</sup> Peter Brown, *Power and Persuasion in Late Antiquity. Towards a Christian Empire*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1992, p.37. (The Curti Lectures). (a group of persons who claimed, on the basis of their high culture, be the natural leaders of society)

filosofía con Filón y Diódoto, y otros saberes con especialistas de Grecia. Aseveraba que “en los libros de Cicerón se puede descubrir que no le faltó conocimiento de la geometría, ni de la música, ni de la gramática, ni, en resumen, de ninguna noble arte. Él conocía la sutileza de la dialéctica, él la utilidad de la parte moral, él los movimientos y causas de las cosas”.<sup>104</sup> Esta erudición enriquecía la elocuencia y contribuía a desempeñar óptimamente su arte. Esto iba de la mano con los conocimientos de la literatura: en el siglo IV, Ausonio le decía a su nieto los autores y géneros que debía conocer para un saber cabal de las obras clásicas, destacando a Homero y Menandro, entre los griegos, y entre los latinos a Horacio, Virgilio, Terencio y Salustio.<sup>105</sup> Dos siglos antes Juvenal se quejó de la enormidad de datos que se esperaban de un orador capaz: “que conozca las reglas de las palabras, que lea las historias y conozca a todos los autores como a sus uñas y a sus dedos, para que si le pregunta intempestivamente cuando se dirige a las termas o a los baños de Febo, diga quien fue la nodriza de Anquises, el nombre y la patria de la madrastra de Anquemolo, diga cuántos años vivió Acestes, cuántos odres de vino de Sicilia dio a los frigios”.<sup>106</sup>

El contacto con la retórica estuvo condicionado a las posibilidades económicas de quienes aspiraban a conocer sus secretos. Evidentemente los grupos mejor acomodados en la escala socioeconómica tenían mayores recursos para conseguir los mejores profesores o viajar a los grandes centros educativos para tomar clases con los rétores más afamados. A pesar de que el gobierno imperial y las curias se ocuparon de establecer cátedras pagadas por esas instancias para asegurar a los hijos de los ciudadanos el acceso a las clases, y eliminar el carácter exclusivista de la educación, también es cierto que contar con bienes propios facilitaba la instrucción en la retórica. Sobre esto, Dion decía a los padres que no dejaran a sus hijos sin los mejores bienes, “antes bien encomendados a los cuidados de maestros bien dispuestos o tratad de convencer u obligar a los que no quieran aceptarlos”; Plutarco acusaba de avaros a los padres que “para no pagar un mayor salario, eligen como maestros de sus hijos a hombres de ninguna estima, buscando una ignorancia barata”, y Plinio animaba a los padres de su natal Como a escoger buenos maestros para la escuela.<sup>107</sup> En cuanto al apoyo otorgado por el gobierno imperial a los profesores de retórica, un orador

---

<sup>104</sup> Tac. *Dial.* XXX.4. Sobre Cicerón, *vid* Clark, “Educación y oratoria”, en Baldson, *op. cit.*, p.281-284.

<sup>105</sup> Aus. *Prot.* VII.2.45-66. En el siglo IV también se estudiaba a Ásper, Victorino y Donato. Jer. C. *Ruf.* I.16

<sup>106</sup> Juv.VII.229-236. El interrogatorio sobre cuestiones técnicas y literarias no era raro: Tiberio y Adriano llenaban de preguntas a los estudiosos para ver su grado de conocimientos. Suet. *Tib.* 70.3. *SHA.* Hadr. 20.2

<sup>107</sup> Dio Chrys. *Or.* XII.11. Plut. *Mor.* 4e. Plin. *Ep.* IV.13.

galo aplaudía las disposiciones favorables de Constancio Cloro hacia las escuelas y los profesores como una medida pertinaz y acorde con las demás leyes que impulsaban los tetrarcas, pues la retórica daba grandes lecciones no solamente para el foro, sino también para la vida: “y cuando todas se tornan en un hábito desde una tierna edad, se fortalecen sucesivamente para todos los deberes de la vida”.<sup>108</sup>

El hombre entrenado en la retórica se expresaba de forma distinta a los demás, lo que delataba su formación. Los autores enfatizaron este aspecto como signo de distinción frente a quienes no tenían nociones de ella. Los factores inmersos en la oratoria explican el enorme cuidado en la manera de dirigirse a los demás. En el siglo II, Dion censuraba a quienes en sus discursos preferían la abundancia de palabras a la precisión, además de no contar con un plan previo ni orden. Así, “una lengua ignorante se convierte en un castigo nada pequeño para los oyentes”. De igual manera, Elio Arístides aseguraba que ser orador “consiste en descubrir lo que es necesario, en organizar y en disponerlo de forma adecuada con ornato y fuerza expresiva”. A su vez Frontón señalaba que el orador debía “distinguir la posición de las palabras, su orden, su importancia, su antigüedad, y su rango con el fin de que no sean colocadas en el discurso de manera desordenada [...] sino que se vayan uniendo de acuerdo con un orden determinado y artístico”.<sup>109</sup> Para evitar las críticas, Plinio se preocupaba por pulir sus textos y someterlos al examen de un círculo cercano y educado para después, si lo ameritaban, publicarlos. Para Luciano el conocimiento de la cultura se veía en el dominio de su literatura y la lengua; por ello criticaba el estilo pretencioso y arcaico de los sofistas que no conocían las reglas de la escritura, regaban palabras por doquier e inventaban otras que no tenían sentido. Esto probaba su impericia y la destreza de quienes sí eran oradores capaces.<sup>110</sup> El dominio de las técnicas retóricas era esencial para valorar a un orador capaz, siglos antes Tácito lo definía como el “que puede hablar sobre cualquier cuestión bellamente y con aliño, y de manera apropiada para persuadir, según la dignidad de los asuntos, de acuerdo con la conveniencia de las ocasiones, con deleite de los

---

<sup>108</sup> *Pan. Lat.* V.VIII.2 (quae uniuersa cum in consuetudinem tenera aetate uenerunt, ad omnia deinceps officia uitae [...] conualescunt.) La dotación de profesores y la extensión de privilegios a ellos fue constante en la Antigüedad pese a las convulsiones políticas. A.H.M. Jones, *The Greek City. From Alexander to Justinian*, Oxford, Oxford University Press, 1940, p.283-288.

<sup>109</sup> Dio Chrys. *Or.* XII.43. Aristid. *Or.* II.382. Fronto. *Ep.* 161.1. Marco Aurelio le agradecía a su maestro Apolonio “el no reprender con injurias a los que han proferido un barbarismo, solecismo o sonido mal pronunciado”. Mar. Aur. I.12

<sup>110</sup> Plin. *Ep.* VII.17. II.19. Luc. *Fal.* 5.4. *Demon.* 26. *Mag.* 15-21. *Lexif.* 14. Cfr. Hor. *Sat.* IV.71

oyentes”; y en el siglo IV, Libanio declaraba que “no estar a la altura de las circunstancias es, a todas luces, terrible para los oradores, si se da la circunstancia de que unos abundan en recursos y otros, por el contrario se muestran incapaces”.<sup>111</sup>

La filosofía fue una materia central en el marco cultural antiguo. En el siglo III, la filosofía combinó las principales escuelas nacidas en la Grecia helenística dentro de una corriente principal: el neoplatonismo. Las ideas estoicas, aristotélicas y pitagóricas fueron abrazadas por los neoplatónicos al grado que Porfirio y Simplicio escribieron comentarios a Aristóteles, y Pitágoras se convirtió en un personaje venerado y estudiado por ellos. Al mismo tiempo, adoptaron el método alegórico estoico para unir los cultos tradicionales y la poesía antigua con la tradición filosófica; además de asimilar prácticas teúrgicas, mágicas y adivinatorias que mezclaron con su particular exégesis de Platón.<sup>112</sup> Averil Cameron dice que “el neoplatonismo tenía también una faceta profundamente religiosa; en realidad era considerado casi un sistema religioso. Los neoplatónicos intentaban explicar la naturaleza de lo divino y desarrollar de paso una teología científica”.<sup>113</sup> Pese a ello, la filosofía siguió mostrándose como un medio humano cuya meta era brindar una norma de vida para el hombre mediante la característica que lo separaba de las bestias: la razón. En esto radicaba su mayor gloria y orgullo. Aunque los filósofos podían emplear su sapiencia para ganarse la vida ejerciendo como profesores por su cuenta u ocupando una cátedra pagada por una curia o por la administración imperial, se pretendía que no fuera solamente una formación

---

<sup>111</sup> Lib. *Or.* XII.6. Tac. *Dial.* XXX.5. El estilo era muy importante si se le considera como “el resultado de una selección del material lingüístico [...] los procedimientos de tal selección, limitada por la necesidad de evitar faltas gramaticales y de no traicionar el sentido del pensamiento, además tanto por la calidad del interlocutor, del auditorio o del lector, como por el temperamento y el talento del escritor”. A. Dain y P. Chantraine, *Introducción a la estilística griega*, pres. de Paola Vianello de Córdoba, trad. de Silvia Aquino López y Gerardo Ramírez Vidal, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1995, p.86 (Manuales Universitarios, 1) Sobre esto Séneca favorecía “la elocuencia que trabaja por la verdad debe ser sin afeites y sencilla”. Sen. *Ep.* XLV.4.

<sup>112</sup> Pierre Hadot, “El fin del paganismo”, en Henri-Charles Puech, dir., *Historia de las religiones. Las religiones en el mundo mediterráneo y en el Oriente Próximo. Formación de las religiones universales*, trad. de Lorea Borutti, J.L. Ortega Matas y Alberto Cardín, México, Siglo XXI Editores, 1979, v.5, p.118-121. La magia estaba difundida entre algunos neoplatónicos como Jámblico y Máximo, casos que Eunapio narra con entusiasmo, pero otros la rechazaban, y preferían la dialéctica y la oratoria. Eunap. *VS.* 459-460, 475. Sobre la disputa, cfr. E.R. Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino*, trad. de J. Valiente Malla, Madrid, Cristiandad, 1975, p.160-161. (El libro de bolsillo Cristiandad, 25) E.A. Ramos Jurado, “Mito y religión en la filosofía griega a fines del mundo antiguo”, en José Luis Calvo Martínez, ed, *Religión, Magia y Mitología en la Antigüedad clásica*, Granada, Universidad de Granada, 1998, p.230-235 (Biblioteca de Estudios Clásicos, 8). Porfirio decía que las obras de Plotino tenían doctrinas peripatéticas y estoicas tan bien amalgamadas con su pensamiento que pasaban por suyas. Porph. *Plot.* 14.

<sup>113</sup> Cameron, *op. cit.*, p.145. Cfr. Brown, *The World...* p.74-75. Burckhardt, *op. cit.*, p.210-215.

intelectual o un medio de vida, sino un ideal que tocara todo rasgo de la existencia humana y se reflejara en el pensamiento y conducta del hombre. Tal situación explica las constantes críticas a los filósofos que no sancionaban sus palabras con hechos y realizaban acciones que iban en contra de sus doctrinas. En el siglo I, Valerio Máximo decía que la filosofía cuando “penetra en los corazones, dejando a un lado toda falta de honestidad y las lisonjas que de nada sirven, afianza todo el baluarte de una sólida virtud y lo hace más fuerte que el miedo y el dolor”.<sup>114</sup>

Debido a esto, abundan las alabanzas a la filosofía y se reconoce su papel central en la cultura clásica, así como su inmenso valor y utilidad. Su valía se notaba en toda esfera de la actividad humana, pública o privada, por lo que su conocimiento no era superfluo, sino fundamental para el desarrollo del hombre.<sup>115</sup> Empero, el acercamiento y profundización del conocimiento filosófico eran difícilmente accesibles a la mayoría de la población, ya que la preparación y reflexión filosófica exigían muchos conocimientos propedéuticos, cosa que los órdenes superiores podían adquirir. Sobre esto Luciano jocosamente escribía que los pitagóricos pedían estudiar aritmética, geometría, música y astronomía antes de acceder a la filosofía. Además, los estoicos planteaban el estudio de diversas disciplinas por varios años para que sus alumnos aprendieran las distintas formas de razonar y las teorías sobre el alma y el mundo.<sup>116</sup> A la par, Justino narraba que en su pesquisa por las escuelas filosóficas se topó con un pitagórico que lo despachó rápidamente, pues no sabía matemáticas, música y geometría; Orígenes subrayaba que los filósofos tomaban la geometría, la música, la gramática, la retórica y la astronomía como auxiliares de la filosofía; y Lactancio establecía una lista parecida.<sup>117</sup> La lista de saberes propedéuticos a la filosofía era larga debido a la complejidad de los temas que los filósofos manejaban. Por ello, Porfirio señalaba que su maestro Plotino no desconocía ningún teorema de geometría, aritmética, mecánica, óptica y música. Según el tirio, Plotino decía que el filósofo debía saber matemáticas “para avezarlo

---

<sup>114</sup> Val. Max. III.3.1. Entre varias críticas destacan: Dio Chrys. *Or.* XXXI.9. Juv. II.1-35. Luc. *Nigr.* .25. *Symp.* 14-36. *Icar.* 5-6, 16. Algunos cristianos, como Taciano, usarían este argumento contra la filosofía. Tat. *Ad. Gr.* 3. Sobre esto Séneca aconsejaba: “Todo nuestro propósito se reduce a decir lo que sentimos y sentir lo que decimos; que la palabra esté de acuerdo con la vida”. Sen. *Ep.* LXXV.4. Dion decía que “afanarse por ser un hombre bueno y honrado no es otra cosa que vivir como filósofo”. Dio Chrys. *Or.* XIII-28

<sup>115</sup> Dio Chrys. *Or.* LXXII.9. Sen. *Ep.* XX.2. Plotinus. *Enn.* I.3. Iambl. *Protr.* 5.4-5. Amm. Marc. 29.2.18. 30.8.14. Lib. *Or.* XIII.13. Jul. *Or.* VI. 226b-c. Temist. *Or.* XVII.214a.

<sup>116</sup> Luc. *Vit. Auct.* 3-6, 21-22. En la misma obra indica que los cínicos, a causa de sus prácticas extravagantes y su apelación a una vida natural, eran los únicos que no exigían estudios previos. *Vit. Auct.* 11

<sup>117</sup> Just. *Triph.* 2.2-6. Origen. *Ep.* 1. Lact. *Div. Inst.* III.25.9-11

a la intuición de lo incorpóreo y a la fe en su existencia”, y requería la dialéctica para saber “acerca de cada cosa, qué es cada una, en que difiere de otras y qué hay de común en ellas”, y después lógica y retórica.<sup>118</sup> De Porfirio, Eunapio destacaba su formación en gramática, retórica, geometría, matemáticas y música, necesarias para la virtud; sobre Longino decía que era el hombre más ducho en toda rama del saber. Por último, Juliano insistía en la retórica como complemento de la filosofía.<sup>119</sup> De este modo se necesitaban varios años de esfuerzo y estudio para profundizar en las distintas ramas filosóficas. La carga cognitiva del filósofo era enorme, debía mostrar gran capacidad para asimilar conocimientos variados y, por si fuera poco, demostrar un pensamiento original. De esto se desprende la dificultad por estar a la altura de este ideal, así como los recursos implicados.

Por otra parte, el carácter de la especulación filosófica era individual. Aunque la discusión sobre los problemas podía hacerse en compañía de maestros y compañeros, la introspección y el análisis que realizaba el filósofo eran de orden estrictamente personal y requería un intenso esfuerzo intelectual al mantener una tradición individualista propia de la filosofía desde la Grecia arcaica. A lo más que se podía llegar era a rodearse de algunos que tuvieran las mismas inclinaciones e intereses como muestran los grupos de los principales neoplatónicos como Plotino, Porfirio y otros más que aparecen en el libro de Eunapio. Estos grupos se caracterizaban por su pequeño número, sus prácticas contemplativas y ascéticas, y su elevado grado de preparación que, sin duda, los distinguía de los demás.<sup>120</sup> Sin embargo, los frutos de la meditación filosófica obedecían a una labor que el filósofo debía realizar por sí mismo, lo que negaba que amplios sectores pudieran penetrar en las argucias filosóficas. Además, en el caso de los neoplatónicos, su aspiración a superar todas las capas que separaban al hombre del Uno se encaminaba a la unión entre ambos. Esta experiencia podía obtenerse pocas veces en la vida y no era transmisible totalmente en palabras, sino sólo a nivel analógico. Esta unión conllevaba un gran esfuerzo y se lograba

---

<sup>118</sup> Porph, *Plot.* I.3-4. 14.1-10.

<sup>119</sup> Eunap. *VS.* 456. Jul. *Ep.* 12.425d. 106.411c. Por esto, Sinesio afirmaba: “Lo que encarezco es que el filósofo en nada sea torpe ni rudo, sino un iniciado en los misterios de las Gracias, un griego cabal, esto es, que se a capaz de tener tratos con los hombres sin ignorar ninguna obra escrita de importancia”. *Dio.* 42

<sup>120</sup> Brown, *El primer...*p.36. Cfr. al respecto Porph. *Plot.* 7.15-20. *Eunap.* *VS.* 455. No extraña que Juliano sólo pudiera contar ocho personas en su círculo con inclinaciones filosóficas. Jul. *Or.* XII.354c Siglos antes Séneca había dicho sobre la labor filosófica y su relación con otros grupos sociales: “No por eso te prohíbo que oigas también a los que acostumbran admitir al pueblo en sus disertaciones, siempre que su propósito al acudir a la turba sea que se hagan mejores y hagan mejores a otros y no a causa de la ambición. Porque ¿qué más vergonzoso que la filosofía buscando aclamaciones?”. Sen. *Ep.* LII.9

“por la obtención de un estado de éxtasis a través de la contemplación e introspección llevando al buscador al nivel de intensidad del ser de la mente del mundo”.<sup>121</sup> La filosofía fomentaba el análisis individual, el dominio de una compleja terminología y sus modos interpretativos. Debido a la naturaleza del saber filosófico y a los rasgos socioeconómicos del mundo clásico, su estudio tuvo un carácter selectivo: sin duda, las personas con más recursos, ocio y disposición tenían más ventajas y posibilidades de profundizar en ella. Eunapio realza que varios neoplatónicos provenían de familias prestigiadas y acaudaladas, lo que les daba el tiempo y el dinero para procurarse la formación filosófica necesaria.<sup>122</sup>

Se esperaba tener una formación completa: la especialización del saber no fue usual como en otras épocas, basta recordar a cualquier autor importante para notarlo. Empero, el aspecto literario tuvo un gran peso en la formación, pues la retórica y la filosofía eran las principales materias de la educación antigua, si bien las matemáticas, la geometría y la física, entre otras, fueron disciplinas cultivadas en la Antigüedad. Las obras de los grandes autores eran recipientes de teorías y conceptos sobre los problemas sustanciales, y modelos de estilo y lenguaje.<sup>123</sup> La instrucción de Marco Aurelio lo revela: el derecho, la gramática, la retórica y la filosofía ocuparon los lugares más importantes como solía ser en su época para un hombre letrado. Así, pues, “era un enamorado de la literatura antigua, tanto que no iba a la zaga de nadie, ni griego ni romano; evidencian tal afirmación todos sus discursos y escritos que han llegado a nosotros”.<sup>124</sup> La diversidad y complejidad de saberes constituían escollos difíciles de superar y pedían un alto grado de profundidad, lo que significaba un filtro que favorecía a los grupos superiores, pues se exigía una enormidad de disciplinas para ser considerado culto. Frontón acentuaba la preparación literaria al comentar sus propias lecturas entre las que destacaban los filósofos Platón y Aristón, diversas obras de

---

<sup>121</sup> John Holland Smith, *The Death of Classical Paganism*, Londres y Dublín, Geoffrey Chapman Publishers, 1976, p.15 (by the achievement of a state of ecstasy through contemplation and introspection lifting the seeker to the level of the intensity of being of the world-mind). La experiencia de Plotino está en Porph. *Plot.* 13

<sup>122</sup> Eunap. *VS.* 464, 473-474. En el grupo de Plotino sobresalían médicos, poetas y oradores, y no pocos de ellos provenían de la nobleza senatorial o eran curiales distinguidos con cargos en la burocracia imperial y conexiones socioeconómicas en todo el Imperio. Porph. *Plot.* 7. Para el origen social de los seguidores de Plotino, *vid* J. M. Rist, *Plotinus. The Road to Reality*. Cambridge, Cambridge University Press, 1977, p.6-7

<sup>123</sup> Para el lugar de la ciencia en la educación clásica: S. Cuomo, *Pappus of Alexandria and the Mathematics of Late Antiquity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, p.46-56 (Cambridge Classical Studies)

<sup>124</sup> Hdn. I.2.3. Cfr. M. Aur. I. *SHA. Marc.* 2-4. Frontón señala las lecturas recomendadas a Marco Aurelio cuando era su alumno: Catón, Cicerón, Salustio, Graco, Plauto, Acio, Ennio, Lucrecio y Crisipo. *Ep.*146, 155. También Aurelio Víctor denotaba su preparación en la filosofía y oratoria. Aur. Vict. *Caes.* 16.1. Aun así su educación también incluía matemáticas y pintura. Para su formación y la educación de su época, *vid* Anthony R. Birley, *Marcus Aurelius. A Biography*, 1ª. reimp., Londres y Nueva York, 2001, p.35-41

teatro y Cicerón. Por su parte, Libanio resaltaba la cultura de Juliano en retórica, filosofía y poesía, logrando sobresalir en los distintos géneros literarios. Tal dedicación al estudio no sólo la tuvo cuando era una persona privada, sino también como príncipe, lo cual cobraba valor pues pocos podían hacerlo.<sup>125</sup> Juliano insistía en el estudio de la cultura clásica como un todo, en que cada parte cumplía una función específica y denotaba el carácter humano de su civilización. Debido a esto, decía: “No despreciéis las controversias, ni descuidéis la retórica, ni el contacto con los poetas. Sea vuestra aplicación a las ciencias mayor aún, y que todo vuestro esfuerzo sea el conocimiento de las doctrinas de Platón y Aristóteles. Ésta sea vuestra tarea, ésta la base, el fundamento, el edificio, el techo”.<sup>126</sup>

La atención puesta en el rigor y el esfuerzo implicado en la educación son temas constantes en las fuentes. Se entiende que se tuviera plena conciencia de la dificultad de lograr un desempeño óptimo en los estudios. Dion felicitaba al interesado en cultivar su espíritu al mostrar amor por la sabiduría: ello evidenciaba un alma noble. Admitía que es una labor fatigosa que requiere esfuerzo y disposición, pero aun así reiteraba que se debía ser constante en la búsqueda de la mejor formación. De modo parecido, Luciano indicaba que el entrenamiento en la retórica “no es insignificante ni requiere poco esfuerzo; al revés, por alcanzarlo merece la pena sufrir muchas penalidades, muchas horas de insomnio y resistir todo lo que venga”.<sup>127</sup> Estas palabras resaltan la pesada labor de aprender técnicas, procedimientos e ideas, desarrollar la capacidad de raciocinio y pensar creativamente. Por esto, Frontón decía: “cuán grande es la dificultad y cuán escrupuloso e inquietante es el cuidado que ha de ponerse en la valoración de las palabras, no sea que esta cuestión reprima el ánimo de los jóvenes o debilite su ilusión de adquirirla”. En el siglo V, Jerónimo enfatizaba que las letras son “compañeras del sudor, aliadas del trabajo; de los ayunos, no de la gula; de la continencia, no de la lujuria”; y Agustín decía que sus maestros abrían “camino penoso por los que teníamos nosotros que caminar, multiplicando así el trabajo y el dolor a los hijos de Adán”.<sup>128</sup>

---

<sup>125</sup> Fronto. *Ep.* 93. Lib. *Or.* XII.92-95. *Ep.* 406.

<sup>126</sup> Jul. *Ep.* 8.441c. Juliano señala que uno de los mayores regalos que se le podían hacer eran los libros: “Unos aman los caballos, otros los pájaros y otros las fieras; yo, desde niño, estoy poseído por el terrible deseo de poseer libros”. Jul. *Ep.* 107.307d. Sobre el gozo por los libros que Eusebia le regaló. *Or.* II.123d

<sup>127</sup> Dio Chrys. *Or.* XVIII-1-6. Luc. *Ret.* 2-3.

<sup>128</sup> Fronto. *Ep.* 1.4. Jer. C. *Ruf.* I.17. August. *Conf.* I.9.14. Jerónimo recordaba los complicados exámenes que debía aprobar. C. *Ruf.* 30. Por esto una buena formación era algo presumible en el mundo antiguo como lo refiere Apuleyo sobre sí mismo y en sus personajes. *Apol.* 5. *Met.* XI.15.1

En el medio latino había un obstáculo más: la necesidad de dominar ambas lenguas y literaturas, aunque hubo griegos, como Dionisio de Halicarnaso y Plutarco en el Alto Imperio, y Amiano Marcelino y Claudiano en el Bajo con buenos conocimientos de lengua latina. Generalmente en el ámbito heleno se contentaban con su lengua y literatura, si bien el latín ejerció un poderoso imán sobre varios porque permitía estudiar derecho romano en la escuela de Berito y aspirar a un puesto en la burocracia del Bajo Imperio.<sup>129</sup> Por su parte, el hombre latino debía esmerarse por estudiar las dos lenguas como se esperaba de un culto. Hablar ambas lenguas era algo resaltable: Apuleyo era conocido como “elocuentísimo tanto en griego como en latín”.<sup>130</sup> Empero, el bilingüismo era difícil de obtener de forma óptima y había quienes no llegaban al resultado esperado, lo cual era más usual a partir de la crisis del siglo III que conllevó, entre otras cosas, un retroceso del griego en Occidente. Ausonio recordaba su intento frustrado de hablar griego con soltura y exculpaba a sus profesores: “fue un obstáculo la capacidad demasiado lenta de mi mente y una equivocación perjudicial de mi temprana edad que me apartó de las disciplinas griegas”.<sup>131</sup> A su vez, Agustín decía que el poco interés en las letras griegas se debía a su complejidad en contraste con la facilidad y atractivo que sentía hacia su lengua materna. Así, “la dificultad de aprender completamente una lengua extraña era como una hiel que rociaba todas las dulzuras griegas de las narraciones fabulosas. Pues yo no sabía ninguna de esas palabras y se me obligaba con toda vehemencia y con crueles terrores y castigos a que las aprendiera”.<sup>132</sup>

Era claro que para adquirir una buena educación se requerían ciertos recursos si los padres deseaban conseguir los mejores maestros para sus hijos. Esto no era problema para los nobles como Marco Aurelio, quien agradecía a su abuelo no escatimar recursos para darle los mejores profesores en todas las disciplinas; también Libanio llamaba la atención sobre su familia que gastó grandes sumas en su educación.<sup>133</sup> No sorprende, pues, que gran parte de los sofistas mencionados por Filóstrato y Eunapio procedieran de familias con una

---

<sup>129</sup> Gregorio, *Or. a Orígenes*, 4. Lib. *Or.* II.43-44. También Constantinopla fue un foco de latinidad en Oriente debido al carácter oficial del latín. Para el estado del latín en el Bajo Imperio: Marrou, *op. cit.* p.356-360

<sup>130</sup> Apul. *Apol.* 4. Un siglo antes Claudio había destacado esto de un bárbaro. Suet. *Claud.* 42.1. Hablar ambas lenguas con soltura era digno de llamar la atención: Libanio resaltaba esto de Juliano y de su propio abuelo. Lib. *Or.* I.2. XII.94. También Jerónimo subrayó esto sarcásticamente de su rival Rufino. *C. Ruf.* I.17

<sup>131</sup> Aus. *Prof.* 8.10-15. 14.

<sup>132</sup> August. *Conf.* I.14.23. Añadía que los niños griegos sentirían lo mismo si se les obligara a leer a Virgilio. Contrasta los magros frutos de la enseñanza del griego con el aprendizaje natural y espontáneo del latín en su niñez. Sobre la actitud de Agustín hacia el griego y la educación, *vid* Norris Cochrane, *op. cit.*, p.383-384.

<sup>133</sup> M. Aur. I.3-5. Lib. *Or.* II.11. La misma actitud tuvo Constantino para sus hijos. Euseb. *Vit. Const.* IV.51

buena posición social y económica. Uno de los elementos que saltan a la vista, en distintas épocas, en las referencias que Dion, Luciano, Ausonio y Libanio hacen de sus propias familias o de otros es su procedencia social alta que acompañaba sus méritos culturales. Los oradores y filósofos de los núcleos elevados cumplían funciones vitales en la vida urbana, y ello aumentaba su prestigio. Constantemente recordaban los inmensos favores que sus familias habían hecho en donaciones, liturgias y mediaciones gracias a su cercanía con las altas esferas, y su preeminencia social y cultural frente a las distintas instancias de poder, resultando ser valiosos intermediarios.<sup>134</sup> En cambio, otros tenían dificultades para procurar una buena formación a sus hijos: algunos padres debían esforzarse mucho para pagar los servicios de algún profesor. Libanio menciona que llegaba a ignorar los pagos de estudiantes cuyas familias tenían una capacidad económica limitada, y Agustín señala los sacrificios que sus padres hicieron para que estudiara más allá de su ciudad natal y el apoyo que le dio un notable de Hipona que, entre sus donaciones, estaba el patrocinio de jóvenes para que siguieran sus estudios.<sup>135</sup>

Al ver las implicaciones sociales del lenguaje, Peter Burke precisa que “el acento, el vocabulario y el estilo general del habla de un individuo revelan a cualquiera que tenga el oído entrenado, mucho sobre la posición social que ocupa ese individuo en la sociedad”.<sup>136</sup> Lo mismo puede decirse de la educación en general, pues fue un signo distintivo de la élite romana con poder político, recursos económicos, y preeminencia social frente a los sectores que no poseían estos rasgos o sólo algunos. Sus vínculos personales se completaban con su cultura para tomar un papel preponderante, lo cual fue entendido a nivel local e imperial. Así, la cultura se volvía un elemento que validaba sus aspiraciones de control: “*Paideia* fue un medio de expresar la distancia social. Sus destrezas eran difíciles de adquirir y, una vez adquiridas, únicamente podían exhibirse dentro de convenciones rígidas y tradicionales”.<sup>137</sup> Fue un elemento cohesivo para los dirigentes del Imperio romano cuyos miembros, con

---

<sup>134</sup> Dio Chrys. *Or.* XL.10-15. XLVI.3-4. Aristid. *Or.* XXX.7-9. Luc. *Demon.* 9.3. Lib. *Or.* II.10. XV.6-9 Aus. *Introd.* 1.1-25. *Comm.* III. Filost. *VS.* I.520-521. Eunap. *VS.* 81. Asimismo, en la calificación de los príncipes tiene un buen lugar su grado de cultura como signo positivo o la ausencia de preparación como una mancha de los emperadores rudos que provenían del ejército. Aur. *Vict. Caes.* 9.5, 20.2. Eutr. VII.7.21

<sup>135</sup> Lib. *Ep.* II.153-154. IV.319. August. *C. Acad.* II.2.3. Sobre la procuración de los medios para la educación, Marrou, *op. cit.*, p.365-425. Brown, *Biografía...* p.21-22

<sup>136</sup> Peter Burke, *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, trad. de Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa, 1996, p.34

<sup>137</sup> Brown, *Power and Persuasion...* p.39 (*Paideia* was a means of expressing social distance. Its skills were difficult to acquire and, once acquired, could only be displayed within rigid, traditional conventions)

intereses similares, se reconocían por ciertos rasgos que les confería una preparación similar: leían a los mismos autores, tenían un lenguaje y códigos comunes, y compartían formas artísticas y culturales, más allá de las diferencias regionales.<sup>138</sup> A las condiciones políticas, económicas y sociales, se le añadía la educación y la cultura como factores que reforzaban su sentido de grupo y remarcaban a los grupos superiores como privilegiados en el Imperio romano. “Si hubieses aprendido literatura, el ánfora de tu pequeño talento aun rezumaría la fragancia del líquido antaño contenido en ella”,<sup>139</sup> decía Jerónimo en una polémica con Rufino acerca de los frutos de la educación clásica; esto lo hubiera firmado cualquier integrante de las capas educadas y altas del mundo romano, consciente del peso simbólico de la cultura en su sociedad y de sus implicaciones.

Los más nobles, los mejores y los más ricos

Senatoriales, caballeros y curiales, en este estricto orden, tenían los medios económicos necesarios para llevar una vida holgada y ostentosa, contaban con un gran prestigio que se expresaba frecuentemente en ámbitos oficiales e informales a través de códigos implícitos, y podían acceder a la mejor educación disponible que demandaba mucho tiempo, esfuerzo y recursos. Todo esto les ofrecía la convicción de ocupar la mejor posición y reforzaba su sentido de grupo y su apego a un Imperio que les reconocía y, muchas veces, fomentaba esa posición. Esta situación no solamente debía ser disfrutada por esos sectores, sino también comunicada a los demás, lo cual se acerca a la definición de Mark Grahane del estilo activo de la proyección del status como la forma “en que los individuos realizan o hacen algo de una manera particular para comunicar algo sobre sí mismos y su relación con otros”.<sup>140</sup> En una sociedad tan estrictamente jerarquizada y preocupada por enaltecer las diferencias entre sus componentes, los grupos dirigentes romanos insistían en los rangos en todos los niveles.

Junto con las expresiones públicas y privadas con una fuerte carga simbólica, hay declaraciones enfáticas sobre la posición insigne de los órdenes superiores. Su prestigio respondía a una tradición que se remontaba a los albores de Roma con el patriciado, y que

---

<sup>138</sup> Brown, *The world...* p.11-16. Keith Hopkins, “La Romanización. Asimilación, cambio y resistencia”, en Jaime Alvar y José María Blázquez, eds., *La Romanización en Occidente*, Madrid, Actas, 1996, p.40.

<sup>139</sup> Jer. C. *Ruf.* I.30

<sup>140</sup> Grahane, “Material culture...en Lawrence y Berry, *op. cit.* p.161 (in that individuals make or do something in a particular way in order to communicate something about themselves and their relation to others)

prosiguió durante la República. El orden senatorial poseía una estima indudable durante su existencia y sus miembros no dudaban en hacer gala de ello. Ya Cicerón presumía que el orden ecuestre y, sobre todo, el senatorial estaban conformados por los *boni* que reunían las mejores cualidades morales, económicas y sociales del mundo antiguo. Señalaba que los caballeros admitían la superioridad senatorial y que la concordia de los órdenes garantizaba la estabilidad social en Roma.<sup>141</sup> En sus textos utiliza profusamente palabras como *honesti*, *optimi* y *strenui* para reputar a los integrantes del orden senatorial: la elección de palabras no es casual y tampoco lo fue que algunos vocablos con carga moral fueran usados para caracterizar a los grupos privilegiados y tuvieran un correlato jurídico como en la categoría de los *honestiores*. Tiempo después, al hablar de su suegro Julio Agrícola, Tácito señalaba su origen senatorial y ecuestre para resaltar su personalidad y denomina *promptissimus* a algunos miembros destacados del orden senatorial.<sup>142</sup> Este orden debía contar con los mejor calificados en los rubros que tanto interesaban a los romanos: por ello Dion Casio señalaba que “en lugar de los demás, introduce a los más nobles, los mejores y los más ricos, escogiéndolos no sólo de Italia, sino también de los aliados y los sometidos”.<sup>143</sup> En este diálogo atribuido a Mecenas y virtualmente dirigido a Augusto, Dión Casio ponderaba el derecho del grupo senatorial a dotar de funcionarios a la burocracia imperial y a tener un peso político efectivo, lo cual era común en tiempo de Augusto, pero no en su época, cuando se favorecía a otros núcleos. Ello muestra el aprecio a ese orden y que no cambiaría siglos después; al contrario, esta visión se reforzó pese a sus continuas recomposiciones. En el siglo IV, uno de sus más insignes representantes como Símaco, estaba orgulloso de tal grupo por defender y encarnar las tradiciones y valores de la romanidad. La estima lo separaba de los advenedizos ignorantes de ese legado; por ello definía, con una seguridad

---

<sup>141</sup> Cic. *Cat.* I.3. I.8. III.11-12. IV.7. Cicerón utiliza reiteradamente una terminología para recalcar el papel social de la nobleza de acuerdo a parámetros económicos y morales que conjugan condición, rango y edad, por lo que sus palabras están lejos de ser casuales. Las precisiones y ambigüedades de esto se analizan en Jean Béranger, “Ordres et classes d’après Cicéron”, en Nicolet, *Recherches sur...* p.236-238

<sup>142</sup> Tac. *Agr.* III.2. IV.1-2. Es una práctica común en Tácito señalar la procedencia social de las personas al referirse a los protagonistas de los acontecimientos, lo que demuestra la importancia de la categoría social para la estimación de los individuos en su obra y para sus lectores. Mucho antes, Catón había calificado a la nobleza senatorial como *virii boni et strenui*. Alföldy, *op. cit.*, p.25

<sup>143</sup> Dio Cass. LII.19.2. (ἀντὶ δὲ δὴ τῶν ἄλλων τοὺς τε γενναιοτάτους καὶ τοὺς ἀρίστους τοὺς τε πλουσιωτάτους ἀντεσαγαγε, μὴ μόνον ἐκ τῆς Ἰταλίας ἀλλὰ καὶ παρὰ τῶν συμμάχων τῶν τε ὑπηκόων ἐπιλεχόμενος) También el orden ecuestre se le pedía riqueza, buena cuna y educación, aunque en menor grado. Su sentido de grupo y formación acercó a sus miembros a la nobleza senatorial con quienes compartían algunos rasgos, amén de que varios príncipes les confiaron mayores responsabilidades. Garnsey y Saller, *op. cit.*, p.136-137. Para el papel dado a ellos en el siglo III, *vid* Dio Cass. LII.21-27

pasmosa, a sus miembros como “los más nobles del género humano”, “la mejor parte del género humano” y usa bastante las expresiones “orden venerable” e “ilustrísimo orden”.<sup>144</sup> No sorprende que, después del emperador, ocuparan el rango social más elevado y pudieran identificarse con términos que los nobles de siglos previos reconocerían como propios, lo que demuestra una continuidad bastante acentuada en dicha estimación social.

El senado romano también realzó su prestigio durante la Antigüedad. A pesar de que vio gradualmente mermada su participación política en el Imperio, y que bajo algunos príncipes recelosos sufrió ataques incesantes, siguió siendo el cuerpo emblemático de la tradición romana. Los autores no dudaron en recurrir a términos y expresiones altamente elogiosas para referirse al senado, sin importar que fueran senadores o no. El panegirista Nazario decía de Roma: “te has apropiado de los mejores hombres de todas las provincias para tu curia, para que la dignidad del senado no sea más ilustre por el nombre que por el fondo, al componerse de la flor de todo el mundo”; en una línea similar Rutilio exclamaba: “la curia religiosa se abre a los extranjeros honorables, no considera extraños a quienes conviene que sean suyos; disfrutan del poder de su orden y sus colegas, tienen parte de su Genio al que honran [...] creemos que es el consejo del sumo dios”, Símaco lo llamaba “ilustrísima curia”, y Sidonio Apolinar declaraba sobre Roma: “el mundo no tiene nada mejor que tú, ni tú nada mejor que el senado”.<sup>145</sup> El senado continuó siendo una junta de notables que presumía su posición y que participaba activamente en la aceptación de sus miembros para que éstos contribuyeran individualmente con su reputación a la honra del cuerpo. Con Graciano, en 383, las únicas formas de acceder al senado eran el derecho de nacimiento, si se era hijo de un “clarísimo”, o el ser inscrito en la lista de senadores en virtud del favor imperial. Con esto se rechazaba una tercera vía comúnmente aceptada: el emperador concedía el rango de clarísimo al promover a alguien a una función clarísima sin avisar previamente al senado. Así, Símaco podía afirmar que “los buenos adquieren las

---

<sup>144</sup> Symmachus. *Or.* 6.1. *Ep.* I.52. *Rel.* 5.1. 46.1. Esto explica la queja de Claudiano por la toma del consulado por el eunuco Eutropio en Oriente: “aquí no es violada la silla curul, nombres vergonzosos no deshonran los fastos latinos. Éstos son concedidos sólo a hombres valientes y los padres los desempeñan, y nunca le producirán vergüenza a Roma”. Claud. *Paneg.* 269-270 (Non hic violata curulis, turpia non Latios incessant nomina fastos; fortibus haec concessa viris solisque gerenda patribus et Romae numquam latura pudorem)

<sup>145</sup> *Pan. Lat.* X.35.2. (cum ex omnibus prouinciis optimates uiros curiae tuae pigneneris, ut senatus dignitas non nomine quam re esset illustrior, cum ex totius orbis flore constaeret) Symmachus, *Rel.* 46.2. Rut. *Namat.* I.13-18. (religiosa patet peregrinae Curia laudi, nec putat externos quos decet esse suos; ordinis imperio collegarumque fruuntur et partem Genii quem uenerantur habent [...] concilium summi credimus esse dei) Sid. *Apol. Carm.* VII.503

magistraturas porque no son sólo elegidos por uno, sino por todos”.<sup>146</sup> La pertenencia al senado constituía el pináculo social y un honor altamente deseado, que se acrecentaba con las exenciones y privilegios propios del cargo. La situación encumbrada de los senadores también se veía en su impacto en las obras historiográficas: si se analiza a cualquier autor del periodo imperial, un criterio vital para calificar la actuación de un príncipe es su trato al senado.<sup>147</sup> Los buenos emperadores trataban respetuosamente al senado, lo consultaban y llevaban un trato óptimo con él; los senadores eran valorados personal y colectivamente, no eran ejecutados arbitrariamente ni sus bienes confiscados. Bajo tales príncipes, el senado era estimado y tenía un peso político acorde a su elevada condición. Por el contrario, los malos príncipes tenían una actitud despótica frente al senado: lo despreciaban, humillaban y perseguían a sus más ilustres miembros. Eutropio decía de Nerón: “Asesinó a gran parte del senado, fue enemigo de todos los hombres buenos”.<sup>148</sup> Para los autores, el senado aglutina lo mejor de la sociedad romana y el Imperio prospera cuando ese órgano se vincula con los príncipes y se forja un gobierno moderado con tinte aristocrático, en vez de una tiranía.

Aunque en escala más reducida, los curiales también fueron un cuerpo reputado en la Antigüedad. En su seno confluían dos tendencias opuestas que simbolizan su peculiar condición en el Bajo Imperio: por un lado, había decuriones que deseaban acceder al orden senatorial por sus privilegios o escapar hacia la administración imperial, el ejército o la Iglesia, cuyos miembros estaban exentos de las obligaciones curiales; por otra parte, los emperadores trataron de contener esta huída que debilitaba a los órganos de poder en las ciudades.<sup>149</sup> Por ello trataron de aliviar la situación curial con varias leyes y medidas para remarcar la importancia que los núcleos urbanos tenían como los resortes que cohesionaban al Imperio. Como se ha mencionado, existía el convencimiento de que las ciudades eran

---

<sup>146</sup> Symmachus. *Rel.* 4.6. Las modalidades de reclutamiento de senadores fueron cambiando, aunque en el Bajo Imperio se tendió a la imposición de los dos mecanismos antes mencionados. Cfr. André Chastagnol, “Les modes de recrutement du sénat au IV<sup>e</sup> siècle après J.-C.”, en Nicolet, *Recherches sur...* p.194-197

<sup>147</sup> Tales fueron los casos de Augusto, Vespasiano, Tito y los Antoninos; por el contrario, Nerón, Calígula, Domiciano, Cómodo y Caracalla, entre otros, fueron censurados por atacar al senado. Los cristianos, como Lactancio, usarían esta dicotomía al asociar al príncipe antisenatorial con el perseguidor y bárbaro. La persistencia de esta actitud se trasladaría a escritores que no pertenecían al senado ni poseían antecedentes senatoriales, pero que tuvieron una educación calcada en sus patrones y prejuicios.

<sup>148</sup> Eutr. VIII.14.1. Nerón se jactaba de que desaparecería al senado, se negaba a darle muestras de respeto y lo ignoraba al pedir salud a los dioses únicamente para sí y para el pueblo romano. Suet. *Nero.* 37.4

<sup>149</sup> Para los claroscuros de la situación curial al ser resortes de la vida urbana y aparecer como opresores de otros intentando recaudar impuestos, *vid* Ste. Croix, *op. cit.*, p.579-582. Jones, *op. cit.*, p.206-207. Empero, en ocasiones, esta recaudación de impuestos era complicada ya que los contribuyentes poderosos podían negarse a pagar, lo cual orillaba a los curiales a vender sus bienes para cubrir el pago. Lib. *Or.* XLVII.4-10

parte fundamental del Imperio y que los curiales jugaban un papel crucial en la subsistencia de aquéllas y en el funcionamiento del gobierno romano. En la etapa de esplendor de este proceso, Elio Arístides decía que la colaboración del gobierno romano con las élites locales era vital para la paz interior y el mantenimiento de finanzas sanas, pues no había “ninguna necesidad de guarniciones que ocupen las acrópolis, sino que las personas más importantes y poderosas de cada ciudad guardan sus respectivas patrias en vuestro nombre”.<sup>150</sup>

El orden curial era consciente de su reputación e importancia en el esquema social romano, e intentaba reunir las personalidades más ricas, nobles y educadas de las ciudades a imitación del orden senatorial. Si bien esto era difícil de cumplir, la percepción de su rango no cambió; se sabía que era un grupo de propietarios que defendiera y representara los valores aristocráticos vigentes. Por esto, los panegiristas de los siglos III y IV aplaudían la política imperial de aligerar los tributos a las ciudades galas en tiempos críticos, lo que ayudaba directamente a las curias. Juliano, a pesar de los numerosos gastos que afrontaba en sus campañas occidentales, se negó a incrementar los impuestos para evitar afectar a las curias después de que sus tierras habían sido saqueadas por los bárbaros.<sup>151</sup> Por su parte, Libanio defendió a los decuriones y procuró el mejoramiento de su situación en la parte oriental del Imperio. De la curia de Antioquia, con la cual tenía estrechos lazos, afirmaba que “toda magnificencia de la ciudad descansa sobre ella como sobre una raíz”, para afirmar que el ataque a los curiales “le causaría un menoscabo considerable al conjunto de la sociedad, especialmente a la monarquía, ya que sólo por mediación de sus súbditos ésta será próspera”.<sup>152</sup> En la medida de las circunstancias, esta visión se conservó mientras las curias y las ciudades preservaron la tradición urbana antigua, si bien ello no evitó la decadencia de las primeras y la transformación de las segundas.

El mundo antiguo concedió mucha importancia a la condición social que reunía diversos elementos económicos, políticos y morales que configuraban una estructura de órdenes. En buena parte de las obras clásicas, del género que sean, para hablar del carácter y situación de una persona a lo primero que se remite es a la procedencia familiar y social:

---

<sup>150</sup> Aristid. *Or.* XXVI.64. Esto explica que los romanos históricamente hayan buscado el entendimiento con los grupos dirigentes con la convicción de que al apoyarlos obtenían su fidelidad irrestricta y fortalecían el sistema social que era muy parecido al suyo, lo que era un factor de homogeneización. Cfr. Corbier, “City, territory and tax”, en Rich y Wallace-Hadrill, *op. cit.*, p.230-233. Rostovtzeff, *Historia...*v.1. p.305.

<sup>151</sup> *Pan. Lat.* III.4-5. IX.11-14. X.8.4. Amm. Marc. 17.3

<sup>152</sup> Lib. *Or.* XLVII.10. Cfr. Antonio López Eire, *Semblanza de Libanio*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1996, p.81-84 (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 42)

a qué grupo pertenece. Por supuesto, mientras más alto sea el grupo mayor será la estima otorgada a ese individuo. De ahí que el nacimiento noble ocupara un lugar especial en la mentalidad y fuera un valor apreciado en la estructura social clásica. Por ejemplo, según refiere Tácito, en el discurso en que notificaba la adopción de Pisón, Galba comentaba que el Imperio había pasado como una herencia familiar entre dos de las principales gentes de Roma: los Julios y los Claudios. Él actuaba en forma diferente porque escogía a un joven que no su pariente, pero sí era un noble de cepa: “para mi sería egregio admitir entre mis penates la descendencia de Gneo Pompeyo y Marco Craso, y para ti, insigne haber agregado a tu nobleza los decoros de las familias Sulpicia y Lutacia”.<sup>153</sup> En la misma línea, Herodiano afirmaba que Cómodo se jactaba de su origen noble en un discurso que le atribuye poco después de ser nombrado emperador: “Ahora la fortuna ha dispuesto que yo lo suceda en el imperio, no cual advenedizo como mis predecesores que se enorgullecían de un trono no heredado: por el contrario, yo soy el único que os he nacido en palacio; y en el mismo momento de salir del vientre de mi madre me acogió la púrpura imperial, sin que conociera pañales corrientes: a la vez el sol me vio como hombre y como emperador”.<sup>154</sup> A lo largo de la historia romana, los nobles se enorgullecían de las hazañas de sus ancestros y se aceptaba socialmente que debían ocupar el mismo lugar que ellos. Se tomaba como natural que los aristócratas presumieran sus preclaros linajes y que los esgrimieran como un argumento para validar sus aspiraciones. Un panegirista galo resaltaba esta cualidad sobre Constantino, quien, aunque no tenía un linaje afamado y había usurpado el poder, era hijo de un príncipe: “Entre todos, digo, los partícipes de la majestad que tienes, Constantino, lo particular es que tú has nacido emperador, y es tal la nobleza de tu origen que nada ha añadido el imperio a tu honor, ni la fortuna puede asignar a tu numen lo que es tuyo, hecha a un lado la intriga y la recomendación. No es el acuerdo casual de los hombres ni un soplo repentino de algún favor lo que te hizo príncipe: al nacer mereciste el imperio”.<sup>155</sup> Al no poder recurrir a un rancio abolengo, se explotó el único elemento que podía ennoblecerlo: su nacimiento. En la sociedad romana, el criterio de nobleza poseía un sitio sobresaliente y

---

<sup>153</sup> Tac. *Hist.* I.15.2

<sup>154</sup> Hdn. I.3.5. Quinto Fabio Máximo y Publio Cornelio Escipión afirmaban que sentían fuertes deseos de emular a sus ancestros cuando veían sus bustos y máscaras. Sall. *Iug.* IV.5. Cfr. Val. Max. V.8.3

<sup>155</sup> Pan. Lat. VIII.2.5-3.1 (Inter omnes, inquam, participes maiestatis tuae hoc habes, Constantine, praecipuum quod imperator ortus es tantaque est nobilitas originis tuae ut nihil tibi addiderit honoris imperium nec possit fortuna numini tuo imputare quos tuum est, omisso ambitu et suffragatione. Non fortuna hominum consensio, non repentinus aliquis fauoris uentus te principem fecit: imperium nascendo meruisti)

quien lo tenía no perdía oportunidad para explotarlo. Aunque no significa que fuera el único valor, si era uno de los que se apreciaban en su ambiente social.

Los órdenes superiores vivían en un medio que daba por descontado que debían gozar de algunas prerrogativas debido a su posición preeminente, y esto es más claro en relación al orden senatorial. Es tal sentido la aserción de Géza Alföldy es oportuna, cuando indica que “el joven vástago de una familia distinguida apenas precisaba hacer algo para conservar la posición heredada”.<sup>156</sup> El fuerte sentido de grupo favorecía esto al dar como natural el acceso a los honores. Esto no era nuevo, sino que tenía sus raíces en la República: Cicerón se mostraba confiado en que su hijo obtendría las magistraturas más importantes debido al antecedente paterno y al apoyo de los demás senadores. De igual manera, Salustio indicaba el dominio brutal de los nobles en los cargos, así como su convencimiento de que no había mejor grupo en la sociedad romana a tal grado “que el consulado era como un patrimonio que los nobles se transmitían de mano en mano”.<sup>157</sup> En el Imperio, los príncipes insistían en preservar las barreras sociales y aclarar los rangos de acuerdo con criterios definidos, siendo el nacimiento noble uno de ellos. Así reforzaron la estructura de órdenes y prefirieron, en lo posible, a quienes estaban en la cumbre. Plinio comentaba como un signo de los buenos tiempos que, con Trajano, los puestos públicos se obtenían por consideración al rango, y el orden senatorial volvía a ocupar su posición privilegiada y la estima de los príncipes, tal y como debía ser. A la muerte de Cómodo, Pertinax se disculpó por no querer tomar las riendas del gobierno debido a que había varios con renombrados linajes que podían vestir la púrpura imperial antes que él. Entre ellos estaba Manio Acilio Glabrión, “el patricio de más noble cuna, puesto que su genealogía remontaba hasta Eneas, hijo de Venus y Anquises, y ya había desempeñado el consulado dos veces”.<sup>158</sup>

A esto se añadió el nudo de lazos familiares y políticos de la aristocracia senatorial. Era usual que sus miembros contrajeran matrimonio entre sí provocando la conjunción de intereses. De igual modo, la amistad jugaba una función vital al permitir la cohesión dentro de sus filas al fomentar proyectos comunes y ayudarse mutuamente en los momentos

---

<sup>156</sup> Alföldy, *op. cit.*, p.153

<sup>157</sup> Cic. *Cat.* IV.10. Sall. *Iug.* LXIII.6.

<sup>158</sup> Plin. *Pan.* I.58.3. 85. Hdn. II.3.4. Más allá de esta genealogía, lo cierto es que su antepasado más antiguo en ser cónsul fue un homónimo a inicio del siglo II a.C. También, según Herodiano, había el convencimiento de que los errores de Cómodo “fueron tapados por su noble cuna y por la memoria de su padre”. Hdn. II.10.3. Por otra parte, algunas fuentes que confirman la predisposición favorable de los Antoninos a los miembros del orden senatorial son Plin. *Ep.* VI.31. Eutr. VIII.4. Fronto. *Ep.* 145. *SHA.* Hadr. 7.8-12. M. Aur. 10.4

prósperos en que alguno disfrutaba de una buena posición y en los adversos en que se podía actuar como intercesor del amigo en desgracia. Esto era de gran valor para obtener honores, oportunidades y recursos. Plinio podía decir con total confianza al abuelo paterno de su esposa, que para los hijos que presuntamente tendría, la unión de las familias “seguramente hará que su camino hacia los altos honores sea fácil”.<sup>159</sup> Aunque existía competencia en la nobleza por sobresalir por encima de sus pares, esto no debilitó su sentido de grupo y la certeza de su supremacía frente a los otros. Por más que hubiera roces y desencuentros entre sectores de la aristocracia, persistía un espíritu de solidaridad entre sus integrantes que se reforzaba especialmente en épocas de choque con el emperador como se nota en la historiografía prosenatorial. El apoyo entre nobles se daba por descontado, como menciona Plinio: “la sociedad de amigos nos ha unido estrechamente y los cargos, por medio de compromisos públicos, han acabado de apretar los lazos que nos unían”.<sup>160</sup> Familia y amistad consolidaban las relaciones sociales y las exhibían frente a propios y extraños: esa solidaridad era conocida por todos. Por esto, Juvenal resaltaba la cohesión envidiable de la nobleza cuando uno de sus miembros la pasaba mal: “si la soberbia mansión de Artúrico se derrumba, las matronas descuidan su atavío, los próceres visten de duelo y el pretor difiere las audiencias. Entonces sí lamentamos los derrumbes de la ciudad, entonces sí maldecimos el fuego”.<sup>161</sup> Los epistolarios de Plinio, Frontón, Libanio y Símaco, entre otros, están llenos de encargos y recomendaciones a favor de amigos y familiares ante el emperador u otros personajes con poder. Sin ser los únicos por quienes abogaban, sí constituía una prioridad en el entendido de la obligación que tenían entre sí. La influencia, el prestigio y los lazos mostraban todo su poder y repercusiones en beneficio de los senatoriales, el mutuo apoyo resultaba parte de un código implícito de la moral aristocrática.

Ligado a esto, la infamia envolvía una degradación social que era una auténtica pesadilla para los órdenes superiores. Perder el rango era perderlo todo en el sentido más

---

<sup>159</sup> Plin. *Ep.* VIII.10

<sup>160</sup> Plin. *Ep.* V.15. Siguiendo con esta línea de apoyo, le pregunta a un amigo que tenía dificultades en las provincias “¿por qué no regresas a Roma, a donde te llaman tu posición, tu fama y tus amigos?” *Ep.* VII.3. En otra carta señala que “la profunda amistad que me une contigo y con Baso, dispuesto estoy a ponerlo todo en movimiento: amigos, favor, influencia para elevar a Baso a los cargos”. *Ep.* IV.15

<sup>161</sup> Juv. III.211-214. Esto incluso tenía repercusiones judiciales, puesto que los senadores generalmente eran condescendientes con sus pares en los procesos, de hecho se esperaba que lo fueran y dieran penas más suaves. Esta complicidad o sentido de cuerpo no era nueva, puede remontarse a la república dando motivos de verdaderos escándalos, especialmente en las provincias. Aquí adquiere luz la ley judicial de Cayo Graco que rompía el monopolio senatorial en los juicios llevados a cabo en las provincias.

literal de la frase según la concepción nobiliaria de la escala de valores que los órdenes altos habían confeccionado. A fines de la República, los aristócratas recurrían a todos los medios posibles para preservar su *gratia*, *dignitas* y *auctoritas*; en este sentido, la muerte de Catón ejemplificaba “cuán preferible es para los honestos la dignidad sin vida que la vida sin dignidad”.<sup>162</sup> En el Imperio cuidaron su posición mediante el respaldo de grupo, las relaciones familiares y los linajes. En el siglo II, ante las anomalías y atropellos de Mario Prisco en su gobierno en África, como robos, peculado y asesinatos, se discutieron las dos penas que podía sufrir: la expulsión del senado o la privación de cargos. Prevalió la segunda que, contrario a lo que pudiera pensarse, era más rigurosa de acuerdo con Plinio. Su razonamiento fue éste: “en último caso, ¿qué puede haber más cruel que verse sujeto a los cuidados y trabajos inherentes a la dignidad de senador, sin esperanza de gozar los honores que los recompensan?”.<sup>163</sup> El noble creía tener el derecho de poseer todo aquello que implicaba su peculiar condición: honores, riqueza, privilegios, dignidad y autoridad; cualquier merma en estos aspectos implicaba un ataque a su honra aristocrática: sin esas condiciones era mejor estar muerto.

La realidad fundamental de la sociedad romana era el abismo entre nobles y *humiles* y la procuración del aumento de esa distancia. Como asegura Peter Brown, “las clases altas buscaban distinguirse de sus inferiores a través de una forma de cultura y de vida social cuyo mensaje más palpable era el de que no podía ser compartida por los demás”.<sup>164</sup> La ideología y valores nobiliarios se regaron por toda faceta de la vida antigua y sus discursos estaban plagados de mensajes sobre la autoridad, el control y el orden. La representación positiva de los órdenes superiores implícita y explícitamente también se dirigía a los demás grupos e implicaba una valoración negativa para ellos. Gran parte de las fuentes disponibles reflejan la visión de las clases altas, un grupo numéricamente bajo, pero que controlaban los resortes del poder. En cambio, los grupos restantes tenían condiciones de vida diferentes a los de los sectores elevados, pero también había algunas variaciones económicas al interior de los sustratos bajos. El siguiente capítulo abordará dicha cuestión.

---

<sup>162</sup> Val. Max. III.2.14. Esto es lo que Julio César reprochaba a sus opositores: quitarle su honor y dignidad, a lo cual, como todo hombre, reaccionó tomando las armas. Para Julio César y su sentido del honor: Suet. *Caes.* 30. Siglos después, Juliano también aduciría que Constancio le había asegurado respetar su vida, pero no había considerado su honor, lo que le parecía inadmisibile. Jul. *Or.* V.286c

<sup>163</sup> Plin. *Ep.* IV.12

<sup>164</sup> Brown, “La Antigüedad tardía”, en Ariès y Duby, *op. cit.*, p.234

### Capítulo 3. Los grupos inferiores de la sociedad romana

Pese al protagonismo de los órdenes superiores en la sociedad romana, había otros sectores que cumplían diversos papeles económicos y sociales, y que participaron en los distintos eventos de la historia de Roma. Los grupos inferiores reunían a individuos que compartían algunas características, homogéneas según la óptica de los estratos elevados, aunque una mirada más atenta revela ciertas disonancias al respecto. Es necesario revisar algunas condiciones generales de estos grupos en su contexto para pasar al análisis de la visión forjada en las fuentes escritas acerca de ellos, que fue heredándose a futuras generaciones. A continuación se mostrarán líneas generales de la vida en el campo y la ciudad, dando mayor espacio a la segunda. Esto obedece a que se cuenta con más información acerca de la ciudad que del campo, los escritores pertenecían al ámbito urbano y por ello dedican mayor atención a tal medio, pese que la población rural siempre fue más numerosa que la urbana en la historia antigua, y el campo tenía condiciones de vida relativamente más homogéneas que la ciudad, donde se presentaban contrastes más agudos.

#### Los escenarios de vida: el campo

Frente a la opulencia y comodidad de los sectores sociales preeminentes, los demás grupos tenían condiciones desiguales de vida que manifestaban su situación subalterna en la época clásica. Por principio está la situación económica: las clases bajas vivían situaciones duras; sus integrantes debían emplearse en actividades productivas para percibir un salario que cubriera su necesidad de subsistencia cotidiana, y la de sus familias. Es bien conocido y explotado el apego de los campesinos a su tierra, así como su capacidad de supervivencia, pero ello no debe ocultar la complejidad de sus condiciones de vida. Tradicionalmente el

ámbito rural se ha distinguido por la difícil realidad del trabajo en sus diferentes fases, que implica un esfuerzo enorme y el dominio de conocimientos y técnicas, lo cual fue habitual para la población rural del Imperio romano.<sup>1</sup> Los campesinos laboraban sus parcelas junto con sus familiares principalmente para el propio consumo, y no producían específicamente para el mercado. Cuando había algún excedente lo utilizaban para un pequeño intercambio comercial, como comprar herramientas y otros objetos que no podían hacer ellos mismos. Tampoco era raro que los pequeños propietarios se emplearan como jornaleros libres en algún latifundio cercano, apoyando a la mano esclava de obra en labores de temporada; con ello completaban su sustento y combinaban la labor en sus pequeñas propiedades con el trabajo ocasional durante el resto del año. Si esto ya no era posible, una opción frecuente para estos individuos era su traslado a las grandes ciudades en busca de una mejor vida.<sup>2</sup> Los grandes núcleos urbanos fungían como imanes que atraían a muchas personas por varios motivos: mejores medios de vida, buenos centros de educación, comodidades, etc.

La situación de la población rural inferior era bastante compleja. En este rubro, se encontraban los pequeños propietarios, los arrendatarios y los jornaleros sin parcela; sin embargo, era frecuente que las diferencias entre estas categorías fueran prácticamente nulas pues tenían una serie de rasgos comunes, sobre todo en las regiones pequeñas donde los contrastes económicos no eran muy grandes. En las pequeñas y medianas propiedades los trabajadores agrícolas, fueran esclavos o libres, dueños o asalariados, solían trabajar en condiciones parecidas al grado que apenas se distinguían unos de otros, salvo que los dueños eran *ingenui* y, en algunos casos, pertenecían al orden curial de las ciudades. Los pequeños campesinos, pues, subsistieron durante toda la historia romana en buena parte de los territorios imperiales y formaban un número considerable de la población rural.<sup>3</sup>

El cuadro era distinto en los latifundios de los *potentes* romanos, pues la producción para el mercado demandaba la máxima explotación de la mano de obra. Esto afectaba a los esclavos por su condición de *instrumentum vocale* que los hacía propiedad del *dominus* y,

---

<sup>1</sup> Verg. *Georg.* I.1-23. Claud. *Carm. Min.* 20.1-5

<sup>2</sup> P.A. Brunt, "Trabajo y esclavitud", en Baldson, *op. cit.*, p.238-239. Un estudio cuantitativo de la movilidad de gente libre en Italia a fines de la República y comienzos del Imperio: Walter Scheidel, "Human Mobility in Roman Italy, 1: The Free Population", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 94, 2004, p.12-17 A fines de la República, Salustio mencionaba que llegaban a Roma los campesinos "que con el esfuerzo de sus brazos apenas si podían soportar su miseria". Sall. *Cat.* XXXVII.7

<sup>3</sup> Alföldy, *op. cit.*, p.193-194. Garnsey y Saller, *op. cit.*, p.94. En Ligures Baebiani el 14% de los campesinos poseían el 3.6% de la tierra mientras que en Hermópolis de Egipto el 47% de los propietarios tenían el 2.8% R.P. Duncan Jones, "Some configurations of landholding in the Roman Empire", en Finley, *Studies...* p.15-19

por ende, podían sufrir los tratos más duros. Para muchos esclavos, los golpes, el maltrato psicológico y el abuso sexual, eran realidades cotidianas en sus vidas.<sup>4</sup> Aunque la condición del esclavo fue mejorando durante el Imperio gracias a las numerosas leyes imperiales de Augusto hasta los Antoninos, su posición en el campo estaba marcada por la necesidad de producir para que las ganancias fueran para el amo, por su dependencia de la voluntad de éste, y la división del trabajo que requerían los cultivos especializados e intensivos para proveer mercados lejanos. Ello hacía que el esclavo fuera sometido a condiciones duras de trabajo, lo que Yvon Thébert llama “una verdadera fábrica rural organizada según una disciplina paramilitar”.<sup>5</sup> Si bien se evitaban los tratos brutales y la explotación desmedida, tenían largas jornadas de trabajo y estaban ocupados todo el año para que la inversión en la mano de obra fuera sustentable. Los amos gastaban lo menos posible en el esclavo, y éste vivía en condiciones precarias de vivienda y alimentación, lo que no se diferenciaba mucho del trato que Catón y Varrón proponían en la República. Columela no favorecía la violencia innecesaria hacia los esclavos, pero los encadenaba y castigaba si eran negligentes o desobedientes en sus labores. Asimismo, aconsejaba que se les diera el vestido necesario para realizar sus labores en las distintas temporadas del año y resistir el frío, el viento y el calor con “pieles con mangas, piezas remendadas, o capotes con capucha”. Igualmente, Paladio sugería vestir a los esclavos con túnicas con capuchas y mangas de piel.<sup>6</sup> Además, eran alimentados estrictamente lo preciso para tener la energía suficiente y trabajar con eficacia; por ello, las raciones eran cuidadas: la dieta basada en cereales cubría la exigencia energética, pero era deficiente en vitaminas, lo cual se buscaba cubrir con legumbres y vegetales. Usualmente eran hacinados en *ergastula*, que apenas tenían un techo para cubrir sus cuerpos; ahí las condiciones higiénicas, el escaso alimento y el maltrato eran comunes, lo que repercutía negativamente en su vida. Ello formaba parte de la disciplina habitual que

---

<sup>4</sup> Keith Bradley, “Animalizing the Slave: The Truth of Fiction”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 90, 2000, p.115-117. Keith Hopkins, “Novel Evidence for Roman Slavery”, en *Past and Present*, Oxford, núm. 138, 1993, p.5-7

<sup>5</sup> Yvon Thébert, “Lo schiavo”, en Giardina, *op. cit.*, p.155-157. (una vera fabbrica rurale organizzata secondo una disciplina paramilitare.) La definición clásica del esclavo como *instrumentum vocale* está en Varro. *De re rust.* I.17.1. Sobre las condiciones del esclavo durante el Imperio y sus graduales cambios en la legislación la bibliografía es abundante, entre ésta destacan: Moses I. Finley, *Esclavitud antigua e ideología moderna*, trad. de Antonio Prometeo Moya, Barcelona, Crítica, 1982, p.109-112. Mazarino, *op. cit.*, p.144-150. Para el gran número de esclavos a inicios del Imperio: Walter Scheidel, “Human Mobility in Roman Italy, II: The Slave Population”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol.95, 2005, p.75-79

<sup>6</sup> Col. Agr. I.8.10-11. (pellibus manicatis, centonibus confectis vel sagris cucullis.) Palad. Agr. I.42.4. Sobre el trato al esclavo, las directrices de ambos siguen la misma línea que había apuntado Varrón. *De re rust.* I.17.5.

el amo imponía a sus esclavos para mejorar la producción, pero debía realizarse con cautela y precisión. De ahí la paradoja que indica Martino al decir: “sin una rigurosa disciplina, el sistema no era conveniente, pero si se empleaba ésta, el hombre se deterioraba”.<sup>7</sup>

Estas circunstancias podían ser tan duras que propiciaban que los esclavos huyeran y buscaran otros medios que les asegurara una mejor situación, o menos arbitraria. En el siglo III, el bandido Bulla realizó varias correrías de saqueo a las grandes propiedades en Italia por dos años; parte de su banda se componía de esclavos fugitivos que se valían de la inestabilidad para huir y unirse a partidas de salteadores. Bulla le dijo a un centurión que había capturado y después liberado, uno de los motivos de sus incursiones: “Dile a tus amos que alimenten a sus esclavos para que no roben”.<sup>8</sup> No obstante, existía un tipo de esclavo que era mejor tratado: el *vilicus*. Éste era un esclavo de confianza que administraba las tierras del amo en su ausencia, ya que muchas veces el propietario no estaba en ellas. El *vilicus* tenía una compañera, la *vilica*, con quien vivía en contubernio, y poseía un mayor margen de maniobra; ello hacía que se esmerara en su labor y obligara a sus compañeros a ser más eficientes, para lo cual no dudaba en emplear prácticas crueles. Aunque tenía una situación más favorable que el resto de los esclavos, esto no lo eximía de sus obligaciones y del control que el amo podía ejercer sobre él ni del castigo si se descubrían malos manejos financieros.<sup>9</sup> En cualquier caso, el esclavo rural tenía pocas posibilidades de conseguir la libertad por parte del *dominus*, comúnmente estaba destinado a vivir en un entorno de subsistencia, sin propiedades, sin personalidad jurídica y con nula capacidad económica.

Algo similar ocurría con la población rural libre debido a que el campo suministraba recursos al erario y abastecía a las ciudades. Durante el Imperio romano lograron subsistir núcleos de propietarios libres que padecían condiciones complicadas. La dificultad del medio rural era compartida por los jornaleros y otros sujetos que se fueron englobando en la categoría de colonos. Tal figura había surgido a comienzos del Imperio y se afianzó en su transcurso a tal grado que se volvió crucial en la estructura económica del Bajo Imperio. En

---

<sup>7</sup> De Martino, *op. cit.* v.2, p.629. El alimento y vestido rebasaba lo frugal para la mayoría de los esclavos del campo: Varrón señalaba que una buena forma de premiar a los mejores esclavos, y ocasionar divisiones entre ellos, era con mejor vestido y alimentación que el resto. *De re rust.* I.17.7. Para la alimentación y vivienda de los esclavos: Keith Bradley, *Slavery and Society at Rome*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, p.82-85 (Key Themes in Ancient Society)

<sup>8</sup> Dio Cass. LXXVII.10.5 (ἀγγελλε τοις δεσπόταις σου ὅτι τοὺς δούλους ὑμῶν τρέφετε ἵνα μὴ ληστευῶσι.)

<sup>9</sup> Por si fuera poco, los esclavos rurales tenían mayores niveles de enfermedad y mortandad que los esclavos urbanos. Scheidel, “Human Mobility in Roman Italy, II...p.74

su origen, el colono era un trabajador libre que arrendaba por un periodo de cinco años una porción de tierra para cultivarla junto con su familia, a cambio de un pago por el uso del suelo, en metálico o en especie, al propietario de la tierra, sea éste un particular, o se tratara de las propiedades imperiales. Empero, el sistema se tornó tan efectivo y respondió tan bien a la necesidad apremiante de mano de obra, que la función del colono poco a poco se hizo vitalicia y hereditaria, y se adjudicó a personas de diversos orígenes de modo que, en ciertas regiones del Imperio, se volvió la forma predominante de trabajo en el campo. Si bien su génesis fue en Oriente, el Occidente vio el desarrollo más importante del sistema. A.H.M Jones lo define como “una medida promulgada probablemente por Diocleciano y principalmente dictada por motivos fiscales, que ligó a la población rural a sus lugares de registro en el censo”.<sup>10</sup> Tal modo de trabajo se extendió a varias provincias, hasta que Constantino la hizo oficial en 332 –posteriormente fue reiterada con Teodosio- a favor de los latifundistas que con ello aseguraron la permanencia de los ocupantes en las tierras.

El colonato generó complejas relaciones económicas entre los colonos y la tierra que trabajaban y, con ello, se dieron las implicaciones fiscales que la legislación recogió para intentar reglamentar esto. Según Cam Grey, “Los diversos significados del colonato en las fuentes legales sugieren que los abogados romanos continuaron reconociendo una multiplicidad de posibles arreglos de tenencia”.<sup>11</sup> En las tierras imperiales había al menos tres tipos de colonos: el regular, que era el simple arrendatario, el *inquilinus*, que era el campesino asentado en esas tierras y con diversas obligaciones laborales, y el *stipendiarius*,

---

<sup>10</sup> A.H.M. Jones, “El colonato romano”, en Finley, *Estudios de...*p.330. Fue Fustel de Coulanges quien en el siglo XIX llamó la atención sobre la importancia del colonato a fines del Imperio. Las causas de su origen y del desplazamiento del esclavo como mano de obra fue tema de debate por mucho tiempo. Una postura indica que el cierre de guerras en el siglo II provocó la disminución del número de esclavos y su encarecimiento. Esto, aunado a la baja productividad del esclavo que no se interesaba por el trabajo, hizo que fuera poco costoso. La segunda postura señala que la esclavitud seguía siendo reutilizable, y el colono surgió porque la sociedad romana contenía elementos subalternos –los *humiliores*- que podían ser explotados sin el costo de mantener a un esclavo y su trabajo podía amoldarse a diferentes propiedades en el Imperio. Para la primera posición: Francesco de Martino, *Historia económica de la Roma antigua*, Madrid, Akal, 1985, v.2, p.475-484 (Akal Universitaria, 74) Max Weber, “La decadencia de la cultura antigua. Sus causas sociales”, en *La transición del esclavismo al feudalismo*, pról. de Carlos Estepa, 2ª. ed., Madrid, Akal, 1981, p.37-55 (Akal Universitaria, 9). Marc Bloch, “¿Cómo y por qué terminó la esclavitud antigua?”, en *idem*, p.165-167. Anderson, *op. cit.*, p.73-75. Para la segunda: Finley, *Esclavitud...*p.104-109. Veyne, *La vida privada...* p.48. E.M. Staerman, “La caída del régimen esclavista”, en *La transición...*p.68-69. Mazzarino, *op. cit.*, p.156-159

<sup>11</sup> Cam Grey, “Contextualizing *Colonatus*. The *Origo* of the Late Roman Empire”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, 2007, vol.XCVII, p.175. (The diverse meanings of *colonatus* in the legal sources suggest that Roman lawyers continued to recognize a multiplicity of possible tenancy arrangements) Este artículo dedica una parte al estudio historiográfico de la cuestión durante el siglo XX, constituyendo una valiosa guía para quien desee acercarse a las formas en que la historiografía ha concebido al colonato. p.156-161

que vivía en parte dentro del dominio y parte fuera de él, con deberes específicos respecto al patrono.<sup>12</sup> Además, en el ámbito privado, personas de origen ingenuo y servil entraron en este vínculo laboral con los propietarios particulares, lo cual tuvo efectos importantes en la consolidación de la villa como unidad económica, política y judicial, y del patrono como intermediario con gran poder en el Bajo Imperio, sobre todo en su parte occidental. Aparecieron categorías jurídicas -*originales, rustici, adscripticii, originarii, tributarii, censibus adscripti*, etc.- que definían diversas obligaciones y derechos de cada colono respecto al patrono, normales para los autores de la época, pero que para los investigadores actuales son un verdadero dolor de cabeza, al igual que sus implicaciones, como el *servus quasi colonus* de la legislación.<sup>13</sup> Más allá de la definición de esos términos, los colonos tenían condiciones y medios de vida similares con los esclavos.

Una de las principales inquietudes de la variada población campesina fue cumplir con las obligaciones fiscales que el Estado les imponía, sea directamente, al trabajar tierras imperiales, o indirectamente cuando trabajaban tierras particulares, y pagar sus deudas a los terratenientes. Plinio el Joven comentaba que tenía colonos que se habían atrasado con sus pagos por cinco años; debido a esto, estaba buscando nuevos arrendatarios para cambiar los cultivos. Añadía que algunos colonos consumían la producción total, y no les quedaba nada para pagar a cuenta de la deuda; por ello había decidido rentar su tierra por pagos en especie, y compartir la cosecha con ellos. En el siglo IV, Lactancio escribía que el enorme peso de los impuestos exigidos por Diocleciano y Galerio provocó el registro de terrenos, propiedades, personas y animales para establecer un sistema fiscal correspondiente a los recursos del Imperio y solventar las necesidades económicas de esa etapa crítica.<sup>14</sup> En la segunda mitad del mismo siglo, Amiano decía lo siguiente sobre la condición de los campesinos egipcios: “Cualquiera de ellos se sonrojaría si no mostrara múltiples moretones en su cuerpo por negarse a pagar impuestos”. Las demandas fiscales llevaron a algunos trabajadores rurales a ponerse bajo el resguardo de un potentado local que les ofreciera

---

<sup>12</sup> Alföldy, *op. cit.*, p.197. J. Kolendo, “La formación del colonato en África”, en *Formas de...* p.155-163

<sup>13</sup> Tales son algunas categorías de colonos que aparecen en el Código de Justiniano y que van de la mano con una condición específica hacia el patrono y sus deberes fiscales. A.J.B. Sirks, “The colonate in Justinian’s Reign”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 98, 2008, p.122-124. Cameron, *op. cit.*, p.95. Grey insiste que tales nombres remitían a la relación entre propietarios, trabajadores y tierras, en que la pertenencia a una tierra o el registro en las listas de impuestos marcaban la condición de los colonos. De ahí que se hable de colonatos por algunos investigadores. Grey, art. cit., p.170-174

<sup>14</sup> Plin. *Ep.* IX.37. Lact. *De Mort. Pers.* 7.3. Las tierras sin cultivar fueron menos de lo que este cuadro catastrófico presenta. C.R. Whittaker, “Agri deserti”, en Finley, *Studies...* p.137.

seguridad ante las autoridades, y fungiera como intermediario a cambio de servicios. Esta situación ocasionó las quejas de Libanio por los efectos funestos de ese patrocinio para los intereses de las curias y del Imperio.<sup>15</sup> Incluso algunos campesinos empobrecidos tenían que vender a sus hijos como esclavos para pagar sus deudas. Las condiciones de trabajo eran duras y la lucha por la subsistencia, una realidad cotidiana. Muchos colonos tenían limitada su movilidad debido a su adscripción a la tierra que aseguraba la mano de obra y el cumplimiento de sus compromisos fiscales.<sup>16</sup> En términos generales el medio rural tenía condiciones de pobreza extendida y su posibilidad de consumo estaba muy limitada. En Egipto había casos de 64 familias de agricultores que laboraban un área de 2200 metros cuadrados y de otras seis familias que compartían el uso de un olivo. A la par, había familias viviendo en pequeñas chozas: hasta 42 personas habitando un mismo espacio. Sus escasos recursos les daban un muy bajo poder adquisitivo que se reflejaba en paupérrimos vestidos y en comida deficientes.<sup>17</sup>

#### Los escenarios de vida: la ciudad

Como en las modernas urbes, había un cuadro variado de los habitantes de las ciudades antiguas con una posición socioeconómica baja: los afortunados desempeñaban profesiones que requerían conocimientos concretos y una preparación previa, como la medicina y la

---

<sup>15</sup> Amm. Marc. 22.16.23. Lib. *Or.* XLVII.4-6. La queja por la baja productividad de la tierra y la opresión fiscal son comunes en la literatura de la época, como se ve en los apuntes de Cipriano sobre los escasos frutos de la tierra. Cipr. *Ad Demetr.* 3. Sin embargo, las afirmaciones del obispo de Cartago buscaban defender al cristianismo de quienes lo acusaban de causar las malas cosechas, y atribuía a la vejez del mundo la verdadera razón. Además, Lactancio presenta toda reforma de Diocleciano como mala para Roma por su condición de emperador perseguidor al que busca denostar por todos los medios. Sobre el peso de los impuestos en las fuentes, *vid* Depeyrot, *op. cit.*, p.79-80. Por su parte, Cameron y Brown dudan de que la elevación de los impuestos fuera tan grave como las fuentes señalan, pues una economía subdesarrollada de subsistencia, como la romana, se mantenía extrayendo un bajo porcentaje de la producción total -el 10% del excedente agrícola-, el cual siguió estable en ciertas partes del Imperio, incluso hasta la época otomana, y que las quejas por el alza de impuestos son muy frecuentes en todos los tiempos. Cameron, *op. cit.*, p.101. Brown, *El primer milenio...* p.28. No obstante, si bien puede que el porcentaje sea pequeño, ello no evita que sea un peso real en los recursos de las personas y que lo sientan como una carga pesada.

<sup>16</sup> Hay investigadores que cuestionan que la movilidad y condiciones de vida de los campesinos fueran mucho mejores en el Alto Imperio que en el Bajo y que no tuvieran una relación dependiente frente a los latifundistas. Si bien éstos ofrecían fuentes complementarias de ingreso a los campesinos libres, al darles trabajo estacional en sus tierras, tampoco dudaban en explotarlos severamente si la situación se prestaba para ello. Cameron, *op. cit.*, p.95-101. Garnsey y Saller, *op. cit.*, p.95-96

<sup>17</sup> Alföldy, *op. cit.*, p.149. Inclusive, la dieta de los monjes egipcios del siglo IV, que estaba por debajo de la media de calorías para un adulto, resultaba parecida a la de los campesinos y, en ocasiones, era una mejora, pues contemplaba una mayor variedad de alimentos. Rouselle, *op. cit.*, p.193-206

enseñanza; otros trabajaban como artesanos y comerciantes en sus propias tiendas y con sus herramientas; algunos contaban con el apoyo económico de su patrono, si habían sido esclavos, y laboraban en las actividades de su anterior condición servil; otros debían buscar trabajo en la construcción de obras públicas; varios más laboraban en el comercio informal con la venta de diversos productos y bienes; un sector importante se dirigía al ejército para ganar un sueldo fijo más los donativos usuales; buena parte se ocupaba en toda acción - legal o ilegal- que les resolviera las necesidades más inmediatas de sustento; si la situación lo ameritaba, otra opción frecuente era mendigar.<sup>18</sup> Si bien esto podía darse en cualquier ciudad, era más patente en los grandes centros urbanos del Imperio romano: Antioquía, Alejandría, Cartago y, sobre todo, Roma, que tenía más de un millón de habitantes.

En las grandes ciudades había personas de varias procedencias lingüísticas, étnicas, sociales y culturales que conformaban un cuadro en que se topaban los contrastes más marcados en todos los niveles. En Roma, por ejemplo, a fines del siglo I, había 265 *vici* que, para mediados del siglo IV, llegaron a 307. La expansión de las 14 regiones urbanas fue de la mano con el incremento de la población, haciéndola la ciudad más grande del mundo. Debido a su ubicación entre colinas, la ampliación de Roma fue caótica en la época republicana; en el Imperio se intentó establecer un desarrollo urbano más ordenado dentro de lo posible. Cicerón exponía la desfavorable situación urbanística de Roma a fines de la República con motivo de los intentos populares de crear colonias en el *ager publicus* en Cumas, pues los nuevos colonos se maravillaban con su orden, mientras “Roma, colocada entre montañas y valles, levantada y suspendida sobre sus terrazas, con unas vías no muy buenas, con unas callejas estrechísimas, será objeto de sus burlas y de sus menosprecios”.<sup>19</sup> Otros grandes núcleos, como Alejandría y Antioquia, fueron objeto de una planeación más cuidada desde su fundación en la etapa helenística; su crecimiento fue más vigilado y pudieron contener poblaciones numerosas. Por motivos parecidos, Dion encomiaba a Prusa por su emplazamiento decoroso de una gran ciudad con espacios abiertos y magníficos edificios; por su parte, Elio Arístides ponderaba el trazo urbano de Atenas y el majestuoso orden de Esmirna que era útil y cómodo. Del mismo modo, en el siglo IV, Libanio alababa

---

<sup>18</sup> Para un cuadro general sobre esta diversidad de condiciones en las ciudades, especialmente en Roma, *vid* Friedlaender, *op. cit.*, p.164-166. Brunt, “Trabajo y esclavitud”, en Baldson, *op. cit.*, p.240

<sup>19</sup> Cic. *Leg. Agr.* 96. Tito Livio señala que el desorden urbanístico en Roma se debía a que Camilo permitió que todos construyeran su casa en donde quisieran para evitar el traslado de la población a Veyes después de la invasión gala. Durante la época imperial, los príncipes propiciaron un desarrollo más ordenado. Liv. V.42.

a Antioquia por su planeación; ahí, las termas, el teatro y el hipódromo convivían con otras edificaciones para hacerla una ciudad funcional y agradable.<sup>20</sup> Fueran centros planificados o no, las ciudades antiguas debían procurar los servicios necesarios para las exigencias de sus habitantes de acuerdo con los recursos disponibles.

Para los habitantes de las ciudades, había mayor diversificación en el terreno laboral que en el campo. Varias personas se dedicaban a actividades comerciales y artesanales al menudeo para procurarse los medios de manutención. En las ciudades portuarias existía la opción de obtener empleo en los muelles transportando diferentes productos y mercancías a la ciudad, en su almacenamiento, cuidado y administración. Esto proporcionaba trabajos de medidores, cargadores, escribas y vigilantes, entre otros.<sup>21</sup> Los productos que llegaban a las ciudades iban a los mercados y otros puntos conocidos, para ser vendidos: verduras, frutas y carne de diversa calidad para distintos gustos y bolsillos, además de vestidos, utensilios y joyas. Por ejemplo, el mercado de Trajano en Roma tenía cinco pisos con 150 tiendas: en el primero había puestos de fruta, flores, aceite y vino; en el segundo se ofrecían especias y productos de Oriente, mientras que en el quinto se vendía pescado fresco para las comidas del día. En la Roma del siglo IV había 254 panaderías, 2300 puntos de venta de aceite, dos mercados y 290 graneros; por su parte, la Constantinopla del siglo V tenía 134 panaderías, cuatro mercados y seis almacenes<sup>22</sup> También había personas, de origen servil o ingenuo, que se empleaban como zapateros, bataneros, panaderos, ceramistas y herreros que ofrecían sus productos y servicios en locales fijos. Los talleres artesanales tenían mano de obra especializada dedicada a una sola fase del proceso o a un artículo específico. Había calles o barrios enteros que acogían a un tipo de artesanos: la gente sabía que debía dirigirse a un punto especial de la ciudad para conseguir ciertos productos. Agustín comentaba la existencia en Roma de un *vicus argentarius* donde un vaso pasaba por varias manos, si bien podía ser fabricado por un solo artesano.<sup>23</sup> Ello se hacía para ponderar la maestría de los plateros en una sola faceta del proceso productivo, pues obtener la pericia necesaria en

---

<sup>20</sup> Dio Chrys. *Or.* XLVII.15-7. Aristid. *Or.* I.351-354. XVII.10-13. Lib. *Or.* XI.13-21

<sup>21</sup> Carcopino, *op. cit.*, p.17-20

<sup>22</sup> *Regionarios de Roma. Regionario de Constantinopla.* 16. Para el mercado de Trajano: Friedlaender, *op. cit.*, p.166-167. La inmensidad de Roma y su cantidad de edificios despertaba la imaginación de los visitantes: el Talmud babilonio decía que Roma tenía 365 calles con 365 casas cada una. Hopkins, “La romanización...”, en Alvar y Blázquez, *op. cit.*, p.22. Sin el candor de tal descripción, Elio Aristides destacaba el carácter monumental de Roma. *Or.* XXVI.11-13

<sup>23</sup> August. *D. Civ. Dei.* VII.4. Cfr, al respecto, Friedlaender, *op. cit.*, p.168-170. Morel, “Lártigiano”, en Giardina, *op. cit.*, p.263. Grimal, *La vida...* p.104-109.

todos sería difícil y lento. Incluso los libros tenían sus sitios de venta como lo expresa Marcial en el siglo II, cuando invita a sus lectores a que vayan con ciertos personajes para comprar sus libros en distintos puntos de Roma, sobre todo cerca de la zona de los Foros. Libanio afirmaba que en Antioquia había muchos puestos que ofrecían una gran variedad de productos para cualquier bolsillo: “Ningún lugar carece de una de estas improvisadas construcciones, sino que, cada vez que uno se apodera de una franja de espacio, al instante ésta se transforma en un taller de reparaciones o algo semejante [...] abastece a los pobres y atiende a los deseos de los ricos, facilitando objetos delicados para el disfrute de éstos y procurando artículos proporcionados a la indigencia de aquéllos”.<sup>24</sup>

Por otra parte, había gente que se dedicaba a vender alimentos preparados para las personas que no contaban con una cocina en su casa. En Pompeya y otras ciudades había *thermopilia*, que eran puestos públicos de comida con amplia demanda de los transeúntes que querían pan y vino de distintos precios y calidad como refrigerio para el camino, o platillos calientes para llevarlos a otro sitio. Al mismo tiempo, estos negocios funcionaban como hospedajes para el viajero y cubrían otros servicios como la prostitución.<sup>25</sup> Aunado a esto, se hallaba la población que se empleaba en el comercio ambulante e informal, y que vendía productos baratos en lugares y eventos concurridos. A la par, las cohortes urbanas eran nutridas por libertos con tareas de bomberos y vigilantes en la ciudad; otros se ocupaban en el espectáculo como citaristas, cantantes, actores, bestiarios y gladiadores, muchos de ellos esclavos. También existían labores marginales como la prostitución y los proxenetas encargados de su administración, así como acciones propiamente delictivas.<sup>26</sup> Había profesiones que requerían una mayor preparación y que estaban mejor reputadas, como la arquitectura, la medicina, la enseñanza y el derecho. En su origen, algunas de estas profesiones fueron desempeñadas por esclavos procedentes del mundo griego que llegaron a Roma e Italia, pero después también lo hacían hombres libres. Era usual que estos personajes cobraran buenas sumas por enseñar sus conocimientos.<sup>27</sup>

---

<sup>24</sup> Mart. I.2. I.117. IV.72. Lib. *Or.* XI.253-254.

<sup>25</sup> Etienne, *op. cit.*, p.189-190.

<sup>26</sup> Grimal, *La vida...* p.101-104

<sup>27</sup> Alföldy, *op. cit.*, p.157-158. Suetonio comenta que los primeros rétores y gramáticos eran griegos y habían sido esclavos de lujo que los poderosos romanos compraban en cantidades tan altas como 700000 sestercios. Posteriormente eran liberados y seguían ejerciendo su profesión. Suet. *Gram et Rhet.* 4. La condición de estas ocupaciones es ambigua en la mentalidad clásica y tuvo diferentes valoraciones como se verá más adelante. Cfr. Veyne, *La vita privata...* p.116

Dada la enorme variedad de las labores de los miembros de los grupos bajos, sus condiciones de vida variaban conforme a las circunstancias particulares de cada sujeto. Para varios, las ganancias cubrían los gastos necesarios en comida, vestido y techo para ellos y sus familias. A algunos les iba mucho mejor y podían llevar una vida desahogada con lujos y comodidades, y realizar acciones evergéticas en sus ciudades. Esta situación se daba sobre todo con los oficios liberales, esto es, arquitectos, médicos y profesores que poseían mayores opciones de desarrollo, pero también había pequeños artesanos y comerciantes que descollaban en sus profesiones.<sup>28</sup> Había otros que tenían riqueza gracias a su excepcional suerte; éste fue el caso de los libertos imperiales, o aquellos que heredaban los bienes de un patrono que carecía de descendientes. Aunque literario, el caso de Trimalción expresa el bienestar de estos sujetos en el siglo I, que llegaban a una buena posición económica debido al gran número de circunstancias excepcionales, y que usaban las ventajas de la integración jurídica de los libertos a la sociedad romana. Los integrantes mejor ubicados de las clases inferiores tenían propiedades con bienes y servicios bastante respetables: una o más casas con atrio y habitaciones iluminadas y ventiladas, patios y jardines. Era usual que tuvieran una fuente con acceso a la red de agua de la ciudad para las actividades cotidianas; también disponían de letrinas para la correcta eliminación de los desechos naturales sin tener que ir a los baños públicos. Asimismo, poseían esclavos encargados del mantenimiento de la casa y vastos recursos para pagar los gastos implicados en esto.<sup>29</sup> Sus casas tenían lujos y adornos que revelan sus vastos recursos económicos: muebles, estatuas, mosaicos y vajillas de los más variados y costosos materiales. Petronio enumera los bienes de Trimalción, entre los que destacan sus *triclinia*, joyas, cofres de oro, vajillas de plata, objetos de bronce, ánforas de vidrio y estatuas de mármol y marfil. En el mismo tenor, Marcial indica los bienes que reflejaban la riqueza del liberto Zoilo: telas escarlatas, cojines egipcios, tintes sidonios, espléndidas joyas y costosos vestidos.<sup>30</sup>

Además, su condición económica les permitía acceder a alimentos que no eran del consumo diario de la mayoría y que los acercaba a los banquetes suntuarios de los órdenes elevados. Como anota Peter Garnsey, “en la sociedad grecorromana, había un gran abismo

---

<sup>28</sup> Friedlaender, *op. cit.*, p.186-187. Etienne, *op. cit.*, 167-172. Veyne, *La vita privata...*p.125

<sup>29</sup> Grimal, *La vida...*p.94. Veyne, *La vita privata...*p.126

<sup>30</sup> Petr. *Satyr.* 27-28. 31-32. Mart. II.16.2-3. V.79.2. XI.37.1. Aunque la obtención de esas fortunas fuera casual, los libertos buscaban aumentarlas por diversos negocios e inversiones para llevar la vida lujosa que anteriormente habían visto en sus amos. Friedlaender, *op. cit.*, p.242-243

entre la alta cocina de unos pocos y los menús frugales de la masa rural y urbana. La alta cocina griega -y romana- estuvo marcada por la variedad de comidas (local e importada), la elaboración, la novedad, el profesionalismo y el lujo”.<sup>31</sup> La comida era una forma concreta de exhibir la riqueza y una mejor posición frente a otras personas. Por ejemplo, Petronio señala los gustos que Trimalción se daba en la mesa y que han hecho tan célebre la “cena de Trimalción”: vino costoso, carne de varios animales, “aves cebadas y ubres de puerca, y en medio una liebre adornada con plumas para que asemejara Pegaso. Notamos también hacia los ángulos de la bandeja cuatro Marsias, de cuyos odrecillos corría garo pimentado sobre los peces, que nadaban como en un canal”.<sup>32</sup> Por su parte, Marcial destaca los hábitos inmoderados de un tal Zoilo en la comida y bebida que se reflejaban en platillos elaborados y buen vino que podía hallarse en la mesa de cualquier caballero o senador. Sin embargo, el propio Marcial alguna vez ofrecía a sus invitados cenas modestas que tenían lechugas, puerros, atún, huevos, col, habas, tocino, peras, pasas, castañas, vino napolitano, aceitunas y garbanzos. Con total candor el poeta señala de esta cena: “Pequeña es la cenilla -¿quién lo puede negar?-.”<sup>33</sup> En contraste, la gente con pocos recursos tenía una dieta pobre y poco variada que mostraba su baja condición, pues estaba compuesta de cereales de mediana calidad, legumbres secas, vino barato y, rara vez, carne.

En otro contexto estaban quienes rentaban el piso inferior de una casa que también se usaba como taller y tienda en las mañanas y tardes, y en las noches servía para descansar y dormir. Otros vivían en las *insulae*, que eran inmuebles de cinco o seis pisos con una altura limitada para albergar a la mayor cantidad de personas en las ciudades con grandes concentraciones de población como Roma, sobre todo a partir del siglo II a.C.<sup>34</sup> Tales edificios, que alcanzaban los 18 o 20 metros de altura, estaban contruidos de materiales resistentes en su base y de madera para los demás pisos. Los muebles se reducían a lo

---

<sup>31</sup> Peter Garnsey, *Food and Society in Classical Antiquity*, 1ª reimp., Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p.113 (Key Themes in Ancient History). (In Graeco-Roman society there was a large gulf between the *haute cuisine* of the few and the frugal menus of the mass of the population, rural and urban. *Haute cuisine* Greek -and Roman- style was marked by variety of foods (home-produced and imported), elaboration, novelty, professionalism and luxury.)

<sup>32</sup> Petr. *Satyr.* 36

<sup>33</sup> Mart. V.78.22. No es la única vez que Marcial usa estos términos para cenas que incluyen habas, chuletas de cerdo, malvas, huevos, cabrito, atún, pollo, jamón, frutas y vino nomentano de seis años. X.48.7-20

<sup>34</sup> Si bien había zonas preferidas por la élite en Roma, no había propiamente barrios aristocráticos. En las zonas “populares” vivían individuos de mejor posición social como Julio César, que habitó una humilde casa en la *Suburra* antes de ser pontífice máximo, debido a problemas económicos. Un siglo antes Cayo Graco vivió en la misma zona para distanciarse de la oligarquía senatorial. Suet. *Caes.* 46. Plut. *Vit. C. Gracch.* XII.1

indispensable por la falta de espacio y de recursos. En Roma, zonas como la *Suburra*, el Circo Máximo y el *Transtiber* concentraban la mayor parte de esos edificios que llegaban a 46602 en el siglo IV.<sup>35</sup> Vivir en una *insula*, si bien era mejor que pernoctar en la calle o en los puentes, no era cómodo. Los cuartos eran pequeños, tanto que debía entrarse a gatas, carecían de los servicios básicos, y con mala iluminación y ventilación. Aunque exagerado, Marcial –quien había vivido en un tercer piso– señalaba que subir a los pisos superiores podía ser un tormento incluso para un esclavo, y que admiraría a Máximo “si no puedes entrar en tu casa derecho”.<sup>36</sup> La tenue luz de las lámparas de aceite dificultaba cualquier acción en la noche, y no había baño en los cuartos, así que se debía bajar a la letrina del patio principal o vaciar el contenido en una vasija para después arrojarlo por la ventana.

Las *insulae* comúnmente cubrían un espacio de 300 a 400 metros cuadrados, lo cual resultaba insuficiente para una construcción de 18 a 20 metros de altura. A esto se añade la mala calidad de los materiales, pues los propietarios buscaban ganancias y no consideraban los colapsos, por ello economizaban a expensas de la solidez de la estructura. Salvo el piso principal, los demás eran de madera y delgados, lo que facilitaba su derrumbe; también eran propensos a los incendios por las lámparas de aceite, la madera y la cercanía de las obras que facilitaban la extensión del fuego.<sup>37</sup> El frío y el calor eran un problema habitual, porque la calefacción era deficiente en invierno y no había suficiente ventilación que permitiera el paso del aire en verano. A pesar de la ventaja de tener un techo, como señala Carcopino, las *insulae* se caracterizaban “por la fragilidad de sus muros, la escasez de los muebles, la insuficiencia de iluminación, calefacción e higiene”.<sup>38</sup> A pesar de su precariedad, la renta de los *cenacula*, esto es, los cuartos ubicados en los pisos, oscilaba alrededor de los 2000 sestercios anuales en Roma debido a su condición de capital imperial, ya que era más baja en otros lugares de Italia. Esa cantidad aumentaba si el dueño no administraba directamente y le cedía los derechos a un rentista principal que, aparte de mantener el edificio y llevar los

---

<sup>35</sup> *Regionarios de Roma*. En cambio, las *domus* eran 1790 en la misma época. En Constantinopla había 4388 casas. *Regionario de Constantinopla*. 16. Frederikssen, “Ciudades y casas”, en Baldson, *op. cit.*, p.218-219. Para la discusión sobre el sentido de la *insula* en el siglo IV: André Chastagnol, “Les Régionnaires de Rome”, en *Les littératures techniques dans l’Antiquité romaine*, introd. de Claude Nicolet, Ginebra, Fundación Hardt, 1996, p.193-195 (Entretiens sur l’Antiquité classique, 42)

<sup>36</sup> Mart. II.73.8. I.117.5-7. (No tienes por qué atormentar, Luperco, al esclavo. Largo camino hay, si quieres llegar al Peral, y vivo en un tercer piso, pero alto)

<sup>37</sup> Carcopino, *op. cit.*, p.33-34. Grimal, *La vida...*p.73

<sup>38</sup> Carcopino, *op. cit.*, p.40 (per la fragilita delle loro murature, per la scarsezza dei mobili, per l’insufficienza di illuminazione, di riscaldamento e di igiene.)

tratos entre inquilinos, subarrendaba la *insula* para tener ganancias. Era usual que quienes ocupaban los *cenacula* temblaran cuando llegaba el día del pago: se desalojaba a los insolventes y los que estaban al corriente de sus pagos no estaban seguros, pues si el dueño vendía el terreno o lo cambiaba de giro, los inquilinos debían buscar otro sitio para vivir.<sup>39</sup> Sin embargo, había sujetos que no tenían siquiera para pagar una renta y debían pasar la noche en los pórticos de edificios públicos, bajo los puentes, en la calle, en los bosques sagrados o en las márgenes de las ciudades, como las necrópolis. Los mendigos sólo tenían lo suficiente para comer durante el día y no tenían bienes; a su lado, la gente que vivía en las *insulae* era afortunada por tener un techo para dormir. A diferencia del campo, donde las condiciones eran más o menos parejas para todos, en las urbes se topaban los escenarios más opuestos en recursos. Dice Friedlaender sobre Roma: “en aquella populosa ciudad, extraordinariamente cara, abundaban la pobreza y la miseria más espantosas”.<sup>40</sup>

Como se mencionó en el capítulo anterior, las diferencias socioeconómicas también se veían en el plano de los muertos. Había individuos que no pertenecían a los órdenes superiores, pero que tenían los recursos suficientes para construirse magníficas tumbas que no les pedían nada a las de los grupos altos. Uno de los ejemplos más conocidos, por su ubicación y espectacularidad, es la tumba del panadero ubicada a las afueras de la *Porta Praenestina* (actual *Porta Maggiore*) en Roma, donde los que entraban y salían de la *Urbs* podían contemplarla. Otro ejemplo que refiere Plinio el Joven es la tumba del poderoso liberto del príncipe Claudio, Palas. Su suntuosidad e inscripción despertaban la indignación del senador de Como. Por otro lado, Petronio resaltó la atención puesta por Trimalción en su tumba para la que señala características específicas en inscripción, adornos y cuidados, así como su dimensión, pues tenía “cien pies por el frente, doscientos pies de fondo”.<sup>41</sup> En el mundo romano, las personas que no contaban con el dinero para grandes tumbas, pero que no querían quedarse sin algún tipo de morada, podían comprar, a título personal o como miembros de algún colegio, un nicho en un *columbarium*. Éste era un edificio con nichos donde se colocaban las urnas crematorias y que empezó a ser común a partir del 40 d.C.; normalmente, cada uno tenía de 50 a 100 urnas. Los *columbaria* eran caros y las

---

<sup>39</sup> Carcopino, *op. cit.*, p.36-37. Whittaker, “Il povero”, en Giardina, *op. cit.*, 313-314. La cantidad de 2000 sestercios había sido fijada por Julio César para Roma. Suet. *Caes.* 38.2. Cfr. Sen. *Beat. Vit.* XXV.1.

<sup>40</sup> Friedlaender, *op. cit.*, p.164. Carcopino, *op. cit.*, p.37. Whittaker, “Il povero”, en Giardina, *op. cit.*, p.314

<sup>41</sup> Para la tumba del panadero: Morel, “L’artigiano”, en Giardina, *op. cit.*, p.242. Sobre Palas: Plin. *Ep.* VIII.6. Acerca de Trimalción: Petr. *Satyr.* 71

inscripciones sugieren que eran construidas por los ricos o por los colegios profesionales. Algunos sujetos organizaban sociedades funerarias cuyo fin era comprar *columbaria* para sus miembros, o nichos en un *columbarium* construido por un tercero; generalmente, los *collegia* urbanos aseguraban este servicio a sus miembros como un derecho por realizar sus pagos; otros incluían a esclavos y libertos que pagaban sus cuotas para gozar de ello.<sup>42</sup> Saller y Shaw señalan que “el deseo de perpetuar la memoria de uno después de la muerte no estuvo confinada a los ricos, sino como en muchas otros núcleos urbanos premodernos, los pobres han hecho todo lo posible por evitar el anonimato de las fosas comunes de los mendigos, y asegurarse la base de un entierro de una forma elegante”.<sup>43</sup> Los que carecían de estas opciones, eran recogidos al morir por los *vigiles* urbanos o llevados por sus familiares afuera del núcleo urbano y depositados en fosas comunes. Según las fuentes literarias, los más pobres eran llevados a los *puticuli*, usados como tumbas masivas. En Roma, el Esquilino fue un depósito de cadáveres durante los siglos III y II; en el I se usó un área cercana para el mismo fin: la zona, que también era usada como refugio de indigentes, delincuentes y brujas, fue recuperada por Mecenas y convertida en jardines. Horacio dijo: “Ahora es lícito habitar en las Esquilias salubres, y en el terraplén soleado pasear, donde ha poco los tristes contemplaban un campo, por albos huesos deforme”.<sup>44</sup> Terminar en esas fosas colectivas, sin constancia de su existencia, era un efecto lógico de la condición económica en vida de esas personas.

#### Variaciones en la condición de vida de los grupos inferiores en las ciudades

Vivir en las ciudades conllevaba elementos positivos como bienes y servicios, pero también graves inconvenientes. Las ciudades antiguas estaban expuestas a imponderables, algunos relacionados con su ubicación geográfica. El caso de Roma es revelador, al localizarse en medio de colinas rodeadas de pantanos que eran foco de enfermedades, la cercanía del

---

<sup>42</sup> Morris, *Death-ritual...* p.44-45. J.A. Crook, *Law and life of Rome, 90 B.C.-A.D.212*, 3ª. ed., Ítaca, Cornell Paperbacks, 1991, p.133 (Aspects of Greek and Roman life). Van Nifj, *op. cit.*, p.31-33.

<sup>43</sup> Richard P. Saller y Brent D. Shaw, “Tombstones and Roman Family Relations in the Principate: Civilians, Soldiers and Slaves”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 74, 1984, p.127 (The wish to perpetuate some memory of oneself after death was not confined to wealthy, just as in many other premodern urban centres where the poor have gone to considerable lengths to avoid the anonymity of the mass graves of paupers and to ensure for themselves the basic of a burial of a gentle manner)

<sup>44</sup> Hor. *Sat.*, I.8.14-16. Para las tumbas masivas: Morris, *Death-ritual...* p.42-43. Grimal, *La vida...* p.30-31

Tíber provocó que las continuas subidas de las aguas inundaran periódicamente la ciudad, trayendo problemas como derrumbes de edificios, traslado de escombros, y la muerte de personas y animales. No obstante las innegables mejoras al respecto durante la República y el Imperio, las inundaciones siguieron presentándose y provocaron la enérgica respuesta de emperadores como Augusto y Claudio para disminuir sus efectos.<sup>45</sup> Aun con esas medidas imperiales, el Tíber fue un dolor constante de cabeza para los habitantes de Roma. Tácito indica que, en tiempo de Tiberio, “el Tíber, crecido por continuas lluvias, llegó a cubrir las partes bajas de la ciudad. Cuando se retiró a su cauce, dejó tras de sí ruina y cadáveres”.<sup>46</sup> Durante la guerra civil del 68-69 hubo una catástrofe similar con las mismas secuelas: el río “por el inmenso crecimiento, habiendo derribado el puente sublicio, y desbordado por la ruina de la mole que se oponía, llenó, no sólo los lugares planos y bajos de la urbe, sino también los seguros de este tipo de calamidades; la mayor parte fue arrebatada de los lugares públicos; bastantes fueron interceptados en las tabernas y en los lechos [...] Corrompidos los fundamentos de las casas de alquiler por las aguas estancadas, a continuación, al regresar el río, se derrumbaron”. Con Marco Aurelio, una inundación del Tíber arrasó muchos edificios, mató a animales y provocó una escasez de grano, lo que exigió la atención personal del emperador.<sup>47</sup> Como se ve, lo común era que se inundaran las partes bajas de la ciudad, habitadas generalmente por la población de escasos recursos, resultando éstos los primeros afectados de esas desgracias. Los habitantes de las partes altas usualmente eran miembros de las capas elevadas, pero a veces ni siquiera ellos se salvaban.

Esos problemas traían consigo otros que agravaban la situación. Uno de ellos eran las epidemias, pues la exposición de cadáveres y el atasco de las aguas provocaban el brote de enfermedades como la malaria, que recordaban a los habitantes de Roma que su ciudad estaba asentada sobre pantanos. Tito Livio comentaba que ello era una realidad cotidiana para los romanos desde la República: “el calor era sofocante y precisamente reinaba en la ciudad y en la campiña una enfermedad pestilente, tan mortífera para los hombres como para las bestias [...] Aquella confusión, aquella mezcla de animales de toda especie, fatal a

---

<sup>45</sup> Dio Cass. XXXIX.61. Para las medidas de Augusto y Claudio para desecar lagos: Suet. *Aug.* 76. *Claud.* 20. Tac. *Ann.* I.79. XII.56. Los problemas de este tipo no solamente aquejaban a Roma, sino también a otras ciudades que contaban con ríos cercanos. En el primer pasaje referido de Tácito, éste comenta los casos de Florencia, Interamna y Reati

<sup>46</sup> Tac. *Ann.* I.76. Cfr. al respecto, Friedlaender, *op. cit.*, p.28-29.

<sup>47</sup> *Hist.* I.86.2-4. *SHA.* Mar. Aur. 9.7. Estos problemas generaron la irónica expresión de Tertuliano de que se culpaba a los cristianos y la solución era: “¡Cristianos al león!”. Tert. *Apol.* 40.2. Cfr. Tert. *Ad Nat.* I.9.

los vecinos de la ciudad por la infección extraordinaria que difundía, sofocaba a los campesinos amontonados en estrechas moradas y consumidos por el calor y el insomnio. Los mutuos cuidados, el simple contacto, propagaban la enfermedad”.<sup>48</sup> Aparte de la subida del agua, Tito Livio indica dos causas de la propagación rápida de las enfermedades en los grandes núcleos urbanos: ciertas estaciones del año y la gran concentración de personas. El verano era la época de los calores extremos que, al lado de la evidente incomodidad, eran el caldo de cultivo idóneo para la aparición y pronta extensión de fiebres. Según Salles, “es en este periodo cuando las condiciones deplorables de higiene, pese a los esfuerzos de los romanos de dotar de un sistema cloacal, son responsables de muchas muertes”.<sup>49</sup> A eso se añadía el hacinamiento en cuartos, la cercanía de los edificios entre sí y el traslado de gente por distintas zonas de la ciudad. Todo esto explica el rápido y fácil contagio de los males; por ejemplo, Roma conoció brotes recurrentes y graves de epidemias durante su historia. En tiempos de Cómodo, Herodiano señalaba que la peste se extendía por Italia, “pero la enfermedad era más virulenta en Roma porque además de tener de por sí una enorme población, recibía inmigrantes de todas partes”. Algo similar decía Amiano Marcelino de la celeridad de la transmisión de enfermedades en la capital del Imperio: “entre los romanos, algo lógico tratándose de la capital del mundo, la gravedad de los males es mucho mayor y cualquier esfuerzo de la medicina resulta insuficiente para aliviarlos”.<sup>50</sup>

Aun con las medidas preventivas de los emperadores, es difícil encontrar un periodo que no haya sido marcado por una peste en Roma o en otra ciudad del Imperio. En el 65, con Nerón, Roma fue presa de una epidemia que tuvo su origen en Campania y que produjo muchas muertes. Tácito decía que “las casas se llenaban de cuerpos sin vida y los caminos de cortejos fúnebres; no había sexo ni edad que escapara del peligro”.<sup>51</sup> Tito debió enfrentar una peste grave en Roma como resultado de la erupción del Vesubio en que se contaron

---

<sup>48</sup> Liv. III.6.2-3. Varios siglos después, en su primera visita a Roma, Agustín padeció de fuertes fiebres, por lo que estuvo muy cerca de morir. August. Conf. V.9.16

<sup>49</sup> Catherine Salles, *Los bajos fondos de la Antigüedad*, trad. de César Ayra, Buenos Aires, Juan Granica Ediciones, 1983, p.176-177 (Las historias de la historia). Para las estaciones del año en las enfermedades y las muertes en Roma, vid Brent D. Shaw, “Seasons of Death: Aspects of Mortality in Imperial Rome”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 86, 1996, p.114-115

<sup>50</sup> Hdn. I.14.1. Amm. Marc. 14.6.23. Los riesgos de la concentración de personas no era nuevo. El ejemplo más conocido fue la peste de Atenas durante la guerra del Peloponeso que se exacerbó por la llegada de la población del Ática. Su impacto sanitario y psicológico es tratado espléndidamente por Tucídides. II.41

<sup>51</sup> Tac. Ann. XVI.13. Suetonio señala que fueron 30000 muertos según los registros de Libitina. *Nero*. 39.1. Friedlaender aclara que esta cantidad no es total, pues contempla sólo los inscritos en ese culto y excluye a esclavos y personas carentes de recursos. *op. cit.* p.33

diez mil decesos diarios; en Palermo la cifra fue de mil muertes diarias. Una peste más grave fue la que sufrió el Imperio romano cuando las victoriosas tropas de Lucio Vero regresaron de la campaña parta y la diseminaron por las provincias a su paso. La epidemia cobró muchas víctimas en las ciudades y los campos; en Roma hubo bastantes muertos, y el propio Marco Aurelio murió a consecuencia de la peste en su campamento de Viena, en medio de sus campañas danubianas.<sup>52</sup> En tiempo de su hijo Cómodo, hubo otra epidemia en Roma con una alta mortandad de hombres y bestias. La peste fue recurrente durante los siglos posteriores y llegó a mermar gravemente la población total del Imperio. Zósimo narra los efectos funestos de las pestes señalando una de sus víctimas más notables: el emperador Claudio Gótico en 270 durante las campañas contra los bárbaros. Libanio marca, igualmente, los reiterados brotes de peste en Antioquia como una realidad cotidiana que sus habitantes debían hacer frente con los medios disponibles.<sup>53</sup>

Las epidemias afectaban en mayor o menor medida a todos; empero, había sectores que podían sortear estos problemas de mejor manera -o por lo menos eso creían- que otros. Por ejemplo, en temporadas de calor o ante el brote de enfermedades, los grupos altos se retiraban a sus propiedades lejos de Roma, donde el clima era más benigno o donde se esperaba que la posibilidad de contagio fuera menor. En la peste que azotó Italia bajo Cómodo, éste se fue a Laurento, pues “al ser un lugar más fresco y cubierto de inmensos laureales [...] pensaban que era sitio seguro; tenía fama de ofrecer resistencia a la contaminación, que se transmitía por aire, a causa de los olorosos efluvios de los laureles y de la agradable sombra de los árboles”.<sup>54</sup> A finales del siglo I, Marcial felicitaba a un amigo porque podía ir al norte de Italia donde los efectos benignos del clima beneficiaban su salud, mientras quienes permanecían en Roma debían soportar las desventajas de vivir todo el año en ella. Del mismo modo, Séneca le comentaba a Lucilio que iba a salir de Roma para ir a una de sus propiedades en Nomento y recuperarse de una enfermedad, ya que el aire de Roma era pesado y las cocinas exhalaban muchos vapores y desagradables olores.<sup>55</sup> Por su parte, comerciantes, artesanos y libertos ricos, podían hacer lo mismo gracias a sus

---

<sup>52</sup> Suet. *Tit.* 8.*SHA.* Mar. Aur. 13.4. Hdn. I.3.1. Aur. Vict. *Caes.* 16.14

<sup>53</sup> Hdn. I.12.1-2. Dio Cass. LXXII.14.4. Zos. I. Lib. *Or.* I.233. 281. Cfr. Euseb. *Hist. Eccles.* VII.22. Se calcula que las muertes provocadas por la peste a partir del siglo II acabaron con el 7 al 15% de la población imperial. En su momento de esplendor el Imperio tuvo alrededor de 50 millones de habitantes.

<sup>54</sup> Hdn. I.12.2. Cfr. Whittaker, “Il povero”, en Giardina, *op. cit.*, p.315

<sup>55</sup> Mart. X.12. Sen. *Ep.* CIV.1. Sobre las distintas condiciones de los núcleos poblacionales en Roma frente a las epidemias, *vid* Salles, *op. cit.*, p.167

fortunas. El liberto de Claudio, Narciso, se retiró a Sinuesa para aliviarse de un malestar gracias a la benignidad de su clima y la salubridad de sus aguas. En cambio, para la masa urbana esto estaba simplemente fuera de su alcance; huir de la ciudad no era opción y tenían que padecer lo más severo de las pestes que aquejaban a los núcleos urbanos. Ahí se exponían al contagio y a la muerte que rondaba por doquier; por ello era usual ver episodios como los que Tácito narra: “Tanto los esclavos como el pueblo libre fallecían de repente entre los lamentos de esposas e hijos, los cuales con frecuencia morían, mientras estaban sentados a su lado o mientras los lloraban, terminando incinerados en la misma pira”.<sup>56</sup> Un siglo después, Herodiano dice que, a pesar de las precauciones puestas en el control de contagios y en el alivio de los enfermos, la peste no aminoró su efecto, sino “fue a más y sobrevino una gran mortandad de hombres y todos los animales que habitan con los hombres”. En el gobierno de Marco Aurelio, la *Historia Augusta* resaltó la multitud de pobres que murió a causa de la peste.<sup>57</sup>

Otro problema recurrente en las ciudades eran los incendios. En Roma llegaban a arrasarse grandes extensiones de la ciudad y provocaban cuantiosas pérdidas materiales y humanas por las mismas razones de siempre: la estrechez de edificios, sus materiales inflamables y muchas personas en espacios reducidos. Prácticamente no hay emperador que no presenciara algún incendio importante en Roma, a pesar de las medidas tendientes a prevenir los siniestros y aminorar sus efectos. Ello empezó con Augusto y su instauración de los *vigiles*: un cuerpo conformado por siete cohortes de 500 miembros por unidad, aunque después se dobló esa cantidad: cada una de esas cohortes vigilaba dos regiones urbanas. Los *vigiles*, entre otras actividades, “funcionaban como un cuerpo de bomberos mediante un intensivo patrullaje a través de la noche”.<sup>58</sup> Sus sucesores hicieron mejoras al sistema y lo completaron con el mantenimiento de los acueductos que, aparte de dotar de agua potable, llevaban el líquido que servía para apagar los incendios; además, colocaron más fuentes públicas para el fácil acceso al agua. Tras el incendio del 64, Nerón decretó que los edificios estuvieran a cierta distancia entre sí, que no compartieran paredes, que las

---

<sup>56</sup> Tac. *Ann.* XII.66. Tac. *Ann.* XVI.13.

<sup>57</sup> Hdn. I.12.2. *SHA*. Mar. Aur. 13.4. Quienes se quedaban en la ciudad intentaban enfrentar la peste inhalando perfumes y quemando incienso para purificar el aire contaminado. Hdn. I.12.3. *Amm.* Marc. 14.6.23.

<sup>58</sup> O.F. Robinson, *Ancient Rome. City planning and administration*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, p.108. (Law/History/Classics) (functioned as a fire brigade by intensive patrolling throughout the night). El papel de Augusto como propulsor de estas medidas: Suet. *Aug.* 30.1. Para la evolución de ese cuerpo con sus sucesores: Robinson, *op. cit.*, p.106-110

*insulae* tuvieran una altura máxima, que tuvieran más piedra y menos madera, que los materiales usados impidieran el paso del fuego, que se dejaran espacios abiertos, y que hubiera más fuentes públicas para facilitar la labor de los *vigiles*.<sup>59</sup>

Pese a esto, las medidas imperiales resultaron insuficientes para evitar los incendios y su rápida propagación. Tácito destaca esto cuando comenta el incendio ocurrido en época de Nerón: “se anticipaba a todos los remedios por la velocidad con que avanzaba y por hallarse tan expuesta la ciudad por culpa de la estrechez de sus calles, que doblaban de acá para allá, y por la irregularidad de sus manzanas, como correspondía a la Roma antigua”. Un siglo después, Herodiano pinta un cuadro similar para otro incendio en Roma: “Al estar los edificios muy apretados y por la gran cantidad de madera en contacto, el fuego se extendió fácilmente por la mayor parte de la ciudad”.<sup>60</sup> Ello hizo que la historia de Roma estuviera repleta de incendios que recogen las fuentes. Bajo Tiberio hubo uno de enormes proporciones en el Aventino y el Celio, y, con Claudio, el Esquilino fue presa de las llamas y ocasionó un terrible problema de salud. El referido incendio de Nerón fue famoso por la presunta culpabilidad del emperador y porque se había atribuido a los cristianos: duró seis días y siete noches, asoló tres regiones completas de la ciudad, siete de manera parcial; sólo se salvaron cuatro. El incendio de la guerra civil del 68 destruyó el Capitolio, y Tito afrontó un incendio de tres días que dejó considerable número de víctimas. En tiempo de Antonino Pío, las llamas devastaron 340 grupos de casas e *insulae*, y, en el gobierno de Cómodo, se quemó una buena parte de la ciudad, acabando con varios edificios, templos y bibliotecas; del mismo modo, hubo un incendio importante en el gobierno de Maximino Tracio.<sup>61</sup> Aun sin este peligro, muchas construcciones eran endebles y los derrumbes habituales. Con su tono moralizante, Juvenal decía: “Nosotros habitamos una ciudad en gran parte apuntalada con delgados postes, pues así combate los derrumbes el administrador, y, cuando ha resonado la abertura de una vieja grieta, nos invita a dormir sin cuidado mientras nos

---

<sup>59</sup> Tac. *Ann.* XV.43. Suet. *Nero.* 38. Para los acueductos: Frontinus. *Aq.* Prefacio, 1. Había leyes contra los incendiarios voluntarios e involuntarios. *Coll. Leg Mos et Rom.* 12. Como dice Andrew Wallace-Hadrill, las decisiones imperiales obedecieron también a motivos políticos, pues “el deseo imperial de ordenar y controlar está fuera de duda. Los incendios proveyeron tanto la excusa y la ocasión para cambiar la cara de la ciudad”. “Emperors and houses in Rome”, en Suzanne Dixon, ed., *Childhood, Class and Kin in the Roman World*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, p.135 (The imperial will to order and control is beyond doubt. Fires provide both the excuse and the occasion for changing the face of the city)

<sup>60</sup> Tac. *Ann.* XV.38. Hdn. VII.12.6.

<sup>61</sup> Suet. *Tib.* 48. *Claud.* 18.1. *Nero.* 38. *Tit.* 8. Tac. *Ann.* IV.64. VI.45. XV.42. *Hist.* III.72. *SHA.* Ant. 9.1. Hdn. I.14.1-6.

amenaza la ruina”. Ello se sumaba a la constante caída de tejas que golpeaban a los transeúntes. Todavía, a fines del siglo IV, Símaco comentaba a su esposa, a falta de sucesos políticos importantes, la caída de una *insula*: “en la plaza de Trajano la ruina de un edificio de apartamentos ha aplastado a sus moradores”.<sup>62</sup>

Estos desastres afectaban a todos los habitantes de las ciudades. No obstante, los órdenes superiores podían recuperarse de las pérdidas materiales con relativa facilidad, al contar con el apoyo de familiares y amigos, y con sus esclavos para apagar las llamas en sus casas. En menor grado, los poderosos libertos imperiales y los grandes comerciantes que eran parte de los grupos sociales bajos podían afrontar esas desgracias con mayor éxito, aunque su patrimonio se viera mermado. Para otros, la expansión del fuego significaba perder sus escasos bienes y quedar en un estado vulnerable. Tácito y Herodiano indicaban que era común que los incendios comenzaran en las partes bajas de Roma y se extendieran a otros sitios.<sup>63</sup> Esos lugares eran generalmente ocupados por el sector económico menos favorecido y era el primer afectado. Tácito menciona que la plebe se desesperó ante las llamas y Nerón debió “abrir los campos de Marte, los monumentos de Agripa y hasta sus propios jardines, y construyó unos edificios provisionales que acogiesen a esa multitud desarrapada”.<sup>64</sup> Las fuentes escritas resaltan el cuidado imperial hacia esta población que no tenía más ayuda que la del Estado. A pesar de su fama de avaro, Tiberio dedicó una buena cantidad de recursos para socorrer a los más afectados de los incendios, Claudio y Tito supervisaron personalmente las obras de recuperación de las zonas afectadas y ayudaron a quienes, como reitera Juvenal, habían perdido el techo y sus pocos bienes.<sup>65</sup>

Otra desgracia común en las ciudades era la escasez de grano. Para las ciudades era vital asegurar el aprovisionamiento de trigo para su ingente población; la carestía del grano provocaba hambrunas y muertes. El descontento social, que se traducía en rebeliones y motines, era una respuesta común, por lo que las curias municipales tomaban las debidas precauciones para reducir esa posibilidad. De nuevo, Roma es un caso revelador en varios

---

<sup>62</sup> Juv. III.193-196. Symmachus. *Ep.* VI.37. Cfr. Carcopino, *op. cit.*, p.41-42. Grimal, *La vida...*p.62. Frederikssen, “Ciudades y casas”, en *op. cit.*, p.220-221. Por otra parte, los temblores eran frecuentes en Grecia y Asia Menor por su alta actividad sísmica, lo cual obligaba a pedir ayuda al gobierno imperial. Suet. *Tib.* 48.2. Tac. *Ann.* XII.58. Aristid. *Or.* XVIII.3-6. Amm. Marc. 22.9.5.

<sup>63</sup> Tac. *Ann.* XV.38. Hdn. VII.12.5.

<sup>64</sup> Tac. *Ann.* XV.39. Suetonio añade que la gente que se quedaba sin techo también se refugiaba en las necrópolis a las afueras de la ciudad. Suet. *Nero.* 38.2.

<sup>65</sup> Tac. *Ann.* IV.64. VI.45. Suet. *Tit.* 8. Juv. III.209. Cfr. Frederikssen, “Ciudades y casas”, en Baldson, *op. cit.*, p.220. Carcopino, *op. cit.*, p.43. Friedlaender, *op. cit.*, p.26-27

aspectos, pues sus crecientes necesidades frumentarias hicieron exigua la producción local y se debió recurrir a Sicilia, a África y, más tarde, con Augusto, a Egipto. Ello tenía inconvenientes, pues, a fines de la República, la piratería no sólo dificultaba el comercio romano, sino que hacía peligrar la llegada del grano a la ciudad.<sup>66</sup> En época imperial, estos problemas disminuyeron notablemente con la supresión de los piratas en el Mediterráneo, pero había otras dificultades: el transporte marítimo únicamente se realizaba en ciertos periodos del año por las complicaciones en la navegación, pues el mal tiempo obstaculizaba el arribo de los navíos con el trigo. Aun con ciertas precauciones, no era posible controlar los fenómenos naturales que trastocaban la vida urbana. Tácito y Amiano se quejaban de que Roma dependiera para su subsistencia del capricho del clima. Tácito atribuía esto a que “cultivamos preferentemente trigo en África y Egipto, y la vida del pueblo romano depende de los barcos y el azar”. Por su parte, Amiano coincidía con este diagnóstico en el siglo IV al señalar los aprietos del prefecto Tértulo para conseguir el grano para los habitantes de Roma: “las dificultades del mar, más duras de lo usual, y la fuerza de los vientos, que soplaban con la fuerza de una tempestad, los habían llevado a puertos más cercanos, y sentían pánico de entrar al puerto de Augusto ante la gran cantidad de peligros”.<sup>67</sup> Ambas citas destacan que el buen tiempo y la bondad divina eran garantes de la llegada del trigo.

Los emperadores tomaron medidas de largo y corto alcance para garantizar el arribo del trigo a Roma: se crearon funcionarios encargados de la provisión y distribución del producto para que estuviera siempre disponible; esa función conocida como *cura annonae* y bajo la supervisión del *praefectus annonae*.<sup>68</sup> También se hicieron varias obras al puerto de Ostia para que las naves llegaran con facilidad y el transporte del Tíber se mejoró para que el traslado del trigo a la capital se realizara sin contratiempos. En varias ocasiones, se exigía una cantidad mayor a las necesidades de Roma para tener un excedente en almacenes

---

<sup>66</sup> Esto fue explotado por las facciones políticas y le sirvió a Pompeyo para que se le concediera un mando extraordinario en Oriente, acabara con los piratas y asegurara la llegada de trigo. P.A. Brunt, “La plebe romana”, en Finley, *Estudios de...*p.105. A inicio de la República, los ataques incesantes por sus vecinos causaban la ruina de las cosechas y la baja productividad de los campos. Esto explica las varias alusiones de Tito Livio a hambres y las medidas extraordinarias del Estado para aliviar la escasez. Liv. II.23. Sobre el aprovisionamiento de trigo en Roma en la República, *vid* Robinson, *op. cit.*, p.144-147. Salles, *op. cit.*, p.177.

<sup>67</sup> Tac. *Ann.* XII.43. Amm. Marc. 19.10.2. A estas circunstancias se le suman las de índole política que ponían en peligro el grano proveniente de las provincias. De ahí la preocupación por la invasión de Zenobia a Egipto en el siglo III y la crisis por el intento de Gildón de separar África de Occidente en medio de los conflictos políticos entre las cortes dominadas por Estilicón y Eutropio. *SHA.* Aur. 22.1. Claud. *Gild.* 53-127. Zos. I.50.1

<sup>68</sup> Robinson, *op. cit.*, p.150-159. Se reconocía la labor de Tiberio Claudio y Septimio Severo al respecto. Tac. *Ann.* IV.6. *SHA.* Sev. 8.5-7. Suet. *Claud.* 18.2. Aur. Vict. *Caes.* 4.12.

por imprevistos naturales o políticos, y se fijaban precios máximos. Incluso se dio el caso de que el grano romano sirviera para paliar los requerimientos de otras partes del Imperio, como lo indica Plinio. Según Garnsey y Saller, “Roma importaba mucho más grano del que necesitaba”.<sup>69</sup> Empero, a veces, estas medidas eran insuficientes, ya que, aun guardar el trigo en almacenes no surtía efecto si una inundación o incendio llegaba a ellos y el grano almacenado se echaba a perder.

La disminución del trigo iba acompañada de la especulación y encarecimiento por parte de quienes podían aprovechar tales coyunturas: los curiales y los grandes propietarios de tierras en la *chora* de las ciudades. Ellos controlaban el mercado y agudizaban las crisis frumentarias al ocultar el grano para encarecer su precio y obtener más ganancias. Dion de Prusa afirmaba que nadie podía acusarlo de guardar trigo para subir su precio; Filóstrato comentaba que Apolonio de Tiana llegó a Aspendo de Panfilia en plena crisis frumentaria, debido a que “el grano lo retenían los poderosos, que lo habían almacenado para venderlo fuera de la región”.<sup>70</sup> Ambos hacen estos señalamientos con total naturalidad, como si fuera algo que usualmente sucedía. Según Deperyot, esto es factible: “los decuriones también eran grandes terratenientes. Sus cosechas gozaban de una fuerte plusvalía en caso de ligera carestía, dado que su producción era muy superior al consumo. El margen comercializable de la cosecha resultaba muy beneficioso”.<sup>71</sup> Tal situación se agravaba por la presencia de tropas romanas en las ciudades, ya que eran una carga extra a sus necesidades corrientes. En la Antioquia del siglo IV, donde Juliano se hospedó antes de su campaña persa; la presencia de su ejército, junto con una sequía y la especulación, generó una crisis. Juliano acusó a la curia municipal por no resolver el problema, decretó el precio máximo del trigo y consiguió más de otros sitios para acabar con la escasez provocada por quienes lo vendían “clandestinamente más caro, gravando así a la comunidad con sus propios gastos”.<sup>72</sup>

Otra manera de lograr el abastecimiento era recurrir a los benefactores locales como curiales, libertos ricos y miembros de los *collegia* que, individual o colectivamente, se hacían cargo de ello. Tenían bodegas para sí mismos y para dotar de grano a la ciudad, o lo

---

<sup>69</sup> Garnsey y Saller, *op. cit.*, p.107. También aportan varios datos minuciosos sobre la cantidad de grano que llegaba a Roma. Para la atención de Trajano sobre esto: Plin. *Pan.* XXXIII. Aur. Vict. *Caes.* 13.5

<sup>70</sup> Dio Chrys. *Or.* XLVI.9. Philostr. *VA.* I.15.

<sup>71</sup> Deperyot, *op. cit.*, p.137. No solamente se especulaba con el trigo; durante su prefectura en Roma, Símaco fue acusado injustamente de acaparar el vino para subir su precio. *Amm. Marc.* 27.3.4

<sup>72</sup> Jul. *Or.* XII.369c. Sus medidas fueron polémicas: mientras Libanio concordaba con él, Amiano lo criticaba por su severidad y sus resultados. *Lib. Or.* XVI.30-8. *Amm. Marc.* 22. 14.1. Cfr. Deperyot, *op. cit.*, 139-140

conseguían a bajo precio en tiempos de crisis, ya que “gozaban de una posición que les permitía lucrar además de hacer las veces de benefactores”.<sup>73</sup> Por el contrario, las fuentes escritas coinciden en que ciertos sectores de los grupos inferiores eran los más afectados por la falta de grano y el hambre, pues dependían del suministro estatal de trigo gratuito o a bajo costo. Con motivo de las guerras civiles del 68-69 se incendiaron los almacenes de trigo con efectos funestos para buena parte de la población; algo similar pasó con el hambre que azotó Roma en época de Cómodo, pues nuevamente la plebe romana sufrió los estragos más graves.<sup>74</sup> En el siglo IV, Antioquia vivió una hambruna que hizo que la masa suplicara medidas pertinentes para acabar con ese terrible problema. Años después, Juliano señaló a los principales beneficiarios de sus disposiciones frumentarias en Antioquia: “no es sólo la ciudad la que se precipita, sino que también acuden presurosos los campesinos a comprar pan en el único sitio donde es posible encontrarlo en abundancia y a buen precio”. Libanio coincidía en que Juliano “buscaba socorrer a los pobres y consideraba espantoso que [...] seguían careciendo de lo básico y que, a pesar de que el mercado rebosaba de abundancia, a los más menesterosos sólo les fuera dado contemplar el disfrute de los pudientes”.<sup>75</sup> El sector compuesto de pequeños comerciantes, artesanos, clientes y demás personas con una ocupación estable se hallaba en una condición de vulnerabilidad frente a estos eventos y su capacidad de reacción era muy limitada dados sus recursos.

Las ciudades tenían otras dificultades. Si bien algunas tenían cuerpos de vigilancia, éstos resultaban insuficientes para mantener el orden y la seguridad. Carteristas y ladrones realizaban sus robos a cualquier hora del día e iban a otras partes de la ciudad para vender el producto del atraco. Durante la noche era peligroso caminar en las calles, sobre todo en ciertas zonas, ya que la iluminación artificial era deficiente aun en núcleos como Antioquía y Roma.<sup>76</sup> Por ello cada quien debía velar por su propia seguridad: los más ricos se hacían acompañar de esclavos con antorchas para iluminar el camino y protegerse; los demás debían enfrentar solos los robos en vía pública, en las tiendas o en las habitaciones. A esto hay que añadir las asechanzas de los jóvenes que, por ebrios o por pura diversión, salían a golpear a quien encontraran en su camino, como solía hacer el joven Nerón. Casi nadie se

---

<sup>73</sup> Garnsey y Saller, *op. cit.*, p.124.

<sup>74</sup> Tac. *Hist.* I.86.3. Hdn. I.12.3.

<sup>75</sup> Amm. Marc. 14.7.5. Jul. *Or.* XII.369d. Lib. *Or.* XVI.23.

<sup>76</sup> Iluminación en las ciudades: Tac. *Ann.* XV.44. Aristid. *Or.* XVII.10. Lib. *Or.* XI.265-267. Peligros y robos nocturnos: Juv. *Sat.* III.277-289. 302-304. Tac. *Ann.* XIII. 47. Apul. *Met.* III.28. IV.8.9. Lib. *Or.* I.22.

aventuraba a salir de las ciudades, donde estaban los bosques sagrados y las necrópolis que, aparte de ser morada de indigentes, lo eran de ladrones y brujas.<sup>77</sup> Otra escena común eran las peleas entre estudiantes por defender a sus maestros como narran Libanio y Agustín en Antioquia y Cartago. También había disputas religiosas en Alejandría: las peleas entre paganos y cristianos normalmente terminaban mal: una ocasionó la muerte del obispo Jorge por parte de los paganos, una más la destrucción del Serapeum en 391 por el obispo y los monjes, y otra la muerte de Hipatia a manos de cristianos en 415. En Roma, los choques se daban entre los cristianos: la reyerta por escoger a su obispo en 367 arrojó 137 muertos.<sup>78</sup>

Otro problema era el hospedaje: las personas con conexiones sociales se quedaban con amigos o familiares. En el siglo II, Minucio Félix hospedó a Cecilio con su amigo Octavio; igualmente, Apuleyo hizo que Lucio, el protagonista de *El asno de oro*, pasara unos días con un notable local; el propio Apuleyo se había quedado en casa de algunos amigos y después en la de un antiguo compañero de clases mientras pasaba el invierno en Oea; y Frontón escribía sobre un amigo: “Cuántas veces ha venido a Roma, ha estado en mi compañía, ha hecho uso de mi propia casa, siempre ha habido para nosotros una única mesa”.<sup>79</sup> En cambio, la gente sin contactos ni importancia social se quedaba en las tabernas que cumplían funciones de albergue en las ciudades. Estas tabernas servían como punto de encuentro para todo tipo de personas como delincuentes y ladrones, por lo que tenían mala fama y solamente quien no tenía opción se hospedaba ahí. Debido a esto, se exponía a ser asaltado por otros huéspedes o por el dueño, ante la presunción de que llevaban dinero u otros bienes.<sup>80</sup> Las fuentes señalan que se llegaba al asesinato; aunque gran parte de los testimonios son literarios su reiteración indica que no pueden ser meras ficciones de los escritores, sino que reflejan en parte una condición de las ciudades. Aun sin estos riesgos, las tabernas eran cocinas y tiendas que reunían a varias personas: el ruido, los olores y el humo eran habituales. A veces, el descuido en el fuego en la cocina ocasionaba incendios;

---

<sup>77</sup> Nerón: Suet. *Nero*. 26.2-3. Cuerpos de seguridad en el mundo antiguo: Veyne, *La vita privata*...p.153. Robinson, *op. cit.*, p.107. Wallace-Hadrill, “Emperors...en Dixon, *op. cit.*, p.137. Para la población marginal: Hor. *Sat*. I.818-36. Apul. *Met*. VII.4.3.

<sup>78</sup> Peleas estudiantiles: Lib. *Or*. I.17-20. August. *Conf*. V.8.14. Choques religiosos: Amm. Marc. 22.11.7-10. 27.3.12. Cfr. Lellia Cracco Ruggini, “Rome in Late Antiquity: Clientship, Urban Topography, and Prosopography”, en *Classical Philology*, Chicago, vol. 98, núm. 4, octubre 2003, p.373-375

<sup>79</sup> Min. Fel. II.1-4. Apul. *Met*. II.2-4. Apol. 72. Fronto. *Ep*. 137. Cfr. Salles, *op. cit.*, p.260-263

<sup>80</sup> Cic. *Div*. I.27. Petr. *Satyr*. 81. Apul. *Met*. I.8.17. La mala fama de las tabernas es explotada por Cicerón en contra de Catilina al decir que ahí conseguía a sus secuaces. Cic. *Cat*. II.3.

por ello, los príncipes legislaron continuamente en contra de la preparación de alimentos y bebidas calientes en ellas, si bien también había móviles políticos detrás de esas medidas.<sup>81</sup>

Había otros inconvenientes, menos riesgosos, pero comunes. Por ejemplo, en Roma los senatoriales y ecuestres poseían grandes casas en los márgenes de la ciudad que los liberaban del bullicio ciudadano. También un minúsculo sector de artesanos, comerciantes y libertos imperiales podían pagar propiedades con idénticos beneficios. Empero, el grueso de la población vivía en zonas donde los ruidos eran usuales de día y de noche. Séneca escribía que, en ocasiones, habitaba un cuarto encima de unos baños, donde era común el ruido callejero causado por comerciantes, flautistas, jugadores, artesanos, espectáculos y carros habituales en la ciudad. Marcial se expresaba de igual modo de la incesante vida social en las calles de Roma que impedía el descanso de sus habitantes.<sup>82</sup> De noche la situación no necesariamente mejoraba: la disposición de Julio César de evitar el paso de coches durante el día propiciaba que en la noche hubiera ruido provocado por aquéllos, aunado a la agitada vida al ponerse el sol. Ello provocaba la queja amarga de Juvenal de que el ruido en las noches hacía imposible dormir, cosa que no padecían los pudientes de las zonas altas de la ciudad.<sup>83</sup> Por si fuera poco, sus calles estaban copadas de comerciantes que ofrecían sus productos e impedían la libre circulación en sus estrechas vialidades. Marcial destacaba el edicto de Domiciano que limitaba los puestos callejeros en Roma y Libanio decía que en Antioquia todo espacio era aprovechado para poner un puesto.<sup>84</sup>

Las fluctuaciones monetarias eran constantes en el mundo antiguo e impactaban la vida de las personas. Pese al gran avance de la economía romana, ésta seguía siendo una economía en la que un pequeño porcentaje de la población acaparaba gran parte de la riqueza existente y la mayoría permanecía en niveles básicos de subsistencia. Para esa mayoría cualquier devaluación de la moneda o subida de precios significaba un severo golpe para su economía y un riesgo para su limitado patrimonio. El gran comercio y la artesanía tenían más opciones de soportar las devaluaciones, mas los pequeños artesanos,

---

<sup>81</sup> Suet. *Tib.* 34. *Nero.* 16. *Amm. Marc.* 28.4.4. Cfr. Salles, *op. cit.*, p.257-258. En la tabernas podían darse reuniones con fines políticos: Wallace-Hadrill, "Emperors... en Dixon, *op. cit.*, p.141-142.

<sup>82</sup> Sen. *Ep.* LVI.1-4. LXXXI.2. Mart. XII.57.3-17.

<sup>83</sup> Juv. III.232-239. Suet. *Caes.* XLIII.1. Baldson, "Vida y ocio", en *op. cit.*, p.353

<sup>84</sup> Mart. XII.57.26-28. Lib. *Or.* XI.251-256. Cfr. Salles, *op. cit.*, p.236-237. Etienne, *op. cit.*, p.304-306. El comercio romano atendía un mercado de buenos productos a precios asequibles, por lo que la cerámica de bajo costo y de calidad se abría a varios consumidores a un grado que pasarían varios siglos para que volviera a ocurrir algo similar en Europa. Brian Ward-Perkins, *La caída de Roma y el fin de la civilización*, trad. de David Hernández de la Fuente, Madrid, Espasa-Calpe, 2007, p.133-142

comerciantes, artistas y profesores vivían en un medio más frágil. Aun en lo grupos bajos de la sociedad, el impacto de las coyunturas económicas era variable y eso aplica tanto para la República como para el Imperio.<sup>85</sup> Yavetz menciona algunos casos para ejemplificarlo. Uno son las tabernas que ocupaban parte del paisaje urbano de Roma a partir del siglo II a.C. a tal grado que es difícil imaginarse Roma sin ellas. Aunque los taberneros eran parte de la plebe urbana, no estaban desprovistos de recursos, ya que, a diferencia del operario, debían pagar la renta de un local, renovar sus productos y procurar su sustento. Además, había otras ocupaciones que requerían uno o dos esclavos y muchas materias primas para realizar sus productos como perfumistas y tintoreros.<sup>86</sup> Uno más es el mosaicista, oficio ejercido ampliamente en pequeños y grandes talleres; en éstos podía haber un dueño con su familia y algunos esclavos, o un contratista con varios trabajadores libres o esclavos. Debíó haber gran variedad en su organización, entrenamiento y práctica, pero es difícil precisar tal contraste en la dilatada existencia del Imperio romano y en su enorme territorio. En Hispania y África en los siglos II y III se enfatizaba la fórmula *ex officina* para indicar el mosaico como obra de un taller. Cuando hay una firma se asume que es el jefe del taller con un número impreciso de ayudantes o aprendices; cuando hay más de una firma, la duda está en si se trata de trabajadores con el mismo o diferente rango.<sup>87</sup> Estos oficios requerían de recursos por encima de las posibilidades de los proletarios y, al mismo tiempo, debajo de los medios de los grupos superiores. De tal modo, las contingencias económicas afectaban de diverso grado a individuos que pertenecían a los estratos bajos en el Imperio romano.

Los maestros constituyen otro caso, ya que percibían un sueldo por los padres de los alumnos de alrededor de 500 sestercios por estudiante: si tenían un buen número, subían sus ingresos, aparte de los regalos que recibían de los alumnos. Sin embargo, a esa cantidad había que descontar la renta de un local y otros gastos, además de soportar las demoras de los pagos por parte de los padres que recurrían a toda artimaña para no pagar, o los propios alumnos se gastaban ese dinero en otras cosas, como dicen Juvenal y Luciano; incluso un

---

<sup>85</sup> Zvi Yavetz, "Fluctuations monétaires et condition de la plèbe a la fin de la république", en Nicolet, *Recherches sur...* p.140-141. Keith Hopkins, "Taxes and Trade in the Roman Empire (200 B.C.-A.D. 400)", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 70, 1980, p.104 Peter Heather, *La caída del Imperio Romano*, trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Barcelona, Crítica, 2006, p.184-185 (Tiempo de Historia)

<sup>86</sup> Yavetz, "Fluctuations monétaires en Nicolet, *Recherches sur...* p.144-146.

<sup>87</sup> Dunbabin, *Mosaics...* p.269-272. La autora añade que el mosaicista tenía un pago similar al de otros artesanos, por lo que puede suponerse que tenían condiciones similares de vida. Asimismo, eran comunes los casos en que *ingenui*, libertos y esclavos trabajaban juntos y compartían medios de vida. Suzanne Dixon, "Familia Veturia. Towards a lower-class economic prosopography", en Dixon, *op. cit.*, p.115-122

profesor como Libanio padeció eso.<sup>88</sup> Había profesores cuya capacidad y fama atraían a padres prestos a pagar grandes sumas para la formación de sus hijos. Otros ocupaban las cátedras imperiales o urbanas que les reportaban buenos ingresos a su importante fortuna y prestigio social, pero no dependían de ello para vivir. Algo similar ocurría con los grandes abogados que se ocupaban de casos por la reputación e influencias que podían obtener, no necesariamente por una paga. En contraste, Juvenal hablaba de los que apenas tenían para pagar el alquiler de un cuarto en una *insula* y comprar su comida, y había quienes usaban sus limitados ingresos imitando el estilo de vida de personas con más dinero.<sup>89</sup>

Como se mencionó anteriormente, los integrantes con más recursos económicos de los grupos inferiores tenían acceso a propiedades, lujos y artículos similares a los miembros de las clases altas. De todos modos, cuantitativamente hablando, seguían siendo una parte muy pequeña de la población; para la mayoría, la realidad era mucho más modesta. Marcial escribía de las personas que, para mantener su modesto estilo de vida, pedían prestado y empeñaban sus pocos objetos de valor.<sup>90</sup> El pago de la renta y la obtención de los alimentos dejaban poco margen para la compra de otras cosas. Los objetos que Marcial enumera de una familia desalojada de su vivienda por deber dos años de renta, pueden ser una guía: un camastro, una mesa, un candil, una cratera, un ánfora, una olla, un queso y verduras son las cosas más sobresalientes. Juvenal indicaba que las cosas que podían perder los usuarios de las *insulae* eran una cama, algunos trastes y un cántaro; su ropa era “sucía y raída, que su toga está maltratada, que un zapato muestra el cuero roto o enseña el grueso lino reciente con que han sido remendadas varias cicatrices”.<sup>91</sup> El cuadro no era diferente al del siglo I a.C., cuando Salustio remarcaba que la plebe romana vio la tentativa catilinaria de incendiar Roma como “un gravísimo daño para ella, que no poseía otros bienes que los objetos adecuados a la vida diaria y el vestir”. Un siglo después, Tácito comentó que en el incendio del 64, hubo gente que murió “a pesar de tener ocasión de escapar, por haber perdido todos

---

<sup>88</sup> Juv. VII.150-157. Luc. *Symp.* 32. Lib. *Or.* III.6. Cfr. para las condiciones de los profesores: Friedlaender, *op. cit.*, p.182-187. Bonner, *op. cit.* p.196-204

<sup>89</sup> Juv. VII.115-138. La subida de precios y la carestía de la vida fueron constantes en la economía romana, sobre todo, a partir de las reiteradas crisis monetarias a fin del siglo II y que se extendieron al III. Una reacción a ello fue el edicto de precios de Diocleciano. Hopkins, “Taxes and Trade...p.122-123. Deperyot, *op. cit.* p.128-136. Algunas precisiones útiles especialmente para el Bajo Imperio en Cameron, *op. cit.*, p.108-110

<sup>90</sup> Mart. II.57. VI.94

<sup>91</sup> Mart. XII.32.10-22. Juv. III.206-208. Cfr. Luc. *Sat.* 21. La renta en Roma era más cara que en el resto de Italia, aun con la rebaja que había hecho Julio César. Suet. *Caes.* 38. Juvenal decía, exageradamente, que con lo que se pagaba en Roma por un ruín cuarto, se compraba una casa en otro sitio. III.223-231

sus bienes y hasta lo necesario para comer un día”.<sup>92</sup> Según Elio Arístides y Luciano, varios individuos carecían de recursos para consumir productos más allá de los de su subsistencia diaria. Tan pobre era su vestido que Luciano lo asemejaba al hilado de bronce y el de los ricos con vidrio maleable. En el siglo IV, Amiano resaltaba el caso inusual de las ciudades galas en que era imposible ver a sus habitantes “por pobres que fueran, vestidos con trapos, tal como sucede en otros lugares”.<sup>93</sup>

A esto se suman los mendigos del ámbito citadino. Juvenal y Marcial señalaban la gran cantidad de indigentes en las calles de Roma pidiendo para comer, mientras Amiano y Prudencio decían que los menesterosos -cojos, ciegos y enfermos- dormían en espacios públicos, tabernas y toldos de los negocios, y vivían de lo que otros les daban como una realidad viva en el siglo IV.<sup>94</sup> En el siglo II, Elio Arístides se refería a los sujetos carentes de la alimentación básica en las ciudades del Oriente romano como algo cotidiano. En el siglo IV, Eusebio destacaba la ayuda de Constantino a los que no tenían lo preciso en las provincias: “efectuaba con largueza repartos de artículos de toda suerte a los menesterosos [...] a los desgraciados y desdichados de la fortuna que mendigaban en la plaza pública no sólo proveía de bienes pecuniarios, o del necesario sustento, sino también del vestido digno que abrigara el cuerpo”.<sup>95</sup> En Antioquia, Libanio también hablaba de la masa que no tenían ropa para cubrirse y que suplicaban pan o unas monedas. Su presencia era tan cotidiana en el ámbito urbano que Juliano los calificaba como “los necesitados de estos bienes -que creo que es la situación del linaje más numeroso de los hombres-”.<sup>96</sup> Para éstos, la devaluación o subida de precios era irrelevante: su falta de recursos los libraba de ello.

Se dice que la alimentación ayuda a “definir la calidad de vida de la gente. Lo que come la gente refleja una variación sustantiva en el status y el poder, y caracteriza a las sociedades que están internamente estratificadas”.<sup>97</sup> Han sido muchas las discusiones sobre

---

<sup>92</sup> Sall. *Cat.* XLVIII.2. Tac. *Ann.* XV.38. Cfr. Cic. *Cat.* IV.8

<sup>93</sup> Aristid. *Or.* XXVIII.139. Luc. *Sat.* 21.11. 13.25. Amm. Marc. 15.2.2. Para el poder adquisitivo de los pompeyanos antes de la erupción del Vesubio: Etienne, *op. cit.* p.197-199.

<sup>94</sup> Juv. III.296. Mart. XII.57.13. Prudent. *Perist.* II.140-160. Amm. Marc. 14.6.25. Para los mendigos en Roma que atendía la Iglesia romana: Brown, “La Antigüedad tardía”, en Ariès y DUBY, *op. cit.*, p.264.

<sup>95</sup> Aristid. *Or.* XXVIII.139. Euseb. *Vit. Const.* I.43.1. Más ejemplos de la caridad cristiana: *Hist. Eccles.* IX.14

<sup>96</sup> Lib. *Or.* VII.2. Jul. *Or.* XII.363a. La muerte les quitaba a los mendigos el frío y el hambre. Luc. *Tyr.* 20.

<sup>97</sup> Eric. B. Ross, “An Overview of Trends in Dietary Variation from Hunter-Gatherer to Modern Capitalist Societies”, en Marvin Harris y Eric. B. Ross, eds., *Food and Evolution. Toward a Theory of Human Food Habits*, Philadelphia, Temple University Press, 1987, p.8 (to define the quality of life of real people. Variation in what people eat reflects substantive variation in status and power and characterizes societies that are internally stratified.)

el influjo de las condiciones socioeconómicas en la alimentación, salud y esperanza de vida en el Imperio romano. Esta época está en franca desventaja con otras que tienen bien documentada la media de vida y las variables en sexo, ocupación, profesión, región, etc. Pese a los vacíos del material disponible y la dificultad de interpretarlo, se ha llegado a conclusiones basándose en el estudio de fuentes epigráficas y escritas, el análisis de osamentas por antropólogos físicos y la comparación con otras sociedades preindustriales.<sup>98</sup> Ciertas líneas señalan que quienes tenían más riqueza accedían a una mayor variedad de alimentos, su dieta era más rica y balanceada, y bebían vino de buena calidad que protegía de infecciones, al inverso de quienes solamente bebían agua. Sin ser grandes consumidores de carne, podían acceder a varios tipos de ésta que les daba proteínas necesarias en su balance nutricional, y consumían un pan elaborado con mejores granos. Los demás comían pan inferior, aceite de oliva y vino barato (en algunas regiones se sustituía con cerveza); su consumo de carne estaba limitado y, en ocasiones, se reducía a las fiestas urbanas.<sup>99</sup> Su mala nutrición se reflejaba en mayor propensión a enfermarse, aunque el abuso de la carne y el vino podían tener efectos nocivos en la gente con recursos. La evidencia comparativa lleva a Garnsey a decir que “los grupos más vulnerables a la desnutrición eran los mismos en las sociedades antiguas que en los países en desarrollo hoy”.<sup>100</sup>

El costo de vida en las grandes urbes era alto, había mucho desempleo y subempleo, como en las actuales ciudades tercermundistas. El trigo seguía siendo el grano fundamental para muchos; por ello, su bajo costo y disponibilidad eran cruciales como lo mostró la ley frumentaria de Cayo Graco, pues su fin era socorrer a la inmensa población romana que lo tenía como principal alimento al regularizar su abasto y asegurar su bajo precio, amén de motivos políticos.<sup>101</sup> Por otro lado, la contaminación en las calles afectaba igual a todos. Las letrinas públicas, los baños, el agua potable y el gimnasio estaban al alcance de varios, y podían disfrutar de sus ventajas a la salud, si bien es difícil valorar su impacto real. De

---

<sup>98</sup> Morley, *op. cit.*, p.61. Paul Simelon, “Tot acerba funera!”, en *Latomus. Revue d'études latines*, Bruselas, tomo 62, fascículo 3, julio-septiembre 2003, p.598

<sup>99</sup> Garnsey, *Food and Society*..., p.116-126. Añade que, si bien la dieta mediterránea es saludable, no todos en la Antigüedad tenían acceso a ella en la misma cantidad y calidad. p.19-21

<sup>100</sup> *Idem*, p.51 (the groups most vulnerable to malnutrition were the same in ancient societies as in developing countries today).

<sup>101</sup> Peter Garnsey y Dominic Rathbone, “The Background to the Grain Law of Gaius Gracchus”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol.75, 1985, p.23-24. Esto adquiere mayor luz si se considera que el porcentaje de cereales en la dieta disminuye cuando la prosperidad crece. Garnsey y Saller, *op. cit.*, p.105. Si en Roma el trigo siguió siendo parte esencial de la dieta, se deduce que los ingresos de muchos no crecían.

todos modos, había personas que no podían usar tales servicios y recurrían a los orinales en la vía pública que no tardaban en romperse y ser foco de infección.<sup>102</sup>

Varios especialistas concuerdan en que el promedio de vida en el Imperio romano era bajo. Sin duda, hay muchas dificultades para fijar el promedio de vida en la Antigüedad, pues no todos los epitafios tienen la edad de muerte, ni todos los muertos eran registrados. Así, no puede tomarse el registro epigráfico como el equivalente de las actas modernas de decesos, aunque sus datos valiosos puedan dar una idea aproximada. Por ello, diferentes estimaciones calculan la esperanza de vida entre los 25 y 35 años de edad. La mortandad infantil era alta en los primeros cinco años de vida y muchas mujeres morían en el parto.<sup>103</sup> Hay ejemplos de las capas elevadas de la sociedad romana que pueden servir de guía: Cornelia tuvo doce hijos de Sempronio Graco, y sólo llegaron a adultos los dos célebres tribunos, y una mujer que fue esposa de Escipión Emiliano. Julia, hija de Julio César y esposa de Pompeyo, murió en el parto y su hijo poco después. De los nueve hijos de Germánico y Agripina, quedaron seis: entre ellos Calígula y Agripina, madre de Nerón. Marco Aurelio pudo ver a varias de sus hijas llegar a adultas, pero sólo uno de sus hijos tuvo la misma suerte: Cómodo. Estos ejemplos son sólo la punta de un iceberg que apenas es vislumbrado por las fuentes escritas que se concentran en el orden senatorial.<sup>104</sup> Ausonio sobrevivió a su esposa, hijos y nietos, que prematuramente murieron. Si esto ocurría con los estratos altos, que tenían baños, letrinas, médicos y buena alimentación, que les permitían tener mejores condiciones de vida, el cuadro no era halagador para los demás.<sup>105</sup> Mientras algunos de los sectores inferiores poseían recursos similares a los grupos superiores, otros

---

<sup>102</sup> Mart. VI.93.2. Suet. *Vesp.* 23. Para la variedad de condiciones de los servicios públicos: Whittaker, "Il povero", en Giardina, *op. cit.*, p.315-317. Simelon, *art. cit.*, p.599. Neville, *op. cit.* p.62-63

<sup>103</sup> Entre la vasta documentación sobre el tema y las discusiones sobre éste destacan Brent. D. Shaw, "The Age of Roman Girls at Marriage: Some Reconsiderations", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 76, 1987, p.42-44. Keith Hopkins, "On the Probable Age Structure of the Roman Population", en *Population Studies*, Londres, vol.XX, núm. 2, 1966, p.245-249. Simelon, *art. cit.* p.602. Robert Étienne y Georges Fabre, "Démographie et classe sociale. L'exemple du cimetière des *officiales* de Carthage", en Nicolet, *Recherches sur...* p.83-84. El promedio en las provincias era superior al mencionado que coincide con la información proveniente de Roma. Una mirada crítica sobre la pertinencia de esos modelos: Walter Scheidel, "Roman Age Structure: Evidence and Models", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 91, 2001, p.15-25

<sup>104</sup> Plut. *Vit. T. Gracch.* Suet. *Cal. 7. Caes.* 26. Hdn. I.2.1. Cfr. Mary Harlow y Ray Lawrence, *Growing Up and Growing Old in Ancient Rome. A life course approach*, Londres y Nueva York, Routledge, 2002, p.6-15

<sup>105</sup> Aus. *Par.* En el caso africano se destaca que los registros de los libertos son muy similares a los ingenuos, y éstos a su vez a los esclavos. Por otra parte, el promedio de vida en los esclavos imperiales es mayor que el de los privados. Igualmente, la profesión es un criterio válido para la antigüedad como para la edad moderna: los esclavos imperiales tenían un modo similar de vida al del procurador y eran un bien imperial que debía preservarse. Así, la condición jurídica no define estas cuestiones, sino su modo de vida y función. Etienne y Fabre, "Démographie et...en Nicolet, *Recherches sur...*p.88-96

padecían un contexto menos benigno para mantener un buen nivel y esperanza de vida, los cuales tuvieron que ser bajos.

Como puede verse, la posición social de los sectores inferiores era baja, pero sus condiciones políticas y económicas podían variar conforme a situaciones específicas, sobre todo en la ciudad. Algunos sujetos tenían riqueza y poder similares a los miembros de los órdenes superiores, varios contaban con bienes modestos que les permitían vivir con cierto desahogo, y muchos vivían al día o en total penuria. Empero, más allá de esas variables, los grupos bajos eran tratados como un grupo homogéneo por las fuentes escritas que brindan una imagen de ellos. En el siguiente capítulo se describe y explica esa imagen.

#### Capítulo 4. La visión de los órdenes inferiores

Los estratos bajos de la sociedad romana formaban la mayoría de la población del Imperio, producían gran parte de la riqueza y cumplían funciones sociales específicas. Mucho de lo que se sabe de ellos responde a inquietudes e intereses que no eran suyos, pero tuvieron un gran impacto en las fuentes. En este capítulo se tratará la imagen de esos grupos a partir de las fuentes escritas: percibir los contextos en que son situados, los presupuestos de los autores para recrearlos, y los objetivos que persiguen con esto.

##### *Plebs cupida rerum novarum*

Las personas que no pertenecían a los estratos superiores de la sociedad antigua reciben varios nombres: *demos*, *polloi*, *kakoi*, *plethos* y *ochlos* son usuales en griego; *plebs*, *vulgus* y *multitudo* son los más usuales en latín. Son términos que revisten ciertas complicaciones puesto que remiten a cuestiones gentilicias. En Grecia las palabras referidas servían para señalar a quienes no eran *aristoi* que componían la nobleza de la época arcaica. En Roma, la plebe surgió durante la monarquía como una masa de individuos fuera del patriciado, con derechos y obligaciones definidos. Las restricciones políticas lentamente fueron derribadas y esos vocablos perdieron su primitiva significación gentilicia, aunque tuvieron una carga de prestigio social en tiempos posteriores.<sup>1</sup> En parte, esto explica que sean voces ambiguas e imprecisas para el lector actual, pues delinean una realidad muy compleja. En el caso de las palabras que se refieren a los estratos bajos remiten a conceptos totalizadores que resultan difíciles para el estudioso moderno que debe aclararlos dependiendo del contexto

---

<sup>1</sup> W.G. Forrest, *Los orígenes de la democracia griega. El carácter de la política griega 800-400 a. de C.*, trad. de Pedro López Barja de Quiroga, Madrid, Akal, 1988, p.37-56. (Akal Universitaria, 123) Alföldy, *op. cit.*, p.22-27. Cornell, *op. cit.* p.287-301.

social y del autor que los usa, aunque seguramente sus matices eran comprensibles para los escritores y su auditorio. Como indica Jean Beránger, para el investigador actual, la terminología latina define mal el fenómeno social que es más complejo, pues los términos empleados por los autores antiguos son flexibles y permiten la adaptación, pero favorecen la imprecisión y la falta de propiedad.<sup>2</sup>

Gran parte de las menciones a la plebe urbana se da en levantamientos y motines por la escasez y carestía del trigo, en medio de conflictos religiosos, en la participación en eventos públicos o para expresar un malestar con respecto a terceros. Frecuentemente, las fuentes concentran su atención en la plebe en situaciones de descontento, cuando sus acciones son masivas y su reacción, violenta. En estos casos, se resalta su volubilidad y su ansia de novedades; no obstante, esta representación no era nueva. De antiguo se decía que la multitud urbana era sumamente inestable y carente de convicciones firmes. Atenas, que había desarrollado la democracia más acabada, fue el blanco perfecto para esos apuntes. Pseudo-Jenofonte -también conocido como “el viejo oligarca”- decía del compromiso de la asamblea ateniense sobre su ley: “le es posible echar la responsabilidad a uno solo, a quien presenta la iniciativa o a quien la pone a votación, y negarla a los demás [...] Y si decide que los acuerdos no existan, han encontrado mil pretextos para no hacer lo que no quieren”. De forma similar se expresó Aristófanes sobre el carácter inconstante del *demos* ateniense. Con su peculiar humor señaló su incoherencia política y torpeza frente a los demagogos: “¡Oh! Demos, hermoso es el poder que tienes, pues todos los hombres te temen como a un tirano. Pero eres fácil de engañar y te gusta que te halaguen y te engañen”.<sup>3</sup> Otro ejemplo es el episodio de los hermanos Graco; el tremendo apoyo popular que gozaron al comienzo de su movimiento dio un vuelco cuando rechazaron a Cayo Graco debido a las propuestas de Livio Druso. Al ser más generosas -al menos teóricamente- las *rogationes* de éste, muchos campesinos, artesanos, comerciantes y trabajadores abandonaron a Cayo Graco, a quien habían elevado a esa magistratura, para apoyar a su colega que tenía el visto bueno del senado.<sup>4</sup> Muy parecida es la interpretación de Salustio sobre la actitud de la muchedumbre urbana hacia Catilina: “el pueblo, en general, ávido de novedades, aprobaba los proyectos

---

<sup>2</sup> Jean Béranger, “Ordres et classes d’après Cicéron”, en Nicolet, *Recherches sur...* p.241. Para el problema de la terminología antigua también son útiles Alain Michel, “Ordres et classes chez les historiens romains”, en *idem*, p.226-228. 243. Neville, *op. cit.*, p.55

<sup>3</sup> Ps. Xenoph. *Ath. Pol.* II.17. Ar. *Eq.* 1111-1117. Cfr. 45-50

<sup>4</sup> Plut. *Vit. C. Gracch.* VIII.5-6. App. *D. Bell. Civ.* I.23-24

de Catilina, en lo cual no hacía precisamente otra cosa que seguir su natural inclinación. Porque siempre en la sociedad los que nada tienen odian a los hombres de provecho, exaltan a los ruines, detestan las antiguas instituciones, ansían otras nuevas, y descontentos de la propia condición, todo quieren cambiarlo, alimentándose de tumultos y sediciones sin miedo a las consecuencias ya que en ellos poco tiene que perder su pobreza”. Poco tiempo después, debido a la labor de Cicerón y del senado, y los rumores dispersados, Salustio registró en párrafos ulteriores la volubilidad propia de los sectores bajos: “la plebe, que, ansiosa de novedades, había en un principio favorecido sin reparo la revuelta, mudando por completo de actitud, así que la conjuración fue descubierta, empezó a echar pestes contra Catilina y a poner a Cicerón por las nubes, entregándose al regocijo y la alegría como si la hubiesen arrancado a la esclavitud”.<sup>5</sup>

Durante el Imperio romano, esa percepción no cambió. Analizando la caótica etapa de los años 68 y 69, Tácito describía el proceder de la población romana que no pertenecía a los órdenes senatorial y ecuestre: “Y no tenían aquellos juicio o verdad, pues en el mismo día estaban dispuestos a postular, con igual empeño, cosas diversas, sino más bien por la costumbre tradicional de adular a cualquier príncipe con licencia de aclamaciones y con vanos fervores”. Le adjudica al vulgo alegría por las sediciones y los tumultos propios de las guerras civiles, pero, pocos párrafos adelante, indica que sufría lo más severo de las batallas por la presencia de las tropas y la subida de precios. Cuando quedaron únicamente Vitelio y Vespasiano, unos favorecieron al primero mientras que “el resto de la masa, por el afán de cosas nuevas se inclinaba hacia Vespasiano”.<sup>6</sup> En todos los sitios, la plebe tenía un proceder similar: Tácito utiliza la misma descripción para referirse al vulgo cartaginés: “El vulgo crédulo corría hacia el foro, reclamaba la presencia de Pisón; con sus gritos de alegría lo llenaban todo, por su despreocupación por la verdad y por su afán de adulación”.<sup>7</sup> En el Oriente romano, Dion de Prusa reconocía que a veces la masa era razonable y aceptaba la libertad de palabra de quienes se dirigían a él, pero también decía que “la mayor parte de las veces es osado y arrogante, descontentadizo para todo, molesto, semejante a los tiranos y mucho peor todavía, como que su maldad no es sola ni sencilla, sino compuesta de otros

---

<sup>5</sup> Sall. *Cat.* XXXVII.1-3 (El traductor utiliza pueblo para verter la palabra latina *plebes*, mientras que *bonis* es traducido por hombres de provecho) XLVIII.1. *rerum nouarum studio* y *cupida rerum nouarum* son las expresiones latinas utilizadas por Salustio para señalar la búsqueda de novedades de la plebe.

<sup>6</sup> Tac. *Hist.* I.32.1. 83.1. 89.1. III.12.5 (*plebs, oulgus*)

<sup>7</sup> Tac. *Hist.* IV.49.6. Cfr. pasajes similares *Hist.* I.90.3. II.90.2. *Ann.* XVI.4.

muchísimos. Y así resulta un animal abigarrado y terrible, como los poetas y artistas representan a los centauros, a las esfinges y a las quimeras, haciendo una composición de variada naturaleza para terminar en la forma de una sola imagen”. Por ello prevenía a los principales de las ciudades a “estar preparados para todo lo que parece incómodo y, en particular, para los insultos e ira de la plebe”.<sup>8</sup> En el siglo III, Herodiano indicaba el júbilo del vulgo en Roma cuando se conoció el levantamiento de Gordiano contra Maximino Tracio en África al participar en la destrucción de retratos y estatuas imperiales; este proceder indicaba: “Todas las masas son ciertamente propensas al cambio, pero el pueblo romano formado por una ingente multitud abigarrada de hombres de diversas procedencias, puede cambiar de opinión con extraordinaria facilidad”. En una línea similar, en el siglo IV, Amiano señalaba que la furia de la plebe romana se cernía sobre el prefecto Tértulo, debido a la falta de alimento en la ciudad. Cuando se disponía a lincharlo, Tértulo expuso a sus hijos frente a la multitud y dijo que, si creían que matándolos acabarían sus problemas, lo hicieran. El historiador concluía mostrando la volubilidad de la turba romana así: “Ante estas tristes palabras, la muchedumbre, de carácter proclive a la clemencia, enmudeció ya más calmada, aguardando con serenidad la suerte que se avecinaba”.<sup>9</sup>

Resulta complicado analizar el grado de sensatez o congruencia política en la masa de la población. Evidentemente, cuando la participación pública era real, el convencimiento y la atracción del electorado eran fundamentales para los líderes políticos. Ello podía darse tanto en una vertiente positiva (la actuación política de Pericles), o en una negativa con la aparición de demagogos, cuyo paradigma en la antigua Grecia fue Cleón.<sup>10</sup> El fracaso ateniense en la guerra del Peloponeso fue achacado a lo voluble del *demos* que, seducido por las promesas poco consistentes de los dirigentes, se dejaba arrastrar de un lugar a otro. No obstante, la dirección de la política ateniense era, en última instancia, responsabilidad de todo el cuerpo ciudadano y no sólo de una parte de él. Sin lugar a dudas, había sujetos que tenían una visión estrecha y corta de la política, pero otros estaban más informados, por lo que difícilmente habrían tomado una decisión que afectara gravemente a su ciudad, como

---

<sup>8</sup> Dio Chrys. *Or.* XXXII.28. XXXIV.33. En la misma línea se ubica Luciano al enfatizar que las multitudes podían tener un comportamiento más digno que los filósofos. Luc.16.35. No obstante, la directriz general fue negativa como lo dejan ver Elio Arístides y Libanio. Aristid. *Or.* III.15. Lib. *Or.* XV.77

<sup>9</sup> Hdn. VII.7.1. Amm. Marc. 19.10.3. Cfr. Tac. *Hist.* I.69.4. Ya Polibio había escrito que “la masa es versátil y llena de pasiones injustas, de rabia irracional y de coraje violento”. Polyb. VI.56.11. Tácito decía que “el pueblo, como está ansioso de revueltas a la vez que las teme”. *Ann.* XV.46.

<sup>10</sup> Para Pericles: Tucid. II.44. Aristid. *Or.* III.13. Para Cleón: Tucid. III.36. Ar. *Eq.* 40-73

la declaración de guerra, de modo imprudente. Según Forrest, “cual fuere nuestro juicio sobre el siglo V ateniense debe recaer sobre todos los atenienses”.<sup>11</sup> Algo similar puede decirse de los Graco, pues recibieron el apoyo de las capas urbanas y rurales que veían sus intereses representados en las propuestas de los tribunos, si bien los núcleos ligados a las familias nobles conservaron su recelo hacia ellos. Aun así, hubo gente que mostró respeto y admiración por los hermanos al erigirles estatuas, considerar sagrados sus sitios de muerte, y celebrar sacrificios en ellos.<sup>12</sup> En toda época, las promesas electorales jugaban un papel crucial en la disputa de optimates y populares; ambos explotaron las necesidades de los ciudadanos romanos, así como su dependencia en materia política. Pese a esto, es poco factible que la plebe romana apoyara medidas que afectarían sus condiciones objetivas de vida. Resulta extraño, por ejemplo, que el grueso de la Urbe viera con buenos ojos a Catilina, si sabía que su movimiento perseguía no sólo un golpe de Estado, sino el incendio de Roma, que dejaría en la calle a quienes contaban solamente con un techo por más modesto que fuera. Cicerón y Salustio escribían que los pequeños artesanos, comerciantes y la población libre en general, estimaban las ventajas de la paz, como gozar los espacios públicos de Roma que se verían arruinados por las acciones de Catilina.<sup>13</sup>

Igualmente, no parece consistente la aserción de que el ansía de novedad llevara a los habitantes de la ciudad a socorrer a cuanto personaje apareciera en el escenario político, como indican Tácito y Herodiano. La población urbana conocía los sinsabores y problemas de las guerras civiles, con sus matanzas, carestías e incendios, que resultaban perjudiciales a quienes no tenían los medios necesarios para reponerse de ello. Asimismo, era claro que la masa tenía poco control sobre esos sucesos que obedecían más a las ambiciones políticas de generales y políticos, y que rebasaban los márgenes de acción de otros núcleos sociales. Fedro declaraba que “los humildes padecen cuando los poderosos disputan entre sí”, y que en estas luchas “es usual que los pobres no cambien nada excepto la forma de comportarse

---

<sup>11</sup> Forrest, *op. cit.*, p.31

<sup>12</sup> Plut. *Vit. T. Gracch.* XXI.8. *C. Gracch.* XVIII.2-3. Una reacción similar fue la aclamación popular de Julio César tras su muerte. Suet. *Caes.* 88. A diferencia de la asamblea ateniense con su existencia autónoma e independiente de los magistrados, los comicios romanos estaban sometidos a ellos. Se reunían a petición de un magistrado, no podían presentar propuestas de ley, únicamente podían votar a favor o en contra pero no modificar su contenido, y no podían realizar acciones concretas contra los magistrados. Por ende, su iniciativa resultaba limitada y debían esperar que un líder enarbolara sus causas en la arena política, como ocurrió con los Graco y con otros dirigentes tanto optimates como populares. Cornell, *op. cit.*, p.433-434. Brunt, “La plebe romana”, en Finley, *Estudios de...* p.92-93. Ste. Croix, *op. cit.*, p.410-413

<sup>13</sup> Sall. *Cat.* XLVIII.1. Cic. *Cat.* II.10. IV.8

de su amo”. Tácito apuntaba que, en la crisis del 68 y 69, “el vulgo y el pueblo, privados de los cuidados comunes por su nimia magnitud, comenzaban a sentir, paulatinamente, los males de la guerra”.<sup>14</sup> Que iniciaran gustosos estas actividades para padecer los infortunios de las luchas civiles en su afán por cosas nuevas resulta cuestionable; del mismo modo, es dudoso que pasaran de una reacción a otra con extrema facilidad. Algo similar ocurre con la respuesta de la multitud frente a Nerón y Cómodo: las fuentes coinciden en que ambos fueron populares entre la población, sus muertes tuvieron la aclamación popular y después recibieron muestras de estima por parte de la misma población. Es revelador que Vitelio y Septimio Severo recuperaran las figuras de Nerón y Cómodo respectivamente, para agradar a la plebe romana y legitimar su posición en el plano ideológico.<sup>15</sup> Resulta tentador explicar tales cambios por la inconsistencia de la masa, pero también debe considerarse que ambos fueron príncipes cuya política antisenatorial fue dura, y las fuentes, que reflejan la óptica senatorial, se esfuerzan por demostrar que sus acciones fueron negativas. El que el senado y el orden senatorial fueran los principales blancos de ataque de esos emperadores explica el recelo de los autores; empero, ello no implica que la plebe compartiera tal resentimiento y que repentinamente cambiara su apreciación sobre ellos. Por ejemplo, tras la muerte de Nerón, Suetonio dice que “hubo quienes adornaron durante largo tiempo su tumba con flores, en primavera y en verano, y expusieron en la tribuna de las arengas estatuas que lo representaban vestido con la pretexto, o edictos suyos como si estuviera vivo y pensara volver pronto para castigar a sus enemigos”.<sup>16</sup> En todo caso, la reacción furibunda de las fuentes muestra la molestia senatorial, no la de la masa, pues ésta no tenía mayores motivos para reprobar a unos príncipes que mostraban el mismo entusiasmo por los espectáculos que ella, y que le daban juegos y trigo. El disgusto con algunos emperadores era más coyuntural que estructural y obedecía a incidentes específicos como el desabasto de grano; resuelto esto se volvía a agradecer al soberano por encargarse de ello y se volvía a la calma

---

<sup>14</sup> Phaed. I.30.1. I.152-4. Tac. *Hist.* I.89.1.

<sup>15</sup> Para los cambios de percepción de la plebe a esos príncipes: Suet. *Nero.* 21-22. 44. Tac. *Ann.* XVI.4. Hdn. I.7.1. 13.7. II.2.3. *SHA.* Comm. 15.6. 17.4. Para la recuperación de las figuras de Nerón y Cómodo: Suet. *Vit.* 11. Tac. *Hist.* I.71.2. II.95.2. *SHA.* Sev. 11.4. 12.8. Debe añadirse que en Severo influyó su deseo por agraviar al senado con las loas a Cómodo tras derrotar al candidato senatorial Clodio Albino. De igual modo, hay señales de aprecio en la población romana por Caracalla, otro emperador antisenatorial. Aur. Vict. *Caes.* 21.6

<sup>16</sup> Suet. *Nero.* 57.1. Una reacción similar ocurrió en el reino parto y en Grecia donde Nerón era muy popular. Dio Cass. LXIV.9. El regreso de Nerón fue retomado por los paganos que decían que acabaría con los cristianos a su vuelta. Lact. *De Mort. Pers.* 2.8-9. *Div. Inst.* VII.25.6. Sobre Cómodo, la molestia que podía generar era trasladada a sus ministros como Cleandro y Perenio que acabaron siendo sus chivos expiatorios.

como ocurrió con los Flavios y los Antoninos.<sup>17</sup> En todo caso, la actitud del grueso de los habitantes respondía a circunstancias concretas y no a un ansia de novedad. Empero, la plebe fue considerada un conjunto ocioso, voluble e ignorante en la perspectiva tradicional aristocrática desde la Grecia clásica hasta el Imperio romano.

## Pan y circo

“Ya hace mucho tiempo, desde que no vendemos los sufragios a nadie, que este pueblo dejó los cuidados. El que en otro tiempo daba el imperio, las varas, las legiones, todo, ahora contiene sus pretensiones y solamente pide ansiosamente dos cosas: pan y circo”.<sup>18</sup> La cita conocida de Juvenal inmortalizó en tres sencillas palabras las principales preocupaciones del grueso de la población romana según los escritores antiguos de época imperial. *Panem et circenses* sintetizaba el grado de servilismo sociopolítico de un pueblo que anteriormente había sido activo participante en el destino del Estado romano, pero que, a fines de la República y durante el Imperio, no tenía mayor peso en la toma de decisiones. Esta idea respecto a la plebe se repite a menudo. Así, cuando Frontón le expone a Lucio Vero los méritos de Trajano, destaca su suministro de grano y los espectáculos. Dice:

Del más alto sentido del conocimiento político parecen derivarse el que el príncipe no se desentendió ni siquiera de los histriones y demás actores de teatro, circo o anfiteatro, como que sabía que el pueblo romano se siente dominado fundamentalmente por dos cosas: la distribución del trigo y los espectáculos; que el mando no se somete a prueba menos en asuntos de diversión que en cuestiones serias; que los asuntos serios se descuidan con un daño mayor: las cuestiones de entretenimiento pasan con un grado mayor de aversión. Las distribuciones de grano se ansían menos fuertemente que los espectáculos: con dádivas de trigo se aplaca a una muchedumbre, uno por uno y llamados por su nombre; en cambio, con los espectáculos, se reconcilia al pueblo entero.<sup>19</sup>

Otro príncipe, conocido por su prudencia y sabiduría, también se preocupó por cuidar esos aspectos: Marco Aurelio. Se dice que, antes de partir a la frontera danubiana, “dio órdenes energéticas para que durante su ausencia los empresarios de espectáculos más acaudalados proporcionaran juegos públicos. Efectivamente, cuando alistó gladiadores para la guerra se corrió entre el pueblo el rumor de que pretendía obligarle a que se dedicara a la filosofía,

---

<sup>17</sup> Z. Yavetz, “The urban plebs in the days of the Flavians, Nerva and Trajan”, en Olivier Reverdin y Bernard Grange. eds, *Opposition et résistances a l’Empire d’Auguste a Trajan*, Ginebra, Fondation Hardt, 1987, p.158

<sup>18</sup> Juv. X.77-81

<sup>19</sup> Fronto. *Ep.* 216.17 (*annona et spectaculis* recuerda la fórmula de Juvenal) Cfr. Plin. *Pan.* I.33.1-3

dado que le privaba de los espectáculos”.<sup>20</sup> La emoción por los *ludi* incluso terminaba en tragedias como el derrumbe del anfiteatro de Fidenas que provocó veinte mil muertos en época de Tiberio debido a un sobrecupo, y la pelea entre los pobladores de Pompeya y Nuceria por unos juegos en tiempo de Nerón, que terminó en una batalla campal con varios muertos y propició el cierre del anfiteatro por diez años. Incluso había casos en que la plebe amenazaba a los principales de las ciudades para que dieran fuertes cantidades de dinero para los espectáculos gladiatorios. Todo esto no era sorprendente para Tácito, pues “el vulgo está ávido de diversiones”.<sup>21</sup> Según las fuentes, lo único que le importaba a la multitud eran los repartos de trigo y los espectáculos, mientras que su falta de preocupación por asuntos más importantes sólo despertaba indignación y desprecio. Para Amiano la plebe romana era una masa amorfa únicamente preocupada por las destrezas de los aurigas y los actores como si de ello dependiera la estabilidad de Roma. Los resultados de aurigas y gladiadores eran ampliamente comentados por las personas que se ufanaban de su saber al respecto y que apoyaban a uno u otro bando sin importarles el contexto del Imperio. Por ello decía que todo “lo malgastan en vino, dados, juegos, placeres y espectáculos. Para ellos, su templo, su hogar, su asamblea, y la esperanza de todos sus deseos es el Circo Máximo”.<sup>22</sup> Salvo detalles el cuadro es el mismo, no importa si se trata de una fuente de inicio del Imperio o del siglo IV, lo cual muestra la persistencia de estas imágenes a través del tiempo.

La cuestión frumentaria ocupa un lugar importante en los relatos sobre la plebe urbana, lo cual tampoco era reciente: Aristófanes decía que buena parte de las promesas electorales de los líderes democráticos en Atenas tenían que ver con el suministro de trigo a la población.<sup>23</sup> Atenas en la Grecia clásica y Roma a finales de la República desarrollaron los sistemas más ambiciosos de aprovisionamiento de trigo en la Antigüedad. En el Imperio romano, los garantes del abasto eran las autoridades urbanas y provinciales que tenían los recursos para asegurar esa tarea. Parte crucial de la gestión de los príncipes era la provisión

---

<sup>20</sup> *SHA*. Mar. Aur. 23.2-5. El propio emperador reconocía su desapego a los juegos y las carreras, por lo que los rumores se apoyaban en el conocimiento de sus preferencias. Mar. Aur. I.4

<sup>21</sup> Tac. *Ann.* XIV.14. Cfr. XIV.17. Igualmente, había homicidios en el teatro por la disputa entre el público por sus actores favoritos. Suet. *Tib.* 37. Para el derrumbe del anfiteatro de Fidenas: Suet. *Tib.* 40. Tac. *Ann.* IV.62-63. La presión de la plebe llegaba a extremos de amenazar a los deudos de los muertos: Suet. *Tib.* 37.1.

<sup>22</sup> *Amm. Marc.* 28.4.29. Una imagen parecida en 14.6.26. Tales características recuerdan ciertos pasajes de Marcial y Séneca sobre el ambiente exacerbado y jubiloso que inundaba Roma cuando había juegos y se daban los repartos de trigo. Éstos provocaban que todas las pláticas se concentraran en los participantes y que el bullicio urbano, considerable de por sí, aumentara. Mart. X.79-81. Sen. *Ep.* LVI.1-4

<sup>23</sup> Ar. *Eq.* 1100-1105

de grano a bajo costo para los habitantes de la Urbe. Esto explica el papel relevante dado en las fuentes a la preocupación de los emperadores por dotar de trigo a Roma en su calidad de *pater patriae* y patrono de la plebe. Según Veyne, ello fue un efecto lógico de procesos previos, pues debido a “la transformación de Roma en una ciudad imperial, la institución de Graco se cargará de un sentido nuevo: la plebe frumentaria será considerada expresamente como la cliente del príncipe”.<sup>24</sup> Es visible que en las biografías de Suetonio y la *Historia Augusta*, pero también en los libros históricos, hay apartados especiales a las medidas de los emperadores para suministrar trigo a la multitud; incluso el propio Augusto, en sus *Res Gestae*, destaca su donación al respecto como parte esencial de su política. Los príncipes usaron su situación favorecida para fortalecer su figura como protectores de la plebe y distanciarse de la actitud cerrada de la oligarquía senatorial.<sup>25</sup>

Debido al bajo poder adquisitivo de muchos en el Imperio romano, el interés de buena parte de la población estaba centrado en obtener los medios básicos de subsistencia diaria; así, el alimento ocupaba un lugar primordial en el gasto cotidiano. Además, los repartos de trigo en el mundo antiguo se dirigían exclusivamente a los ciudadanos inscritos en las listas, por lo que eran excluidos niños, mujeres, esclavos y peregrinos; esto es, la mayor parte de los habitantes de una ciudad. El ejemplo más claro es Roma que, a finales de la República, tenía inscritos 320000 beneficiarios del reparto, los cuales bajaron a 150000 con el ajuste hecho por Julio César y continuado por los emperadores.<sup>26</sup> Si se considera que Roma tenía entonces una población de un millón de habitantes, entre el 10 y el 15% de los pobladores tenían acceso al trigo estatal, lo cual no variaba mucho en otras ciudades del Imperio que debieron mantener un porcentaje similar. Al reparto de trigo hay que añadir la donación de aceite a Roma por Septimio Severo y la de carne de cerdo por Aureliano, lo que fue imitado por los curiales de varias ciudades.<sup>27</sup> Por su parte, éstos tomaban medidas ante la escasez y carestía de trigo al ser causas de motines; ello daba un carácter político a sus decisiones. Las donaciones se dirigían al cuerpo ciudadano, sin

---

<sup>24</sup> Paul Veyne, *Le pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*, París, Editions du Seuil, 1976, p.690 (L'univers historique) (la transformation de Rome en ville imperiale, l'institution gracchienne se chargera d'un sens nouveau: la plèbe frumentaire sera considérée expressément comme la cliente du prince.)

<sup>25</sup> *RGDA*. 18. Cfr. Ste. Croix, *op. cit.*, p. 419. Gage, *op. cit.* 123-125. Anderson, *op. cit.*, p.67-67. Grimal, *La civilización romana*. p.281-282

<sup>26</sup> Suet. *Caes.* 51.2. Plut. *Vit. Caes.* LV. En un discurso, Dion de Prusa señala que uno de sus protagonistas demuestra su pertenencia a la ciudad alegando que está inscrito en la lista del reparto de trigo. *Or.* VII.49. Cfr. Yavetz, “The urban plebs...en Reverdin y Grange, *op. cit.*, p.146

<sup>27</sup> *SHA*. Sev. 18.3. Aur. 35.1-2. Aur. Vict. *Caes.* 35.7. Rostovtzeff, *Historia...v.1*. p.305. Jones, *op. cit.*, p.215

importar la posición económica; no eran como los subsidios modernos, que se dirigen a grupos específicos y vulnerables, sino una prerrogativa de los ciudadanos, un signo visible de la pertenencia a la comunidad. En ocasiones, los repartos no se hacían en cantidades iguales, sino de acuerdo con la relevancia social del individuo: mientras más importante, se recibía una cantidad mayor.<sup>28</sup> La plebe urbana estaba lejos de ser apoyada en su totalidad con pan, pues muchos debían recurrir al mercado para comprar trigo; solamente un sector pequeño era el beneficiado, en comparación con amplios núcleos que no tenían tal apoyo.

Debido a la importancia del trigo en la vida de muchas personas, era normal que su falta, o el riesgo de ello, preocupara a las masas urbanas. Tal escenario no era imaginario o improbable: Peter Garnsey contó quince crisis alimentarias en el último siglo republicano y veintitrés en el periodo de Augusto a Severo Alejandro.<sup>29</sup> Cuando eso ocurría, la población reaccionaba violentamente: Tácito y Suetonio comentan que Claudio estuvo en peligro cuando la masa lo increpó y atacó al saber que las reservas de la ciudad tenían poco grano, y esto generaría una carestía. En el siglo IV, Amiano indicaba la dificultad de los prefectos de Roma cuando escaseaba el trigo, exponiéndolos a la ira popular, y Libanio destacaba el ambiente tenso generado por la población antioqueña cuando había problemas similares, lo que llegaba a crisis políticas que requerían la atención del gobernador y del emperador. Séneca decía que “un pueblo hambriento ni soporta razones, ni se colma con la equidad ni se doblega a súplicas”.<sup>30</sup> Los autores antiguos se concentraron en estos pasajes y en los que, a sus ojos, mostraban los efectos funestos de los repartos. Por ejemplo, Salustio refería que la población rural de Italia iba a Roma “atraída por las dádivas públicas y privadas, prefería la ociosidad de Roma al ingrato trabajo”.<sup>31</sup> Sin negar que fuera un imán para los que habían perdido sus tierras, ello no siempre sucedía. Sila eliminó la ley frumentaria que daba trigo gratuito a la plebe, lo cual duró siete años hasta su restitución con la ley Cornelia. Si la multitud dependía totalmente del trigo estatal para vivir y esperaba tranquilamente tal

---

<sup>28</sup> Ste Croix, *op. cit.*, p.232-234. Whittaker, “Il povero”, en Giardina, *op. cit.*, p.301

<sup>29</sup> Peter Garnsey, *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World. Responses to Risk and Crisis*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p.167-169

<sup>30</sup> Sen. *Brev. Vit.* XVIII.5. Cfr. Suet. *Claud.* 18. Tac. *Ann.* XII.43. Amm. Marc. 19.10.2. 27.3.8. Lib. *Or.* I.205-210. En la edad preindustrial eran comunes los estallidos ante el hambre o frente la amenaza de una posible escasez de trigo, pues el pan se llevaba la mitad o más de los recursos de buena parte de la población. Esto explica el interés de los habitantes por los precios bajos y el abasto del trigo, así como la explosión de enojo en Roma. George Rudé, “Los movimientos de masas en la Europa preindustrial”, en *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, trad. de Alejandro Pérez, Barcelona, Ariel, 1978, p.18 (Ariel Historia)

<sup>31</sup> Sall. *Cat.* XXXVII.7. Cfr. Garnsey, *Famine and...* p.209

donación, ¿de qué vivió durante ese tiempo? Empero, el abasto frumentario no cubría todas las necesidades de una persona. Para empezar, el reparto se hacía al ciudadano, no a su familia, a la cual debía alimentar si la tenía; además, la ración mensual de cinco *modii* no era suficiente para más de dos personas, por lo que debían comprar grano expuesto a los avatares del mercado.<sup>32</sup> El trigo resolvía la alimentación, pero no los gastos de vestido y vivienda del círculo familiar por mencionar las necesidades más elementales. Para ello, se debía trabajar y percibir una paga dentro del complejo contexto urbano en la Antigüedad. Quienes no tenían un empleo estable, se valían de las oportunidades eventuales de trabajo en las ciudades como la construcción de obras públicas o la recolección en los campos que demandaba mano de obra libre que completaba la servil.<sup>33</sup> El trabajo en obras públicas, como la construcción de caminos y graneros estuvo incluido en las reformas de Cayo Graco y fue parcialmente recuperado por la oposición senatorial tras la muerte de aquél para tratar de bajar la tensión social. Los emperadores se valieron de esto para darle empleo a la plebe como lo muestra la conocida anécdota de Vespasiano de no usar tecnología para remover los escombros y emplear gente para ello.<sup>34</sup> Aunque el trigo era visto por la masa como un derecho irrenunciable, no vivían, como se pudiera pensar a partir de las fuentes, esperando plácidamente su ración mensual sin realizar otras acciones.

Los espectáculos también jugaban un papel importante en la imagen de los grupos inferiores; hay testimonios de la afición en ciudades como Atenas, Éfeso, Tarso, Antioquia, Alejandría y Constantinopla. De las tres primeras, Filóstrato señala que cuando Apolonio de Tiana visitó esas ciudades, se topó con el clamor generalizado por los espectáculos y juegos que no iban en consonancia con los intereses filosóficos de ese *aner theios*. De Antioquia se conocía el apego de sus habitantes por toda clase de juegos que se prestaban a la crítica de gobernadores y emperadores. Herodiano los definía como “muy aficionados a

---

<sup>32</sup> Garnsey, *Famine and...*p.214. Para la medida de Sila y la ley Cornelia: Brunt, “La plebe romana”, en Finley, *Estudios de...*p.107. Homo, *op. cit.*, p.164-168

<sup>33</sup> Baldson, “Vida y ocio”, en *op. cit.*, p.356. Brunt, “La plebe romana”, en Finley, *Estudios de...* p.101-4 y “Free Labour and Public Works at Rome”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol.70, 1980, p.93-98

<sup>34</sup> Plut. *Vit. C. Gracch.* V. Suet. *Vesp.* 18. Sobre tal pasaje se ha dicho que no buscaba reactivar la economía, sino preservar el empleo existente: “las obras públicas eran utilizadas en función de la ocupación pero sólo en forma defensiva para mantener el trabajo de quienes ya estaban empleados”. (i lavori pubblici venivano utilizzati in funzione dell’occupazione ma solo in forma defensiva per mantenere in attività coloro che vi erano impiegati) Gabriella Bodei Gigliani, *Lavori pubblici e occupazione nell’antichità classica*, Bolonia, Pàtron Editore, 1974, p.183. (Il mondo antico. Studi di Storia e di Storiografia, 4) Pese a esto, la construcción de obras públicas tuvo un efecto positivo para algunos libres. Yavetz, “The urban plebs...en Reverdin y Grange, *op. cit.*, p.140

las fiestas” y que “celebran fiestas casi durante todo el año, tanto en la misma ciudad como en la comarca. Níger les ofrecía continuamente espectáculos, por los que sentían especial predilección, y les daba permiso para fiestas y jolgorios”.<sup>35</sup> De igual modo, Juliano destacaba el gusto por el teatro y las carreras en esa ciudad, lo que generó un choque con sus habitantes debido a sus tendencias intelectuales, filosóficas y religiosas que no tenían eco en su población. A tal grado llegaba la devoción antioquena por los espectáculos -y el enojo del emperador por las pugnas- que Libanio sugería cerrar el teatro y disminuir el número de carreras en el circo como señal de arrepentimiento, si bien admite que más de uno se quejaría de ello.<sup>36</sup> Algo parecido ocurría con Alejandría: Dion de Prusa reprobaba duramente su excesivo carácter festivo y su apego a la diversión y entretenimiento: lo único que les importaba era el pan, las carreras y el teatro. Además, sus habitantes tenían una conducta indigna y un interés irracional por la actuación de cantantes, cantantes y aurigas; llevados por el frenesí de las competencias, los espectadores solían enfrentarse en riñas y discusiones. Se consideraba relevante la actuación de citaristas y aurigas hasta extremos inaceptables; los calificativos empleados para evaluar su desempeño eran exagerados. Con ese proceder, parecían “una muchedumbre inmensa de individuos desgraciados y locos”. Lo mismo decía Libanio de Constantinopla, ciudad que resaltaba más por el gusto de sus habitantes hacia el teatro y el circo que por su actividad cultural.<sup>37</sup> La presencia y rápida expansión de los edificios diseñados para estas actividades habla del fervor con que los juegos y espectáculos fueron adoptados por la parte oriental del Imperio, así como de su importancia en la constitución física de los núcleos urbanos romanos.

No obstante, aunque las fuentes se concentran en la muchedumbre urbana, ésta no era la única en participar activamente en los juegos y espectáculos. También los grupos altos gozaban con las carreras, el teatro y los gladiadores, comentaban sus acciones y se interesaban en su práctica. Los escritores antiguos censuran tal proceder al relacionarlo estrechamente con una conducta indigna de un noble y propia de la masa. En su crítica al comportamiento indecoroso de los alejandrinos en los espacios públicos, Dion indicaba que los principales veían los espectáculos de buena gana, por ello aclaraba: “no penséis que

---

<sup>35</sup> Hdn. II.7.9-10. Para las tres primeras ciudades: Philostr. VA. I.15-16. IV.2. IV.22. Hdn. II.7.9-10.

<sup>36</sup> Jul. Or. XII.344a. Lib. Or. XVI.40-44.

<sup>37</sup> Dio Chrys. Or. XXXII.87. Lib. Or. I.51-52. Sobre la pervivencia de las carreras en la capital oriental, *vid* Procop. Arc. VII. Liebeschuetz, *Decline and...* p.203-222 Para la importancia de los juegos y las emociones generadas por ellos en las provincias occidentales, *vid*. Auguet, *op. cit.*, p.174-177

tales espectáculos no deben celebrarse en las ciudades. Porque deben celebrarse, y son necesarios a causa de la debilidad y ocio de la mayoría. Y, posiblemente, también entre los mejores hay quien necesita de diversiones y entretenimiento durante la vida”.<sup>38</sup> Juliano era más severo en la actitud de los nobles antioquenos que no se diferenciaba gran cosa de la masa: “de que esto os agrada dais muestras evidentes en muchos lugares y especialmente en vuestras plazas y teatros, según se desprende de los aplausos y gritería del pueblo, y los curiales son mucho más conocidos y renombrados entre todos por el dinero que gastan en estas fiestas”. Amiano reprochaba a la aristocracia romana su excesivo apego a los juegos en los que manifestaban actitudes plebeyas, tomando esto como un signo de oprobio. Con su claro tono moralizante refiere la preocupación de los algunos nobles por la llegada de aurigas y caballos famosos a la ciudad.<sup>39</sup> Aunque en la plebe era censurable tal conducta, se entendía debido a su bajo origen, y a que no se esperaba más de ella, pero era inaceptable en personas que debían mostrar un comportamiento acorde a su elevada posición social. Igualmente reprehensibles eran los emperadores que evidenciaban una gran atracción hacia los juegos y espectáculos, como Claudio, que no disimulaba su entusiasmo, y Lucio Vero, que era aficionado a la facción verde en las carreras y ofrecía asiduamente juegos en sus banquetes.<sup>40</sup> Los casos más famosos de esa afición fueron Nerón y Cómodo, pero todos los príncipes -buenos o malos según la historiografía prosenatorial- se ocuparon de procurar juegos a las ciudades, y de remozar o construir los edificios dedicados a esas actividades, intentando superar a sus predecesores en lujo. Así pues, las masas urbanas no eran las únicas devotas de los espectáculos públicos, sino que todos los grupos sociales compartían ese gusto. La expresión de las emociones en circos, anfiteatros y teatros, era considerada propia de la multitud: aunque alguien de los órdenes superiores cayera en esos excesos, éstos seguían siendo privativos de la plebe.

Durante mucho tiempo se insistió en la faceta política de los espectáculos romanos que eran utilizados por las autoridades como un medio de distracción de las masas: a veces las propias fuentes refieren la intencionalidad política de estas acciones en príncipes como Domiciano, Didio Juliano y Galieno en etapas críticas de sus gobiernos. Sin negar esto, el

---

<sup>38</sup> Dio Chrys. *Or.* XXXII.45-46. Tal fascinación nobiliaria es apuntada por Plinio en Roma. *Ep.* IX.6

<sup>39</sup> Jul. *Or.* XII.342c. *Amm. Marc.* 28.4.11. Cfr. Procop. *Arc.* XXVI.8-10

<sup>40</sup> Suet. *Claud.* 21. *SHA.* Vero. 4.6-9. Hubo príncipes como Tiberio que trataron de limitar los gastos, y otros, como Marco Aurelio y Juliano, que mostraban poca disposición a participar en ellos y ocupaban ese tiempo a labores de gobierno o cuestiones intelectuales. Suet. *Tib.* 34.1. *SHA.* Mar. Aur. 15.1. Jul. *Or.* XII.351b-d.

fenómeno tiene otros alcances.<sup>41</sup> Los edificios que albergaban esas actividades eran parte del espacio urbano: toda ciudad debía tener construcciones que la hicieran destacar de los demás núcleos en un espíritu competitivo. Quienes aportaban dinero para su construcción o para la organización de los espectáculos eran alabados por ello, y lograban estima social en sus comunidades.<sup>42</sup> Esas edificaciones estaban divididas de acuerdo a la jerarquía social: era un recordatorio de las divisiones en el Imperio romano. Para el Estado significaban poder y liderazgo: en las cacerías de fieras se veían animales exóticos que demostraban la extensión y alcance de Roma, además del dominio humano sobre la naturaleza indómita. Por esto, los *ludi* eran expresiones rituales que asentaban el orden imperante y rebasaban su cariz lúdico.<sup>43</sup> La violencia era una demostración práctica del poder imperial para acabar con enemigos internos –ladrones, delincuentes y bandoleros- y externos –bárbaros-, enfatizando su papel civilizatorio. El público también tenía varias razones para asistir a esos eventos: el gusto por las habilidades de gladiadores, actores y cantantes, la distracción de las labores diarias, el castigo de malhechores, la vista de animales poco comunes, y un espacio de sociabilidad con otras personas. En esos ámbitos la pertenencia a la romanidad era visible para los asistentes y servía como elemento cohesivo de los territorios romanos. Además, su valor simbólico y de prerrogativa de la plebe era importante. Auguet afirma que “el espectáculo es tanto más sagrado para la plebe cuanto que representa un lujo, el único que posee [...] todo aquello que un romano pobre consideraba como un bien propio y, en el sentido estricto de la palabra, como su privilegio”.<sup>44</sup>

Los juegos servían como punto de encuentro entre el emperador y los espectadores; éstos no eran sólo un público pasivo que disfrutaba los *ludi*, sino que intervenía en su desarrollo. En este diálogo se esperaba que el príncipe fuera generoso y atendiera el

---

<sup>41</sup> Suet. *Domic.* 12.1. *SHA.* Did. Jul. 7.6. Aur. Vict. *Caes.* 32.15

<sup>42</sup> Kathrin Lomas, “Public building, urban renewal and euergetism in early Imperial Rome”, y Jill Harries, “Pagans, Christians and public entertainment in late Antique Italy”, en Kathrin Lomas y Tim Cornell, eds., “*Bread and circuses*”. *Euergetism and municipal patronage in Roman Italy*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003, p.34-42, 131-132

<sup>43</sup> Donald G. Kyle, *Spectacles of Death in ancient Rome*, Londres, Routledge, 2001, p.2-9. Grimal, *La civilización romana*. p.254-257. Auguet, *op. cit.*, p.11-14. En los fenómenos de masas están envueltos factores sociales y culturales. La experiencia colectiva se plasma en códigos y lenguajes simbólicos que van más allá de sus momentos concretos. Gary Armstrong y Richard Giulianotti, “Introduction: Reclaiming the Game. An Introduction to the Anthropology of Football”, en *Entering the Field. New Perspectives on World Football*, Oxford y Nueva York, Berg, 1997, p.5-12.

<sup>44</sup> Auguet, *op. cit.*, p.159-160. Ovidio recomendaba el circo como encuentro de los amantes y algunas de las conversaciones entre Plinio y Tácito se realizaron precisamente en el circo. Ov. *Ars.* I.90-170 Plin. *Ep.* IX.23

reclamo popular, que recibiera aplausos por las medidas a favor de la población o reclamos por su falta. Josefo decía que los romanos “se reúnen animosamente en el circo y, en masa, piden a los emperadores las cosas que necesitan; y ellos, juzgando las súplicas como incontestables, siempre se muestran complacientes”.<sup>45</sup> Augusto se mostró muy dispuesto hacia los espectáculos, pues a Julio César se le reprochaba que, estando en el circo, no atendiera los juegos y se ocupara de los negocios públicos durante su ejecución; la misma crítica fue dirigida a Marco Aurelio. En contraste, Claudio era apreciado debido a que mostraba el mismo interés en los juegos que el público. Por ello Suetonio y la *Historia Augusta* dedican partes importantes de sus obras a los juegos pagados por los emperadores como parte integral de su política.<sup>46</sup> Por otra parte, al igual que con el reparto de trigo, los juegos no llegaban necesariamente a todos; el aforo de los inmuebles sólo podía albergar un número limitado de asistentes que incluían las filas reservadas para caballeros y senadores, por lo que no todos podían entrar al mismo tiempo y una buena parte de la población urbana quedaba excluida de la obtención de entradas. Aunado a esto, en los días de juegos no todos asistían por diversión, ya que se prestaban para el comercio y otras actividades económicas; durante los espectáculos se ofrecían bienes y servicios al público, como pasa hoy en los recintos donde hay eventos.<sup>47</sup> Si el calendario contemplaba varios días de juegos -tan sólo en Roma había 182-, entonces había numerosas ocasiones para aglomeraciones de personas que eran un mercado potencial para vender varios artículos. Si bien varios asistían a los espectáculos, otros debían trabajar en esos días para subsistir. Sin embargo, ello es ignorado por las fuentes que insisten en una sola cara de la moneda al atribuir a la masa urbana un gusto excesivo por los espectáculos y no notar otros factores al respecto.

<sup>45</sup> Joseph. *Ant. Jud.* XIX. 24. (σινιάσιν τε προθύμως εἰς τὸν ἵππόδρομον καὶ ἐφ’ οἷς χρήζοιεν δέονται τῶν αυτοκρατόρων κατὰ πλῆθος συνελθόντες, οἱ δὲ αναντιλέκτους τὰς δεήσεις κρίνοντες οὐδαμῶς ἀχαριστοῦσιν.)

<sup>46</sup> Suet. *Aug.* 45. *Claud.* 21. *SHA.* Mar. Aur. 15.1. Augusto dedicó parte de sus *Res Gestae* a la descripción de los juegos que patrocinó. *RGDA.* 22-23. También los espectáculos servían para expresar el rechazo a algunas figuras como Cleandro, el liberto imperial de Cómodo, y al detestado Didio Juliano. Hdn. I.12.3. II.7.3. *SHA.* Did. Jul. 4.6-8. El apoyo a los aurigas y gladiadores que no eran los favoritos del príncipe era interpretado como una ofensa para aquél. Suet. *Cal.* 25. *Domic.* 10.2. Para la intervención del público con el emperador y sus implicaciones políticas y sociales, *vid.* Auguet, *op. cit.*, p.160-161. Kyle, *op. cit.*, p.4. Garnsey, *Famine and Food...* p.242. Veyne, *Le pain...* p.705-706. Friedlaender, *op. cit.*, p.500-502. Millar, *op. cit.*, 370-372

<sup>47</sup> El Coliseo romano tenía una capacidad de 50000 espectadores y el Circo Máximo de 250000. Whittaker, “Il povero”, en Giardina, *op. cit.*, p.301-302. Carcopino, *op. cit.*, p.242-243. Etienne, *op. cit.*, p.374-375. Friedlaender, *op. cit.*, p.520. En algunas menciones, Dion de Prusa decía que los festivales y juegos eran aprovechados por los comerciantes para realizar sus actividades. Dio Chrys. *Or.* VIII.9-10. Para el trabajo durante los *ludi*, Van Nijf, *op. cit.*, p.5. Grimal, *La vida...* p.131

## La arena política: el gobierno personal

Otro aspecto a considerar en cuanto a los grupos inferiores de la sociedad antigua es su participación política. Durante el Imperio era claro que el poder personal se había basado sobre bases firmes que le permitieron subsistir por mucho tiempo. El régimen imperial supo leer los errores cometidos por la oligarquía senatorial en la crisis republicana y sacar las consecuencias prácticas de ello. La atracción de buena parte de la nobleza y las ligas con las élites provinciales forjaron un marco sólido para la estabilidad social. Sin lugar a dudas, la instauración del poder personal trajo consigo varias ventajas para los sectores vejados durante la República. Entre los principales beneficiarios estuvieron los provinciales, cuyas condiciones tuvieron una sensible mejoría al limitarse los abusos y exacciones por parte de los gobernadores y comerciantes romanos que los esquilaban sin reparo alguno. Ello explica que los provinciales apoyaran el sistema imperial cuando a alguien se le ocurría abogar por la vuelta a la libertad republicana. La propia población romana se expresaba a favor de la figura imperial, porque con ella terminaron las guerras civiles y hubo un clima de paz que permitió un florecimiento comercial y cultural. Esta estabilidad social se reflejó, por ejemplo, en que no se hizo caso a las voces que defendían el regreso a la República cuando Calígula fue asesinado, pues se relacionaba la época republicana con matanzas, guerras y saqueos.<sup>48</sup> El gobierno imperial dio un medio adecuado para el restablecimiento económico y político en los vastos territorios cuya correcta administración e integración habían rebasado la capacidad y voluntad de la aristocracia romana. Pese a toda su carga ideológica, Tácito es certero cuando relaciona ese fenómeno con la figura de Augusto: “había conectado entre sí las legiones, las provincias, las flotas y todo lo demás; reinaba el derecho entre los ciudadanos y la moderación entre los aliados; la misma Ciudad había sido embellecida con suntuosidad; habían sido realmente pocos los asuntos resueltos por medio de la fuerza, a fin de que el resto disfrutase de paz”.<sup>49</sup>

A pesar de que el poder personal era una realidad innegable, éste no solamente debía basarse en aspectos prácticos, sino justificarse. Una manera fue el enaltecimiento de la figura imperial y la ponderación de sus bondades; esta labor no era nueva, pues pueden

---

<sup>48</sup> Tac. *Ann.* I.3. Joseph. *Ant. Jud.* IV.3. Cfr. Ste Croix, *op. cit.*, p.436

<sup>49</sup> Tac. *Ann.* I.9. Para la fortaleza del sistema imperial: Hopkins, “La Romanización...en Alvar y Blázquez, *op. cit.*, p.22-34. Anderson, *op. cit.*, p.63-70.

encontrarse argumentos a favor de la dominación personal desde la Grecia clásica. Así, Herodoto señala que, ante la supuesta tentativa de cambiar el gobierno persa tras la muerte de Cambises, Darío comentó las ventajas de la monarquía. Todo estaría bien dispuesto gracias a que el mejor se encargaría de contener los impulsos de la multitud y la ambición desmedida de los nobles. Además, cualquier desviación de la democracia y la aristocracia reclamaban la intervención de un hombre, así que se terminaba por elegir a un rey en la mayoría de los casos.<sup>50</sup> Ulteriormente las monarquías helenísticas sustentaron teóricamente su poder. El modelo monárquico se basó en las figuras de Aquiles y Alejandro, cuyas cualidades debía mostrar el monarca; éste debía ser valeroso, prudente, justo, piadoso, benefactor, filántropo y respetuoso de la ley aunque fuera su fuente. Estas virtudes lo legitimaban en su función y lo elevaban por encima de la condición despótica de los reyes orientales caracterizados por sus actos arbitrarios.<sup>51</sup> La figura monárquica se basó también en el análisis de Aristóteles sobre las bondades de la monarquía según sus defensores; éstos aseguraban que era justo que el individuo más capacitado gobernara sobre los demás, “pues si un varón es mejor que los demás ciudadanos, por virtuosos que éstos sean, tendrá aquél que ser el titular del gobierno por el mismo derecho”.<sup>52</sup> De tal forma, los soberanos se distanciaban del ejercicio bruto del poder al ponderar su conducta sabia y prudente para establecerse como la opción más firme de gobierno frente a los intentos de establecer formas democráticas.

En Roma se rescató esta tradición y se le añadieron algunos elementos provenientes de su historia para elevar el sistema imperial -y, sobre todo, a quien lo encarnaba- como la estructura de gobierno más eficiente y deseable. Uno de los rasgos destacables es el apego del sistema monárquico al orden natural. Según Cicerón, los propulsores de la realeza decían que el dominio de uno solo se reflejaba en múltiples aspectos de la vida: tal como los terratenientes encomendaban sus tierras a un encargado y mandaban en sus casas sin consultar a nadie más, era lógico que con el Estado ocurriera algo similar. Así, en boca de Escipión Emiliano, Cicerón comparaba al Estado con una nave o un enfermo “es mejor confiar la nave a un solo piloto, el enfermo a un solo médico –si es que son dignos de estas

---

<sup>50</sup> Hdt. III.82

<sup>51</sup> Una exposición más pormenorizada de estos temas en Françoise Ruzé y Marie-Claire Amouretti, *El mundo griego antiguo*, 2ª. ed., Madrid, Akal, 1992, p.234-236. (Iniciación a la Historia, 1)

<sup>52</sup> Arist. *Pol.* 1283b. Tiempo después Cicerón menciona algunas ventajas de la monarquía en *Cic. Rep.* I.39.61

artes- que a muchos”.<sup>53</sup> Séneca afirmaba que el poder imperial era similar al del padre con los hijos -de ahí que debe mostrar un trato paternal con sus súbditos-, al del maestro con sus alumnos y al del general con sus soldados. Por ende, los gobernados son partes del cuerpo del Estado cuya cabeza que lo dirige y sustenta es evidentemente el emperador. La fusión entre Estado y príncipe llega a tal grado que fácilmente se confunden y no hay barreras claras entre uno y otro. Por ello, asevera que “hace tanto tiempo que César se ha revestido del Estado que no podrían separarse uno del otro sin perjuicio de ambos, pues aquél necesita fuerzas y éste cabeza”.<sup>54</sup> Añade que la naturaleza inventó al rey, como ocurre con las abejas, que están dirigidas por una, la cual posee un lugar privilegiado y está exenta de cargas para controlar todo; cuando muere, todo cae en desorden. El objetivo del filósofo, según Paul Veyne, es preparar a la sociedad romana para que tome el poder personal sin escosor. La lección es que “Roma debe aceptar ese régimen monárquico que es una realidad desde casi un siglo; en efecto, es la naturaleza la que ha inventado al rey”.<sup>55</sup>

Del mismo modo, Dion de Prusa afirmaba que la monarquía era el mejor gobierno por ser el más apegado a la naturaleza, pues hay un solo timonel y una sola cabeza que era el *agathos basileus*. Comparaba la tarea del emperador atento a sus gobernados con la labor del pastor y el boyero con sus animales: en tales casos se necesitaba la guía de un ser que la naturaleza había dispuesto. También decía que la realeza como forma óptima de gobierno estaba figurada en el reino animal, como en rebaños y enjambres, “indicando la naturaleza que el gobierno y la prudencia del mejor sobre los demás es el más acorde con la propia naturaleza”. A la par, Elio Arístides destacaba las bondades del Principado como el régimen que acabó con las guerras endémicas y brindó una paz estable cuyos resultados eran estabilidad social, esplendor curial, fundación de nuevas ciudades, fortalecimiento de las existentes, y un auge económico y comercial sin precedentes. El artífice de todo esto era

---

<sup>53</sup> Cic. *Rep.* I.40.62. Igualmente, Aristóteles había señalado la correspondencia entre orden natural y humano cuando indicaba que un hombre sobresaliente no podía plegarse a la voluntad de los demás por ir en contra de los dictados de la naturaleza. Ello equivaldría a intentar someter a Zeus y dividirse sus poderes: “No queda entonces sino lo que parece imponer la naturaleza, o sea que todos obedezcan de buen grado a un hombre de esta condición y que los de su especie sean en las ciudades como reyes perpetuos”. Arist. *Pol.* 1284b

<sup>54</sup> Sen. *Clem.* 1.4.2. El estoicismo no tenía ninguna preferencia específica por un tipo de gobierno, por lo cual el sistema monárquico no era objeto de censuras. El ideal del buen rey permeó todas las escuelas filosóficas que se apresuraron a especular sobre sus características en un periodo en que la realeza era una realidad viva que no dejaba alternativas. El estoicismo contribuyó a enriquecer esta cuestión al proporcionar argumentos para sustentar la monarquía. Paul Veyne, *Séneca y el estoicismo*, trad. de Mónica Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p.168-169 (Sección de obras de Filosofía)

<sup>55</sup> Veyne, *Séneca y el estoicismo*, p.34

el emperador que tenía el papel de un maestro frente a los alumnos y su dirección era eficaz “puesto que la justicia lo guía como la brisa al navío”.<sup>56</sup> Esta valoración fue seguida por otros autores en siglos posteriores. Para Eusebio de Cesarea, que el poder imperial estuviera en manos de uno solo reflejaba el orden natural que rechazaba el dominio de muchos. Nuevamente compara la situación del Imperio con el cuerpo humano: en ambos casos sólo es admisible una cabeza que ejerza la autoridad; de igual forma, recurría a la imagen de la nave del Estado que exige un solo timón. Temistio recuperaba esa comparación para señalar lo inmejorable y natural del dominio personal. El emperador cumplía un papel similar al del pastor que protegía a su rebaño que dependía enteramente de él. Lo mismo que los animales agradecen y quieren a su amo vigilante, los hombres admiten que no pueden vivir sin el príncipe.<sup>57</sup> Por su parte, Coripo decía que el cuerpo humano era regido por la cabeza -donde residía la sabiduría- que organizaba y cuidaba a las demás partes. Lo mismo ocurría con el Estado, pues “el imperio romano está dispuesto a la perfección en un solo cuerpo, del que está permitido decir que se compone de muchos miembros. Nosotros somos, por consiguiente, la cabeza de este cuerpo consolidado”.<sup>58</sup>

Al usar viejas nociones y lugares comunes, se mostraba al régimen personal como el más conveniente y congruente con el orden que la naturaleza había fijado para el hombre; por ello, los habitantes del Imperio debían obedecer al príncipe que sabiamente velaba por su integridad si querían mantener su bienestar, pues tomaba todas las cargas del gobierno y libraba de esos deberes a los demás. Las fuentes indican que lo deseable y mejor para todos es que los grupos inferiores incapaces de gobernarse, debían agradecer esto. Para Séneca, el soberano llevaba una vida de esfuerzo para que sus gobernados desempeñaran las tareas que deseen y llevaran una existencia apacible. Plinio el Joven afirmaba que lo trascendental era dirigido por “un hombre solo, que toma sobre sí todos los cuidados y trabajos de que descarga a los demás”.<sup>59</sup> Elio Aristides calificaba el papel del príncipe como “supervisor y

---

<sup>56</sup> Dio Chrys. *Or.* I.17-20. III.50. Aristid. *Or.* XXVI.39. Plutarco calificó a la monarquía como el más perfecto sistema de gobierno: “capaz de sostener aquel tono verdaderamente perfecto y elevado de la virtud y de no adaptarse en nombre del bien común ni a la coacción ni a la concesión de favores”. *Mor.* 827B. Cfr. 790a.

<sup>57</sup> Euseb. *Hist. Eccles.* X.9.6-8. *Vit. Const.* II.19.1-2. Temis. *Or.* I.3c.

<sup>58</sup> Corip. *Pan.* II.195-198. Tal vez la única voz discordante sobre la superioridad de la monarquía es Zósimo. Éste afirmaba que las deficiencias del sistema se debían a que las responsabilidades del gobierno rebasaban la capacidad de un solo hombre. En esto influyó su tentativa de probar que el descuido del culto tradicional había ocasionado la decadencia del Imperio, pues atacaba la visión de que el Imperio y el cristianismo eran coincidentes como aducían los cristianos. *Zos.* I.5.2-4

<sup>59</sup> Sen. *Clem.* I.8.1-4. Plin. *Ep.* III.21

prítano de todos los asuntos, de cuyas manos le es posible al pueblo alcanzar lo que desea y a los aristócratas mandar y tener poder”. Filóstrato creía que la población corría un enorme peligro si no hubiera emperador. En boca de Apolonio decía: “no creo que la grey de los hombres merezca perecer por la falta de un pastor justo y prudente”.<sup>60</sup>

En ese ambiente político y social, la figura imperial eclipsaba a todos los demás en virtud de que su poder y atributos le brindaban un prestigio que roza con lo que Max Weber denomina carisma: un modo en que los gobernantes asientan su poder frente a los demás es lucir “como portadores de dones específicos del cuerpo y el espíritu estimados como sobrenaturales (en el sentido de no ser accesibles a todos)”.<sup>61</sup> Aunque el poder imperial se basaba en el apoyo del ejército, el aparato burocrático y el reconocimiento legal, también se fundaba en la persuasión y la creencia en sus ventajas. El emperador era un gobernante carismático -en el sentido weberiano- porque su poder dependía en parte de la convicción de sus gobernados de que poseía talentos que nadie más tenía. Los príncipes gustaban de atribuirse cualidades como la liberalidad, la clemencia, la virtud, la justicia y la piedad dependiendo el contexto político de cada época, y promovidas por muchos medios que acentuaban el papel indispensable del emperador. Los teóricos y panegiristas de la realeza subrayaban las virtudes necesarias del príncipe para el ejercicio del poder, por lo menos como tipo ideal.<sup>62</sup> Tal hecho cobra mayor relevancia si se considera que el emperador estaba en el sitio más elevado, inclusive por encima de las leyes; el poder imperial adquiría proporciones absolutas pues no tenía que rendir cuentas de sus actos a nadie, y carecía de contrapesos claros. Eso se nota si se toman en cuenta expresiones de varios autores: Séneca hacía decir a Nerón: “me vigilo a mi mismo como si tuviera que rendir cuentas a las leyes”; Dion preguntaba “¿quién da una justicia más exquisita que aquel que está por encima de las

---

<sup>60</sup> Aristid. *Or.* XXIV.90-91. Philostr. *VA.* V.35. Autores como Dion, Plutarco y Temistio también destacaban que el emperador era un *philoponos*.

<sup>61</sup> Max Weber, *Economía y sociedad. Teoría de la organización social*. trad. de José Medina Echavarría, México, Fondo de Cultura Económica 1997, p.848 (Sección de obras de Sociología)

<sup>62</sup> Andrew Wallace-Hadrill provee un amplio catálogo de cualidades que los príncipes usaban en las monedas y los calificativos que las fuentes escritas les daban. “The Emperor and his virtues”, en *Historia*, Wiesbaden, 1981, núm. 30, p.304-317. “Civilis Princeps: between citizen and king”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, 1982, vol.72, p.41-44. p.31-48. Aunado a ello, está el acento en la educación como indispensable para el gobernante, lo cual era empleado como un ideal abstracto o personificado en algunos emperadores. La educación regia era un valor esencial que incluía la lectura de filósofos y oradores para aprovechar sus ideas sobre el gobierno, y convencer a los súbditos y soldados. Ello debía ir de la mano con aspectos prácticos como el dominio de las armas y el cuidado de la administración, con lo cual se unía la tradición griega con la romana. Dio Chrys. *Or.* II.5-26. Ps Aristid. *Or.* XXXV.20. *Pan. Lat.* IV.8. *Jul. Or.* I.9a-15d. *Amm. Marc.* 25.4.5. 27.6.9. *Lib. Or.* XII.92-95. *Aur. Vict. Caes.* 7.8

leyes? ¿Y quién de una prudencia más firme que aquel a quien está permitido todo?”<sup>63</sup> Para Libanio el emperador vigilaba el respeto a las leyes y enderezaba lo malo, pero Juliano no rendía cuentas de sus actos ante instancias humanas; en todo caso lo hacía sólo ante los dioses. Temistio indicaba que la ley era un juez inflexible que no vislumbraba atenuantes ni contextos, por lo que era implacable. En contraste “el príncipe humanitario disculpa a la ley escrita por su incapacidad para la exactitud y le añade personalmente todo lo que a ella se le escapa, consciente, según creo, de que él mismo es ley y está por encima de las leyes”.<sup>64</sup> Pese a esto, su atinado criterio y sentido del deber evitaban que tomara medidas arbitrarias hacia los demás, separándose así de los déspotas orientales.

Íntimamente ligado a esto se encuentra la relación de los gobernantes con el ámbito divino. El culto imperial enfatizó el carácter sacro del príncipe, para lo cual aprovechó el culto a los reyes que existía en varias regiones y ciertas nociones acerca del ascenso de los hombres sobresalientes a la esfera divina. Por otro lado, algunos emperadores presumieron una cercanía con ciertas deidades. Finalmente, estaba la deificación del emperador, posible en un mundo en que lo humano y lo divino estaban unidos; “era una hipérbole ideológica, pero no un absurdo: se trataba de un salto de grado, no hacia el infinito”.<sup>65</sup> Como en otros fenómenos, esta asimilación de los gobernantes con la divinidad en el Imperio recogía una larga tradición. Desde Homero, es palpable el poder regio como la proyección en la tierra de la preeminencia divina; así Agamenón recibía el mismo calificativo de Zeus, lo cual respondía a los papeles similares en sus respectivos ambientes en la etapa aquea. El poeta afirmaba que “no es lo bueno que rijan muchos; que haya uno solo que rija, un rey a quien el niño del artero Cronos ha dado el cetro y las justas leyes que reinan entre ellos”.<sup>66</sup> Aristóteles señalaba cómo la figura real reflejaba la condición de Zeus en el cielo y, si se

---

<sup>63</sup> Sen. *Clem.* I.1.4. Dio Chrys. *Or.* III.10.

<sup>64</sup> Lib. *Or.* XII.20-25. Temist. *Or.* I.15b. Otros autores insisten en la primacía del príncipe sobre la ley y que ésta estaba supeditada a aquel. Ello posibilitaba que pudiera obtener ventajas que la ley u otras instituciones eran incapaces de hacer como la Asamblea en la Atenas democrática. Aristid. *Or.* XXIV.37

<sup>65</sup> Veyne, *La vita privata...* p.204. (di un'ipérbole ideologica, ma non di un'assudità: si trattava di un salto a un gradino, non di una rincorsa verso l'infinito) Algunos ejemplos de la cercanía con los dioses son Mario, Sila y Julio César que presumían ser los favoritos de ciertas divinidades o, en el caso del último, tener origen divino. Algo similar había ocurrido con algunos tiranos griegos y reyes helenísticos. Ferguson, *op. cit.*, p.75-77. Cornell, *op. cit.*, p.178-182. De cualquier modo, el valor de este culto rebasó a la figura imperial, pues fue decisivo para unir el poder romano con los dioses, al ser éstos quienes habían permitido el dominio de Roma. Además, fue un factor crucial de cohesión ideológica, ya que era uno de los símbolos que todos los habitantes podían reconocer que plasmaba la pertenencia a Roma. Keith Hopkins, *Conquistadores y esclavos*, trad. de Marco Aurelio Galmorini, Barcelona, Península, 1981, p.262-264, (Historia, Ciencia, Sociedad, 169)

<sup>66</sup> Hom. *Il.* II.204-206.

añaden las virtudes que debía poseer el rey, sería injusto que ese hombre se plegara a la voluntad de los demás; al contrario, debía verse como un dios entre los hombres. Cicerón, en boca de Escipión, también ponderaba este rasgo cuando afirma que no era casual que la mitología considerara que solamente uno gobernaba a los demás dioses y ello igualmente aplicaba en campo terrestre. Así era significativo que muchos pueblos tuvieran la noción de “que nada es mejor que un rey, ya que consideran que todos los dioses son regidos por el poder de uno de ellos”.<sup>67</sup>

Durante el Imperio, estas reflexiones encontraron un campo fértil para fortalecer al aparato monárquico y la idea del *bonus princeps*. Era esencial para el sistema presentarse teóricamente como la mejor opción de gobierno y resaltar sus ventajas. Como en el mundo antiguo política y religión no estaban separadas, sino se validaban una a la otra, fue normal que el emperador se vinculara con la esfera divina. Más aun, se buscó que el poder personal estuviera ligado al poder divino no sólo a título personal, aunque hubo emperadores que lo hicieron. De esta manera, se subrayó que el sistema imperial reflejaba las condiciones del cielo en la tierra. Séneca aseguraba que, si bien todos podían reflejar las virtudes propias de los dioses, el príncipe estaba en el mejor lugar para ello, pues cumplía el mismo papel que los dioses en la tierra, lo cual le daba amplios poderes y deberes. Por ello, hacía que Nerón inquiriera: “Yo, entre todos los mortales, ¿he recibido la aprobación y he sido elegido para desempeñar en la tierra el papel de los dioses?”.<sup>68</sup> En la medida en que mostraba las facultades divinas en su ejercicio, como el poder absoluto y la clemencia, el príncipe irradiaba las cualidades de los dioses de un modo que nadie más podía hacerlo; si actuaba en consecuencia, demostraba que participaba de la filiación divina. Por esto, exclama: “¿no ocupa un lugar próximo a ellos el que se comporta de acuerdo con la naturaleza de los dioses en bondad, generosidad y poder encaminado al bien? Es su papel entregarse a ello, el tenerlo por objetivo: su consideración como Máximo debe ir pareja a su consideración como Óptimo”.<sup>69</sup>

---

<sup>67</sup> Arist. *Pol.* 1283b. Cic. *Rep.* I.36.56. Sobre la necesidad de un poder personal fuerte: *Rep.* V.6.8

<sup>68</sup> Sen. *Clem.* I.1.2. Miriam Griffin aclara que Séneca intenta explicar que el emperador es indispensable para Roma desde que el sistema surgió. Nerón es visto como representante de los dioses en la tierra para indicar, no para justificar, su poder y responsabilidad. *Seneca. A philosopher in politics*, Oxford, Oxford University Press, 1979, p.207. A pesar de esto, rápidamente se prestó a la consecuencia lógica de considerar al príncipe como un personaje con una relación especial con las divinidades. Esto fue compartido tanto por intelectuales como por el grueso de la población. Hopkins, *Conquistadores...*p.252

<sup>69</sup> Sen. *Clem.* I.19.9. Cfr. Ste Croix., *op. cit.*, p.463-464

Estos calificativos no eran casuales, ya que remitían directamente a los atributos de la deidad tutelar de los romanos: Júpiter Óptimo Máximo. La relación con este dios es más visible con el príncipe que se ganó tales epítetos por sus cualidades que dejaron una huella imborrable: Trajano. Para Plinio, la actuación de aquél fue inmejorable, pues le dio el lugar debido al senado y propició un auge económico y social. En el plano externo, recuperó los laureles victoriosos de las legiones romanas al conquistar varios territorios. En ambos campos, Trajano cumplió un papel civilizador al retomar el orden perdido en los últimos años de Domiciano, y al realizar una tarea similar al que el mito le adjudicaba a Júpiter. Plinio escribía: “Y por ello el padre de dioses y hombres es adorado primero con el título de óptimo, y después con el de máximo. Por el hecho de que tu mérito es más célebre consta que no eres menos óptimo que máximo”.<sup>70</sup> En el mito, Júpiter protege el orden al vencer a seres brutales y violentos que personifican el desorden y la destrucción, como los Titanes; defiende y encarna la estabilidad adquirida frente a las fuerzas del caos que desean volver a un estado primitivo, lo cual era inaceptable, pues el orden se había instaurado gracias al Crónida. De acuerdo con Vernant, Júpiter “llega a ser algo más que un simple monarca: se convierte en la Soberanía misma”.<sup>71</sup> Al imponer el orden y la concordia, Trajano era el agente de Júpiter en la tierra a favor de sus gobernados y realizaba la misma función de éste en el cielo. Tal lógica no tenía un contenido meramente laudatorio o formal, sino que tenía una intención política e ideológica: gobierno, divinidad y orden quedaban entrelazados.

Estas reflexiones se fortalecieron con declaraciones contundentes en el sentido de que los dioses imponen la realeza como la forma óptima de gobierno. Para Dion, Dios ordenó que lo superior gobierne y cuide lo inferior, de la misma forma en que una persona prudente debe privar sobre el falto de juicio. Cuando los reyes gobiernan de forma sabia y prudente, reflejan las cualidades divinas en sus personas y pueden ser vistos como vástagos de Zeus. En la misma línea, Plutarco señala que, cuando el gobernante muestra las virtudes divinas, se vuelve “imagen del dios que todo lo regula. Imagen que no necesita de un Fidias, un Policleto o un Mirón que la modele, sino que el propio soberano, acercándose a la imagen de la divinidad, crea la estatua más dulce de contemplar y la más digna de un

---

<sup>70</sup> Plin. *Pan.* I.88.8. (Ideoque ille parens hominum deorumque optimi prius nomine, deinde maximi colitur. Quo praeclarior laus tua, quem non minus constat optimum esse quam maximum) Cuando el senado aclamaba a un nuevo emperador, se deseaba que fuera más feliz que Augusto y mejor que Trajano. Eutr. VIII.5.3

<sup>71</sup> Jean-Pierre Vernant, *Entre mito y política*, trad. de Hugo Francisco Bauzá, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p.138. (Sección de Obras de Historia)

dios. Del mismo modo en que la divinidad situó al sol y la luna en el cielo como hermosa imagen de sí misma, así el gobernante es en las ciudades resplandor y representación que, semejante a los dioses, mantiene la justicia”.<sup>72</sup> Si bien Plutarco habla del gobernante en abstracto, es claro que la realidad política de su tiempo sólo permitía la aplicación de ese ideal a uno solo: el emperador. En él se reunían las esperanzas y anhelos de un mundo justo y organizado en beneficio de los distintos sectores sociales, aunque sin quitar las barreras sociales. La figura imperial estaba respaldada por los dioses porque, según Celso, así como los daimones eran los ministros del gran Dios, también los príncipes eran sus representantes y podían exigir honores divinos: “es entre sus manos en donde fueron colocadas las cosas de la tierra, y es de él de quien recibís todos los bienes de la existencia”. En tal línea, Herodiano escribe que Caracalla, tras el asesinato de su hermano Geta, afirmó que era voluntad del máximo dios que hubiera un solo emperador: “Júpiter otorga el poder imperial a un solo hombre, del mismo modo que él es el único señor de los dioses”.<sup>73</sup> Tal acento se recrudeció en la crisis del siglo III, en que la situación inestable propició una reformulación de las bases del sistema imperial, los golpes constantes de Estado no sólo hicieron que el príncipe tomara precauciones concretas para su sostén, sino que buscaron fortalecer el aparato ideológico. La filosofía, desde Platón y Aristóteles, aportó sus ideas al analizar la realidad política de su tiempo y dar sus propias soluciones. Por ejemplo, se dice que al neoplatonismo no le importaba el mundo sensible, pero, como apunta José Molina, esto es en apariencia, ya que los neoplatónicos conocían la vena política del platonismo que podía influir en las prácticas sociales. Sus ideas buscaban mantener o cambiar tales prácticas, así “las reflexiones filosóficas del neoplatonismo no eran indiferentes para el imperio romano: en las reflexiones en torno al Uno puede entreverse una justificación ideológica de la monarquía teocrática”.<sup>74</sup>

---

<sup>72</sup> Dio Chrys. *Or.* III.62. I.45. IV.23. Plut. *Mor.* 780E-781A. Para Plutarco era crucial que la misión divina del rey se reflejara en su inteligencia, justicia y filantropía que lo acercaban a la deidad. Aurelio Pérez Jiménez, “El ideal del buen rey según Plutarco”, en José M. Candau Morón, Fernando Gascó y Antonio Ramírez de Verger, eds., *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid, Editorial Coloquio, 1988, p.98-99

<sup>73</sup> Celso. *El discurso...* 115. Hdn. IV.5.7. También Plinio concebía la elevación de Trajano como emperador al deseo de Júpiter. Plin. *Pan.* I.5.3-4. 8.2. 94.3-4. Del mismo modo, se expresaban algunos de Domiciano: Mart.VI.10.9. Stat. *Silv.* IV.3.128.

<sup>74</sup> José Molina, “La herencia neoplatónica en occidente. Apuntes sobre la relación entre Jámblico y el cristianismo”, en *Nova Tellus. Anuario del Centro de Estudios Clásicos*, núm. 16-2, México, 1998, p.91. Por ello, es erróneo cuando se dice que Plotino ignoraba la crisis con Valeriano y Galieno, y que su Platonópolis era un monasterio como afirma Norris Cochrane, *op. cit.*, p.174-175.

El fortalecimiento de la figura imperial fue apoyado por los príncipes que elevaron a la monarquía a la categoría de institución de origen divino, que emanaba directamente de esa autoridad y se justificaba en ella. Como señala Candau Morón, a partir de la crisis del Imperio romano se defiende la idea de que “el soberano lo es porque así lo quiere Dios y tal designación constituye el fundamento de su instalación en el trono”.<sup>75</sup> El príncipe quedaba sacralizado y validado al enlazarse con los dioses y fungir como su protegido y delegado. La justificación del emperador tuvo una base ideológica superior al no depender de una fuente humana: al estar cerca de la deidad y lejos de los mortales, tomaba el sustento supraterrrenal que requería en tiempos críticos. Así, el príncipe era alguien excepcional que tenía el derecho y el saber para gobernar, y ello lo ubicaba en una posición inmejorable que no debía -al menos teóricamente- cuestionarse. En tal línea, Aureliano fomentó al Sol como la principal deidad de Roma, y Diocleciano se puso al amparo de Júpiter y Hércules, cosa que los panegiristas del periodo subrayan una y otra vez.<sup>76</sup> Mamertino resaltó el vínculo de estos dioses con Diocleciano y Maximiano como una filiación visible en sus actos: “sobre todo sus padres, quienes les han dado sus nombres y dominios, están ocupados en el cumplimiento continuo de los más grandes trabajos”.<sup>77</sup> Júpiter expulsó a los Titanes y los Gigantes, y preservó el orden de las estaciones; por su parte, Hércules liberó de tiranos a varios pueblos que aprovecharon su labor benefactora. De modo parecido, los emperadores defendían el orden de Roma frente a enemigos internos -*baucadae* y ladrones- y amenazas externas -bárbaros- que eran los entes del desorden y la destrucción. Cada uno, en su esfera respectiva, simbolizaba el poder y el orden; así, los príncipes demostraban su linaje divino. Para el siglo IV, la relación con la divinidad siguió siendo constante en el mundo romano: Temistio decía que el príncipe mostraba su linaje divino: “aquél que tiene la posibilidad de

---

<sup>75</sup> José M. Candau Morón, “Teocracia y ley: la imagen de la realeza en Juliano el Apóstata”, en Candau, Gascó y Ramírez, *op. cit.*, p.166.

<sup>76</sup> Tal operación se vio fortalecida por la adopción del título *dominus et deus natus* por parte de Aureliano y la orientalización de la corte y el ceremonial al estilo persa con un vestido y signos distintivos, el desarrollo del protocolo y la aparición del aparato cortesano que hacía inaccesible al emperador. Todas estas medidas fueron criticadas por Lactancio que veía en ellas un olvido de las tradiciones republicanas y el abandono de prácticas romanas por la Tetrarquía. *De Mort Pers.* 21.2

<sup>77</sup> *Pan. Lat.* III.3.3. (Deinde praecipue uestri illi parentes, qui uobis et nomina et imperia tribuerunt, perpetuis maximorum operum actionibus occupantur) Otros pasajes que insisten en esta relación: *Pan. Lat.* II.4.2; 7.5-7; 13.3-5. De Diocleciano dice que actuaba “según la costumbre de Júpiter y gesto paterno” (Iovis sui more nutu illo patrio) y a Maximino lo llama “de linaje hercúleo” (Herculei generis). Las formas en que los tetrarcas se relacionaban con las divinidades, sobre todo con Júpiter, Hércules y Apolo, y las dificultades de acomodar ese esquema a los cambios en la tetrarquía se plantean en Francisco J. López Salmonte, “Propaganda e ideología: Las imagen de la realeza en los panegíricos latinos”, en Candau, Gascó y Ramírez, *op. cit.*, p.146-154.

hacer el bien por encima de los demás hombres y opta además por ello, es una imagen perfecta y pura de Dios, y representa en la tierra lo que Aquél en el cielo [...] Y el Buen Soberano, complacido con su servicio, le extiende su imperio y le encomienda una porción mayor, desposeyendo de ella a quienes son menos dignos que él”.<sup>78</sup>

La adopción del cristianismo no significó una merma para los soberanos en este sentido, ya que pasaron de estar bajo la égida de los antiguos dioses, y de recibir culto, al del Dios cristiano. El Imperio era la imagen del reino celestial y, como éste, se encontraba profundamente jerarquizado; éste era dominado por Dios, aquél por el soberano. El príncipe es un delegado de Dios y un intermediario al estilo del *Lógos*. El prototipo de emperador cristiano con estos rasgos es Constantino, de quien se expresa así Eusebio de Cesarea: Dios le había “dado la imagen de su propio poder monárquico, la ha designado como vencedor de toda tiránica estirpe y destructor de sacrílegos que, en la loca temeridad de su espíritu levantaron las armas de su impiedad contra Él, el soberano de todo el universo”. En el siglo VI, Coripo decía que “Dios es omnipotente, éste [el príncipe] la imagen del omnipotente”, y, en boca de Justino II, que el emperador gobierna por permiso de Dios “que reina sobre todos los reinos, me ha concedido el reino de mis antepasados, me ha otorgado la corona patria, y el hacedor de todo me ha encargado el gobierno que Él creó”.<sup>79</sup> No sorprende que estos juicios gozaran de gran resonancia en el Oriente romano y el Occidente medieval para justificar el derecho divino de los reyes a gobernar.

La arena política: la incapacidad de las masas

El poder del príncipe dejaba poco margen de acción a no ser las funciones que él mismo deseara delegar. Esto fue de la mano con la visión negativa respecto a la capacidad de los grupos inferiores para participar en asuntos políticos y su propensión al desenfreno y a las malas decisiones. Tal actitud puede rastrearse hasta Homero cuando recrea la intervención de Tersites en el campamento aqueo al cuestionar los objetivos de la guerra de Troya por la

---

<sup>78</sup> Temist. *Or.* I.9b-c. Cfr. la idea de que el soberano es retoño de Zeus. VI.73C.79b. IX.122d

<sup>79</sup> Euseb. *Vit. Const.* I.5.1. Corip. *Pan.* II.428. 178-181. Pablo había remarcado que las autoridades existían por permiso divino. *Rom.* 13.1-4. Para la aceptación cristiana del emperador como delegado de Dios, *vid* Ste Croix, *op. cit.*, p.465-468. La lógica de los príncipes cristianos continuó en la línea romana de la alianza con el dios más fuerte. Marta Sordi, *Los cristianos y el Imperio romano*, trad. de Amanda Rodríguez Fierro, Madrid, Ediciones Encuentro, 1988, p.137-138 (Ensayos, 49)

ambición de uno solo, y recibir como respuesta los reproches y golpes de Odiseo por atreverse a discutir con los reyes. Esta acción fue recibida con la aprobación general.<sup>80</sup> La única función de Tersites, como la de otros en su condición, era callar y obedecer fielmente a sus superiores con la capacidad para llevarlos. A esto se añadió la idea de que los grupos con menos recursos económicos eran muy corruptibles y sólo perseguían sus fines más inmediatos sin tener un ideario político claro y congruente. Aristófanes mostraba al demos ateniense como ávido de bienes y dispuesto a dejarse timar por todo sujeto que prometiera mayores bienes. El pago de tres óbolos por ejercer puestos públicos hacía que ansiara participar en política y las donaciones de los candidatos a las magistraturas explicaban su apoyo a cualquiera sin importar lo ruin y charlatán que fuera. Pseudo-Jenofonte indicaba que se daba “en el pueblo, la máxima ignorancia, desorden y bajeza; la pobreza, en efecto, los lleva a las actitudes más vergonzosas”.<sup>81</sup>

Durante la República Salustio analizaba el apoyo de los comicios a la reforma del ejército por Mario de quitar los requisitos de propiedad y abrirlo a los proletarios. Al ser una milicia profesional, algunos creían que Mario lo hizo por afán de popularidad al dar un medio de vida a aquellos que no tenían una ocupación estable, “porque para un hombre que aspira al poder los más pobres son los más a propósito, pues no poseyendo bienes, nada tienen tampoco que defender y reputan por honesto lo que sea, con tal de que haya ganancia de por medio”. Dionisio de Halicarnaso, en relación con la usurpación de Tarquinio el Soberbio y los métodos que empleó para ello, utiliza imágenes y giros que podía usar para la plebe de su tiempo. Menciona que una táctica fue comprar “con dinero a los plebeyos más pobres que no tenían ningún escrúpulo en lo referente a la justicia”.<sup>82</sup> Estos autores resaltan que los pocos recursos de buena parte de la población antigua los hacía incapaces de ver más allá de sus necesidades económicas; por ello su percepción política estaba condicionada negativamente y era inútil pretender que se ocuparan de los asuntos públicos: la búsqueda de dinero de los grupos inferiores los llevaba a apoyar a cualquiera que les prometiera bienes sin importarles su coherencia o viabilidad.

---

<sup>80</sup> Hom. *Il.* II.275-277.

<sup>81</sup> Ar. *Eq.* 50. 180-195. 1166-1169. Ps. Xenoph. *Ath. Pol.* I.5.

<sup>82</sup> Sall. *Jug.* LXXXVI.3. Dion. Hal. *Ant. Rom.* IV.30.5. La misma supuesta acusación se da a Servio Tulio en esta óptica repetidamente negativa del proceder de la masa: “compraste y corrompiste por todos los medios a la muchedumbre sin hogar, sin recursos, que había perdido sus derechos de ciudadanía por condena o por deudas y a la que no le importaba nada el bien común”. IV.31.2

La incapacidad de quienes gozaban de una posición socioeconómica baja para tomar decisiones adecuadas y comportarse correctamente era evidente para los autores antiguos. Es revelador que la inmensa mayoría de las menciones sobre los núcleos inferiores de la sociedad romana son los pasajes relativos a los espectáculos y al reparto de trigo, así como sus reclamaciones por la falta de suministro. En las fuentes hay poco interés por estos grupos cuando no aparecían de forma violenta: el talante irascible de los habitantes urbanos es altamente explotado para mostrar su poca seriedad en los asuntos importantes. A veces, sin embargo, se encuentran expresiones diversas: Tácito dice que la muerte de Pedanio Secundo por uno de sus esclavos provocó una discusión en el senado sobre la pertinencia de seguir la costumbre de matar a todos los esclavos de la casa por no defender a su amo. Al saber esto, la plebe se reunió fuera del senado para presionar en contra de ese hábito; cuando se aprobó tal medida, no se realizó inmediatamente “porque la multitud se había concentrado y amenazaba con piedras y antorchas”.<sup>83</sup> La intervención de la plebe romana en este episodio fue más allá de sus necesidades cotidianas, ya que la ejecución de esos esclavos no repercutía para nada en sus condiciones cotidianas ni tocaba su subsistencia. No ganaban nada concreto -dinero, comida o bienes- así que no puede decirse que esta acción estuviera motivada por un interés monetario como muchas veces se menciona en las fuentes. Había otros temas que motivaban su intervención; el que no lo hicieran bajo los parámetros de la aristocracia ni con los ideales de la democracia no quiere decir que no fueran “políticos” a su manera. La manifestación popular en eventos y sitios públicos fue constante durante el Imperio como forma de expresar la opinión de amplios sectores sobre personajes y sucesos relevantes. Se puede ver a la multitud romana mostrar su pesar por las muertes de Julio César y Germánico, su disgusto hacia Tiberio, su rechazo a Nerón por repudiar a Octavia por Sabina, su molestia ante Cleandro en tiempo de Cómodo, su desprecio a Didio Juliano, su simpatía por Julio Valente cuando Decio salió a combatir a los bárbaros y su enojo con los colaboradores de Galieno.<sup>84</sup> Esos ejemplos son sólo algunos de los que registran las fuentes cuando la vida privada o la corte tenían un gran peso en decisiones políticas igualmente importantes a las de los impuestos o la provisión de grano.

---

<sup>83</sup> Tac. *Ann.* XIV.45. En esta reacción, pudo influir que varios habitantes urbanos fueran libertos y mostraran simpatía hacia quienes estaban en su anterior condición de esclavos. Whittaker, “Il povero”, en Giardina, *op. cit.*, p.330. Yavetz, “The urban plebs...en Reverdin y Grange, *op. cit.*”, p.166.

<sup>84</sup> Suet. *Cal.*6. Tac. *Ann.* XIV.59-61. Hdn. I.12.3.*SHA*. Did. Jul. 4.6-8. Dio Cass. LXX.13.3. Aur. Vict. *Caes.* 29.3. 32.35

La censura colectiva de los actos privados fue un modo en que la plebe se hacía sentir en una sociedad que no concebía una separación entre lo público y lo privado, pues “nadie está dispensado de rendir cuentas de su vida privada ante la opinión pública”.<sup>85</sup> Quienes no tenían representación en el gobierno exponían su opinión dentro de los canales posibles en la jerárquica estructura social. La libertad de palabra en los espacios públicos -aunque pálido reflejo de otros tiempos- era una concesión a la población que mostraba su sentir hacia personas y problemas concretos. Fue un rasgo republicano que sobrevivió en el Imperio, y los príncipes debieron soportarlo pese al creciente boato en el aparato cortesano y su vinculación con el orden divino. Diocleciano y Constantino, que jugaron un importante papel en la fijación de la monarquía teocrática, no aguantaron la crítica del pueblo romano. Según algunos, por ello trasladaron sus sedes a otras ciudades y, en el caso del último, fundó Constantinopla.<sup>86</sup> Sin duda, esta decisión iba más allá de la opinión de la plebe, pero no deja de ser ilustrativo que se le hubiera creído causa de dicho suceso.

Al no contar con vías específicas de participación política, los espacios de amplias capas sociales para mostrar su parecer eran los lugares públicos como anfiteatros, circos y teatros. La reunión de personas favorecía el anonimato y la masa, mediante gritos, aplausos y consignas, mostraba su opinión sobre algún personaje. Tertuliano pensaba que el circo era el lugar idóneo para las imprecaciones y preguntaba: “Pero ¿qué más amargo que el circo, donde no respetan ni a los principales ni a sus conciudadanos?”. Asimismo, recordaba que ni los príncipes se salvaban de esto: “a la plebe nacida en las mismas siete colinas demandando si la famosa mala lengua de los romanos ha perdonado a alguno de sus emperadores”.<sup>87</sup> A

---

<sup>85</sup> Veyne, *La vita privata...*p.165 (Nessuno è dispensato dal render conto della sua vita privata davanti all'opinione pubblica.) Existe la posibilidad de que estas manifestaciones tumultuarias estuviesen manipuladas por algunos. Popea Sabina afirmaba que las muestras de apoyo a Octavia habían sido promovidas por ella misma con fines políticos. Con Cleandro, fueron familiares de Cómodo quienes incitaron a la masa a atacar al liberto imperial usando su descontento. Más allá de que a veces se movilizó a grandes núcleos para expresar consignas políticas, resulta difícil que esas masas fueran siempre manipuladas, pues había una fuerte tradición de protesta popular en el mundo antiguo, y el número de participantes y los temas implicados afectaban a amplios sectores. Sobre la dificultad de definir la participación autónoma de la muchedumbre *vid* Whittaker, “Il povero”, en Giardina, *op. cit.*, p.324-326. Brunt, “La plebe romana”, en Finley, *Estudios de...*p.109-111

<sup>86</sup> Lact. *De Mort. Pers.* 17.2. Zos. II.30. Esto sorprendía a Burckhardt, dada la generosidad de Diocleciano en las obras en Roma. *op. cit.*, p.292. Un emperador poco presto al boato como Juliano, padeció la franqueza de los antioquenos, lo que Libanio disculpó diciendo que eran vulgaridades que Juliano debía ignorar. Jul. *Or.* XII.337b. Lib. *Or.* XV.77. XVI.29. También Caracalla sufrió las burlas de los alejandrinos. Hdn. IV.9.2-3

<sup>87</sup> Tert. *Apol.* 35.6. *De Spect.* 16. (Sed circo quid amarius, ubi ne principibus quidem aut civibus suis parcurt?) Cfr. Lib. *Or.* XV.19. Estas críticas no pretendían minar el sistema imperial, sino censurar actitudes concretas de los príncipes, pues el ideal del buen príncipe era mantenido por los habitantes fieles a esa noción. Hopkins, *Conquistadores...*p.255-262. Garnsey, *Famine and Food...*p.242.

esto deben añadirse los libelos que reprochaban las actitudes o leyes de los emperadores, y que circulaban profusamente en las ciudades, y las pintas en las paredes sobre varios temas, como sucedía en Pompeya, que eran parte del escenario urbano. Aunque en la República, la plebe romana podía injerir electoralmente mediante los comicios, tenía poco peso político. Según Finley, “el *populus* romano ejerció su influencia no a través de su participación en los mecanismos oficiales del gobierno y a través de su voto, sino tomando las calles, con agitaciones, manifestaciones y tumultos”.<sup>88</sup> Si ello ocurría en una etapa en que todavía era posible influir en los asuntos del gobierno a través de la aprobación de leyes y magistrados, cuánto más en la época imperial en que esos canales no existían y no quedaba más opción que la expresión directa. La masa aclamaba o rechazaba a ciertas personas, era parte de las ceremonias públicas y demandaba privilegios conforme a las formas usuales de expresión para hacerse ver y sentir en los lugares públicos y realizar peticiones a las élites, las cuales buscaban su apoyo para sustentar su posición y darle una apariencia de soporte popular conforme a las pautas habituales.<sup>89</sup> Por lo tanto, los móviles de la multitud dependían de las circunstancias concretas a las que se enfrentaban y sus opiniones no estaban dictadas sólo por el interés económico o el deseo de juegos como las fuentes indican, sino se movían en márgenes y escenarios más extensos.

A la falta de precisión en los móviles de los grupos bajos, se añade la poca claridad de las fuentes cuando abordan la composición de esos grupos. En relación con la conjura de Catilina, Salustio indicaba la simpatía de la plebe por aquél y su apoyo en concentraciones masivas, pero no define claramente quiénes formaban la masa de apoyo. ¿Eran campesinos, artesanos, comerciantes o indigentes? ¿Eran todos estos o solamente un sector? ¿Había variaciones sustanciales en sus recursos? ¿Qué tan implicados estaban los clientes y libertos de las grandes casas nobles? A veces, Salustio señala a libertos, proletarios y comerciantes que abruptamente cambian de parecer. Cicerón, por su parte, dice que entre los secuaces de Catilina había viejos desesperados (*senibus desperatis*), campesinos arruinados (*rusticis decoctoribus*) y gladiadores. A este conjunto lo reputa como variado, mixto y turbulento (*varium et mixtum et turbulentum*), incluidos en él facinerosos y asesinos que califica de

---

<sup>88</sup> M.I. Finley, *El nacimiento de la política*, trad. de Teresa Sampere, Barcelona, Crítica, 1986, p.122 (Estudios y Ensayos, 159)

<sup>89</sup> Mac Mullen, “The Historical Role of the Masses in Late Antiquity”, en *Changes in...*p.263-264. Harries, “Favor Populi...en Lomas y Cornell, *op. cit.*, p.129-131

cloaca de la ciudad (*sentina urbis*). No obstante, también afirma que Catilina no pudo convencer a la multitud de los más pobres. (*multitudo tenuissimorum*), libertos, esclavos y personas que estaban en las tabernas.<sup>90</sup> Tan inquietante como la supuesta volubilidad de la plebe romana es la vaguedad de los autores al marcar a los miembros de esa plebe; P.A. Brunt ya señaló lo difícil de que la gente con un trabajo estable participara sin cesar en las reuniones políticas por el afán de novedad. Su alejamiento de las actividades productivas se traduciría en la merma en sus recursos, lujo que no podían darse en una economía de subsistencia y con las duras condiciones del mundo romano. Las dádivas públicas o de los líderes políticos no satisfacían todas sus necesidades, y no era viable que fueran llamados una y otra vez; en todo caso, cuando se movilizaban era por un motivo más fuerte, como había pasado con los Graco. Por ello afirma: “La plebe urbana no era un cuerpo unido, y a veces no sabemos qué sección de dicha plebe encabezó ésta o esta otra acción”.<sup>91</sup>

Lo mismo sucede en el Principado, pues los escritores clásicos no analizan la estructura de los grupos bajos cuando hay tumultos o protestas. Se puede pensar que, en los pasajes antes mencionados, los lectores tenían muy claro a quiénes se referían las fuentes y en ocasiones se realizan algunas distinciones; por ejemplo, cuando Tácito habla de la parte del pueblo que estaba ligada a las familias nobles de Roma por lazos clientelares y la separa de la plebe aficionada a los juegos. Asimismo, Herodiano indica el apoyo de los colonos de los *potentes* africanos hacia éstos en contra de los funcionarios de Maximino Tracio, lo que llevó a la elevación de Gordiano como emperador.<sup>92</sup> Sin embargo, la distinción de clientes y colonos es insuficiente; por un lado, la situación de los clientes variaba de acuerdo a su ocupación y compromiso con el patrono: pese a que compartían condiciones de vida y pertenecían a los estratos inferiores, entre ellos había quienes tenían una mejor posición, lo cual condicionaba sus opiniones y acciones en algunos episodios urbanos. Por el otro, la situación de los colonos era más uniforme, mas en el plano jurídico había varios tipos de colonos que las fuentes históricas y literarias no indican. Esto resalta la mayor dificultad de estudiar la composición de los grupos inferiores en Roma que en épocas posteriores donde hay mayor documentación. En otras sociedades preindustriales, observadores hostiles a la

---

<sup>90</sup> Sall. *Cat.* XXIV.4. XXVIII.4. XXXVII.5-6. XL.2. XLVI.3. Cic. *Cat.* II.3-5. II.10. IV.7-9.

<sup>91</sup> Brunt, “La plebe romana”, en Finley, *Estudios de...* p.100. Cfr. Yavetz, “The urban plebs...” p.169

<sup>92</sup> Tac. *Hist.* I.4.3. Hdn. VII.4.2-6. A pesar de esta aclaración, Herodiano poco después vuelve a hablar de turba y pueblo sin hacer mayores precisiones. VII.5.7. VII.7.3. También Velejo Patérculo decía que la parte no contaminada del pueblo se había opuesto a Tiberio Graco y apoyado a los aristócratas romanos. II.3.2.

participación popular presentan a la turba urbana como una junta de facinerosos y desempleados que estaban en los tumultos para matar y saquear. Empero, se ha constatado la presencia de asalariados, comerciantes y artesanos junto con excluidos y delincuentes en menor grado. Como dice Hobsbawm sobre el caso inglés, la turba era “una combinación de asalariados, pequeños propietarios y los inclasificables desheredados urbanos”.<sup>93</sup> Algo similar pasaba en Roma donde la composición de la masa urbana era heterogénea, pero no su descripción que era generalizadora. La repetición de vocablos y lugares comunes en los escritores clásicos fue una constante que habla del desinterés de los letrados por distinguir capas y variaciones, lo cual fue producto de la educación y de la rígida estratificación social. Esta persistencia de palabras y conceptos no es casual, sino que remite a razones sociopolíticas con tintes ideológicos. La generalización en la composición y conducta de la masa urbana y rural, y la omisión de los grupos inferiores en otros cuadros que no fueran motines por el trigo y juegos, denota la lectura parcial de los autores clásicos que justificaban el predominio de los órdenes superiores.

La desestimación de esas capas sociales y los reproches de los defensores de la aristocracia contra la capacidad de los grupos inferiores para participar en la política tiene que ver con la oposición al sistema que ponderaba dicha intromisión: la democracia.<sup>94</sup> En el Imperio romano, donde no había una alternativa política seria, hay aserciones que recalcan las fallas de la democracia y la imposibilidad de varios núcleos poblacionales para influir coherentemente en la dirección del Estado. Por ejemplo, Dion decía que los gobiernos no monárquicos habían probado su ineficacia, sobre todo “la más imposible de todas, aquella que presume, con la moderación y virtud del conjunto del pueblo, mostrar un día una ordenación de igualdad y de legalidad: se llama democracia, nombre bueno e inofensivo, si

---

<sup>93</sup> Eric J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, trad. de Joaquín Romero Maura, Barcelona, Crítica, 2001, p.153. (Libros de Historia). El mismo señalamiento hace Rude sobre la presencia de elementos respetables como comerciantes y artesanos en los disturbios urbanos en Francia e Inglaterra, “Los movimientos...en *op. cit.*, p.27-28

<sup>94</sup> En tiempo de Herodoto se decía en contra de los adictos a la democracia que “nada hay más necio, ni más insolente que una multitud inútil. Y ciertamente, de ninguna manera es aceptable que unos hombres huyendo de la insolencia de un tirano, caigan en la insolencia de un irresponsable populacho”. Hdt. III.81 (El traductor vierte δήμου ἀκολάσπου como irresponsable populacho). Pseudo Jenofonte insistía en que los más pobres, peores e incultos tomaban las decisiones en la democracia en oposición a los mejores, ricos y diestros. Platón aclaraba que la multitud dominaba con licencia y desorden, ya que “en la democracia es ella, con contadas excepciones, la clase dirigente, y son los más violentos los que hablan y obran, mientras que los demás se limitan a emitir zumbidos y a cerrarle la boca a todo opositor”. Ps. Xenoph. *Ath. Pol.* I.4-9. Plat. *Rep.* 564d. Cicerón usa términos parecidos al calificar a la plebe “como degenerada en locura y libertinaje pestífero”. Cic. *Rep.* I.28.44. Polibio adjudica excesos a la masa en la democracia radical. Polyb. VI.9.5-9

realmente fuera practicable”.<sup>95</sup> Elio Arístides reducía el mérito de la democracia ateniense a Pericles, que contenía los deseos de la masa inestable, desordenada e indolente. Además, censuraba la envidia de los humildes hacía los poderosos, ya que era fuente de discordias y luchas civiles. Por ello, debía seguirse el orden familiar y natural donde el padre manda al hijo, pues “es una ley establecida por la naturaleza, que en verdad ha sido dada a conocer por los dioses: el inferior obedece al superior”.<sup>96</sup> La sumisión de los grupos bajos adquiriría un carácter natural y una categoría axiomática, lo que forma un punto esencial en el ideario político de Elio Arístides. Como lo natural era que el pueblo siguiera a los magistrados; lo opuesto significaría “alterar la ley de la naturaleza, que ordena soportar la superioridad de los poderosos y vivir conforme a lo ordenado”.<sup>97</sup> En el siglo III, Dion Casio, en boca de Mecenas, escribía que, en la democracia, “sin duda, esta libertad de la turba se volvía la esclavitud más penosa de los mejores y lleva a ambos a la ruina común”. En el siglo IV, Libanio decía que era normal que el pueblo siguiera las líneas marcadas por los mejores tal como éstos lo hacían respecto al emperador. El pueblo no debía hablar osadamente y los grupos altos debían evitar que se expresaran altaneramente. Era injusto: que “se atrevan a llevar a cabo en una monarquía lo que no harían en una democracia y eso que ese sistema se caracteriza por un libertinaje mayor del que conviene”.<sup>98</sup> Vez tras vez se insiste en los excesos democráticos indeseables en el Imperio romano y en la ineptitud de la mayoría para participar en el gobierno; lo que debían hacer era aceptar su condición subalterna -lo que pasaba como natural- y seguir a quienes estaban por encima.

Junto con este rechazo a la democracia se recalcó que la participación política de todos en circunstancias equitativas era injusta e impropia. Para ello aplicaban a la política las ideas de Arquitas de Tarento sobre las proporciones musicales y matemáticas. Esta teoría asimilaba la proporción aritmética a la democracia y la geométrica a la aristocracia.

---

<sup>95</sup> Dio Chrys. *Or.* III.49. En otro pasaje indica que “el pueblo, como pueblo que es, seguía en la ignorancia y se dejaban convencer”. *Or.* XLIII.5. Anteriormente, Polibio había dicho que la derrota cartaginesa se debía a que sus decisiones eran tomadas por el pueblo mientras que en Roma lo hacía lo mejor: el senado. VI.51.5-7

<sup>96</sup> Aristid. *Or.* XXIV.35. La visión de la democracia ateniense y el papel medular de Pericles como guía del pueblo en *Or.* III.13-17. Tal situación es perceptible desde Tucídides, cuya obra está dominada por la ausencia del gran dirigente ateniense; a su muerte, la asamblea fue presa de los demagogos. Tucid. II.65.9

<sup>97</sup> Aristid. *Or.* XXVIII.124-125

<sup>98</sup> Dio Cass. LIII.4.5. (ἐκείνη μὲν γὰρ ἡ τοῦ ὄχλου ἐλευθερία τοῦ τε βελτίστου δουλεία πικροτάτη γίγνεται καὶ κοινὸν ἀμφοῖν ὄλεθρον φέρει) Lib. *Or.* XVI.29. Otros pasajes que señalan la dependencia del pueblo: *Or.* VII.150-151. *Ep.* V.391.14. Una situación similar explica que Séneca escribiera siglos antes que una tarea primordial del príncipe era frenar al pueblo, pues el fin de su gobierno implicaría el fin de la obediencia. Sen. *Clem.* I.4.2-3

La primera resaltaba la distancia igual que separaba a cada hombre entre sí, que era la misma igualdad que exaltaba la democracia. Sin embargo, sus detractores afirmaban que tal proporción ignoraba el valor real de los sujetos, lo cual era inapropiado debido a que todo hombre debía ser estimado conforme a sus condiciones. Por ende, la proporción geométrica era la más adecuada y equitativa al tratar a cada hombre acorde a sus capacidades, y establecer una equivalencia exacta entre individuo y su valor sociopolítico.<sup>99</sup> Tal lógica fue tomada por los que desconfiaban de la aptitud de los grupos subalternos, como Cicerón. Al ser evidente que los individuos eran diferentes en varios campos, el sistema político debía tratar de modo diverso a quienes eran distintos. Por ello declara: “Esa que se llama igualdad es muy injusta. En efecto, cuando se otorga igual honor a los más eminentes y a los ínfimos, los cuales se hallan necesariamente en todo el pueblo, la igualdad misma es muy injusta; lo cual, en esos Estados que son regidos por los mejores, no puede acaecer”.<sup>100</sup> Planteado en esos términos, resultaba lo más adecuado que las clases sociales no tuvieran los mismos derechos, sino que los poseyeran acorde a su situación social y económica. En el mismo tenor, ya en época imperial, Plutarco comenta la opinión de Floro, su compañero de banquete, sobre las ventajas del sistema de Licurgo:

Licurgo sabes, sin duda, que desterró de Lacedemonia la proporción aritmética por ser democrática y popular e introdujo la geometría, que conviene a una oligarquía prudente y a una realeza legítima; aquélla, en efecto, distribuye lo mismo según el número, ésta, en cambio, lo que corresponde al mérito según la razón. Y no mezcla todo juntamente, sino que en ella es muy clara la separación de buenos y malos que obtienen siempre lo propio no por yugadas ni lotes, sino por su diferencia de virtud y maldad. El dios lleva una proporción a las cosas, una justicia y castigo, mi querido Tíndares, que nos proclaman y enseñan que es preciso hacer lo justo igual, no lo igual justo; pues la igualdad que la mayoría persigue, que es la mayor de todas las injusticias, haciéndola desaparecer el dios, en cuanto es posible, conserva la que corresponde al mérito, definiendo geoméricamente lo que es de ley con lo que es de razón.<sup>101</sup>

De este modo, la constitución espartana era la más apegada al orden y a la naturaleza, lo que resultaba justo y conveniente para todos. La conclusión de estas reflexiones era que la verdadera igualdad era la desigualdad que permitía tratos diferentes a los grupos sociales.

---

<sup>99</sup> Ste. Croix, *op. cit.*, p.482-483

<sup>100</sup> Cic. *Rep.* I.24.53. A pesar de que los autores enfatizaban que la República romana era un sistema mixto que combinaba las tres formas clásicas de gobierno, no negaban que la división en centurias atribuida a Servio Tulio buscaba privilegiar a los grupos altos de la sociedad al asegurarles el control político. En ese sentido, las concesiones a las clases censitarias menores eran más aparentes que reales, pues su peso efectivo estaba muy restringido. Liv. I.43. Dion. Hal. *Ant. Rom.* IV.20. Cic. *Rep.* I.40. Pese a sus aspectos formales, la constitución romana era totalmente aristocrática.

<sup>101</sup> Plut. *Mor.* 719B-C.

Para quienes estaban en lo más bajo del sistema social, era un recordatorio constante de que ocupaban el lugar que les correspondía siguiendo los parámetros de una adecuada igualdad, lo contrario sería algo inequitativo sin importar que no lo pareciera. De este modo, el orden social quedaba plenamente justificado: lo justo era respetar la distinción y que ésta tuviera su correspondencia en la política.

En el Imperio romano la democracia estaba muerta, pero los supuestos ideológicos en que se basaba fueron atacados una y otra vez por los herederos de esta visión política. El predominio político y económico de las élites debía salvaguardarse al igual que la estricta pirámide social que plasmaba las diferencias existentes. Plinio felicitaba a uno de sus amigos que era gobernador provincial por dictar justicia eficientemente sin descuidar las diferencias sociales. Aplaudía el proceder de Calestrio Tirón “por la forma que tienes de preservar la distinción de clase y de rango; pues si esas categorías se confunden, perturban y mezclan, no hay nada más desigual que la propia igualdad”.<sup>102</sup> Elio Arístides declaraba que no era sensato valorar todas las cosas en relación a una medida ni ser iguales en todo sin distinción -al haber personas superiores e inferiores-, pues cada uno debía ser valorado sólo de acuerdo con sus capacidades y características.<sup>103</sup>

De igual forma, la valoración histórica de quienes defendieron mayores derechos políticos y concesiones económicas a los estratos inferiores es muy severa. La figura del tribuno de la plebe ejemplifica bien esto: en las páginas de los historiadores antiguos esos personajes son calificados de facinerosos, levantiscos y agitadores. Tanto los primeros tribunos como los de la crisis republicana son acusados de sediciosos empeñados en revolver los asuntos de la República, provocar disturbios y dar las magistraturas a los más viles.<sup>104</sup> Ello no sorprende cuando los ánimos estaban caldeados y los conflictos civiles en auge, pero el panorama no cambia en la época imperial. En este sentido, los Graco son considerados facciosos que con sus acciones contribuyeron a la división de la sociedad romana. Las obras antiguas están llenas de reproches y censuras a los Graco por sembrar las semillas de la discordia entre los ciudadanos romanos en dos grupos claramente opuestos;

---

<sup>102</sup> Plin. *Ep.* IX.5. Del mismo modo Dión Casio aprobaba los privilegios a los círculos elevados. LII.14.5.

<sup>103</sup> Aristid. *Or.* III.167-169. Exclama que la diferencia entre grupos debía considerarse para efectos políticos: “tanto entre las minorías como entre la masa, lo mejor debe recibir estimación, y tanto más cuanto más perfecto sea”. *Or.* XXXIII.38

<sup>104</sup> Liv. II.32-33. III.67-68. IV.2. X.6.2. Apio Claudio Ciego era criticado por su favor a los plebeyos y libertos en su tiempo, pues su proceder era visto como arbitrario y propenso a dividir a la población. Liv. IX.33.9. IX.46. Lo mismo ocurría con personajes como Clístenes y Pericles en Grecia.

por ello sus asesinatos se veían como legítimos.<sup>105</sup> Puede pensarse que esta postura se debía a *topoi* de la historiografía prosenatorial que repetía esos conceptos, pero algo más subyace detrás de ello. El rechazo persistente de los núcleos privilegiados a la posibilidad de los demás sectores de intervenir coherentemente en los asuntos públicos se plasmaba en su interpretación histórica y cuestiona seriamente su sensatez. Si bien el juicio se hacía sobre el pasado, repercutía en el presente.

La descalificación de la participación de los grupos bajos en la política y el acento puesto en su incapacidad en la toma de decisiones raya en la obsesión. El riesgo de la vuelta a la democracia en que los grupos inferiores intervinieran en asuntos públicos era nulo, pero ello no evitó que se siguieran ponderando las ventajas del sistema existente. Además, el régimen imperial era tan oportuno que englobaba todas las bondades de los restantes sistemas de gobierno. En el siglo II, Elio Arístides decía que la vigilancia del emperador sobre los gobernadores provinciales hacía del Imperio la mejor democracia, pues el pueblo obtenía lo que quería salvo si lo que pedía era impropio y equivocado. Un siglo después, Filóstrato se unía a esta opinión al exclamar que el gobierno del mejor era la democracia perfecta: “así como una persona que destaca por su virtud cambia una democracia hasta que toma la apariencia del gobierno de un solo hombre, el mejor, así también el gobierno de uno solo que mira en todo hacia lo conveniente para la comunidad es democracia”.<sup>106</sup> Esto dejaba poco margen de acción para la plebe que debía cumplir un papel pasivo en política. No era raro que se aseverara que lo contrario era inviable, pues la masa había errado en muchas ocasiones y, peor aun, se había desacostumbrado a intervenir en asuntos públicos. Filóstrato en boca de Dion, indicaba que la vuelta a la República era irrealizable por el aletargamiento político de la población. Ello haría “difícil el tránsito, y que ellos no sean capaces de ni de hacer uso de su libertad ni de alzar su vista a la democracia, como los que, saliendo de la obscuridad, miran hacia plena luz”.<sup>107</sup> Su falta de práctica política durante el largo periodo de gobierno personal la había imposibilitado de tener un juicio certero sobre temas importantes. Lo único que podían esperar los miembros de los núcleos bajos era un gobernante justo que cubriera sus necesidades y demandas de forma adecuada. En el siglo I, Séneca cuestionaba sobre quien podía temer algo “cuando el estado óptimo de la ciudad es

---

<sup>105</sup> Cic. *Rep.* I.19.31. Val Max. VII.2.6. IX.4.3. Vel. Pat. II.3. Luc. *Fars.*I.266-267. VI.795-799.

<sup>106</sup> Aristid. *Or.* XXIV.37-38. Philostr. VA. V.35

<sup>107</sup> Philostr. VA. V.4.7.

bajo un rey justo”; en el siglo V, Claudiano afirmaba que “nunca la libertad se muestra más grata que bajo un rey pío”.<sup>108</sup> Ante esto no sorprenden las palabras atribuidas al emperador Aureliano sobre la plebe: “Yo conseguiré que no exista ninguna preocupación en Roma. Entregaos a los juegos, entregaos a las competencias del circo. Que a nosotros nos mantengan ocupados las necesidades públicas; que a vosotros, en cambio, os tengan absorbidos las diversiones”.<sup>109</sup> Se sabe que las cartas de la *Historia Augusta* son inventadas, pero esta cita refleja bien la opinión del autor, que podía ser compartida por los lectores de su tiempo. El considerar verosímil esta anécdota expresa la imagen de unos grupos que, sin ser un dechado de conciencia política, tampoco eran los apáticos que las fuentes dibujan.

### La valoración del trabajador

Frente al pequeño núcleo de personas que vivía del trabajo ajeno y que concentraba gran parte de la riqueza, había un numeroso sector que tenía la imperiosa necesidad de trabajar para obtener los medios de subsistencia para ellos y sus familias. En todas las fuentes es clara la presencia de quienes se enfrentaban al hecho de ganarse el pan día a día como componentes habituales del paisaje urbano y rural. No obstante, la definición del trabajo resulta complicada en la Antigüedad. Es evidente que toda persona, por holgada que sea su situación económica, desempeña una función productiva. Lo que sí varía es la dependencia del trabajo para subsistir: había quienes -muy pocos- vivían tranquilamente sin trabajar y otros -la mayoría- que no les quedaba de otra si es que querían comer, vestirse y tener un techo para pasar la noche. Los miembros de los grupos altos no creían que trabajaban porque no requerían hacerlo para vivir: la valoración del trabajo y del trabajador se mueve en el terreno de la percepción social. Como indica Veyne, las ideas sobre el trabajo “eran menos ideas que valoraciones, positivas para los poderosos, negativas para los humildes; lo que importaba era la valoración: los argumentos, en sus detalles, eran indiferentes”.<sup>110</sup> El definir si alguien trabajaba dependía mucho de su sometimiento a esas actividades, la

---

<sup>108</sup> Sen. *Benef.* II.20.2. (cum optimus civitatis status sub rege iusto sit?) Claud. *Stil.* III.114-115 (numquam libertas gratior extat quam sub rege pio) Antes Salustio había registrado las supuestas palabras de Mitrídates de que pocos pueblos pueden ser libres mientras que la mayoría espera una dominación justa. *Hist.* V.18

<sup>109</sup> *SHA.* Firm. 5.5-6. Cfr. Aristid. *Or.* XXXIV.39

<sup>110</sup> Veyne, *La vita privata*...p.114 (erano meno idee que valutazioni, positive per i potenti, negative per gli umili; ciò che importava era la valutazione: gli argomenti, nei loro dettagli, erano indifferenti)

pertenencia a un orden y su nudo de relaciones sociales. Por ejemplo, si un senador daba clases de filosofía al hijo de un colega, no lo consideraba un trabajo, sino un deber de amistad. En la República, Cicerón y otros senadores prestaban con interés a personas y provincias, haciendo un cobro riguroso de los intereses y de las sumas acordadas. También pedían prestado para comprar bienes y hacer otras inversiones, pero ni ellos ni los demás los creían usureros ni comerciantes; eran políticos, oradores y militares que realizaban préstamos para aumentar su riqueza y tener tiempo libre para sus actividades. Empero, los prestamistas eran denigrados como personas por dedicarse a ello por el mero afán de lucro y por no realizar labores políticas e intelectuales. Según Moses Finley, esos juicios recaían en “el status moral (y social) de quienes ejercían tales profesiones”.<sup>111</sup> En el Imperio, Luciano se justificó por su labor burocrática en Egipto cuando antes había criticado a los que se contrataban por un sueldo. Sus detractores lo acusaban de caer en un servilismo que había reprochado: seducido por el dinero había caído en la adulación. Luciano decía que había gran diferencia entre servir a un particular y al príncipe, pues con el segundo se percibía un sueldo por servicio público; “en privado tengo igualdad de derechos, y en público participo del más alto nivel de mando y colaboro en una parte”.<sup>112</sup> De tal modo, las tareas político-administrativas estaban en el rubro de servicio público, el cual era valorado por sus funciones y privilegios. La posición social y económica tenía gran peso para definir lo que era un trabajo y tal definición era dada externamente, no por el sujeto. De nuevo Paul Veyne sintetiza esto cuando afirma: “Un notable o un noble, haga lo que haga, no será calificado con base en lo que hace; un pobre, al contrario, es un zapatero o un jornalero”.<sup>113</sup>

Una larga tradición clásica veía el trabajo por un sueldo como condición adversa al desarrollo de las potencialidades políticas del hombre. Platón admitía que una ciudad no podía existir sin los artesanos y comerciantes que proveían los artículos necesarios para los ciudadanos; empero, tenían una posición política subalterna en su esquema, pues su función era dotar de bienes a los guardianes y a los auxiliares que eran los núcleos con la capacidad para dirigir la ciudad. También Aristóteles remarcó las desventajas del trabajador para ocupar debidamente cargos públicos y tomar buenas decisiones: “los ciudadanos no deben

---

<sup>111</sup> Finley, *La economía...*p.59. Sobre la actividad financiera de los senadores en época de Cicerón: *idem*, p.57-60. El desprecio de los usureros está atestiguado por Cat. *De Re Rust.* Introd. 1

<sup>112</sup> Luc. *Apol.* 12. Para la relación del trabajo con la posición social, *vid* Alföldy, *op. cit.*, p.158.

<sup>113</sup> Veyne, *La vita privata...*p.120 (Un notabile o un nobile, qualunque cosa faccia, non sarà qualificato in base a ciò che fa; un povero, al contrario è calzolaio o bracciante) Cfr. Finley, *La economía...*p.87-88

llevar una vida de trabajador manual, ni de mercader (pues esa forma de vida es innoble y contraria a la virtud), ni tampoco deben ser agricultores los que han de ser ciudadanos (pues se necesita ocio para el nacimiento de la virtud y para las actividades políticas)".<sup>114</sup> Para ambos lo que separa al hombre capacitado del inepto en política es que el primero no necesita trabajar y el segundo debe hacerlo con sus manos: el primero está preparado para ocupar los cargos públicos, y de hecho es el único capaz frente a la mayoría, que debe procurarse el pan diario sin contar con tiempo para cultivarse. La dependencia al trabajo se volvía una situación negativa para el desarrollo del hombre pleno: los individuos libres de esa sumisión debían gobernar. Obviamente la línea definitoria de las personas "es entre aquellos que deben ocuparse del trabajo o comercio para su supervivencia, y los que no lo necesitan y no lo hacen".<sup>115</sup> Cicerón reflejó la estructura jerárquica de la República romana cuando señala los oficios que un ciudadano no debía realizar, sobre todo si tenía una buena posición social: "son también serviles y despreciables las profesiones de los asalariados y de todos aquellos cuyo trabajo se compra, no sus artes, porque para ellos la paga misma es una obligación de servidumbre [...] todos los operarios se encuentran dentro de un oficio despreciable, porque nada de honroso puede tener un taller".<sup>116</sup> Con esta aseeración se denigraban actividades que los grupos altos no necesitaban realizar por su riqueza, pero que eran indispensables para el mantenimiento de la economía antigua y que daban los medios de vida a la mayoría de la población. Los grupos elevados debían reforzar su imagen frente a los demás para justificar su predominio político con la educación y el ocio para conducir los asuntos del Estado. Los sectores que dependían del trabajo para vivir eran devaluados como actores políticos porque no tenían los recursos ni el tiempo para cumplir esas tareas.

Esta concepción negativa del trabajo persistió durante el Imperio romano. Séneca se movía en líneas parecidas a las de Cicerón; en sus obras menciona diferentes tipos de trabajadores en su época aunque ello no modifica su perspectiva. Desaprueba a Posidonio cuando comparaba el quehacer filosófico con el trabajo manual, porque tenían fines muy distintos: la filosofía busca la virtud y forjar al sabio, y todos los saberes deben perseguir

---

<sup>114</sup> Pl. *Rep.* 370b-371e. Arist. *Pol.* 1238b.

<sup>115</sup> Ellen Meiksins Wood y Neal Wood, *Class Ideology and Ancient Political Theory. Socrates, Plato, and Aristotle in Social Context*, Oxford, Basil Blackwell, 1978, p.149 (Blackwell's Classical Studies) (is between those who must engage in labour or trade for their livelihood, and those that need not and do not do so)

<sup>116</sup> Cic. *Off.* I.149. Pese a la valoración negativa del trabajo manual por parte de Cicerón, admite que muchas cosas útiles se deben al comercio y la minería. II.3-4. Sobre la actitud de los intelectuales romanos hacia los trabajadores, *vid* Jean-Paul Morel, "L'artigiano", en Giardina, *op. cit.*, p.235-237

ese fin, mientras que los trabajos artesanales sólo sirven para obtener bienes que alimentan el lujo y el placer. Por esto dice: “no estoy obligado a admitir a los pintores entre el número de los que profesan las artes liberales, como tampoco a los escultores o a los marmolistas o a los demás ministros de lujo. Igualmente expulso de los estudios liberales a los luchadores y a toda la ciencia compuesta de aceite y barro; o tendría que admitir a los perfumistas y a los cocineros y a todos los que ponen su ingenio a servicio de nuestros placeres”.<sup>117</sup> La pura idea de asemejar la labor filosófica con la del artesano le parece denigrante para la filosofía que se halla por encima de esos trabajos. Más adelante, apunta que “estas artes bajas de las que hablo, las cuales exigen el trabajo manual, sirven mucho como instrumento de la vida, pero nada tienen que ver con la virtud [...] las vulgares son las de los obreros, que las hacen con las manos y se ocupan de proveer lo necesario a la vida, en las que no hay ninguna pretensión de hermosura y honestidad”.<sup>118</sup> El afán de ganancia de los pequeños artesanos y comerciantes hacía que estuvieran dispuestos a realizar cualquier cosa por unos sestercios. Además, el asalariado era un lazo frío que solía rehusarse porque no se basaba en un lazo personal: era una transacción entre un individuo que paga por un servicio o producto, y otro que recibe ese pago: era una cuestión mercantil. El vínculo personal tenía el valor de la reciprocidad, aunque desigual, del patrono con su cliente o con un liberto; los servicios de los últimos respecto al primero tenían reglas aprobadas por la ley y la sociedad.<sup>119</sup> Las relaciones clientelares tenían rasgos sociales y morales que rebasaban el campo económico, pero éste dominaba en el trato con artesanos y comerciantes. Ese trato sólo involucraba dinero, símbolo de la necesidad y no las relaciones sociales apreciadas en la Antigüedad.

Autores posteriores tuvieron opiniones parecidas: Dion de Prusa recomendaba que las personas con escasos recursos buscaran un empleo para vivir, pero no cualquiera, ya que censuraba los oficios dedicados al espectáculo o al adorno corporal, porque se ocupaban del

---

<sup>117</sup> Sen. *Ep.* LXXXIII.18

<sup>118</sup> Sen. *Ep.* LXXXIII.18-20. Séneca cuenta 22 ocupaciones vulgares y 24 festivas calificadas negativamente frente a 5 didácticas y 4 liberales que son mejor vistas. Elena Conde Guerri, *La sociedad romana en Séneca*, pról. de José María Blázquez Martínez, Murcia, Universidad de Murcia, 1979, p.143

<sup>119</sup> Veyne, *La vita privata...* p.50. Bodei Gigliani, *op. cit.*, p.8. En las sociedades preindustriales, la relación con un notable brindaba protección económica y legal a los grupos inferiores. Éstos brindaban servicios a sus patronos, con lo que se establecía una relación que traspasaba los límites económicos. El asalariado no tenía esa ayuda y ello lo ponía en una situación de vulnerabilidad en un mundo donde los lazos personales eran importantes y útiles en la esfera económica y moral. El asalariado, entonces, ocupó un lugar marginal en los vínculos socioeconómicos hasta la Revolución Industrial, cuando se convirtió en la forma predominante. Robert Castel, *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, trad. de Jorge Piatigorsky, Buenos Aires, Paidós, 1997, p.14-17 (Paidós Estado y Sociedad, 57)

lujo y el placer, y eran indignos de un hombre libre. Elio Arístides se jactaba de dedicarse a la oratoria sin necesidad de vivir de ella; así tomaba distancia de quienes sí debían trabajar para subsistir, cuya situación estimaba servil. A Elio Arístides la retórica le traía prestigio, respeto, influencia y admiración, a los demás, su trabajo les daba básicamente para comer. Es lógico que no viera mérito en las labores productivas, pues “¿quién felicitaría por su arte a los curtidores, talabarteros, bataneros o zapateros remendones [...] que esas artes sean propias de obreros y sean serviles quienes se dedican a ellas?”<sup>120</sup> Para Luciano, trabajar por un sueldo era señal de necesidad porque se vivía sin posibilidades de ahorrar; decía que quien “depende de un sueldo cree que por esto precisamente ha evitado la pobreza, no entiendo como un tipo así no tiene la impresión de estarse engañando a sí mismo”. Según Filóstrato, Apolonio de Tiana criticaba a los navegantes por su afán de lucro que los llevaba a buscar más mercados y utilizar todos los medios posibles -como mentir- para obtener una mayor ganancia. Del mismo modo, Libanio se enorgullecía de que su retórica no estaba condicionada al pago de sus alumnos, porque perdonaba voluntariamente a los morosos. Su satisfacción iba más allá de la paga; por ello acusaba a su rival Acacio de preocuparse excesivamente por el cobro de sus clases, como si vendiera verduras o carne, lo cual era vergonzoso para un hombre libre y noble cuyos valores le hacían rechazar tal actitud.<sup>121</sup> La esclavitud al estómago -trabajar por necesidad- era el estigma de varios que se volvían ciudadanos de segunda sin el ocio y desahogo de los órdenes superiores.

Tal actitud no evita el reconocimiento de la utilidad del trabajo: el que los teóricos del Estado, como Platón, Aristóteles y Cicerón recalcaran el papel de los trabajadores para el sostén de sus sociedades y dedicaran partes de sus trabajos para indicar sus funciones, muestra su importancia dentro de la economía. Ni el más disparatado aristócrata hubiera dicho que esas funciones eran superfluas, pero debían mantenerse dentro de las medidas

---

<sup>120</sup> Aristid. *Or.* II.132-133. III.99. El sueldo que percibía Elio Arístides, según él, era “amistad, benevolencia, comprensión, recuerdo, honor concedido a los discursos, respeto a quien los compone”. *Or.* XXVIII. 10. Para el pasaje de Dion de Prusa, *Or.* VII.109-122. Sobre la necesidad de los ricos de trabajar: “Ninguna, desde luego [...] pero es que tampoco tienen necesidad de manos ni de pies”. *Or.* XXXV.12

<sup>121</sup> Luc. *Sueldo.* 5. Philostr. *VA.* IV.32. Lib. *Or.* I.107-109. Cfr. Juv. X.130-132. La relación del comercio y la artesanía con la ganancia excesiva e injusta había sido enfatizada por Cicerón. Éste decía que el comercio menor era censurable si se actuaba como revendedor e intermediario para obtener la mayor ganancia posible. En cambio, la agricultura era la actividad más digna. Cic. *Off.* I.151. Siglos antes, Hesiodo había escrito que el lucro motivó el comercio. Hes. *Erga.* 225-237. Para esto: Andrea Giardina, “El mercante”, en Giardina, *op. cit.*, p.276-280. En el mundo preindustrial, la nobleza era de tierra y Roma seguía ese modelo: la figura superior de la sociedad romana fue el campesino -aunque idealizado- que se observa en Cat. *De Re Rust.* Introd. Varr. *De Re Rust.* II.1-2. Verg. *Georg.* I.121-135. Mus. Ruf. *Disert.* I.11.

establecidas. La presencia de quienes trabajaban era evidente y los autores incluso alababan la habilidad de los artesanos o la pericia de los comerciantes. No obstante, es revelador el contexto de esos elogios: muchas veces ejemplifican cuestiones morales o de conducta que rebasan la actividad comercial y artesanal. Séneca, que tenía una visión negativa del trabajo manual, admitía la existencia de valores en los atletas que aguantaban entrenamientos y penalidades para lograr la victoria y cubrirse de gloria.<sup>122</sup> También reconocía la destreza del gladiador para tomar decisiones en la arena y observar las reacciones de su oponente para atacarlo mejor. Sin embargo, Séneca resaltaba las cualidades no en sí mismas, sino para mostrar el proceder que debía tenerse frente a las circunstancias de la vida; era un ejemplo de que no debía temerse a la muerte: “la muerte inminente dio, aun a los incultos, ánimo para no evitar lo inevitable. Así el gladiador más cobarde durante toda la pelea, ofrece el cuello al adversario y dirige contra sí la espada incierta”.<sup>123</sup> Así, despreciaban la muerte y preferían morir dignamente en la arena que en el espoliario, lo cual era admirable en sujetos con orígenes serviles, o *ingenui* que renunciaban temporalmente a sus derechos como libres para ganar dinero. El aprecio no es al gladiador en sí, sino a su ejemplo que debía ser imitado por quienes tenían una buena posición social y una preparación adecuada para no apearse irracionalmente a la vida. La arena se volvía una escuela de virtudes al probar que todos podían exhibir cualidades destacadas; con cuánta más razón los estratos superiores. Su virtud, era exaltar “los sentimientos más elevados, el amor a la gloria y el desprecio a la muerte”.<sup>124</sup> La figura del gladiador se asociaba a la disciplina y la valentía, y se ganaba el elogio filosófico al morir con honor, empero, no se le valora ni a sus aptitudes como tales.

Otros autores se mueven en la misma línea: Musonio Rufo aludía a la habilidad de marineros y músicos en sus oficios para probar que es mejor la práctica de las virtudes que la teoría sobre ellas. Su discípulo, Epicteto, usaba bastantes imágenes de trabajos cotidianos

---

<sup>122</sup> Sen. *Ep.* XIII.2. LXXVII.16. Una imagen similar en Dio Chrys. *Or.* XXXI.22

<sup>123</sup> Sen. *Ep.* XXX.8. Cfr. XCIII.12. *Tranq.* XI.4. Cicerón decía sobre el valor de los gladiadores: “hombres perdidos o bárbaros, ¡Qué golpes sobrellevan! ¡De qué modo aquellos que han sido bien adiestrados prefieren recibir un golpe que evitarlo de manera torpe! [...] ¿Cuál, después de haber caído, retiró el cuello tras habersele ordenado que recibiera el hierro? Tanto valen la ejercitación, la práctica, la costumbre. Luego esto lo podrá un samnita, vil hombre, digno de aquella vida y lugar; el varón nacido para la gloria ¿tendrá tan muelle alguna parte de su ánimo que con la preparación y la razón no la corrobore? *Tusc.* II.141

<sup>124</sup> Auguet, *op. cit.* p.165. Cfr. Kyle, *op. cit.*, p.80. Sobre el valor didáctico de los juegos gladiatorios para el público, Cicerón decía: “Pues cuando los malhechores pugnaban con el hierro, tal vez podía haber muchas disciplinas para las orejas, ninguna, en verdad, más fuerte para los ojos contra el dolor y la muerte”. *Tusc.* II.141. Sus críticas eran a los excesos: las matanzas que aletargaban a los espectadores e impedían apreciar la técnica de los gladiadores en un combate con reglas claras. Cfr. Sen. *Ep.* XCL.33. Plin. *Ep.* IX.6.

para esclarecer rasgos de la labor filosófica. Comparaba la firmeza del filósofo en su aprendizaje con la aplicación del corredor y del cantante, y la reflexión filosófica con el trabajo de zapateros, músicos y carpinteros, pues la enseñanza de sus oficios aburría al neófito, pero sus obras mostraban utilidad y belleza. Para apuntar que se debía estar preparado ante todo evento que pusiera a prueba sus convicciones, indicaba que los atletas pedían prácticas y rivales más difíciles para ser mejores, y usaba a los gladiadores para reforzar este punto: “entre los gladiadores del César, los hay que se enfadan porque nadie los hace avanzar ni los empareja y ruegan a la divinidad y se acercan a los encargados para pedirles combatir, y entre vosotros ¿ninguno se mostrará como ellos?”<sup>125</sup> Elio Arístides asemejaba la dedicación que exhibían zapateros, tejedores y herreros en sus oficios con el empeño que ponía el orador en su arte; además, cuidaban su dignidad al esperar un llamado y tal orgullo debía ser exhibido también por el rétor dada la nobleza de su saber. Plutarco utilizó giros similares para probar que el gobernante necesita gente capaz que lo auxilie en sus importantes labores, así como los arquitectos tienen trabajadores para ayudarles en sus obras.<sup>126</sup> Marco Aurelio empleó la danza, el pancrancio y la escultura para ilustrar el esmero que sus practicantes ponían en sus actividades. Para señalar el ardor que se debe tener al cultivar la virtud, indica que bailarines y cinceladores, “cuando sienten pasión por algo, ni comer ni dormir quieren antes de haber contribuido al progreso de aquellos objetivos a los que se entregan”.<sup>127</sup> En todos los casos, el elogio no se dirige a la actividad en sí ni a los trabajadores por sí mismos, sino a las virtudes que muestran: su función es básicamente analógica y llevar a la reflexión. Los trabajos son alabados por su valor moral que debe trasladarse a otros ámbitos de la vida como la política y la filosofía, que requerían grandes cualidades y constancia por parte de las capas altas. Los oficios están en un plano marginal y su valor intrínseco es bajo a los ojos antiguos. El mensaje es que incluso las personas ínfimas tienen virtudes en ocupaciones innobles; así, quienes están en la cima social, deben mostrar esas virtudes consciente y sistemáticamente en terrenos más importantes.

<sup>125</sup> Mus. Ruf. *Disert.* V.20-21. Epict. *Disert.* I.29.33-37. Cfr. I.4.20.21. II.13.1-5. II.14.3-6. *Ench.* 17. Sen. *Ep.* LXX.19-27. XCV.33. XIII.2. LXXI.2. Horacio destacaba el uso estoico de las habilidades de zapateros, cantantes y artesanos para mostrar las virtudes del sabio. Hor. *Sat.* I.3.124-133

<sup>126</sup> Aristid. *Or.* XXXIII.11-14. Plut. *Mor.* 807A. Frontón comparaba la habilidad del orador para adaptar su discurso al gusto del auditorio con la destreza del bestiario ante las fieras. *Ep.* I.37.2

<sup>127</sup> Mar. Aur. V.8. También los cristianos hacían esto: para mostrar el aguante en su predicación, Pablo usaba corredores y rúgiles: “He peleado la buena pelea, he corrido la carrera, he guardado la fe”. (τὸν ἀγῶνα τὸν καλὸν ἠγώνισμαι, τὸν δρόμον τετέλεκα, τὴν πίστιν τετήρηκα) 2 *Tim.* 4.7. En las parábolas de Jesús se alude a comerciantes, pastores y pescadores para ilustrar puntos de su mensaje. *Mat.* 13.45-48. *Jn.* 10.1-17

Trabajar por necesidad era la marca indeleble del sujeto que no podía desarrollar sus capacidades intelectuales a su máximo nivel, lo que sí podían hacer quienes ejercían una actividad por gusto, ocio o distracción, ya que su poder económico y posición social los libraba de una condición oprobiosa en su sociedad. Laborar para subsistir significaba no ser un hombre pleno al estar sujeto a actividades que pocos harían por mero placer. Aristóteles afirmaba que era indigno ejercer cualquier arte vulgar, pues “propio del hombre libre es el no vivir para otro”, y, al analizar este pasaje, Finley dice acertadamente que “es claro, por el contexto, que su idea del vivir bajo la coacción no se limita a los esclavos, sino que se extiende al jornalero y a otros que eran económicamente dependientes”.<sup>128</sup> En el mundo antiguo, había la convicción de que una actividad debía poseer su propio fin, o sea, que el agente fuera directamente beneficiado de lo que hace. Esto ocurría en el ámbito moral, pues cada uno se beneficia de las acciones que realiza, pero esto no sucede en el trabajo manual, pues el artesano produce algo externo a él para otra persona, por lo que está supeditado. Al no usar lo que hace, el artesano es un instrumento que satisface la necesidad del comprador; por ello, Vernant indica que “alienándose en la forma concreta del producto, en su valor de uso, el trabajo del artesano se manifiesta como servicio a otro, como esclavitud”.<sup>129</sup> Estos apuntes teóricos se empalman con que el campo laboral en la Antigüedad clásica estaba ocupado mayoritariamente por esclavos; esto implica que el trabajo estaba ligado al sector que no tenía personalidad jurídica, pues eran propiedad del amo, sin derechos y bajo el arbitrio de ese *dominus*. Los esclavos eran forzados a trabajar para otro: su voluntad no existía y era una señal inequívoca de la sujeción que un hombre libre se ufana no tener. Esta relación fue crucial en la escasa estima social dada al trabajo: un liberto también requería trabajar para su manutención, y ejercía el mismo oficio que cuando era esclavo.<sup>130</sup> No había una división social del trabajo entre libres y esclavos, ya que laboraban juntos. Los pequeños campesinos eran libres, pero tenían diversos grados de dependencia respecto a personas poderosas, sea del ámbito civil, militar o eclesiástico, cuando la Iglesia tomó una posición de poder en el Imperio. A los ojos del patrono, no se diferenciaban de los esclavos:

---

<sup>128</sup> Arist. *Ret.* 1367a. Finley, *La economía...* p.42.

<sup>129</sup> Jean-Pierre Vernant, *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, trad de Juan Diego López Bonillo, 5ª reimp., Barcelona, Ariel, 2007, p.279 (Ariel Filosofía). Esto recuerda la aseveración de Cicerón sobre los asalariados “porque para ellos la paga misma es una obligación de servidumbre”. *Off.* I.149

<sup>130</sup> Anderson, *op. cit.*, p.94. De Martino, *op. cit.*, v.2, p.631-635. Walbank, *op. cit.*, p.62. Andreau, “El liberto” y Morel, “L’artigiano”, en Giardina, *op. cit.*, p.198-201 y 238-239. Luciano decía que las manos sucias y los instrumentos le daban al artesano la apariencia de un esclavo. *Luc. Somn.* 13.

la distinción conceptual entre trabajo servil y libre es difusa, pues el colono tardorromano y el esclavo terminaron confundiendo en la práctica. Como efecto de esta evolución teórica y empírica, trabajar para otro o para uno mismo con fines de subsistencia se convertía en un servilismo incompatible con la plena libertad. Lo que dicen Ellen y Neal Wood sobre la pólis griega, puede aplicarse a Roma: “la libertad civil no significó libertad desde el trabajo, sino libertad del trabajo”.<sup>131</sup> Verse libre del trabajo era algo valioso para adquirir más fácilmente educación y cultivar la virtud; era un juicio aristocrático de valor que denigraba a todos los trabajadores por igual: para los nobles, era lo mismo un panadero de la calle que el panadero con vastos recursos que construyó su tumba a las afueras de *Porta Maggiore*. El mismo desprecio se reservaba para los artesanos que podían entrar a un colegio que para aquellos que no podían. Por esto, Ellen y Neal Wood afirman que, en el mundo antiguo, “la educación que hace la diferencia entre virtud y vicio es claramente aristocrática”.<sup>132</sup>

En cuanto a quienes laboraban en los juegos y espectáculos, los actores, cantantes, gladiadores y citaristas, entre otros, eran o habían sido esclavos, y, pese a que despertaban el aplauso del público (incluso príncipes como Nerón y Cómodo expresaron afición por esas ocupaciones), su trabajo seguía siendo considerado infamante y denigraba al que lo ejercía. Una cosa era admirar las habilidades y las obras de esos sujetos, y otra pretender desempeñar esos oficios. Así lo señala Plutarco

en los demás casos, a la admiración por lo hecho no le sigue inmediatamente un impulso de hacerlo, sino que muchas veces hasta sucede lo contrario, que nos regocijamos con la obra pero despreciamos a su artífice; éste es el caso de los perfumes y los tejidos, que sentimos placer con ellos, pero a los tintoreros y perfumistas los consideramos serviles y mezquinos [...] El trabajo manual de las ocupaciones vulgares contiene en sí mismo, como testigo de su indiferencia hacia las nobles, el esfuerzo derrochado en las cosas inútiles. Ningún joven bien nacido desea ser Fidias al contemplar el Zeus de Pisa, ni Policleteo ante la Hera de Argos ni tampoco Anacreonte, Filemón o Arquíloco, porque le gusten sus poemas. Pues no necesariamente porque la obra produzca placer con su encanto, merece nuestro interés el artífice.<sup>133</sup>

---

<sup>131</sup> Wood y Wood, *op. cit.*, p.39 (civic liberty meant not freedom from labour, but freedom of labour). Para la situación del colono bajoimperial: Cameron, *op. cit.*, p.99-100. De Martino, *op. cit.*, v.2, p.518-524. Yvon Thébert, “Lo schiavo”, en Giardina, *op. cit.*, p.183. Mac Mullen, “Late Roman slavery”, en *Changes in the ...* p.247-248. Esta visión negativa del trabajo manual fue considerado causa del supuesto bajo desarrollo tecnológico de la Antigüedad clásica, aunque en los últimos años se ha revisado este lugar común de la historiografía antigua. Andrew Wilson, “Machines, Power and the Ancient Economy”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 92, 2002, p.2-4

<sup>132</sup> Wood y Wood, *op. cit.*, p.147. (The education that makes the difference between virtue and vice is clearly an aristocratic one) Cfr. Veyne, *La vita privata...* p.111-114.

<sup>133</sup> Plut. *Vit. Pericl.* I.4-II.2. Para esta actitud ambivalente: Kyle, *op. cit.* p.82. Guerri, *op. cit.*, p.135

En un ambiente dominado por los esquemas aristocráticos de pensamiento, no sorprende esto: se amaba la obra de arte, pero el artista era despreciado o, cuando mucho, escasamente valorado. Lo mismo puede decirse de toda actividad manual. Luciano discutía la ocupación más adecuada para un libre y como ejemplo utilizaba una prosopopeya de la Escultura y la Retórica: la primera le promete que dará orgullo a sus padres y honra a su patria, y cita los ejemplos de Fidias, Policleto, Mirón y Praxíteles para mostrar la admiración que sus obras provocan y la fama que ganaron. En cambio, la segunda le augura amplios conocimientos y varios beneficios: cargos políticos, estima, patrocinios, distinción, fama e inmortalidad. Su sapiencia provocará que destaque en su arte, y que lo lean los hombres cultos de su tiempo y del futuro. En cambio, si escoge la escultura, será un simple trabajador que depende de su labor; será poco conocido, tendrá baja reputación y un salario miserable, carecerá de amigos influyentes y del respeto de sus conciudadanos, se someterá a los superiores y querrá la atención de los poderosos: “aunque llegaras a ser un Fidias o un Policleto y realizaras unas obras maravillosas, todos alabarían tu arte, pero ni uno solo de los que lo vieran, si tuvieran dos dedos de frente, pediría a los dioses ser como tú, fueras lo que fueras, serías considerado un obrero y un artesano que se gana la vida con las manos”.<sup>134</sup> Ello evidencia que, en la escala social de la Antigüedad, el trabajo era estimado una necesidad de la cual todos se librarían si pudieran. Amasar una fortuna gracias a un oficio, no era la mejor manera de enriquecerse según los parámetros nobiliarios, ya que todavía se trabajaba para vivir y se seguía dependiendo de otros, lo cual era una mancha en el mundo romano. En esta sociedad pesaba mucho el modo en que alguien era percibido por los demás, por lo cual el trabajador regularmente era subestimado por los órdenes superiores.

### La ambigua pobreza

Como se señaló en el capítulo anterior, las brechas económicas entre los integrantes de la sociedad romana eran enormes. Riqueza y pobreza eran dos realidades contrastantes que convivían de cerca, especialmente en las grandes ciudades, y que influían en el modo de vida de las personas. Ambas situaciones generaron reacciones en su medio social; por esto,

---

<sup>134</sup> Luc. *Somn.* 9-10. Esto recuerda la aseveración de Cicerón en cuanto que los profesionistas eran despreciables y serviles, “no sus artes”, distinguiendo claramente ambos ámbitos. *Off.* I.150. “¿Quién ignora que el arte es una vergüenza para muchos?” preguntaba Elio Aristides. *Or.* II.131

es importante analizar la actitud que las fuentes clásicas tienen ante la pobreza y los sujetos que padecían esa condición.

Contra lo que pudiera pensarse, varios escritores clásicos se refieren a la pobreza en buenos términos y ponderan sus virtudes. Era conocida la admiración a los generales y estadistas que habían proporcionado grandes servicios al Estado romano con una situación económica frágil: Menenio Agripa, Quincio Cincinato, Fabricio Luscino y Curio Dentato, entre otros, eran recordados en la historiografía romana por sus escasos recursos que no los frenaron para realizar gestas a favor de Roma. Por ejemplo, se dice que Menenio Agripa fue incinerado a expensas de los plebeyos debido a que ni siquiera le alcanzaba a su familia para esto.<sup>135</sup> Poetas como Horacio y Persio destacaban las ventajas de la pobreza, pues ésta libraba a los hombres de innumerables peligros que acechan a los ricos: la pérdida de sus bienes debido a los ladrones o a desastres naturales, los desfalcos de sus esclavos y el peligro de ser asesinados por éstos. La riqueza despierta la envidia de vecinos y conocidos, y la codicia de los herederos que podía llevar al asesinato. En cambio, la pobreza no tiene que temer nada de esto, con lo que se vuelve el estado más seguro.<sup>136</sup>

Por su parte, Séneca reiteradamente propugna por la pobreza como una situación en la que el sabio puede expresar sus virtudes. La pobreza se apega a la naturaleza, que exige únicamente la satisfacción de las necesidades básicas, y la eliminación de lo superfluo; por ende, enseña grandes lecciones, retiene a los verdaderos amigos, aleja a los interesados y empuja al hombre a contentarse con lo que tiene. Lejos de ser un estorbo para la filosofía, conduce a ella porque no distrae con la obtención y aumento de riquezas; en esto concuerda con Epicuro que dice: “quien se aviene bien con la pobreza es rico”.<sup>137</sup> Dion de Prusa alaba también la pobreza frente a la opinión generalizada a favor de la riqueza. Los pobres están más dispuestos a ayudar y comparten más generosamente sus bienes; los ricos ignoran a quienes no tienen su posición. La riqueza propicia la codicia y la tacañería, mientras que el pobre se contenta con lo que tiene, se recupera de la enfermedad más fácilmente, y regala por gusto y no por obligación. Dion concluye que “la pobreza no es un obstáculo imposible

---

<sup>135</sup> Liv. II.33. III.26. Val. Max. IV.3.5-8. Sobre Cincinato, Tito Livio decía que su ejemplo probaba que la pobreza no era obstáculo para la virtud. En Grecia, Solón se consideraba entre los pobres. *Vit. Sol.* III.1.

<sup>136</sup> Hor. *Sat.* I.1.76-85. Pers. VI.33-41. Cfr. *Phaed.* II.7

<sup>137</sup> Sen. *Ep.* IV.11. La riqueza sólo proporciona bienes externos que el sabio sabe que son mudables: “Tiene una hermosa familia, siembra mucho y presta mucho a rédito; nada de esto está en él, sino junto a él. Alaba en él lo que no se puede dar ni quitar, lo que es propio del hombre”. *Ep.* XLI.7-8. Cfr. *Ep.* XVII.6-10. XX.7-8.

en la vida y existencia que conviene a hombres libres, cuando éstos quieren superarse a sí mismos; al contrario, la pobreza lleva a trabajos y a acciones mucho mejores y más útiles y más en consonancia con la naturaleza”.<sup>138</sup> En la misma línea, Luciano asevera que el rico lleva una existencia más penosa que el pobre, pues se preocupa por la posible pérdida de sus bienes, debe pagar grandes sumas en concepto de liturgias, puede sufrir la confiscación de sus propiedades, teme al delator y desconfía de todos al creer que desean sus bienes, y su codicia ansía más cosas. En cambio, el pobre vive austera y tranquilamente, más sano y fuerte sin los excesos de los ricos en la comida y la bebida. Mientras que la riqueza trae consigo adulación, intrigas, envidia y odio, la pobreza se rodea de franqueza, trabajo, constancia, sabiduría y virilidad. Es “buena colega y maestra de virtudes, cuya asistencia alcanzó la salud del cuerpo y la fortaleza de carácter, viviendo una existencia viril, mirando por sí mismo y considerando lo superfluo y excesivo como algo ajeno”.<sup>139</sup> Apuleyo afirma que la pobreza es una condición necesaria para el ejercicio filosófico: “es frugal, sobria, rica con poco, celosa de su propia gloria, posesión segura frente a las riquezas, tranquila de aspecto, sencilla de atuendo, leal en el consejo; a nadie hinchó jamás de soberbia, a nadie corrompió con el desenfreno, a nadie hizo feroz con la tiranía; no quiere ningunos placeres del vientre y del sexo, ni le es posible desearlos”.<sup>140</sup> Dice que los grandes crímenes han sido cometidos por los ricos, y enumera ejemplos históricos de personas con pocos recursos que brillaron por sus virtudes y por los servicios prestados a sus comunidades. También habla de los beneficios a la salud que traía una existencia frugal y mesurada. La pobreza, pues, no era penosa, sino el estado óptimo para cultivar cualidades y vivir conforme a la naturaleza. Lejos de ser un signo de baja, la pobreza debía ser tomada en cuenta como forma de vida.

Sin embargo, el asunto de la pobreza en la Antigüedad es más complicado de lo que parece. El concepto de pobreza no es el mismo en todas las épocas y puede variar incluso de persona a persona en un mismo periodo: es un término complejo cuyo significado debe analizarse según su particularidad histórica. Es un intento moderno definir con criterios objetivos los parámetros que marcan la pobreza, puesto que en el siglo XX se introdujeron

---

<sup>138</sup> Dio Chrys. *Or.* VII.103. Musonio Rufo aplaudía la superioridad del régimen alimenticio del pobre: “son más vigorosos y capaces de esforzarse, que se fatigan menos en los trabajos, que enferman más raramente, que soportan con más facilidad la helada, el calor, el insomnio, toda esa clase de cosas”. *Disert.* XVIII.104

<sup>139</sup> Luc. *Tim.* 33. Cfr. *Gall.* 21-23. *Sat.* 26-29. Apuntes similares sobre esto: Juv. X.12-27. XIV.318.

<sup>140</sup> Apul. *Apol.* 18. Hasta el párrafo 22 dura esta ponderación de la pobreza. En el siglo IV, Libanio recalca la buena fama que la pobreza otorga y él presume su desdén por la riqueza. Lib. *Ep.* I.9-11. II.184.3

nociones como pobreza relativa y mínimo de subsistencia que deseaban alejarse de las percepciones y valoraciones difusas, aunque esas nociones aun son arbitrarias.<sup>141</sup> Parece que todo intento de definir la pobreza y sus niveles se basa en una escala variable de valores y necesidades referente a la alimentación, la vivienda, la salud y otros factores. Sólo para efectos operativos, la pobreza puede concebirse en líneas generales como la calidad y condición de quien padece carencias en recursos económicos, higiene y salud que lo ponen en un estado de vulnerabilidad dentro de una sociedad dada. Como escribió Michel Mollat:

La definición del pobre y de sus estados debe, pues, ser amplia. El pobre es aquel que, de manera permanente o temporal, se encuentra en una situación de debilidad, de dependencia, de humillación, caracterizada por estar privado de los medios, variables según las épocas y las sociedades, de potencia y de consideración social: dinero, relaciones, influencia, poder, ciencia, calificación técnica, honorabilidad de nacimiento, vigor físico, capacidad intelectual, libertad, y dignidad personales. Viviendo al día, no tiene ninguna oportunidad de levantarse sin la ayuda ajena.<sup>142</sup>

Resulta entonces una noción relativa: se es pobre en relación con otras personas; además, el uso de esta palabra esconde grados que pueden pasar inadvertidos, pues es un término equívoco y ambiguo que abarca numerosas posibilidades

En la Antigüedad clásica la complejidad se constata en el vocabulario mismo: entre los griegos, Aristófanes señaló la diferencia fundamental de los grados de la pobreza al personificar dos palabras, *Penía* y *Ptocheia*, en su *Pluto*. La primera rechaza ser hermana de la segunda, pues “la vida del *ptochos* consiste en no tener nada, la del *penes*, en vivir de modo frugal y en aplicarse al propio trabajo, en no tener un excedente, pero también en no carecer de lo necesario”.<sup>143</sup> Al comentar este pasaje, Finley apunta que el *ploutos* era el que tenía los recursos suficientes para vivir holgadamente de sus ingresos, y el *penes* no; éste poseía algunos bienes, pero usaba su tiempo en ganarse la vida; así, “*Penía*, en suma, significaba la dura obligación de laborar, en cuanto que el indigente, el hombre totalmente desprovisto de recursos, por lo general es llamado *ptochos*, mendigo, no *penes*”.<sup>144</sup> Tal

---

<sup>141</sup> Se ha sugerido que las necesidades mínimas nutricionales de un adulto rondan en la ingesta de entre 1000 y 3000 calorías como un dato que puede constatar científicamente. Sin embargo, esas cantidades pueden variar según el trabajo, el sexo, el clima, la alimentación, etc. Por ello algunos insisten que se trata más de un juicio de valor que se apoya en deducciones e indicios que los especialistas usan para verificar sus posturas sobre la pobreza. Whittaker, “Il povero”, en Giardina, *op. cit.*, p.304-305. Rouselle, *op. cit.*, p.205-206

<sup>142</sup> Michel Mollat, *Pobres, humildes y miserables en la Edad Media. Estudio social*, trad. de Carlota Vallée, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p.12 (Sección de obras de Historia)

<sup>143</sup> Ar. *Plout.* 551-554

<sup>144</sup> Finley, *La economía...*p.42

diferenciación es visible en los pasajes de los autores griegos de época romana donde se alaba la *penía*, pero se repudia a la *ptocheia* como la condición más indeseable e ínfima que alguien pudiera tener. Gabriella Bodei Giglioni, al estudiar el uso de *penes* y *aporos*, observa que reflejan el medio de vida de comerciantes y artesanos con recursos pequeños y medianos, y afirma que “πένητες y ἄποροι no son los indigentes en sentido absoluto, sino aquellos que, no teniendo suficiente para vivir con los propios ahorros, están obligados a encontrar un trabajo y ponerse en dependencia de otros”.<sup>145</sup> Algo similar ocurre con el latín: lo que elogian los escritores latinos previamente citados es la *paupertas* que implicaba la posesión de lo necesario para la subsistencia, mientras que la *inopia* o la *egestas* involucran la carencia de lo mínimo indispensable para la vida cotidiana y ponen a las personas en un estado marginal. Por lo tanto, no es casual que se considere bien al *pauper*, y no al *egens* o al *inops*. Esto es visible cuando Marcial recrimina a un tal Néstor que se creía pobre porque no tenía una toga, una casa, una cama y un esclavo. Según el poeta, eso no es pobreza, sino miseria: “No tener nada, Néstor, no es pobreza”. Séneca tiene una visión similar sobre esto cuando escribió: “yo no veo que la pobreza pueda ser otra cosa que la posesión de poco”.<sup>146</sup> El manejo de los términos no es azaroso; más bien son empleados conscientemente para dar imágenes claras a sus lectores; su utilización tenía implicaciones sociales e ideológicas.

Pese a esto, se puede precisar un poco más lo que se entendía por pobreza. Horacio alaba al rústico Ofelo por su vida sencilla a causa de su pobreza: tiene tiempo para cazar animales en el bosque, montar a caballo y lanzar el disco, para después llegar a su mesa y gozar de una comida frugal y exenta de platillos lujosos y excéntricos; cultiva una parcela y cuida su rebaño, socorre a sus vecinos y los invita a comer. El propio Horacio pondera su pequeña propiedad en suelo sabino, donde podía pasar una existencia tranquila en medio de charlas, lecturas y comidas con sus amigos.<sup>147</sup> Un siglo después, Dion de Prusa dibuja también al pobre ideal en el campo: tiene tierras, una yunta de bueyes y dinero suficiente para organizar la boda de sus hijos, posee bienes para efectuar actividades comunitarias; trabaja felizmente con sus hijos sus tierras para obtener su alimento y hace sus herramientas

---

<sup>145</sup> Bodei Giglioni, *op. cit.*, p.8. (non sono gli indigenti in senso assoluto, ma coloro che, non avendo abbastanza per vivere con le proprie sostanze, sono costretti a cercarsi un lavoro e a porsi alle dipendenze di altri) Cfr. Whittaker, “Il povero”, en Giardina, *op. cit.*, p.309-310

<sup>146</sup> Mart. XI.32.8. Sen. *Ep.* LXXXVII.39. Para los significados de *paupertas* en los autores latinos, *vid* Tim G. Parkin y Arthur J. Pomeroy, *Roman Social History. A Sourcebook*, Londres y Nueva York, Routledge, 2007, p.203-209 (Routledge Sourcebooks for the Ancient World)

<sup>147</sup> Hor. *Sat.* II.2.1-16, 112-125. II.6.1-15.

de trabajo, todo esto sin la presión de la vida citadina y de los excesos que acompañan a la riqueza. Resulta, pues, un pobre respetable y autosuficiente. En el siglo IV, Claudiano canta la fortuna del agricultor que vive de sus campos y no se afana en empresas comerciales y políticas riesgosas; al contrario, pasa toda su vida en el mismo terruño.<sup>148</sup> Estos tres autores hablan de pequeños propietarios rurales, esto es, gente con ciertos recursos. En caso de Dion, su pobre cuenta con una yunta que significaba una mejor posición económica, pues la posesión de ganado requería forzosamente mayores bienes si se recuerda que Solón había dispuesto que los *zeugitas* fueran la segunda clase censitaria con derechos políticos, ya que su trabajo les proporcionaba los bienes para solventar sus necesidades básicas y sociales.

Horacio y Dion trazan campesinos pobres que no estaban en la miseria, pero no debe olvidarse que este ideal está hecho por gente que no compartía los afanes agrícolas. Por ende, estos campesinos, más que una imagen realista, son la representación que las élites romanas hacían del campesino para remarcar que ser pobre no implicaba estar en necesidad, ni un obstáculo para ser virtuoso; de este modo, ilustran el concepto de pobreza digna que sus lectores podían compartir.<sup>149</sup> En caso de que esos “pobres” hayan existido realmente -no debe subestimarse la resistencia del pequeño campesinado- debieron ser muy pocos los que podían reunir esas condiciones y, aun así, esto no quiere decir que estaban libres de preocupaciones o que su entorno fuera idílico. La vida fue más difícil para los pequeños campesinos de lo que los autores plantean -la historia clásica está plagada de episodios que lo corroboran-, y estuvo habitualmente en el nivel de subsistencia. Aunque autosuficientes, los agricultores tenían una lucha constante para no romper el frágil estado en que estaban.<sup>150</sup>

Conviene seguir desmenuzando estos aspectos y ver más de cerca lo que entendían los autores antiguos por vivir como pobre. Por ejemplo, Séneca afirmaba que en ocasiones vivía frugalmente como la mayoría de la población; cuando vivía como pobre dormía en el

---

<sup>148</sup> Dio Chrys. *Or.* VII.9-23. Claud. *Carm. Min.* 20. Cfr. Verg. *Georg.* II.458-459

<sup>149</sup> Dupont, *op. cit.*, p.54-56

<sup>150</sup> Una inscripción del siglo III en Mactar, norte de África, refiere a un campesino que por 23 años trabajó como jornalero y después adquirió tierras. Llegó a acumular el dinero suficiente para ocupar un sitio como decurión en su ciudad natal. Si bien espectacular, el caso es atípico por las condiciones del campo. Alföldy, *op. cit.* p.204-205. Finley, *La economía...*p.84. Algunos campesinos estaban en mejor situación que la de quienes perdían sus tierras, o la de la masa urbana desalojada cuando no pagaba el alquiler al cumplirse el plazo y debía pernoctar en colinas, puentes, pórticos o necrópolis, y mendigar en las calles. Mart. XI.32. Juv. III.305. Luc. *Sat.* 11. Euseb. *Vit. Const.* I.43.1. Cfr. Salles, *op. cit.*, p.238-239. Había gimnasios y baños que cobraban la entrada y muchos pobres no podían entrar en ellos. Fronto. *Ep.* 136.1

suelo, llevaba dos capotes, su vehículo era rústico y en él cabían pocos esclavos, suficientes para dos días; además, su comida se preparaba solamente en una hora e incluía higos.<sup>151</sup> Apuleyo se ubica en la misma línea cuando pondera la pobreza de los grandes personajes de la República romana que contaban con diez esclavos o menos. Él decía que lo acusaban de tener una casa ruin y pocos esclavos, de que se vestía sencillamente y que su comida era parca. Aun así se ufanaba de su pobreza, que incluía la herencia paterna de dos millones de sestercios, con los que podía viajar por varias regiones, conseguir excelentes maestros, ayudar a sus amigos y procurar dotes a las hijas de sus profesores; todo esto sin contar la cuantiosa dote de su esposa.<sup>152</sup> En estos dos autores se observa una concepción particular de la pobreza admirable que la aleja de las condiciones de vida de muchos, pues su pobreza admite la propiedad de esclavos y de recursos que posibilitan educación, viajes y comidas. Esta celebración de la pobreza proviene de personas con caudales y vínculos sociopolíticos importantes, que determina esa percepción; para ellos, “la posesión de tierras significaba la ausencia de una ocupación; para otros, significaba labor incesante”.<sup>153</sup> Más que una pobreza llana, se trata de una riqueza media que permite la adquisición de bienes y tiempo libre para dedicarse a actividades liberales. Si la llaman pobreza es para distinguirla de las fortunas que senatoriales, caballeros y libertos ricos usaban para su ostentoso estilo de vida. Sin duda, era una pobreza que muchos hubieran estado deseosos de “padecer”.

Por esto, debe tenerse cuidado cuando las fuentes hablan de que alguien ha caído en pobreza. En los inicios del Imperio, Augusto y Tiberio proporcionaron ayuda económica a los nobles que se arriesgaban a perder su pertenencia al orden senatorial por no cumplir con el monto mínimo de un millón de sestercios que Augusto había dictado. Para evitar abusos, Tiberio dispuso que quien deseara ese beneficio, tenía que justificar la causa de su pobreza ante el senado; empero, varios no lo hicieron por vergüenza, y eligieron quedarse pobres y no dar cuenta de su situación.<sup>154</sup> Es difícil pensar que los senatoriales cayeran en la miseria o en la indigencia, esto es, que carecieran de lo básico para vivir; los nobles contaban con nudos familiares y sociales prestos a ayudarse mutuamente cuando uno estaba en apuros: la solidaridad familiar y de grupo fue una protección importante de la que carecían los estratos

---

<sup>151</sup> Sen. *Ep.* XXIV.17. XVIII. LXXXVII. 1-5.

<sup>152</sup> Apul. *Apol.* 21-23. Valerio Máximo ofrece un catálogo de romanos destacados que poseían vasos de barro, una casa, un pequeño campo y pocos esclavos, lo que califica de duras penalidades. IV.3.11-12

<sup>153</sup> Finley, *La economía...* p.115

<sup>154</sup> Tac. *Ann.* I.75. Suet. *Tib.* 47.2. Cfr. Adriano y Marco Aurelio. *SHA.* Adr. 22.9. Mar. Aur. 10.4

inferiores. Suetonio y Tácito comentan un caso concreto que rehusó cumplir la disposición de Tiberio a pesar de sus penurias económicas y que puede aclarar algunos aspectos de estos nobles caídos en pobreza. Se trata de Hortalo, nieto del orador Hortensio, que se casó y tuvo hijos por consejo de Augusto.<sup>155</sup> Éste le dio la cifra requerida para que conservara su status senatorial; no obstante, era claro que con cuatro hijos no le alcanzaba para tener una vida decorosa y asegurarles una fortuna modesta para que hicieran carrera política. En estos casos, no se trataba de la pérdida de todos sus bienes y su condena a llevar una existencia precaria, sino de carecer de los medios suficientes para conservar un nivel de vida acorde a su posición social. Sin duda, tenían bienes exigüos que les impedían mantener sus gastos propios y los evergéticos, pero no estaban en el estado de los pequeños comerciantes, artesanos y campesinos. En las fuentes hay testimonios sobre pobres más imaginarios que reales, que se quejan agriamente de su suerte; a éstos los autores les reprochan su actitud: sus bienes son escasos si se comparan con otros.<sup>156</sup> En otras palabras, su pobreza se reducía a ser menos ricos que antes.

De este modo, la pobreza adquiriría matices amplios. Por ejemplo, Juvenal se queja continuamente de sus estrecheces económicas y aclara lo que algunos estimaban un caudal modesto: una renta mensual de veinte mil sestercios, algunos vasos de plata, dos esclavos, un orfebre, un pintor y un asiento en el circo. Marcial también se lamentaba de su apretada situación económica, pues creía tener un patrimonio pequeño a pesar de que era propietario de una casa en Roma, otra en Nomento y una más en su Hispania natal, así como unos esclavos.<sup>157</sup> Plinio el Joven contaba con veinte millones de sestercios que utilizaba en obras a favor de Como, realizar préstamos e inversiones, y llevar un estilo de vida acorde a su rango; aun así, afirma que su fortuna no es grande y que sus rentas son módicas debido a la calidad de sus tierras y a los egresos que conlleva su posición; así, dice que lleva una vida sobria. Frontón afirmaba haber caído en la pobreza, por lo que debió reclamar unos legados

---

<sup>155</sup> Tac. *Ann.* II.37. Suet. *Tib.* 47.2. El tener una descendencia abundante era un peligro real para las fortunas senatoriales por la caída en el nivel de vida de los hijos. Por ello, muchas familias decidían tener sólo uno o dos; con el bajo promedio de vida y la alta tasa de mortalidad infantil, se recurría a la adopción, lo que explica la extinción de familias senatoriales. Hopkins, "Movilidad de..." en Finley, *Estudios de...* p.133-135

<sup>156</sup> Val. Max. IV.4.11. Sen. *Ep.* CIV.9. Lib. *Ep.* I.92. II.149.3. Las guerras civiles ocasionaban la destrucción y saqueo de propiedades de los aristócratas. Herodiano comenta que en los combates en Roma, hubo ricos que cayeron en la pobreza. Hdn. I.14.3. VII.12.6-7. Sin embargo, varios pudientes no sólo tenían propiedades en Roma, sino en otras partes del Imperio, basta recordar a los nobles que huyeron de Roma a sus tierras en otras partes durante el saqueo godo en 410, por lo que sus pérdidas no fueron totales.

<sup>157</sup> Juv. IX.140-147. Mart. IX.18.1-2. IX.97.7-8.

en Siria; sin embargo, sus bienes no debieron ser tan pocos ya que podía cumplir con sus deberes de edil, pretor y cuestor.<sup>158</sup> La parquedad que aplauden tales autores distaba de la pobreza de muchos que vivían con menos que eso.

Más que la pobreza en sí, se alababa la actitud hacia el dinero. Séneca declara que la posesión de bienes no es censurable por sí misma, lo es el apego a las riquezas que motiva a realizar todo tipo de acciones. Lo natural es contentarse con lo básico para la subsistencia, pues no había riqueza suficiente que pudiera satisfacer el deseo insaciable de bienes. Por ello decía que “es pobre no el que tiene poco, sino el que desea más. ¿Qué importa, en efecto, lo que guarde en el arca o en los graneros, lo que apaciente o lo que preste, si busca lo ajeno, si cuenta no lo ya adquirido, sino lo que ha de adquirir? Primeramente tener lo necesario, después lo suficiente”. En otro pasaje afirma: “Gran cosa es no corromperse con el contubernio de las riquezas; mayor aun, ser pobre en medio de ellas”.<sup>159</sup> Mientras no se mostrara un apego excesivo a las riquezas, se podía aumentar el patrimonio; no había contradicción entre el elogio a la pobreza y la seguridad de vivir bien. La pobreza, como la libertad, era más una noción interna que externa, pues su definición dependía del talante individual hacia ella. Se podía ser muy rico y esclavo de los bienes, o pobre y satisfecho con lo que se posee. Para el avaro no hay caudal tan grande que aplaque su ambición; éste siempre se compara con otro más opulento y ello le impide gozar de sus bienes. Valerio Máximo aprovechaba la pobreza de Fabricio y su desdén por la riqueza para mencionar que “su mayor fortuna no radicaba en poseer mucho, sino en desear poco”. Un siglo después Juvenal aseveraba que quien no se contentaba con tres fortunas ecuestres no lo haría con todo el oro del mundo, y Apuleyo afirmaba: “Sé pobre, pues, por la carencia de apetencias, rico por la satisfacción de no tener necesidades, pues la indigencia se reconoce en el deseo; la opulencia, en el hastío”.<sup>160</sup> Como los trabajadores, el pobre es un tema de reflexión filosófica que da elementos aprovechables para otros que pueden aplicarlos en las esferas relevantes de la vida y con objetivos nobles; su interés intrínseco es prácticamente nulo.

---

<sup>158</sup> Plin. *Ep.* II.4. Fronto. *Ep.* 186.2. Antonino Pío le dio dinero del erario a Frontón para cubrir sus gastos, dinero que después devolvió. Cfr. “He preferido ser pobre a ser ayudado”. *Ep.* 202.8

<sup>159</sup> Sen. *Ep.* II.6. XX.10. Séneca amasó una de las mayores fortunas de su tiempo que ascendía a 300 millones de sestercios. El aumento de la riqueza era bien visto cuando se realizaba bajo los parámetros del orden social al que se pertenecía. Así, actuaba como un senatorial que velaba por sus recursos al mismo tiempo que podía declarar que no estaba aferrado a ellos. Sen. *Vit. Beat.* XXII. Cfr. Veyne, *Séneca y...* p.26-27

<sup>160</sup> Val. Max. IV.3.6. Juv. XIV.323-331. Apul. *Apol.* 20. Cfr. Hor. *Sat.* I.61-78. Phaedr. I.27. En otro pasaje, Valerio Máximo afirma “Todo lo tiene el que no ansía nada”. IV.4. Para el tema de la libertad con un claro acento estoico: Pers. V.73-114. Dio Chrys. *Or.* XV.29-32. Epict. *Disert.* II.1.26-28

*Penia* o *ptocheia*, *paupertas* o *egestas*, en última instancia, son ámbitos indeseables que todos buscaban evitar. Por idealizada que fuese y aunque se obtuvieran lecciones morales de ella, la pobreza era una realidad dura y cotidiana para varios en el orbe romano. Quienes acumulaban riquezas, sabían que disfrutaban de una mejor posición económica que los demás, y que ello les abría amplias posibilidades en varios campos. A pesar de tantos elogios a la pobreza, Séneca no ignoraba que tenía muchos problemas prácticos y que, si se pudiera elegir, todos huirían de ella. La *paupertas* era repudiada y mal vista por todos: “la pobreza despreciada por los ricos, odiosa a los pobres, es maldición y oprobio”.<sup>161</sup> En la misma tesitura, Luciano destacaba que los pobres se libraban de los desvelos y temores de los ricos, pero también admitía que muchos soñaban con riquezas para comprar numerosos bienes. Por su lado, el estoico Marco Aurelio compartía los preceptos de la escuela sobre que la pobreza era algo indiferente que no debía perturbar el ánimo del sabio, pero ello no le impedía agradecer a los dioses por contar con dinero para ayudar a indigentes y pobres, y por “no haber caído yo mismo en una necesidad semejante como para reclamar ayuda ajena”.<sup>162</sup> En realidad, lo que se exalta era la actitud hacia la pobreza, mientras que el pobre como tal pasa no merecía una gran atención ni su existencia requería mayor comentario. El desapego a la riqueza era respetable, mas la pobreza en sí misma no era encomiable. Séneca aclara esto para que su lector no se confunda y pierda de vista lo importante: “Porque no se alaba la pobreza, sino a aquel a quien la pobreza no somete ni dobllega”. Asimismo, Marcial recriminaba a un tal Queremón porque no tenía ningún mérito que despreciara la vida quien contaba con pocas y burdas posesiones, por lo que no podía aspirar a productos exquisitos: una casucha, una cama, una toga y un esclavo. Por ello: “En un estado de necesidad, es fácil despreciar la vida: actúa con valor el que se puede permitir la miseria”.<sup>163</sup>

Si voluntariamente se acogía una vida temperada a pesar de contar con dinero, se descubría una grandeza de ánimo que debía ser emulada y encomiada por los demás, ya que se rebajaba a un contexto inferior por decisión propia. La capacidad de elección de alguien pudiente se convertía en un criterio fundamental para su valoración positiva. En cambio,

---

<sup>161</sup> Sen. *Ep.* LXC.11. En otro pasaje, menciona que, mientras que en la riqueza hay muchas oportunidades de desarrollar el ánimo, en la pobreza, “no hay más virtud que no dobllegarse, ni deprimirse”. *Vit. Beat.* XXII.1

<sup>162</sup> Mar. Aur. I.17. Luc. *Somn.* 11. Cfr. “¡Cuántos hay ricos en sueños y, abriendo de golpe los ojos, siguen siendo mendigos!”. Cfr. Hyeron. *C. Ruf.* I.31

<sup>163</sup> Sen. *Ep.* LXXXII.11. Mart.XI.56.15-16. Ni la riqueza ni la pobreza eran males, pues podían ser lo uno o lo otro dependiendo de la persona: Séneca concordaba con Posidonio al afirmar que “las riquezas son causa de males no porque ellas los hagan, sino porque incitan a los que han de hacerlos”. *Ep.* LXXXVIII.39.

para las personas sin esa opción, no debían ser admirados; el albedrío era inexistente en ellos. La pobreza como tal era poco estimada y su contraparte se buscaba fervientemente y se concebía como requisito casi indispensable para llevar una vida cabal. Algunos dichos con fuerte sabor popular plasman el peso social de la riqueza en la Antigüedad. Horacio decía que sus coetáneos vivían según la máxima “porque tanto cuanto tengas, serás”. Petronio hizo exclamar palabras parecidas al liberto rico Trimalción, en su famosa cena, sobre el valor del dinero: “Creedme: un as tienes, un as vales; tienes, serás considerado”. Juvenal afirmó lo mismo sobre el influjo de un buen caudal sobre el aprecio de alguien: “Cuanto es el dinero que cada uno guarda en su arca, tanto es también el crédito que se tiene”.<sup>164</sup> La lógica de que uno vale lo que tiene estaba presente en la sociedad romana; el dinero facilitaba la obtención de educación, donativos, bienes y viajes, o sea, de una vida plena. La exhibición de la riqueza ubicaba al individuo en un plano privilegiado y generaba la admiración de su comunidad por los gastos a su favor. Esto no significa que la riqueza fuera todo, pero ayudaba a la consecución de poder político y relevancia social: “aunque no idénticas con la verdadera virtud y la felicidad, el buen nacimiento y la riqueza heredada son sus condiciones necesarias. Los bien nacidos y ricos, que sean virtuosos, son los únicos humanos verdaderos; los otros, en diversos grados, han fallado en realizar su potencial”.<sup>165</sup> Los órdenes superiores tenían los medios necesarios que les proveía una base material acorde a su alto origen social. Los demás difícilmente contaban con esos elementos y sus exiguos caudales los orillaban a una baja consideración social. La pobreza idealizada y escogida por algunos merecía encomio y era motivo de reflexión; la pobreza obligada y cruda de muchos ocasionaba inatención y repudio.

### *Apaideutoi*

Las valoraciones de los autores antiguos sobre el trabajo y la pobreza se reflejaban en otros campos igualmente significativos, como la educación y la cultura, que tenían un relevante papel en las relaciones sociales, los mecanismos políticos y la conformación de valores.

---

<sup>164</sup> Hor. *Sat.* I.1.62. Petr. *Satyr.* 77. Juv. III.143-144. La riqueza permitía el ejercicio de virtudes apreciadas en el mundo antiguo: la magnificencia y la generosidad propias del hombre cabal. Sen. *De Beat. Vit.* XXII.2

<sup>165</sup> Wood y Wood, *op. cit.*, p.223 (Although not identical with true virtue and happiness, good birth and inherited wealth are their necessary condition. The well-born and wealthy, who are virtuous, are the only true human beings; the others, in varying degrees, have failed to actualize their potential)

Una buena formación retórica era vital para participar eficazmente en la vida urbana o para representar a las ciudades ante los gobernadores provinciales y los príncipes, sea de forma oral o escrita. Buena parte de la estructura política y los procesos de decisión y deliberación giraban en torno al manejo de la palabra; se trataba de una civilización del discurso que conlleva el requisito de hablar y escribir acorde a los parámetros establecidos. Política y retórica se relacionaban íntimamente para mantener las formas de dirigirse a las autoridades según las normas habituales.<sup>166</sup> Asimismo, la filosofía exigía conocimientos profundos y varias habilidades: el filósofo era un tipo con un aura de respetabilidad por la superioridad de sus saberes y el cumplimiento de sus doctrinas cuando unía la acción al dicho. Era el continuador de una rica tradición que hundía sus raíces en la Grecia arcaica y que tenía alcances prácticos en la política como consejero del poder. En su origen, retórica y filosofía estaban reservadas a las capas superiores que tenían los medios para obtener esos saberes. Así, la cultura “era vivida como ligada a la jerarquía social y en cierto modo ennoblecía a sus poseedores”.<sup>167</sup> Pese a no ser exclusivos de la aristocracia, y que gente de otros orígenes sociales se acercaron a esas materias, los *honestiores* las vieron como actividades propias.

La educación era el complemento indispensable de su hegemonía en otros campos, pues el ideal era ser noble, rico y educado, y se constituía en un elemento de diferenciación social al robustecer la configuración mental del mundo natural y social. Quienes tenían educación se reconocían como semejantes sin importar su lugar de nacimiento, al apartarse de los carentes de una preparación completa.<sup>168</sup> Esta percepción no decayó en la postrimería del Imperio: Sidonio Apolinar lamentaba que las invasiones bárbaras hubieran provocado la elevación de sujetos oscuros a puestos de poder. Sin embargo, había algo que seguía separando a los nobles de aquellos, pues los estudios “mantendrán los signos de los linajes antiguos. En efecto, removidos los grados de dignidades por lo que se solía distinguir al ínfimo del eminente, en adelante sólo será señal de nobleza conocer la literatura”.<sup>169</sup> Los grupos elevados sumaban a su prestigio la categoría de cultos frente a buena parte de los

---

<sup>166</sup> Claude Nicolet, “Cultura y sociedad en la historia romana”, en Louis Bergeron, ed., *Niveles de cultura y grupos sociales*, trad. de César Guiñazú, México, Siglo XXI Editores, 1987, p.10-11. Brown, *Power and ...* p. 41-43. López Eire, *op. cit.*, p.149-151

<sup>167</sup> Nicolet, “Cultura y...en Bergeson, *op. cit.*, p.102. Brown, *Power and...p.62-70*. Richard Miles, “Communicating culture, identity and power”, en Huskinson, *op. cit.*, p.52-56

<sup>168</sup> Brown, “La Antigüedad tardía”, en Ariès y Duby, *op. cit.*, p.234-236. Hopkins, *Conquistadores...*p.100. Janet Huskinson, “Looking for culture, identity and power”, en Huskinson, *op. cit.*, p.7-9

<sup>169</sup> Sid. Apol. *Ep.* VIII.2 (natalium vetustorum signa retinebunt: nam iam remotis gradibus dignitatum, per quas solebat ultimo a quoque summus quisque discerni, solum erit posthac nobilitatis indicium litteras nosse.)

*humiliores* que cargaban el signo de indoctos, aunque algunos de ellos podían tener una educación mediana o, en algunos casos, tan buena como la de los nobles. Educación, poder y cultura tenían relaciones cercanas y se validaban mutuamente para dar mensajes acerca de los papeles que cada grupo debía tener en su entorno sociopolítico. La relevancia de la educación clásica ha sido destacada por Teresa Morgan, al decir que “fue una disciplina altamente reflexiva, dispuesta a examinarse a sí misma y su papel en la sociedad, lo que los textos sobrevivientes tienen que decir sobre ellos mismos y lo que podemos deducir de su aspecto y contenidos, tienen consecuencias de enorme alcance para nuestro entendimiento de la sociedad y cultura antiguas”<sup>170</sup>.

En las obras antiguas abundan los señalamientos de que todo hombre puede y debe acercarse a la educación para realizar las potencialidades del ser humano. Se destacaba que la filosofía era necesaria para desarrollar cabalmente el elemento que distinguía al hombre de los demás seres: la razón. Respecto a la retórica, sus exponentes también resaltaron sus bondades como el hecho de que mediante ella, se desplegara la capacidad de expresar ideas al servicio propio y de los demás; eso, sin contar los valores apreciados de belleza y orden. La educación brindaba herramientas para el desempeño adecuado de esos saberes y, en su vertiente más insigne, proporcionaba elementos para establecer una norma de vida ética y coherente que se reflejara en la propia conducta y en la actitud hacia los demás.<sup>171</sup>

Sin embargo, Platón, Aristóteles y Cicerón hacen a un lado trabajos que ocupaban a una gran parte de la sociedad antigua, porque no tenían ninguna relación con la reflexión filosófica. Los trabajadores, al estar absortos en la obtención del sustento diario, no podían atender cuestiones intelectuales, lo cual restringía su instrucción formal y los alejaba de los círculos cultos de ese tiempo. El prestigio que acompañaba a los sectores instruidos era

---

<sup>170</sup> Teresa Morgan, *Literate education in the Hellenistic and Roman worlds*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007, p.38 (Cambridge Classical Studies) (was a highly reflexive discipline, disposed to examine itself and its role in society, and what surviving texts have to say about themselves and what we can deduce from their appearance and contents, have far-reaching consequences for our understanding of ancient society and culture) Cfr. Brown, “La Antigüedad tardía”, en Ariès y Duby, *op. cit.*, p.238-239

<sup>171</sup> Dion censuraba a los que pensaban que el hombre culto era “aquel que sabe más de letras, aquél que ha manejado mayor número de libros de historias persas y también griegas, las leyendas de los sirios y de los fenicios, es el hombre más juicioso u más instruido”. *Or.* IV.30. Epicteto favorecía el estudio de la lógica, pero señalaba que no debe ser un fin, sino un medio. Toda erudición es vana y no implica sapiencia si no se aplica a la obtención de una conducta ética acorde a la naturaleza. *Disert.* I.2.6. I.4.5-27. I.17.1-12. Séneca decía que debía desecharse el conocimiento que no conducía a la mejora ética ni a fortalecer el ánimo del hombre. Por sí solas las disciplinas no llevan a la virtud, “son nuestro aprendizaje, no la obra definitiva”. *Sen. Ep.* LXXXVIII.3-17. Cfr. LXXXII.19

inalcanzable para ellos y, sólo era accesible a un pequeño grupo con el tiempo, recursos y capacidad para procurarse tal formación.<sup>172</sup> Los autores eran conscientes de que la cultura distinguía a algunos hombres; por ejemplo, para Séneca, era indigno del filósofo desear la aclamación popular y procurarse público en la masa. Para el hombre educado, pocos o uno solo era mucho; por ello invita a desechar “el placer que viene del asentimiento de muchos. Muchos te alaban. ¿Qué razón tienes para complacerte contigo mismo si te entienden tantos?” Dion explicaba la actitud hosca de los filósofos hacia el vulgo porque lo juzgaban como incapaz de mejorar ni dispuesto a ello. Él mismo reprendía a los cínicos por rodearse de niños y marineros ignorantes para embaucarlos con discursos vanos, pues no podían hacerlo con gente preparada.<sup>173</sup> Otras fuentes tienen opiniones similares sobre la escasa valoración que tenían los hombres cultos de la capacidad de los grupos bajos. En el siglo I, Estacio decía que Lucano estaba llamado a sorprender a los *equites* doctos y a los senadores de su época. En el siglo II, Plinio el Joven revelaba que sus obras no estaban dirigidas a gente inculta que no podía entender ni disfrutar las argucias, modos y giros de sus escritos: “yo no leo al pueblo, sino en reunión de personas escogidas, a quienes considero mucho, en los que confío y estimo tanto separadamente como los temo reunidos”. Por su parte, Elio Arístides indicaba lo absurdo de buscar el aplauso de los inexpertos sin elementos de juicio para apreciar un buen discurso y las destrezas del orador. Reprochaba a los rétores que se acercaban a las multitudes al saberse incapaces de convencer a los conocedores, lo cual era cuestionable: “¿por qué es necesario que uno, rechazando prestar atención a los expertos, busque agradar a la masa, que depende de los expertos y no de sí misma?”<sup>174</sup> Es evidente la noción de que era perder el tiempo atender a la plebe debido a su incultura y su desinterés en cambiar: puede verse la oposición de un ellos y nosotros en términos culturales.

Esta actitud puede verse en el debate de algunos filósofos con el cristianismo. En el siglo II, el platónico Celso realizó la primera crítica sistemática de los dogmas cristianos. Es revelador que lo primero que ataca es el bajo origen social de Jesús y de su madre, refiere como algo infamante que María tuviera que trabajar para mantener a su hijo y que el propio Jesús fuera un proletario ocupado en labores sórdidas. De igual modo, sus primeros

---

<sup>172</sup> Pl. *Rep.* II.370b-374d. Arist. *Pol.* VII.1238b. Cic. *Off.* II.150-151. Cfr. Lact. *Div. Inst.* III.26.9

<sup>173</sup> Sen. *Ep.* VII.12. Dio Chrys. *Or.* XXXI.8-9. Cfr. LXXVII.17-25. “La filosofía está contenta con pocos jueces, rehuendo deliberadamente ella misma la multitud y es, para esta misma, sospechosa y molesta, de modo que si alguien quiere vituperarla a toda ella, podría hacerlo con el pueblo propicio”. Cic. *Tusc.* V.5.

<sup>174</sup> Stat. *Silv.* II.7.45. Plin. *Ep.* VII.17. Aristid. *Or.* XXXIV.23

seguidores habían sido recaudadores y pescadores, y esto no había cambiado: los cristianos seguían atrayendo personas con oficios banales como zapateros y tejedores. Al preocuparse únicamente por necios e ignorantes, no querían atraer a hombres cultos, y sólo persuadían a mujeres, niños y esclavos.<sup>175</sup> Celso parodia la prédica cristiana que se dirigía a los incultos, pero si veían a alguien sensato acercarse, huían alegando que por esa condición estaba privado del saber divino; por esto, solamente podían convencer a sujetos marginales del mundo clásico. La forma en que dibuja a los cristianos en su predicación, recordaba a los filósofos y sacerdotes itinerantes con sus rutinas asombrosas a los sentidos para estremecer a los insulsos. Al usar las mismas tácticas, los cristianos reclutaban a “cardadores de lana, zapateros, rentistas, personas de la mayor ignorancia y desprovistos de toda educación que en presencia de sus maestros, hombres con experiencia y adoctrinados, se guardan de abrir la boca; mas sorprenden a la vez, en particular los niños y las mujeres que no tienen gran entendimiento, y se ponen a hacerles creer maravillas”.<sup>176</sup> Celso también asemejaba a los cristianos con los sacerdotes de Mitra y Hécate, que actuaban de manera similar al insistir en una fe ciega y absurda que excluía el análisis serio y diligente. Celso explota el bajo origen social y la escasa preparación intelectual del grueso de los cristianos para mostrar qué clase de doctrina era y el poco crédito que podía dársele por ello. Le era censurable que eligieran a los incultos y evitaran a los instruidos, con esto evidenciaba las diferencias económicas y sociales que se reflejaban en estereotipos y prejuicios por parte de un grupo culto frente a otro que no gozaba de esta educación. Reitera la asimilación entre ignorante, inculto y simple con los grupos sociales bajos que desempeñaban oficios despreciados y que no tenían opciones de acceder a una educación más completa.<sup>177</sup>

Asimismo, Celso indicaba que la actitud cristiana era diferente a la de los filósofos, pues sostenían que su religión tenía un origen divino, lo cual les daba de pretexto para tener

---

<sup>175</sup> Celso. *El discurso*...5. Sobre Celso: Edwin Hatch, *The influence of Greek ideas on Christianity*, pról. de Frederick C. Grant, Nueva York, Harper & Brothers Publishers, 1957, p.124-125 (Harper Torchbooks, 18)

<sup>176</sup> Celso. *El discurso*...37. Olof Gigon indica que Celso recurre a imágenes del timador de la comedia griega para mostrar a los cristianos en su predicación, aunque también se basa parcialmente en los propios textos cristianos. *op. cit.*, p.150-154. Minucio Felix decía que los opositores del cristianismo sostenían que los cristianos “habiendo reunido de la hez más baja a los ignorantes y a las mujeres crédulas engañadas por la debilidad de su sexo, reclutan a la plebe para su unión impía”. (de ultima faece collectis imperitioribus et mulieribus credulis sexus sui facilitate labentibus plebem prafanae coniuurationis instituunt) VIII.3

<sup>177</sup> Celso. *El discurso*...39. En ello, está cercano a las representaciones de Apuleyo y Luciano de charlatanes y farsantes religiosos que obtenían recursos de su obtuso público, y que explotaban a gente común, analfabeta y propensa al engaño con artilugios que los letrados podían desenmascarar. Apul. *Met.* XI. Luc. *Alex.* 8-21

ideas absurdas y contrarias a la razón que daban una visión impía y grosera de la divinidad. En cambio, Celso señalaba que la postura de Platón era superior al abordar críticamente el origen del mundo, los seres espirituales y el conocimiento. Frente a la insistencia cristiana en la fe, Platón “no impregnó sus libros de prodigios, ni tapa la boca a los que quieren averiguar lo que él promete, ni ordena que se crea que Dios es esto o aquello que tiene un hijo de tal naturaleza y que ese hijo, enviado expresamente conversó con él”.<sup>178</sup> La posición platónica se revelaba más congruente con la razón al admitir la necesidad de analizar profundamente los temas fundamentales de la filosofía. Para ello se requería una ardua preparación, y el estudio de las principales teorías y pensadores que se habían destacado en esa tarea. Celso creía ilógicas las citas paulinas contrarias a lo que todo hombre culto quería y que afirmaban que “Dios escogió las cosas necias del mundo para avergonzar a los sabios”, y “si alguno entre ustedes cree que es sabio en este mundo, hágase necio para hacerse sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad para Dios”.<sup>179</sup> Estas citas le ocasionaban repulsión y eran la muestra fehaciente del proceder que no se debía seguir. En contraste con los cristianos que decían que todos podían acceder al saber divino si atendían su prédica, Celso reafirmaba el talante elitista e intelectual de la filosofía al establecer que ese saber no podía transmitirse a todos, ni de forma fácil y rápida, sino sólo “después de un largo trato y una meditación asidua, cuando él brota súbitamente como una chispa y se torna en alimento para el alma y la sostiene por sí solo y sin otra ayuda [...] Mas creo que tales enseñanzas sólo convienen al pequeño número de los que, con leves indicaciones, saben descubrir por sí mismos tales enseñanzas”.<sup>180</sup> Para Celso los cristianos planteaban mal el problema del saber divino, al no percibir las diferencias entre los sectores sociales y

<sup>178</sup> Celso. *El discurso...* 67. Celso ampliaba su argumento al declarar que las ideas cristianas eran contrarias a la razón: “Dios no es el ejecutor de nuestras fantasías irresponsables y de nuestros apetitos desajustados, sino que es el soberano regulador de una naturaleza donde reina la armonía y la justicia [...] es la razón de todo lo que existe, el Logos del cosmos, y no puede obrar contra la razón como no puede obrar contra sí mismo”. 58

<sup>179</sup> 1 *Cor.* 1.27. 3.18-19. (ἀλλὰ τὰ μωρὰ τοῦ κόσμου ὁ Θεός, ἵνα τοὺς σοφοὺς κατασχύνη. εἴ τις δοκεῖ σόφος εἶναι ἐν ὑμῖν ἐν τῷ αἰῶνι τούτῳ, μωρὸς γενέσθω, ἵνα γένηται σοφός. ἡ γὰρ σοφία τοῦ κόσμου τούτου μωρία παρὰ τῷ Θεῷ ἐστὶ) En el siglo II pervivió una corriente cristiana sumamente hostil al acercamiento a la cultura clásica que recuperaba estos pasajes para mostrar su apego total al Evangelio y romper con su pasado pagano, por ello negó todo valor a la cultura antigua, *vid* Teoph. *Ad Aut.* III.4. Herm. *Phil.* 4-5. Tat. *Ad. Gr.* 27-29

<sup>180</sup> Celso. *El discurso...* 67. Peter Brown destaca que los filósofos creían un desatino y una irresponsabilidad la posibilidad de discontinuidad súbita en la persona que los cristianos defendían mediante la aceptación de sus creencias. Tal cambio solamente era posible a través de un arduo y largo camino de reflexión y conocimiento. *El primer...* p.35-36. Lactancio había indicado que la postura cerrada de los filósofos hacía inaccesibles sus saberes a campesinos, artesanos y pobres que estaban ocupados en aprender los oficios que les eran útiles para ganarse la vida. Al contrario, el cristianismo estaba abierto a todos por igual. *Div. Inst.* III.26.9-11

cómo esto repercutía en la formación intelectual. Por ello reclutaban a la mayoría de sus adeptos en los grupos menos capacitados para la reflexión filosófica. Ignorar esto era un desatino, pues ponía los problemas significativos en manos de los más incapaces, en vez de dejarlos a los únicos con la instrucción adecuada para ello. Así, los cristianos engañaban y se engañaban al poner ese trabajo intelectual y personal a disposición de todos.

En el siglo III, Porfirio desarrolló estas observaciones y las enriqueció con su toque peculiar, producto de su aguda formación y su conocimiento de los textos cristianos. El tirio remarcaba la conducta timorata y débil de Jesús en su juicio ante Pilato, pues no había utilizado palabras convincentes sobre su misión, sino que se dejó ultrajar como un hombre vulgar y no se comportó como alguien sabio. También destacó la baja procedencia social y la escasa educación de los seguidores de Jesús, a quienes califica de ignorantes y pobres, cuestionó el que Jesús se haya presentado a dos mujeres insignificantes de aldeas pequeñas en vez de mostrarse a judíos y romanos prominentes tras su resurrección.<sup>181</sup> Censuraba las citas evangélicas que favorecían a los pobres y criticaban a los ricos, y las que decían que el saber divino se había ocultado a los sabios para dárselo a los simples e ignorantes, pues si el acceso al reino de los cielos dependía de esto, entonces la virtud y la sabiduría quedaban de lado. Así, se rechazaba a los ricos que eran justos y se les negaba el acceso al cielo por su riqueza, mientras que los pobres, por el simple hecho de serlo, tenían la entrada segura. Ante esta visión, no le sorprendía que quien “ha aprendido esta doctrina no se preocupe en absoluto de la virtud, sino que sólo se atenga con descaro a la pobreza y a la indecencia, en la idea de que la pobreza es capaz de salvar al pobre, y la riqueza de privar al rico de la morada incorrupta”.<sup>182</sup> Criticaba la insistencia cristiana en la fe grosera que se pedía a la gente, la cual iba en contra del razonamiento que distinguía al ejercicio filosófico. También era aberrante que el bautismo limpiara todos los vicios y delitos, y que cambiara el temple de las personas de modo tan radical y fácil como si se mudara de vestido: transformarse por el simple hecho de creer y bautizarse era algo imposible y absurdo. Además de falsas, esas ideas eran nocivas porque invitaban al crimen y al vicio, al no fijar castigos adecuados a los actos ilícitos: “son capaces de desterrar la enseñanza de la ley y de hacer que la justicia

---

<sup>181</sup> Porph. *Chr.* 63-64H

<sup>182</sup> Porph. *Chr.* 58H. No es casual el enojo de Porfirio, si se recuerda que el círculo de Plotino en Roma reunía a médicos, poetas, oradores y senadores con amplios recursos económicos y gran educación, incluso contaba con el apoyo del emperador Galieno. Porph. *Plot.* 7-12. Cfr. Rist, *op. cit.*, p.6-7. Porfirio pertenecía a una familia acaudalada y prestigiada de Tiro y eso le aseguró una buena educación. Eunap. *VS.* 455.

carezca de todo vigor contra la injusticia; estas palabras introducen en el mundo un estado de anarquía y enseñan a no temer en absoluto la impiedad desde el momento en que un hombre, con solo bautizarse, se deshace de un cúmulo de incontables crímenes”.<sup>183</sup>

El cambio de actitud en la vida sólo se conseguía por la filosofía, que brindaba una norma de vida caracterizada por la virtud, el esfuerzo y la meditación que conllevaba la renuncia voluntaria de la vida anterior. Los modelos de conducta digna eran los grandes filósofos que encarnaban las virtudes obtenidas gracias a la práctica filosófica. El ideal filosófico era modelar las almas de modo que se apartaran de los vicios y llevaran una vida de disciplina y contemplación que iba de la mano de un profundo estudio.<sup>184</sup> A Porfirio le parecía inconcebible que la transformación de la personalidad, viable mediante la reflexión por bastante tiempo, se redujera a un acto sencillo como el bautismo. La filosofía era un asunto más complejo que no podía reducirse a estas acciones sin sentido, sino que incluía meditación y preparación, y no estaba abierto a todo tipo de persona, sino que requería a las mentes más dispuestas, brillantes y capacitadas para estas tareas; la instrucción filosófica no era para cualquiera “porque en el común de la gente no hay prueba de confianza ni de constancia en el terreno de la amistad y del afecto. No son personas receptivas de estos temas de la sabiduría, ni de sus partes en los que comporten algún aspecto significativo. No tienen tampoco mayor sentido del interés privado ni público, ni son capaces de hacer una valoración de las costumbres groseras y de las civilizaciones. Además de esto, hay un gran desenfreno, lleno incluso de intemperancia, en la gente vulgar”.<sup>185</sup> Más allá de los llamados a que todos deben acercarse a la filosofía, en la práctica, los filósofos actuaban convencidos de que sus ideas no llegaban a todos; sólo un puñado era capaz de comprenderlas. Aunque se dirigían a todos, eran conscientes de que pocos los escuchaban; representaban a una élite y a ésta se dirigían; no pensaban seriamente en la masa y buscaban a los líderes cultos.<sup>186</sup> Ellos eran los que tenían las mayores posibilidades de realizar la tarea de modificación de

---

<sup>183</sup> Porph. *Chr.* 88H

<sup>184</sup> A.D. Nock, *Conversion. The old and the new in religion from Alexander the Great to Augustine of Hippo*, Oxford, Oxford University Press, 1952, p.167-178

<sup>185</sup> Porph. *Abst.* I.52.4. Debido al avance del cristianismo, Porfirio ofreció una vía de salvación a quienes carecían de preparación filosófica que buscaba ser congruente con el platonismo. Para el hombre común abrió la opción de las purificaciones teúrgicas relacionadas con la teología caldea, pero estos ritos sólo purificaban la parte espiritual del alma, no conducían a la inmortalidad ni llevaban el alma a Dios; esto estaba reservado a los filósofos. Michael Bland Simmons, *Arnobius of Sicca. Religious Conflict and Competition in the Age of Diocletian*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p.265-268 (Oxford Early Christian Studies)

<sup>186</sup> Brown, “La Antigüedad tardía”, en Ariès y Duby, *op. cit.*, p.240-245

la persona que exigía la filosofía y no esperaban que los grupos inferiores lo hiciera suyo. Porfirio se ubicaba en esta lógica y, por ende, resulta comprensible que pensara que no había relación posible entre la filosofía y la gente común que no tenía los medios ni el tiempo para ello. Debido a esto, no sorprende que se rodeara de un selecto grupo en el que muchos pertenecían al orden senatorial. Por sus rasgos, el saber filosófico era posible para algunos, por lo que su invitación a abstenerse de comer carne, así como toda su doctrina filosófica, no estaba pensada a “los que ejercen oficios manuales, ni a los atletas, ni a los soldados, ni a los marineros, ni a los oradores, ni tampoco los que se dedican a actividades lucrativas sino a la persona que ha reflexionado quien es, de dónde ha venido y a dónde debe encaminar sus pasos, y que ha asumido, en lo que respecta a su alimentación y otros aspectos concretos, unas alternativas que contrastan con los demás sistemas de vidas. A otras personas que no sean como ésta, ni un susurro dirigiríamos”.<sup>187</sup>

En el siglo IV, Juliano tuvo una actitud parecida frente a estos temas contra los cristianos. Para él era claro que la filosofía y los otros saberes que formaban la educación clásica producían excelentes resultados en quienes se acercaban a ellas, pero esto implicaba inevitablemente un largo adiestramiento previo. Indicaba que, gracias a los autores clásicos, “todo hombre puede superarse a sí mismo aunque esté totalmente desprovisto de cualidades naturales. Pero un hombre bien dotado por naturaleza y que ha recibido la educación de nuestras enseñanzas es sencillamente un don de los dioses a los hombres, ya se aplique a la luz del conocimiento, o interprete un tipo de constitución, o ponga en fuga a numerosos enemigos, o recorra una gran extensión de tierra o de mar y por ello se muestre como un hombre heroico”.<sup>188</sup> De nuevo, la educación aparece como un requisito obligatorio para quien ansiara saberes elevados, y ello involucraba un largo proceso de meditación para modificar gradualmente la personalidad, lo que se reflejaba en todas las esferas de la vida. Por esto, le asombraba la aseveración cristiana de que todos podían alcanzar el saber divino sin un estudio previo ni una preparación exhaustiva. Como a Porfirio, las ideas de que la conversión y el bautismo propiciaban un rápido cambio de actitud y hábitos, para volver al pecador en alguien virtuoso, eran incoherentes e ilógicas. Juliano revisaba el pasaje paulino acerca del cambio de unos cristianos que habían sido borrachos, idólatras, fornicadores y

---

<sup>187</sup> Porph, *Abst.* I.27.1

<sup>188</sup> Jul. *Gal.* 228b. Jámblico pensaba que nadie podía acceder al conocimiento sin educación, por lo que se debía consagrar a la filosofía y renunciar a lo que la mayoría cree importante. *Protr.* 15. Cfr. Sen. *Ep.* XLIV

mentirosos en personas totalmente alejadas de esos vicios; e irónicamente pregunta “¿Ves como afirma que esos hombres han nacido así, pero se han santificado y purificado, siendo suficiente el agua para poder lavar y limpiar lo que ha penetrado hasta el alma? ¿Y la lepra del leproso no se la quitará el bautismo, ni las pústulas, ni las verrugas, ni la disentería, ni la hidropesía, ni el panadizo, ningún defecto del cuerpo sea grande o pequeño?”<sup>189</sup> Tal actitud era inconsistente, pues daba la falsa seguridad de cambio, y era una atracción a continuar errando porque al fin y al cabo todo se borraba con el arrepentimiento. El modo cristiano de abordar el saber era insensato porque ignoraba que su búsqueda y obtención era un proceso dilatado en el que la reflexión profunda debía estar forzosamente presente. La muestra palpable de omitir esto se observaba en los monjes, que se ufanaban de su celo religioso y su incultura, pero eran un modelo de vida para los cristianos. Su desprecio por los dioses, sus prácticas ascéticas, su vida agreste y, especialmente, su ignorancia, pasmaban a Juliano, y más cuando presumían su forma especial de vincularse con Dios. Libanio sentía la misma irritación que el príncipe al exclamar sobre los monjes: “Explíqueme lo siguiente cualquiera de esos que soltaron las tenazas, los martillos y yunques, y pretender tener autoridad para discutir sobre el cielo y los que en él habitan”.<sup>190</sup> Así pues, la educación es un elemento fundamental en relación con el prestigio social: Juliano reiteraba que, en su afán de reclutar más personas, los cristianos ignoraban que la transformación de la personalidad conllevaba tiempo, esfuerzo y estudio. Al desechar esto, se rodeaban de los menos capaces de obtener la sabiduría, por lo que el cristianismo era una religión vulgar cuyos adeptos provenían de los grupos sociales más bajos y con menor educación de la sociedad antigua.<sup>191</sup>

A la deshonra que significaba trabajar y tener pocos recursos, los grupos subalternos debían cargar con el peso de ser considerados ignorantes e incapaces de opinar sobre temas retóricos y filosóficos. Jamblico afirmaba que los campesinos y otros trabajadores tenían

---

<sup>189</sup> Jul. *Gal.* 245c-d. Cfr. su opinión sobre el papel del perdón de pecados en Constantino: *Or.* X.336a-b

<sup>190</sup> Lib, *Or.* XXX.31. Cfr. Jul. *Ep.* 89b.288b. La misma repulsión por los monjes aparece en Rut. *Namat.* I. 439-448. Eunap. *VS.* 471-473. Incluso Sinesio los censuraba por la rudeza de sus prácticas. *Dio.* 51b

<sup>191</sup> Jul. *Gal.* 206a-b. Minucio Felix también recogía esas críticas gentiles: “Así, lo que debe indignar a todos, lo que debe causar dolor es que algunos, inexpertos en los estudios, ignorantes de las letras, expertos en los trabajos sórdidos, se atrevan a juzgar algo cierto sobre la suma dignidad de las cosas, de la cual muchas sectas de la filosofía de todas las épocas aun discuten”. (Itaque indignandum omnibus, indolendum est audere quosdam, et hoc studiorum rudes, litterarum profanos, expertes artium etiam sordidarum, certum aliquid de summa rerum ac maiestate decernere, de qua tot omnibus saeculis sectarum plurimarum usque adhuc ipsa philosophia deliberat) V.4. La vulgaridad cristiana también se notaba al comparar sus libros sagrados con las obras maestras de la cultura clásica. Esto fue realizado por Celso, *El discurso...*94. Porfirio, *Chr.* 54H. Cfr. A.H.M. Jones, “El trasfondo social...en Momigliano, *El conflicto...*p.34-35

algunos saberes, pero les faltaba conocerse a sí mismos porque ni siquiera sabían lo que es propio del hombre; así, con justicia, esos oficios eran llamados vulgares. Sinesio aplaudía el deseo de sabiduría de los monjes, pero les recordaba que la cultura era vital para obtenerla. Si prescindían de ella, corrían el riesgo de dar tumbos y llegar a conclusiones erróneas.<sup>192</sup> El deseo de los doctos por una formación exhaustiva e integral propiciaba el desdén por una preparación a medias. Los *graffiti* en Pompeya, y la gran cantidad de documentos y cartas testifican un fuerte sustrato que podía leer en la sociedad romana. Del mismo modo, los libros y las bibliotecas satisfacían la demanda de un sector más amplio que el de los cultos, y que también participaba de la cultura a su manera. Sin embargo, la exigencia del dominio de la cultura generaba las críticas hacia quienes sólo tenían un barniz educativo y que no cumplían todas sus potencialidades. Esos sujetos debían conformarse con seguir en sus lugares de origen en vista de que los mejor dotados tenían un futuro más promisorio en las grandes ciudades.<sup>193</sup> La literatura y la filosofía reclamaban una formación especializada de los escritores y el público, y eran un signo de superioridad social y cultural pues se pensaba que la instrucción formal contribuía al cumplimiento del potencial humano como ser civilizado. Como los incultos carecían de ella, la diferencia entre letrados e iletrados reflejaba el contraste entre civilizados y salvajes, o sea, una minoría selecta y la mayoría con nula o insuficiente formación.<sup>194</sup> De este modo, una educación cabal validaba a sus poseedores en su papel rector puesto que daba a “una élite minoritaria una justificación de su poder político y social no sólo en términos de nacimiento, riqueza y fuerza, sino en una superioridad cognitiva adquirida a través de la educación literaria”.<sup>195</sup>

La posición defensiva de los doctos provocó el acento en los rasgos intelectuales e individualistas de la educación. Su insistencia en la preparación concienzuda como paso previo y necesario para cultivarse resaltaba el que solamente pocos disponían de medios,

---

<sup>192</sup> Jam. *Protr.* 5.10. Sinesio. *Dio.* 52a. Libanio opinaba de los campesinos: “No tiene nada de asombroso que personas que se aplican al arado y a los bueyes finjan espantos que no les afectan y crean que ha acontecido lo que nunca sucederá. Pues tal es el efecto de labrar la tierra: provoca la ingenuidad”. *Ep.* II. 126.3

<sup>193</sup> Pers. I.13-25. Petr. *Satyr.* 33-34. Mart. I.76. III.25. Fronto. *Ep.* 1.10-12. Cfr. Garnsey y Saller, *op. cit.*, p.210-211. Para la extensión de la lectura y sus niveles en la sociedad romana: Catherine Salles, *Lire à Rome*, Paris, Société d'édition Les Belles Lettres, 1992, p.189-198 (Realia). Ward-Perkins, *op. cit.*, p.219-233.

<sup>194</sup> Morgan, *op. cit.*, p.244-248. Cameron, *op. cit.*, p.144-149. Esto explica la insistencia de Juliano en hacer coincidir a los cristianos con los sectores menos preparados intelectualmente, ignorando que había varios que eran expertos maestros de literatura y filosofía. En última instancia, para Juliano, la lucha entre el cristianismo y clasicismo significaba el conflicto entre barbarie y civilización. Norris Cochrane, *op. cit.*, p.262

<sup>195</sup> Morgan, *op. cit.*, p.270 (an elite minority a justification of social and political power not just in terms of birth, wealth and force, but in terms of a cognitive superiority achieved through literate education)

tiempo y educación para profundizar en las doctrinas filosóficas. Su actitud es sintomática del proceder de las personas cultas respecto a los grupos bajos e iletrados. La capacidad de cambiar la conducta y de acceder al saber más profundo quedaba reservado a pocos. Al continuar considerando oprobioso el origen social bajo de muchos cristianos, los filósofos subrayaron el carácter elitista de la cultura. En tal atmósfera mental, seguían ignorando o relegando a amplias capas que no eran parte de los estratos socioeconómicos privilegiados con los instrumentos adecuados para educarse. Con esto, se rechazaba la capacidad de los estratos inferiores y su posibilidad de superarse, favoreciendo su baja valoración social.

#### Las actitudes cotidianas hacia los *humiliores*

La diferenciación existente entre *honestiores* y *humiliores* se plasmaba también en actitudes cotidianas y mensajes tácitos dentro de la sociedad romana. Son tan repetitivas que se pasan de largo usualmente, pero ello no debe ocultar que reflejan las distintas valoraciones en torno a los grupos sociales en el Imperio romano. El uso de las palabras revela mucho de esto: para referirse a las capas superiores, el griego recurre a los términos *chrestoi* (útiles), *beltistoi* (mejores), *dynatoi* (poderosos), *gnorimoi* (distinguidos), y *gennaioi* (nobles), y para los niveles bajos, se usaban *cheirones* (peores), *polloi* (muchos), *poneroi* (viles) y *ochlos* (turba), entre otros. En latín ocurre algo similar: por un lado estaban los *boni* (buenos) y *optimi* (mejores), y por otro los *improbi* (detestables), *plebs* (plebe) y *multitudo* (multitud). Las palabras no son neutras, sino tienen cargas sociales y morales al remitir a las condiciones objetivas de vida y su traslado a la estima acorde a la posición social.<sup>196</sup> El empleo consciente de esas voces refleja esto en Roma: de la inmensa cantidad de ejemplos en las fuentes clásicas, destaca Cicerón, cuya visión de la plebe romana queda registrada en sus expresiones altamente peyorativas de *sentina*, *faex*, *improbi* y *perditi*, que opone a *boni* y *optimi* en las *Catilinarias* y otras obras. Tito Livio emplea *integer populus* para referirse a los patricios y plebeyos destacados que se oponían a la reforma de las tribus promovida por Apio Claudio Ciego durante su censura en el siglo IV a.C., y para quienes apoyaban al censor, pequeños artesanos, comerciantes y libertos, utiliza el vocablo *humillimi*. De las guerras civiles, Séneca declaraba que los *electi* y *sancti* apoyaban a Pompeyo, mientras que

---

<sup>196</sup> Finley, *El nacimiento...* p.12-13. Ste. Croix, *op. cit.*, p.496

la *plebs* y el *vulgus* a Julio César <sup>197</sup> Los autores usan “noble” como título de distinción positiva para remarcar algún objeto, persona, acción o actitud valiosa, y “vulgar” se reserva para designar lo opuesto: algo de escasa valía, bajo e inapropiado. No es casual que la voz escogida para designar a los órdenes altos en el derecho romano sea el comparativo de *honestus -honestior-* y que su significado sea el de “más honesto, más honorable, más virtuoso, más honrado, más digno de estima y consideración”. En cambio, la palabra para las capas bajas es el comparativo de *humilis -humilior-* que significa “más humilde, más insignificante, más débil, más modesto y más llano”. La asociación de términos que envolvían un mejor concepto para los grupos altos expresa un desprecio hacia los demás.

En el derecho, los núcleos subalternos sufrían penas más severas que los estratos altos, penas infamantes que anteriormente habían sido exclusivas de esclavos y peregrinos. La pérdida de valor de la ciudadanía romana a partir del siglo II se plasmó en la asimilación gradual de la población libre a la de origen servil, tanto en la práctica como en las nociones jurídicas, lo cual reflejó la desigualdad económica y social en el Imperio.<sup>198</sup> A esto se suma la desconfianza que se tenía hacia los pobres: en el siglo I, Séneca afirmaba que los mendigos mentían por miseria, y en el siglo II, Dion de Prusa apoyaba su opinión al decir que era sabido por todos que un pobre era capaz de hacer y decir lo que fuera a cambio de dinero, y que nadie lo tomaría como un testigo fidedigno. Dice que “los mendigos actuales nada cuerdo dicen, y nadie citaría como testigo a ninguno de ellos como en defensa de ninguna causa ni los elogios que de los mismos proceden se aceptarían como verdaderos. En efecto, se sabe que todo lo dicen adulando, obligados por la necesidad”.<sup>199</sup> El derecho recogió tal percepción social y la llevó al ámbito judicial, como puede verse en la época de

---

<sup>197</sup> Cic. *Cat.* I.2-4.I.8-9. I.12. II.4. II.13. Liv. IX.46.13-14. Cfr. Eutr. V.7.3. VI.20.5. Es bien conocida la poca simpatía de Cicerón por la plebe romana y su proyección en las palabras que usaba para referirse a ella. Para un amplio catálogo de esas voces, vid Ste. Croix, *op. cit.*, p.497. Jean Béranger, “Ordres et classes d’après Cicéron”, en Nicolet, *Recherches sur...*p.238. Del mismo modo, Pseudo Jenofonte, contraponía los *gennaioi*, *plousioi*, *chrestoi*, *beltistoi* y *dynatoi* a los *penetes*, *poneroi*, *cheirones* y *demotai*. Ps. Xen. *Ath. Pol.* I.1-5

<sup>198</sup> Las fuentes literarias también recogen esto: en el *Asno de oro*, Apuleyo señala que, por envenenamiento, una mujer noble fue condenada al destierro y el esclavo que la auxilió al patíbulo. *Met.* X. 12.4. Ejemplos de las diferentes penas: el asesinato se castigaba con la deportación para los *honestiores*, la cruz o las bestias para los *humiliores*; el falso testimonio con la deportación y confiscación de bienes para los *honestiores*, la cruz o las bestias para los *humiliores*; a los cuatreros se les confiscaba la mitad de sus bienes y se les relegaba si eran *honestiores*, a los *humiliores* se les mandaba a minas o se les hacía gladiadores. *Mos. Rom. Leg. Coll.* I.2.2. VIII.4.1. XI.8.3-4. Para la evolución de las penas en el derecho romano como respuesta a los cambios sociales en el Imperio: Peter Garnsey, “El privilegio legal en el Imperio romano”, en Finley, *Estudios de...*p.171-183. Finley, *El nacimiento...*p.47-49. Kunkel, *op. cit.*, p.146. Sherwin-White, *op. cit.*, p.322-326

<sup>199</sup> Sen. *Ep.* XXVIII.49. Dio Chrys. *Or.* XI.15

los Severos, en que Calístrato exponía que, al sopesar la fiabilidad de un testigo, debía considerarse si era decurión o plebeyo y si era rico o pobre, pues la pobreza era un indicio de que podía buscar un beneficio personal con el testimonio. En la misma línea, Paulo estableció que no podía ser un testigo confiable en un juicio aquel al “que la baja de la vida haya difamado, pues en los testigos debe considerarse tanto la cualidad de vida como la dignidad”.<sup>200</sup> Los grupos inferiores padecían muchas desventajas en la aplicación de las penas y sus testimonios eran mal vistos. Si bien el derecho romano procuró leyes que protegieran a los ciudadanos, era obvio que los estratos elevados tenían los medios formales e informales para salir mejor parados en los asuntos legales. Se insistía en que todos tenían las armas legales para defenderse en los juicios; no obstante se enfatizaba el cuidado en no parecer indulgente con las capas inferiores para no dar una falsa impresión de justicia.<sup>201</sup> Los mejores príncipes y gobernadores eran alabados por su justicia en la aplicación de la ley, independientemente del sustrato social del individuo -un *humilis* podía imponerse a un *honestus*-, pero también por combinar la consideración a los nobles con la atención a los demás; lo contrario era torpe y mezquino. Pese a que se velaba por impartir justicia, se daba un trato preferencial a los sustratos altos.

La poca deferencia a los sectores subalternos se daba también en otros campos. Como se ha referido, recibían un porcentaje menor en los repartos de trigo y dinero que los emperadores y los notables daban en las ciudades, pues el reparto se hacía a los ciudadanos en su conjunto y respetando las jerarquías existentes; los no ciudadanos estaban excluidos de ellos. El donador, como miembro eminente de su comunidad, cumplía sus deberes para la comunidad, y su donativo le atraía renombre y prestigio social; no se trataba de ayudar a los necesitados, y si esto se lograba, era un efecto colateral.<sup>202</sup> Era un campo más en donde la competencia nobiliaria, tan cara al mundo antiguo, se presentaba. Las donaciones eran un

---

<sup>200</sup> *Mos Rom. Leg. Coll.* IX.3.1-2. La mención de Calístrato en Garnsey, “El privilegio...en Finley, *Estudios de...* p.162. Cfr. Mac Mullen, “Judicial Savagery in the Roman Empire”, en *Changes in...* p.204

<sup>201</sup> Plin. *Ep.* IX.5. Aristid. *Or.* XXVI.39. Lib. *Or.* XVIII.183-184. Aun cuando la ciudadanía romana tenía peso, se presentaban casos en que se infringían sus derechos. Uno de los más conocidos es el de Pablo que fue azotado sin previo juicio. *Acta.* 22.24. Uno más fue el de unos campesinos que trabajaban tierras imperiales en el norte de África y que dirigieron una queja a Cómodo por haber sido azotados por órdenes del procurador. Garnsey, “El privilegio...en Finley, *Estudios de...* p.177. Liebeschuetz, *Decline and...* p.4. Mac Mullen, “Personal Power in the Roman Empire”, en *Changes in...* p.191

<sup>202</sup> A.R. Hands, *Charities and Social Aid in Greece and Rome*, Londres y Southampton, Thames and Hudson, 1968, p.37-42. (Aspects of Greek and Roman Life). Cameron, *op. cit.*, p.90-92. Veyne, *La vita privata...* p. 99-101. Brown, “La Antigüedad tardía”, en Ariès y Duby, *op. cit.*, p.255-256. Yavetz, “The urban plebs...en Reverdin y Grange, *op. cit.*, p.146

servicio ciudadano, pero de ningún modo deben asimilarse a la caridad cristiana. Cuando se realizaba algún don usualmente se hacía en el marco de amistad y reciprocidad entre dos partes, ya en Homero se conocía la práctica del don para fortalecer lazos de amistad y establecer conexiones sociales, a veces de dependencia por parte de una. Cuando se trataba de esto, se localizaba en el marco patrono-clientelar: los patronos proveían ayuda material y legal a sus clientes, y éstos les aportaban prestigio por su número y visitas. Como indica Hands, “en la gran mayoría de textos y documentos relacionados con los regalos en el mundo clásico, es claro que la acción del donador es con respecto a sí mismo, en el sentido que él espera del receptor de su regalo algún tipo de gesto. A la mente moderna ese ‘dar’ puede ser más una transacción económica que un gesto altruista”.<sup>203</sup> La política de Trajano, seguida por los Antoninos, debe verse bajo la misma luz. Trajano instituyó un programa de apoyo para la manutención de 5000 niños pobres en Italia, y varios particulares lo imitaron para beneficio de sus propias ciudades. Empero, como reconoce Plinio, las donaciones se dirigían a los hijos de ciudadanos, que ya tenían derecho a otros donativos, con el fin de aumentar la tasa de natalidad y surtir de potenciales soldados al ejército romano. No se daba a las niñas, salvo excepciones, ni a los “pobres” en general; a veces, las fundaciones privadas sufrían diversos problemas que les impedían cumplir cabalmente su cometido.<sup>204</sup>

La evergesis clásica siempre fue consciente de las diferencias y las acentuó. Si en la época a alguien se le hubiera ocurrido exclamar que deseaba ayudar a los desvalidos, habría recibido seguramente miradas de extrañeza. El hecho de dar a alguien que no podía reponer el favor era inconcebible, una acción sin sentido: “Da a quien te dé y no des a quien no te dé. A quien da, otros le dan, a quien no da, tampoco otros le dan”, decía Hesiodo en la Grecia arcaica y, en la Roma republicana, Plauto escribía que socorrer a un mendigo era un desperdicio y ponía en riesgo el caudal propio.<sup>205</sup> Era impropio e ilógico dar sin analizar el mérito de cada uno, pues debía considerarse a los buenos y dignos, es decir, a aquellos que

---

<sup>203</sup> Hands, *op. cit.*, p.26 (in the vast majority of texts and documents relating to gifts in the classical world, it is quite that the giver’s action is self-regarding, in the sense that he anticipates from the recipient of his gift some sort of gesture. To the modern mind such ‘giving’ may seem more like an economic transaction than an altruistic gesture)

<sup>204</sup> Para el apoyo de los Antoninos y Severos a los *pueri y puellae*: Plin. *Pan.* XXVI-XXVIII. *SHA.* ADR. 7. 8. Anton. 2.8. Mar. Aur. 7.8. Sev. Alex. 26.1-3. Cfr. Finley, *La economía...* p.251-253. Garnsey y Saller, *op. cit.*, p.123-124. Hands, *op. cit.*, p.110-114. Stanislas Mrozek, “Le fonctionnement des fondations dans les provinces occidentales et l’économie de crédit à l’époque du Haut-Empire romain”, en *Latomus. Revue d’études latines*, Bruselas, tomo 59, fascículo 2, abril-junio 2000, p.227-230

<sup>205</sup> Hes. *Erga.* 355-356. Plaut. *Trin.* 339-341

podían facilitar algo a cambio, y con quienes se estaba ligado por algún lazo social; en el caso de las relaciones desiguales, se usaban los vínculos patrono-clientelares. Para Cicerón, dar a cada quien lo suyo se apegaba estrictamente a las normas básicas de justicia “a cada uno se le favorezca de acuerdo con sus propios méritos, ya que esto es el fundamento de la justicia”.<sup>206</sup> En esta línea, favorecía la ayuda, primero a los padres e hijos, después a los parientes y amigos, a gente del mismo rango que devolviera el favor cuando los eventos lo permitían, y, por último, a los *humiles* buenos y honestos. Ayudar a los *egentes* era inútil, dada su enorme cantidad; en el siglo I, Séneca decía: “a algunos no les daré, aunque les falte, pues aun dándoles les seguirá faltando”. Dion de Prusa pensaba lo mismo al señalar que la ayuda debía darse a los más cercanos: “Porque no es ni más justo, ni, por Zeus, más agradable, menospreciar a los más allegados y ayudar a los que no son en absoluto sus parientes”. En el siglo IV, Libanio aducía el pasaje hesiódico sobre el desatino de ayudar al pobre al enfatizar que servía todavía para su época y que otros merecían esa ayuda.<sup>207</sup> La importancia política y social de la ayuda recíproca -el *do ut des* latino, que se trasladó al ámbito religioso- sólo concebía las relaciones de modo bilateral. En época imperial, tal sistema se recrudeció por la importancia que revestía rodearse de numerosos clientes que exhibían y validaban el peso del *potens* en su medio.<sup>208</sup> Era un sistema que las capas altas no estaban dispuestas a desechar porque, a sus ojos, contribuía a mantener la estabilidad interna y las barreras sociales. Como dice Grimal, la armonía se obtenía “en virtud de este intercambio de servicios, de *officia*, de naturaleza diferente según el rango de cada cual y la función que desempeñaba en la comunidad”.<sup>209</sup> Conforme las condiciones se tornaron más difíciles a partir de la crisis del Imperio, la protección de un patrono fuerte fue imperiosa para varios *humiles*. Sin embargo, el esquema preservó su forma de ignorar a quienes no tenían nada que ofrecer a cambio.

<sup>206</sup> Cic. *Off.* I.14. Cfr. Mar. Aur. I.16. Hands, *op. cit.*, p.74-75

<sup>207</sup> Cic. *Off.* I.17. II.20. Sen. *Vit. Beat.* XXIV.1. Dio Chrys. *Or.* XLIX.14. Lib. *Ep.* II.99.2. Cicerón encomiaba ayudar a los pobres de “nuestro orden”. *Off.* II.18. Por su parte, Séneca decía que se debía brindar ayuda como una línea general de sociabilidad, pero siguiendo las formas tradicionales. *Ep.* XLV.51-53. *Vit. Beat.* XXIII.5

<sup>208</sup> Nada más contrastante con el mundo clásico que la prédica de Jesús de no invitar a los banquetes a quienes podían pagar el favor, como amigos, parientes y vecinos ricos. En vez de eso: “cuando des un banquete, llama a los pobres, los lisiados, los cojos y los ciegos, y serás dichoso pues ellos no tienen para pagártelo, porque se te pagará en la resurrección de los justos”. (ἀλλ’ὅταν ποιῆς δοχὴν, κάλει πτωχοὺς, ἀναπήρους, χυλοὺς, τυφλοὺς· καὶ μακάριος ἔσῃ· ὅτι οὐκ ἔχουσιν ἀνταποδοῦναί σοι· ἀνταποδοθήσεται γὰρ σοι ἐν τῇ ἀναστάσει τῶν δικαίων) *Lc.* 14.13-14

<sup>209</sup> Pierre Grimal, *Los extravíos de la libertad*, trad. de Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa Editores, 1990, p.66 (Hombre y Sociedad). Cfr. Hands, *op. cit.* p.30-31.

Una excepción es Juliano: él se interesaba en los marginales de su tiempo e insistía en que se debía ser filántropo con los que no tenían bienes a imitación de los dioses; él mismo predicó con el ejemplo al ocupar el trono imperial y defender pautas impensables en otros: “Yo a menudo he dado a los necesitados y poseí lo que di multiplicado [...] Hay que compartir, pues, los bienes con todos los hombres, pero con los buenos de forma más liberal, y con los faltos de recursos y pobres lo que baste para su necesidad”.<sup>210</sup> El caso de Juliano es atípico, ya que su atención a los marginados se debió a una respuesta a la caridad cristiana que atraía a muchos al paliar sus necesidades básicas. Como parte de su política pagana de restauración, vio ineludible que los cultos tradicionales fueran de la mano con el cuidado de los olvidados por la evergesis antigua, los que el cristianismo había atendido desde sus orígenes. Lo peculiar es que Juliano debió recurrir al expediente judeocristiano que poseía una postura más positiva hacia el pobre; un medio externo al mundo clásico que carecía de alternativa. Como afirma Liebeschuetz, “la idea de que los pobres, los enfermos y los ancianos, debían ser ayudados porque estaban ahí, e incluso eran criaturas de Dios, no es clásica”.<sup>211</sup> En la misma línea, Amiano comenta que Lampadio, prefecto de Roma en 365, ofreció unos juegos espléndidos a la plebe romana dentro de los cánones evergéticos usuales, lo cual no evitó que la masa pidiera más donaciones. Molesto por esto, Lampadio dio regalos a los verdaderamente menesterosos, a los excluidos de los repartos.<sup>212</sup> La plebe entendió que el prefecto había usado su dinero de modo inusual para agraviarla, al sector considerado el receptor exclusivo de las dádivas públicas. Sin duda, el entorno pagano siguió apegado a las formas habituales de distribuir la riqueza.

La estima que acompañaba a la riqueza era innegable como lo deja ver Plinio el Joven. Al darle su opinión a un amigo que le preguntaba sobre las virtudes de un joven que pedía la mano de su hija, señaló: “no sé si deba añadir que el padre es muy rico. Cuando considero el carácter de los que quieren yerno elegido por mí, no me atrevo a hablar de sus

---

<sup>210</sup> Jul. *Ep.* 89b.290c-d. Las fuentes antiguas coinciden en que un argumento ampliamente usado por los grupos altos fue que la donación indiscriminada provocaría que los ricos perdieran sus bienes dada la cantidad enorme de pobres. Además, haría que ellos mismos cayeran en la indigencia con sus familias. La reiteración de esto seguramente va más allá de un lugar común y recoge una inquietud de ese medio. Cic. *Off.* II.15. Luc. *Sat.* 36-38. Cipr. *Eleem.* 13. Lact. *Div. Inst.* VI.2.26

<sup>211</sup> Liebeschuetz, *Continuity and Change*...p.187 (the idea that the poor, the sick, and the old ought to be helped because they were there and even God’s creatures is not classical). Para la relación del cristianismo con los pobres y los usos que los obispos le dieron a ese vínculo. Brown, *Power and Persuasion*...p.95-103

<sup>212</sup> Amm. Marc. 27.3.6. Sobre las implicaciones del episodio: Harries, *Favor populi*...en Lomas y Cornell, *op. cit.*, p.123-124. Cracco Ruggini, “Rome in Late Antiquity”...p.375-376. Brown, *Power and Persuasion*...p.91

bienes, pero no creo que deba despreciarlos al consultar la costumbre establecida y hasta nuestras leyes, que consideran principalmente al hombre por sus rentas”.<sup>213</sup> Por su parte, Juvenal decía que la grandeza y prestigio de una casa radicaba en “mucho dinero en un arca de bronce y unas monedas que deben depositarse para su custodia en el templo de Cástor”; mientras que el carente de recursos sufría la indiferencia general en los desastres naturales: “el colmo de su miseria es que, desnudo y suplicando mendrugos, nadie le socorrerá la comida y un techo hospitalario”.<sup>214</sup> El orbe romano preservó una visión negativa de los *inopes* en cuanto inútiles, holgazanes, culpables de su condición e indignos de toda ayuda, en pos de conservar los esquemas sociales habituales. Empero, esta cita de Juvenal no implica que se interese por los menos favorecidos. Como apunta Gilbert Highet, “Juvenal realmente no se lamenta por los muy pobres o la clase trabajadora. Se lamenta por los hombres de clase media como él que no pueden avanzar”.<sup>215</sup>

El desinterés y desprecio hacia los grupos inferiores se daba en varias formas. Podía adquirir modos muy explícitos, como los desaires y esperas que soportaban los clientes en el umbral de la casa del patrono a cambio de la *sportula* y otros beneficios. Sin esperanza de autosuficiencia, los clientes complacían al patrono que podía tratarlos como objetos decorativos, actitud que levantó las quejas amargas de los autores.<sup>216</sup> Otra forma era que los notables se abrían paso con sus esclavos, clientes y vehículos; los demás tenían que hacerlo como mejor pudieran. En los banquetes, los clientes y libertos recibían asientos y porciones de comida y bebida de menor calidad. Plinio mencionaba que él servía los mismos platillos a sus invitados sin establecer distinciones de rango, incluso a sus libertos, pero aclara que su proceder era excepcional frente a lo que hacía la mayoría de *equites* y senatoriales.<sup>217</sup> Un siglo antes, Augusto cuidaba las diferencias sociales en los banquetes y no sentaba libertos a su mesa, salvo uno por su destacado papel en la guerra civil. Si asistían a una comida, los

---

<sup>213</sup> Plin. *Ep.* I.14

<sup>214</sup> Juv. XIV.259-260. III.209-210

<sup>215</sup> Gilbert Highet, *Juvenal the Satirist*, Oxford, Oxford University Press, 1952, p.38 (Juvenal is not really sorry for the very poor, or for the working class. He is sorry for the middle-class men like himself who cannot get advancement) Cfr. Hands, *op. cit.*, p.63. Gowers, *op. cit.*, p.194-195

<sup>216</sup> Sen. *Ep.* XIX.4. LVI.3. Juv. I.119-135. III.249-253. VI.413-418. Mart. III.38.11-12. Luc. *Sueldo.* 10-11. Para el trato al cliente durante el Imperio: Carcopino, *op. cit.*, p.199-201. Highet, *op. cit.*, p.7-8. Grimal, *Los extravíos...* p.33-35. El predominio del patrono sobre el cliente está atestiguado desde las XII Tablas que no contemplaban la posibilidad que el cliente faltara a sus obligaciones. Cornell, *op. cit.*, p.337-338

<sup>217</sup> Plin. *Ep.* IV.6. Los lectores del ámbito grecorromano debieron sorprenderse al ver la parábola de Jesús en la que un hombre invitó a su banquete a “los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos”, pues éstos no serían convidados en un evento (τοὺς πτωχοὺς καὶ ἀναπήρους καὶ χολοὺς καὶ τυφλοὺς) *Lc.* 14.21.

*humiliores* desconocían el protocolo para manejarse de forma adecuada, pues todo era novedoso para ellos, y se convertían en la burla de los comensales que sabían las formas precisas de conducirse. Si un notable comía de modo voraz, era elegante; si un plebeyo lo hacía, era vulgar; lo que en uno era fortuna en otro desenfreno.<sup>218</sup> Asimismo, la escasa formación literaria de los libertos pudientes era objeto de mofa por los que tenían una preparación acabada: el estereotipo del liberto con aires de cultura proviene de la pluma de Petronio: Trimalción. Sus composiciones no respetan las reglas de cada género, pero está seguro de sobresalir por encima de sus oyentes que están peor preparados que él. Salles dice que “la ignorancia de Trimalción y sus compañeros se revela desde el lenguaje. El *Satiricón* es un repertorio de todas las incorrecciones, de todos los barbarismos cometidos por los ‘marginales’ de la cultura romana”.<sup>219</sup> Este barniz cultural era ridiculizado por los letrados, y era un signo del bajo origen de los libertos ricos y otros sujetos con menores recursos. Para estos últimos, a su escaso o nulo patrimonio se sumaba la conciencia de saberse mal vistos por los demás. Juvenal escribía que “nada tiene de más cruel en sí la infeliz pobreza que el hacer ridículos a los hombres”.<sup>220</sup>

Los estratos superiores se lamentaban cuando uno de sus miembros sufría un hecho oprobioso. Suetonio comenta la indignación entre el orden senatorial cuando Calígula hizo que algunos senatoriales y caballeros combatieran en la arena como gladiadores y algunas mujeres nobles ejercieran como prostitutas para financiar las excentricidades del príncipe. En la misma época, Plutarco subrayaba una de las mayores desgracias que podía ocurrirle a un noble: “Emprender una actividad artesanal después de haberse dedicado a la política es lo mismo que arrebatarle a una mujer libre y honesta el vestido, ponerle un delantal e instalarla en una taberna”.<sup>221</sup> Un caso contrario era la adopción deliberada de esos oficios por los *honestiores*. Se criticaba que voluntariamente hicieran actos infamantes reservados a esclavos y a ingenuos con un nivel social bajo. Las quejas amargas eran ocasionadas por la indignación de que los nobles actuaran o bailaran gustosos sin estar amenazados, pues se

---

<sup>218</sup> Suet. *Aug.* 76.1. Luc. *Sueldo.* 14-18. Juv. XI.1-23. Cfr. Petr. *Satyr.* 31.

<sup>219</sup> Salles, *Lire à Rome*, p.192 (L’ignorance de Trimalcion et de ses compagnons se révèle d’abord dans leur langage. Le *Satiricon* est un répertoire de toutes les incorrections, de tous les barbarismes commis par les ‘marginiaux’ de la culture romaine.) Los párrafos en que se desarrollan estas pláticas en Petr. *Satyr.* 24, 55

<sup>220</sup> Juv. III.152-153. Siglos antes, Hesiodo reflexionaba: “Una vergüenza detestable acompaña al hombre indigente, una vergüenza que grandemente perjudica o favorece a los hombres, una vergüenza que va unida a la pobreza igual que la audacia va unida al bienestar”. Hes. *Erga.* 316-319

<sup>221</sup> Suet. *Cal.* 27.2. 41.1. Plut. *Mor.* 785D

exponían al escarnio público, enlodaban el nombre familiar y borrraban las barreras sociales. Si tener una relación cercana con esos sujetos era reprobable, mucho más lo era adoptar su modo de vida por gusto o curiosidad. Las críticas a Mesalina, Nerón y Cómodo por jugar a la prostituta, al cantor, al actor, al auriga y al gladiador son comprensibles en esta línea: con ello rompían las barreras sociales tan apreciadas en la Antigüedad al desempeñar oficios infamantes.<sup>222</sup> Sobre quienes tenían esos trabajos por ser su fuente de ingresos, la actitud es diferente: no eran tomados en cuenta dada su irrelevancia social, y se les criticaba por su ínfimo origen social y sumisión al trabajo. No hay interés por las difíciles condiciones de vida de los que usaban su cuerpo para trabajar y obtener sus ingresos, que eran la mayoría, eclipsada por los pocos cantantes, gladiadores, y hetairas que amasaban fortunas.<sup>223</sup>

Ocurría lo mismo en el terreno judicial: las fuentes se lamentan del maltrato y la arbitrariedad que sufrían los *honestiores* cuando no se respetaba su exención de tortura o padecían penas excesivas. Sin embargo, que los *humiliores* tuvieran muertes infamantes y fueran sometidos a tortura, era normal porque su poco valor así lo ameritaba. En el Bajo Imperio se recrudeció el trato reservado a ellos: una ley imperial del 539 confirmó la incapacidad del pobre para atestiguar en juicios, pues solamente podía hacerlo mediante tortura igual que el esclavo.<sup>224</sup> También había una clara distinción en la muerte: los órdenes superiores tenían derecho a un funeral público en reconocimiento de su valor. Los demás eran sepultados de noche para no llamar la atención y varios quedaban en basureros porque no tenían recursos para yacer en un lugar con su nombre. Si en tiempo de pestes o desastres naturales, los príncipes y las curias enterraban a la gente con bajo status social, era por razones de higiene y no por atención a los desheredados: el que Marco Aurelio lo hubiera hecho, indica su carácter excepcional, mas no se realizaba regularmente.<sup>225</sup>

---

<sup>222</sup> Juv. VI.116-132. VIII.183-210. Suet. *Nero*. 20-25. *SHA*. Comm. 1.9. 2.9. 8.6-8 11-12. Eutr. VIII.14.1. La atracción de gladiadores y actores en senatoriales y caballeros muestra su impacto en la sociedad romana. Tiberio tuvo que desterrar a miembros de los órdenes senatorial y ecuestre que se hicieron tachar de infamia para ser hetairas o dedicarse a la arena o al teatro. Suet. *Tib*. 35.2-3. Séneca exclamó con desprecio: “Mira esos jóvenes, a los que la lujuria arrojó de las casas más nobles a la arena”. *Ep*. XCIX.13

<sup>223</sup> Salles, *Los bajos fondos...* p.188-200. Auguet, *op. cit.*, p.151-154. Kyle, *op. cit.*, p.80-81. Esto no significa necesariamente que quienes se dedicaban a estos oficios estuvieran en contra de su voluntad. Procopio dice que unas prostitutas se negaron a dejar su trabajo y abrazar la vida monacal. *Arc*. XVII.5-6

<sup>224</sup> Evelyne Patlagean, “El pobre”, en Guglielmo Cavallo, ed., *El hombre bizantino*, trad. de Pedro Bádenas de la Peña, Madrid, Alianza Editorial, 1992, p.35 (El hombre europeo) Mac Mullen, “Judicial Savagery...en *Changes in...* p.209-212

<sup>225</sup> *SHA*. Mar. Aur. 13.4. Cfr. Dupont, *op. cit.*, p.41-43. Grimal, *La vida en...* p.34-35. El hábito cristiano de sepultar a los muertos sin importar su posición económica tuvo gran impacto. Euseb. *Hist. Eccl*. VII.27.7-10

De modo paralelo pueden analizarse las obras artísticas que brindan gran espacio a gladiadores y cantantes. Mosaicos como los de *Piazza Armerina* en Sicilia y otros regados en las antiguas provincias romanas, muestran los juegos gladiatorios y cacerías con los nombres de los protagonistas. Asimismo, se levantaban grandes túmulos y tumbas para resguardar los restos de los gladiadores. Sin embargo, estas obras no buscaban resaltar a los artistas o a los gladiadores, ni siquiera para los artesanos que realizaban el trabajo, sino procurar gloria a quien pagaba los mosaicos y los *ludi*. Lo realmente importante era la evergesis del patrono hacia la comunidad, lo accesorio eran los instrumentos de los que se servía; así que toda la gloria era para el donante.<sup>226</sup> Los notables estaban obsesionados con la exhibición del gasto público y privado para que sus pares y la masa los admiraran y envidiaran. Pasar inadvertido era inadmisibles para los grupos altos; por ello, debía gastarse a la vista de todos. Luciano decía que la riqueza “no tiene ninguna utilidad si la posesión no tiene testigos. En realidad podríais averiguar que la mayor parte de sus bienes no los han adquirido para utilizarlos, sino para que los admiréis vosotros”.<sup>227</sup> El afán de notoriedad en la antigua Roma no conoció límites y fue explotado por los estratos elevados como Séneca reconocía: “¿Quién se vistió de púrpura para no mostrársela a alguien? ¿Quién comió en secreto en vajilla de oro? ¿Quién desplegó a solas la pompa de su lujo tendido a la sombra de algún árbol rústico? Nadie es suntuoso para sus ojos solos, ni siquiera para los de pocos, o los de sus familiares, sino que expande el aparato de sus vicios en proporción de la turba que lo ve. Así es: el estímulo de todas nuestras locuras es la gente que las admira y las conoce”.<sup>228</sup> Muchas representaciones de individuos con posición baja fueron concebidas y sirvieron para exponer la munificencia de los patronos, no para reconocer a los artífices o actores. Éstos eran únicamente el medio para exponer la generosidad y la relevancia social de los *potentes* romanos.

---

<sup>226</sup> Claire Holleran, “The development of public entertainment venues in Rome and Italy”, en Lomas y Cornell, *op. cit.*, p.57-59. Dunbabin, *op. cit.*, p.317-321. Valerie M. Hope, “Negotiating identity and status. The gladiators of Roman Nîmes”, en Laurence y Berry, *op. cit.*, p.183-184.

<sup>227</sup> Luc. *Sat.* 29. Un siglo antes, Dionisio de Halicarnaso afirmaba que varios manumitían a sus esclavos para que su cortejo fúnebre estuviera lleno de personas con el *pileum*, símbolo de los libertos, y quedara constancia de la generosidad del difunto. Dio. *Hal. Ant. Rom.* IV.24.8. Cfr. Sen. *Benef.* VI.33.4. Los gastos motivados por el ansia de gloria son resaltados por varios autores: Cic. *Off.* II.60-61. Plut. *Mor.* 822-823. Tat. *Ad Gr.* 23.

<sup>228</sup> Sen. *Ep.* XCIV.71. Paul Veyne describe este fenómeno así: “las larguezas de los políticos cumplían una satisfacción, irracional, si se quiere, en todo caso irreductible que no estaba por el poder, sino en el prestigio”. *Le pain...* p.436 (les largesses des hommes politiques visaient une satisfaction, irrationnelle, si l’on veut, en tout cas irreductible, qui n’était pas le pauvoir, mais le prestige.)

El conocimiento de las diferencias sociales permeaba todo en Roma: para los grupos elevados, el prestigio era un derecho concomitante a su posición y toda eventualidad que lo evitara era pensada como un atentado. Así, Tácito estimaba como un agravio que su suegro, Julio Agrícola, al regreso de su eficiente labor en Britania, debiera llegar a Roma sin las muestras tradicionales de algarabía y respeto por parte de familiares, amigos, clientes y el pueblo romano en general para evitar las suspicacias del receloso Domiciano. Por su parte, Apuleyo recreaba el orgullo que mostraba un amigo de Lucio por llevar las insignias de edil en su ciudad natal y manifestar su autoridad frente a sus conciudadanos.<sup>229</sup> La exhibición de la posición era vital en el mundo romano y se aprovechaba cualquier ocasión para ello, pues se creía importante que los sectores privilegiados mostraran su distinción por vías legales e informales. Según J.A. Crook, “la primera dificultad para el lector moderno deseoso de entender las vidas legales del pueblo de Roma y sus dominios es pensarse en un mundo donde los derechos y deberes de los hombres dependían de las diferencias fundamentales del status legal; y una clara concepción de esos principios es un prerequisite inevitable de todo lo demás”.<sup>230</sup> La conciencia de la superioridad pasaba porque los demás reconocieran su condición inferior, no subvirtieran el orden fijado y se guardaran las muestras debidas de respeto entre grupos sociales. En el siglo I, el fabulista Fedro escribía: “recordaré muy bien una frase que leí cuando era niño: murmurar en público es un sacrilegio para un plebeyo”. Por su parte, la *Historia Augusta* registra que Adriano mandó abofetear a un esclavo que se paseaba entre senadores y le dijo: “No se te ocurra pasear entre personas de las que algún día puedas ser esclavo”; de Septimio Severo, comenta que reprendió a un *humilior* por expresar una cercanía inapropiada con alguien de mayor rango: “No oses, hombre plebeyo, abrazar temerariamente a un legado del pueblo romano”.<sup>231</sup>

Mantener las distancias debidas y procurar el respeto a los niveles elevados fue producto de la estricta jerarquía social antigua. A fines del siglo IV, Símaco le explicaba esto a su padre en un plano familiar, pero que podía darse fácilmente en otras esferas:

---

<sup>229</sup> Tac. *Agr.* XL.4. Apul. *Met.* II.2-4

<sup>230</sup> Crook, *op. cit.*, p.36 (The first difficulty for the modern reader wishing to understand legal lives of people of Rome and her dominions is to think himself back into a world where men’s rights and duties depended on fundamental differences of formal legal status; and a clear conception of these principles is an unavoidable prerequisite of everything else)

<sup>231</sup> Phaedr. *Epil.* IV.34. *SHA.* Adr. 21.3. Sev. 2.6. Esta misma obra comenta que, con Severo Alejandro, se vio la opción de señalar a los grupos sociales con un vestido especial, pero Papiniano y Paulo se opusieron debido a que multiplicaría las ofensas. Sev. Alex. 27.2. En el siglo I, Séneca decía que el senado pensó hacerlo con los esclavos, pero no lo hizo por el peligro que implicaba que pudieran ubicarse fácilmente. *Clem.* I.24.1

“Parecería injusto si disputase contigo en términos de derecho estricto, pues quien reclama una deferencia igual entre personas desiguales juzga sin equidad”.<sup>232</sup> La desigualdad de trato y atención era una realidad constante y tenía medios de expresión por doquier. En este esquema, era normal que la atención se centrara en los órdenes superiores: sus privilegios y necesidades ocupaban los principales temas de los autores antiguos, quienes tenían un claro sentido prosenatorial. En contraparte, los pocos espacios dados a otros sectores son el complemento normal de tal postura. En su visión historiográfica que omite detalles nimios para centrarse en lo esencial, Amiano justifica la elección de narrar las desgracias de los senatoriales bajo Valentiniano: “como me imagino que tal vez habrá personas que, cuando lean esto y lo examinen cuidadosamente, advertirán y criticarán que haya contado una cosa y no otra, o que haya omitido lo que sucedió, creo que basta alegar lo siguiente: no merece la pena narrar todo lo que ha ocurrido entre personas humildes”.<sup>233</sup> Su bajo status se reflejaba en la desatención de las fuentes escritas, que tienden a ignorarlos o despreciarlos, pues su valor era bajo a los ojos de varios. No se les consideró dignos de atención, por lo que fue recurrente que ni siquiera se les tomara en cuenta en las fuentes escritas.

#### La respuesta de los grupos inferiores

Resulta complejo conocer los intereses de los núcleos bajos, pues las fuentes responden mayoritariamente a las expectativas de los estratos elevados. No es fácil, pues, especificar las actitudes de un conjunto compuesto por sujetos que, si bien eran tratados de forma homogénea por las fuentes y compartían la misma posición social y jurídica, tenían diversas condiciones de vida. Del mismo modo que los autores representan a los grupos subalternos sin establecer diferencias entre ellos, es probable que las opiniones que ponen en la boca de *humiles* no sean representativas del conjunto. Otro aspecto es que esas perspectivas están necesariamente filtradas por los trazos de las clases altas, esto es, su registro es indirecto y ello acarrea varios problemas. Aun así, se pueden rastrear líneas que ayudan a vislumbrar algunas opiniones de esos sectores, aunque esto debe hacerse con sumo cuidado y apoyarse en materiales diferentes a los literarios e históricos.

---

<sup>232</sup> Symmachus. *Ep.* I.1.1

<sup>233</sup> Amm. Marc. 28.1.15

Un hecho común era la crítica a la nobleza por ciertas actitudes. Esas reprensiones se encuentran ya en el discurso que Salustio pone en boca de Mario al ocupar el consulado. En tal arenga, Mario ataca la indolencia de la *nobilitas* que presumía sus rancios abolengos y era soberbia con quienes no formaban parte de ella; su gusto por el lujo la había vuelto ávida de dinero, corrupta e incapaz de ejercer honestamente las magistraturas con peligro para la República. Por ello, la nobleza decadente acarreaba deshonor a sus ancestros que habían contribuido con grandes hazañas para Roma.<sup>234</sup> En el siglo II, Juvenal reclamaba la conducta indigna de los nobles que no se comportaban a la altura de sus antepasados y enumeraba varios ejemplos de aristócratas que echaron por tierra el nombre familiar con actos infames. Hasta cierto punto, relativiza el criterio de cuna pregonado por los *nobiles* y lo pone en una óptica histórica: “por más lejos que busques, por más lejos que escojas tu nombre, encontrarás que tu estirpe proviene de un asilo infame. El primero de tus mayores, cualquiera que haya sido, fue un pastor, o aquello que no quiera decir”.<sup>235</sup> En el siglo III, Herodiano adjudicó a Macrino -primer emperador no senatorial- un discurso contra los príncipes provenientes de la nobleza que se distinguían por su descuido y desidia. Su apatía reflejaba la indolencia de la aristocracia habituada a la molicie y el desprecio de los demás: “Hombres como éstos toman posesión del imperio como si se tratara de una herencia y la derrochan de manera insultante como si fuera una propiedad privada que hubieran heredado de su familia”. En el siglo IV, Aurelio Víctor, que provenía de una familia campesina, destacaba que los errores de la *nobilitas* la habían llevado a perder posiciones políticas, aprovechadas por personas de otros orígenes sociales, y a que el ejército tuviera gran peso en la elección de los príncipes. Él reflexiona del siguiente modo: “Pero como se recrean con su tiempo libre y temen al mismo tiempo por sus riquezas, cuyo disfrute y abundancia consideran de mayor importancia que lo que es eterno, han abierto el camino a los soldados y casi a los bárbaros para dominarles a ellos y a sus descendientes”.<sup>236</sup>

Otro aspecto es el enaltecimiento de las virtudes de los núcleos subalternos. Si los estratos altos presumían sus linajes preclaros y los servicios prestados a la patria, los bajos

---

<sup>234</sup> Sall. *Iug.* LXXXV. Horacio utilizó argumentos similares para sus críticas a la nobleza. *Sat.* I.6.9-21.

<sup>235</sup> Juv. *Sat.* VIII.272-275.

<sup>236</sup> Hdn. V.1.6. Aur. Vict. *Caes.* 37.7. Algunos nobles despreciaban a Horacio porque su padre fue un liberto. *Sat.* I.6.1-6. Esto también se ve en los rumores difamatorios de Marco Antonio en contra de Octavio, a quien acusaba de tener un bisabuelo liberto. Suet. *Aug.* 2.2. Lo mismo ocurrió con Diocleciano “hasta el punto de que la mayoría cree que fue hijo de un escriba y algunos que era liberto del senador Anulino”. Eutr. X.19.2

resaltaban su esfuerzo y trabajo. Para esto recobraban ejemplos del pasado romano como Servio Tulio, Vindicio, Decio Mus, Mario y Cicerón para mostrar la valía de quienes ascendían de los escalones bajos de la sociedad hasta llegar a posiciones de poder. Mientras que los nobles exhibían los bustos de sus antepasados, los hombres nuevos exponían sus heridas, coronas y acciones valerosas a favor de Roma. Si algo habían obtenido era gracias a su propia energía y a las cualidades cultivadas, no por herencia de un familiar.<sup>237</sup> Tener una buena reputación, el hecho de ser el primero en acceder al orden senatorial u ocupar el consulado se convertían en méritos destacables. Es importante indicar que el valor del esfuerzo originalmente era propio de los grupos elevados a quienes les gustaba calificarse de *virī strenuī*. Al adoptar esta virtud, los elementos que llegaban de otras capas sociales, asumían y reforzaban sus valores e intereses que ya no eran exclusivos de un sector para ser comunes a todos. Estudiando un fenómeno similar en la Inglaterra victoriana, Gertrude Himmelfarb definía este proceso como la apropiación de valores que, lejos de ser una toma acrítica y dócil, se trató de una decisión consciente y activa por parte de los grupos bajos para equipararse en lo posible a los superiores.<sup>238</sup> En el caso romano, hay una aprobación constante de los méritos que justificaban el ascenso social; como la movilidad social fue un fenómeno recurrente en la historia romana, especialmente en el Bajo Imperio, las personas que lo lograban necesitaron justificar su elevación. Macrino decía que, a diferencia de los nobles, “quienes han llegado al imperio desde una condición modesta lo tratan con cuidado como algo adquirido, y siguen respetando y honrando, como era su costumbre, a quienes antes eran más poderosos”. Aurelio Víctor destacaba que los integrantes de la tetrarquía de Diocleciano no eran cultos, pero fueron buenos príncipes debido al empeño mostrado en los campos de batalla y su alto sentido de responsabilidad en el gobierno. Ello probaba que “los hombres se hacen con más facilidad virtuosos y sabios con la experiencia de la adversidad y que por el contrario los que no han sufrido desdichas, al juzgar a todos de acuerdo con sus propios recursos, son menos considerados”.<sup>239</sup> Los méritos propios y la historia romana eran útiles para presentarse como los herederos de la vieja gloria militar de Roma. Al hacer

---

<sup>237</sup> Sall. *Iug.* LXXXV.29-30. *Juv. Sat.* VIII.224-253. De igual modo, la actitud negativa de Mario frente a la educación literaria de los nobles como inútil para alimentar la virtud, tuvo su contrapartida en la exaltación de su formación práctica en el campo de batalla. Sall. *Iug.* LXXXV.12-13. 32-33

<sup>238</sup> Gertrude Himmelfarb, “Las costumbres como moral”, en *Historias*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, núm 19, octubre-marzo 1988, p.20-21

<sup>239</sup> Hdn. V.1.6. Aur. Vict. *Caes.* 39.27. La misma visión sobre los tetrarcas se expresa en *Pan. Lat.* II.3.9

suyos los ideales de trabajo y esfuerzo, caros a la mentalidad romana, los *humiles* tomaban distancia de los *nobiles* y se creían los auténticos émulos de los grandes romanos del pasado. Así, el desempeño y la capacidad personales fueron vitales para los que destacaban en los variados campos de promoción social pese a las reiteradas leyes que pretendían que cada quien siguiera en su sitio. Tal orgullo también era mostrado por pequeños artesanos y comerciantes que dejaron imágenes de sí mismos en sus tumbas, y los libertos presumían sus *tria nomina* para destacar su carácter de ciudadanos romanos en sus inscripciones funerarias. En ambos casos celebraban las cualidades propias de sus oficios y la eficiencia mostrada en ellos: la cantidad de inscripciones en varios materiales es enorme y testifica el gusto por desempeñar bien su profesión frente a los demás.<sup>240</sup>

Por otro lado, hubo personas que usaron la educación para lograr éxito en la enseñanza y la administración. En el siglo IV, Ausonio y Aurelio Víctor son ejemplos de esto: si bien Ausonio pertenecía a una familia curial de Burdeos, sus recursos eran austeros; empero, gracias a su cultura, fue preceptor de Graciano y ocupó puestos políticos y honores altos. Respecto a Aurelio Víctor, su caso es más agudo, ya que provenía del ámbito rural, y su perspectiva era poco halagadora, sin embargo, debido a su educación ocupó la prefectura de Roma. Ello lo hacía el sujeto más indicado para afirmar el valor de la instrucción al analizar a los príncipes según los parámetros culturales: “Todos los hombres buenos han de tener plena conciencia en esto y yo en especial, que, nacido en el campo de un padre pobre e inculto, he alcanzado una vida bastante honrosa hasta este momento gracias a tan grandes estudios”.<sup>241</sup> Además, quienes venían de estratos inferiores solían buscar conocimientos que les sumara un barniz cultural a su nueva posición. Esto explica la explosión de breviarios y compendios de historia romana, necesarios para los arribistas militares -algunos de ellos bárbaros- del siglo III en adelante. A su buen estado económico y político debían añadir los

---

<sup>240</sup> Andreau, “El liberto”, Morel, “L’artigiano”, y Giardina, “El mercante”, en Giardina, *op. cit.*, p.206-207. 257-259. 291-293. La alabanza a sus habilidades iba en contra del código nobiliario de Cicerón, que criticaba a los comerciantes por buscar el mayor beneficio posible. Se censuraba a los pequeños comerciantes porque su afán de ganancia los orillaba a pasar por alto el principio de no sacar ventajas deshonestas. Cic. *Off.* I.150. Sin embargo, el registro arqueológico muestra que el pequeño comerciante se enorgullecía de su pericia por aprovechar el momento de cerrar una buena venta.

<sup>241</sup> Aur. Vict. *Caes.* 22.5. Además, fue consular en Panonia y tuvo una estatua de bronce por su sobriedad en tiempo de Juliano: Amm. Marc. 21.10.6. En el siglo I a.C., Horacio reconoció los gastos de su padre liberto para procurarle la mejor educación en Roma, por lo que siempre lo escogería por encima de un noble. *Sat.* I.6.71-99. Para la movilidad social en el Imperio romano: Hopkins, “Movilidad de... y P.R.C. Weaver, “Movilidad social en el Alto Imperio Romano: la evidencia de los libertos imperiales y los esclavos”, en Finley, *Estudios de...*p.129-130. 149-156. Alföldy, *op. cit.*, p.203-206. Hopkins, *Conquistadores...*p.205-209.

datos necesarios de las antigüedades romanas que la aristocracia poseía con creces.<sup>242</sup> Si bien eran despreciados por los nobles, los grupos bajos apreciaban la instrucción formal y la completaban con saberes útiles a sus vidas que les habían ayudado a conseguir una mejor posición. Como dice Morgan, “aquéllos que aprendían a leer y escribir podían haber aprendido muchas más cosas que valoraban más que Homero o la gramática”.<sup>243</sup> Sea en una alta esfera o en escenarios más modestos, los sujetos con un bajo origen social exhibían su beneplácito con los conocimientos obtenidos formal e informalmente.

Acercarse a las reacciones de los grupos inferiores frente a los sectores privilegiados o a los problemas imperiales representa una notable dificultad debido a las características de las fuentes escritas. Hay indicios de que se alegraban de las desgracias de los poderosos cuando sufrían alguna caída política o económica.<sup>244</sup> A partir del siglo II, entre los eventos de la crisis, se presentaron varios levantamientos de desertores del ejército que añadían a sus filas a campesinos y esclavos fugitivos. Las bandas que merodeaban los campos podían tener fines meramente de robo y saqueo, como los desertores bajo el mando de Materno que asolaron Galia hasta llegar a Italia en tiempo de Cómodo, o grupos que contaban con la complicidad de la población rural, como las fuerzas de Bulla que reunían a esclavos y pequeños campesinos en Italia en el gobierno de Septimio Severo.<sup>245</sup> Los estallidos rurales explotaron la inestabilidad sociopolítica y se nutrieron de los inconformes con su situación. Si se considera que gran parte de la carga fiscal recaía en los campesinos, en cualquiera de sus modalidades, se entiende que los bandidos hallaran un medio fértil para sumar gente a sus filas. Asimismo, es revelador que la masa rural rara vez cooperaba con la captura de los bandoleros, pues interpretaba como positivos sus ataques a los terratenientes.<sup>246</sup> En el Bajo

---

<sup>242</sup> Arnaldo Momigliano, “Historiografía pagana e historiografía cristiana en el siglo IV D.C.”, en *Estudios de historiografía antigua y moderna*, trad. de Stella Mastrangelo, 1ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p.100 (Sección de obras de Historia)

<sup>243</sup> Morgan, *op. cit.*, p.272 (Those who learned to read and write may have learned many other things that they valued more highly than Homer or grammar) Cfr. Salles, *Lire a Rome*, p.193-195.

<sup>244</sup> Juv. X.66-77. Luc. Tyr. 14

<sup>245</sup> Hdn. I.10. Dio Cass. LXXVI.10. Las víctimas de los bandidos no eran sólo los grandes propietarios, sino gente de toda condición económica. Brent D. Shaw, “Bandits in the Roman Empire”, en *Past and Present*, Oxford, 1984, núm. 105, p.41. Se dice que, ante la pregunta de Papiniano sobre el motivo de ser bandido, Bulla le respondió “y tú, ¿por qué eres prefecto?”. Dio Cass. LXXVI.10.8. Para el registro literario de bandas de asaltantes: Apul. *Met.* VIII.16-18. Para Materno y Bulla: E.A. Thompson, “Revueltas campesinas en la Galia e Hispania tardorromana”, en Finley, *Estudios de...*p.335-339. Shaw, “Bandits...p.44-52

<sup>246</sup> Hobsbawm, *op. cit.*, p.28-39. Brent Shaw, “El bandido”, en Giardina, *op. cit.*, p.377-380. Los salteadores eran utilizados en el ejército imperial cuando había déficit de soldados; Marco Aurelio y Juliano hicieron esto. *SHA.* Mar. Aur. 21.7. Lib. *Or.* XVIII.104. Para su presencia en la Italia del siglo IV: Symmachus. *Ep.* II.22

Imperio continuó habiendo movimientos que azotaban ciudades y campos, y que reunían a colonos, campesinos libres, esclavos, desertores y ladrones. Los *bacaudae* asolaron Galia e Hispania, por lo que Maximiano realizó varias incursiones para exterminarlos a fin del siglo III, empero, se recuperaron y tuvieron gran presencia en esas provincias hasta el siglo V. Algo similar pasó con los *circumcelliones* en el norte de África y los isaurios en Oriente en el siglo V. No obstante su componente social, y en algún caso religioso, no pretendían construir un nuevo orden, sino convertirse en nuevos latifundistas; tampoco deseaban modificar la estructura imperante, sino ubicarse en lo más alto de ella, por lo que no hubo desafío a la organización social prevaleciente.<sup>247</sup>

Del mismo modo, debe verse con cautela el apoyo popular a las invasiones bárbaras. Como han apuntado algunos, es difícil creer que los bárbaros se extendieran rápidamente en el territorio romano sin la complacencia o la indiferencia de la población urbana y rural con dificultades económicas. Había individuos que idealizaron el entorno bárbaro como libre de las desigualdades sociales en Roma. Empero, las fuentes no son concluyentes en que el apoyo prestado a los bárbaros fuera estructural y constante. Hay indicios que apuntan que pudo ser más coyuntural: si los eventos no eran propicios para oponer resistencia, podían rendirse o sumarse a los invasores; cuando las condiciones se prestaban para la defensa, había pobladores que se decantaban por ella. De todos modos, Fedro decía sobre la actitud popular ante los cambios políticos: “en la mudanza de gobierno es usual que los pobres no cambien nada, excepto la forma de comportarse de su amo”.<sup>248</sup> Como señala Thompson, si algunos recibieron bien a los invasores, es difícil creer que a los campesinos romanos les gustaran los saqueos bárbaros. Por ello afirma que sería peligroso generalizar sobre esto.<sup>249</sup>

Por otro lado, en los grupos inferiores se nota un fenómeno de apropiación e imitación de los modelos y conductas de los órdenes superiores. Por ejemplo, hay evidencia en la epigrafía que los libertos mencionaban sus tres nombres y su ocupación en una mayor proporción que los ingenuos. A semejanza de los *potentes*, los nacidos libres utilizaban

---

<sup>247</sup> Thompson, “Revueltas campesinas...en Finley, *Estudios de...*p.340-348. Burckhardt, *op. cit.*, p.70-73. José M. Blázquez, “Rechazo y asimilación de la cultura romana en Hispania (Siglos IV y V)”, en Pippidi, *op. cit.*, p.83-84. Para los *bacaudae*: *Pan. Lat.* II.4.3

<sup>248</sup> Phaedr. I.15.1-4. Sobre el apoyo popular a los bárbaros: Thompson, “Revueltas campesinas...en Finley, *Estudios de...* p.448. Blázquez, “Rechazo...en Pippidi, *op. cit.*, p.83-88. Ste Croix, *op. cit.*, p.552-569. Para la idealización de la fuga de romanos. Mazzarino, *op. cit.*, p.60-61. Alföldy, *op. cit.*, p.287. Cfr. Oros. VII.41.7

<sup>249</sup> E.A., Thompson, *Romans and Barbarians. The Decline of the Western Empire*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1982, p.181. (Wisconsin Studies in Classics). Para la participación popular en la defensa de las ciudades: Amm. Marc. 25.8.13-17. 25.9.1-6. Sinesio. *De Regno*, 21d-23a.

títulos en las inscripciones en los edificios públicos, aunque no tuvieran valor oficial o fueran usuales en la titulación tradicional. Ello respondía al deseo de exponer una nueva posición privilegiada en las ciudades o de mostrar los gastos y servicios dados por simples ciudadanos a sus comunidades. La movilidad social refleja la ambición e iniciativa de los *humiliores* que habían logrado el ascenso social.<sup>250</sup> Algo similar se ve en los integrantes de los *collegia* profesionales o religiosos del Imperio romano. En las asociaciones del Oriente romano se ha probado que varios de sus miembros podían costearse individualmente los gastos para una tumba y su inscripción funeraria, lo que contradice el argumento habitual que esgrimía que la falta de recursos era lo que orillaba a unirse a un colegio. No obstante, ello no hubiera repercutido del mismo modo que pertenecer a un colegio reconocido por la ciudad, que participaba en los eventos públicos y que tenía ligas con los notables locales.<sup>251</sup> Las inscripciones y las participaciones mostraban vínculos y valores socialmente aceptados, así como la posición y los bienes obtenidos. A la par, es significativo que las asociaciones reprodujeran la escala jerárquica de la sociedad romana al imitar la organización urbana: a la cabeza estaban dos *magistri* y sus funcionarios reproducían el *cursus honorum* en sus municipios con pautas plutocráticas y timocráticas, lo que muestra nuevamente el empeño por seguir la estructura social.<sup>252</sup>

Los artesanos, comerciantes y libertos ricos no adscritos a una asociación, recurrían al gasto propio. El ejemplo más famoso es Trimalción y su preocupación por tener un gran monumento funerario que reflejara la riqueza y los honores que tuvo en vida; en la obra se le da instrucciones precisas al liberto Habinas de sus dimensiones y materiales, que no pase a otra persona y se encarga a otro liberto que nadie profane la tumba. Se describen las escenas que Trimalción desea que sean representadas: escenas que narran su posición y actos como patrono y benefactor. Petronio hace decir a Trimalción que el objetivo de todo esto es que con el trabajo de Habinas “me toque la suerte de vivir después de la muerte”, y, por ello, le pide añadir un reloj “para que cualquiera que se fije en las horas, quiera o no

---

<sup>250</sup> Miles, “Communicating culture...en Huskinson, *op. cit.*, p.34. Dixon, “Familia Veturia...en Dixon, *op. cit.*, p.122-123. Pflaum, “Titulature et...en *Recherches sur...* p.184-185. Crook, *op. cit.*, p.46-47

<sup>251</sup> Para los *collegia* como vehículos de status: Van Nifj, *op. cit.*, p.31-42. Hope, “Negotiating...en Laurence y Berry, *op. cit.*, p.188-191. El caso de Tarso en el siglo II es excepcional, ya que la asociación de tejedores no gozaba de la ciudadanía local a pesar de que podían pagar las 500 dracmas exigidas. Ello generó problemas políticos y sociales que atestigua Dion de Prusa. *Or.* XXXIV.21-23. Para esto Lellia Cracco Ruggini, “La vita associativa nelle città nell’Oriente greco: tradizioni locale e influenza romana”, en Pippidi, *op. cit.*, p.463-468

<sup>252</sup> Van Nifj, *op. cit.*, p.61-69. Marie Jaczynowska, “Les organisations des iuvenes et l’aristocratie municipale au temps de l’Empire Romain”, en Nicolet, *Recherches sur...* p.268-269

quiera, lea mi nombre”.<sup>253</sup> Así pues, los libertos tendían a copiar y adaptar algunos signos de los sustratos elevados. Los más pudientes gastaban a favor de la comunidad y ocupaban el cargo de *Augustales*, esto es, sacerdotes del culto imperial, con lo que recibían honores y reconocimiento por parte del cuerpo ciudadano de forma oficial en los eventos y edificios públicos, lo cual era uno de los pocos medios en que podían recibir tales muestras públicas de honra. Los libertos menos acaudalados usaban el anillo de hierro que imitaba el áureo del orden ecuestre. Para éstos, era crucial manifestar su condición libre frente a todos y el orgullo de ser conocidos por su trabajo eficiente.<sup>254</sup>

En ocasiones, la imitación de los modos nobiliarios llegaba a extremos grotescos según los parámetros nobiliarios. Nuevamente, Trimalción es la representación literaria de tal fenómeno. Todas sus acciones evocan la nobleza: la ostentación de su riqueza y la exhibición de sus cargos. Sin embargo, la emulación resultaba desafortunada debido al mal gusto en los adornos, su barniz educativo con pretensiones literarias, la gente de baja estofa que frecuentaba, los temas banales de conversación y las actitudes ridículas en la mesa son elementos del intento frustrado por copiar a los círculos elevados. Paul Veyne afirma que el liberto del tipo de Trimalción es “un noble excesivo y su lujo una caricatura del verdadero lujo. Su existencia se desarrolla así en un reino de ilusiones, un carnaval perenne que no se arriesga a esconder una angustia secreta”.<sup>255</sup> Su adopción de valores y comportamientos aristocráticos era una copia involuntariamente paródica e híbrida. Esto demuestra el sentido de inferioridad y la tensión que vivieron los libertos pudientes que veían imposible su ascenso social. Las diversas acciones realizadas por los libertos e ingenuos ricos no sólo reflejaban el orden social con sus valores y actitudes, también lo reproducían al recrear sus estructuras en niveles más reducidos.

Otro elemento donde se percibe la atracción de las pautas sociales en la antigua Roma es el prestigio de la nobleza. Los príncipes carentes de origen noble buscaban ansiosamente su acceso al orden senatorial, lo cual fue más frecuente a partir del siglo III

---

<sup>253</sup> Petr. *Satyr.* 71. Cfr. Richard P. Saller y Brent D. Shaw, “Tombstones and Roman Family Relations in the Principate: Civilians, Soldiers and Slaves”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, Society for the Promotion of Roman Studies, 1984, vol. 74, p.127

<sup>254</sup> Petr. *Satyr.* 58. Apul. *Met.* X.10-13. Cfr. Andreau, “El liberto”, en Giardina, *op. cit.*, p.226-228. Hopkins, *Conquistadores...* p.243-244

<sup>255</sup> Paul Veyne, “Vita di Trimalcione”, en *La società romana*, trad. di Carlo Di Nonno, 3ª reimp., Roma, Laterza, 2004, p.37 (un nobile eccessivo e il suo lusso una caricatura del verdadero lusso. La loro esistenza si svolge così in un regno di illusioni, un carnevale perenne che non si riesce a nascondere un’angoscia secreta)

cuando soldados de un origen humilde ascendían puestos hasta vestir la púrpura imperial. Aunado a esto, quienes llegaban de los niveles más bajos de la sociedad a posiciones de poder regularmente les procuraban una buena educación a sus hijos como en los casos de Maximino Tracio con su hijo y de Valentiniano con Graciano.<sup>256</sup> La educación estaba muy ligada a los valores de la aristocracia, pues era forjada y enseñada por sujetos cercanos ideológicamente a ella. Esto la hacía una excelente vía de promoción de sus ideales y formas a todo aquel que se acercara a ella. Así, los recién llegados se daban la instrucción y medios necesarios para poder equipararse culturalmente a la nobleza, haciendo que algunos se convirtieran en los mejores exponentes de la moral nobiliaria. La formación era un factor aristocratizante que unía a los hombres nuevos con los nobles que ya la tenían.<sup>257</sup> Por esto, no sorprenden las críticas, en los mismos términos de un noble, del liberto Herodiano a los libertos que tenían un poder que rebasaba su posición social. Otro caso es Aurelio Víctor, que criticaba a los grupos subalternos así: “los más humildes, especialmente cuando llegan a los altos cargos, no tienen mesura en su soberbia y ambición [...] Por esto me asombra que la mayoría acuse de soberbia a la nobleza, la cual recordando sus orígenes patricios, tiene algún derecho a sobresalir un poco como compensación de las molestias con las que es abrumada”.<sup>258</sup> Pese a la crisis imperial, era inimaginable desechar los modelos sociales que favorecían a los estratos altos. Al contrario, el orden senatorial vio cómo sus privilegios legales y los signos externos de su posición eran realzados.

La imagen de los grupos inferiores en el Imperio romano obedeció fielmente a su estructura social, caracterizada por la jerarquía y el énfasis en las diferencias. Los autores de esta época manifestaron los patrones tradicionales de pensamiento, poco proclives a las modificaciones y a considerar los cambios existentes en los diversos actores sociales. El resultado de esto fue la preservación de calificativos y retratos sobre los estratos bajos que pueden rastrearse a periodos anteriores de la historia griega y romana, y que seguían siendo

---

<sup>256</sup> *SHA*. Max. 27-3-5. De igual modo, puede entenderse el interés de Estilicón por brindarle una educación clásica a su hija María. Tal prestigio rebasó el orden imperial romano cuando Amalasueta, hija del rey ostrogodo Teodorico, le dio una instrucción clásica a su hijo. Cameron, *op. cit.*, p.143. Incluso Sidonio Apolinar afirmaba que Teodorico II estaba interesado en la lectura de Virgilio. Sid. Apol. *Carm.* VII. 495-498. Sobre los primeros príncipes que reclamaron el acceso al orden senatorial tras asumir el poder como Didio Juliano y Didio Juliano: *SHA*. Did. Jul. 3.4. Macr. 7.1

<sup>257</sup> Momigliano, “Historiografía...en *Estudios de...* p.100-101. Alföldy, *op. cit.*, p.262. Liebeschuetz, *op. cit.*, p.223. Catón, Cicerón y Tácito expusieron la moral aristocrática en distintas épocas; ninguno era noble de origen pues fueron los primeros de sus familias en acceder al orden senatorial.

<sup>258</sup> Hdn. V.4.7. Aur. Vict. *Caes.* 39.5-7

funcionales para la época imperial. El cuadro negativo de los núcleos subalternos reflejó su escasa estima social y, en general, también respondió cabalmente a la visión grecorromana del orden natural y humano. Esta representación fue elaborada por los órdenes superiores que eran sus principales beneficiados al validar su posición preeminente en la política y la economía de su tiempo. Al expresar las opiniones generalizadas acerca de los integrantes ubicados en su base, las fuentes antiguas tuvieron una influencia notable en la sociedad romana, pues explicaron y justificaron los términos en que ésta estaba asentada.

## EPÍLOGO

En el transcurso de la historia romana es evidente la persistencia de una estratificación social definida por el acento en beneficiar y ponderar a los grupos que estaban en su cima. A pesar de las constantes modificaciones del orden senatorial desde la República hasta el Imperio, y que tuvo varias restricciones políticas a partir del siglo III d.C. que provocaron que otros sectores se apropiaran de importantes parcelas de poder, dicho orden no sólo mantuvo su lugar de honor en la pirámide social, sino acrecentó sus privilegios. Algo similar pasó con el sustrato curial que conservó un papel relevante hasta la Antigüedad tardía, aunque con el tiempo fue obligado a tomar más responsabilidades, haciendo que los curiales vivieran una situación complicada. Empero, estos cambios no llevaron a desechar ni a cuestionar el marco social imperante, sino que éste se consolidó y reforzó las distancias que había entre los diferentes sectores, y quienes ascendían en la escala social fueron integrados en ese marco y llegar a su cúspide.

Junto con la permanencia de la estructura social en Roma, otro elemento revelador es la constancia de los esquemas tradicionales de pensamiento; algunos de ellos pueden rastrearse incluso a la civilización griega. La movilidad social fue constante cuando se multiplicaron los campos que permitían una mejor posición política y económica a los no nobles. Es claro que las condiciones políticas durante el Imperio permitieron el ascenso de individuos en la pirámide social, pero esto no modificó sustancialmente los parámetros socioeconómicos y políticos arraigados en Roma. Los valores dominantes continuaron generándose por la nobleza y ésta impuso su visión del mundo con notable éxito. Los demás grupos reaccionaron de varias formas a esta situación, desde la aceptación frontal hasta el cuestionamiento parcial, pero los patrones de representación de la realidad se conservaron en lo esencial. Los autores antiguos reflejan la solidez de una visión sobre los

actores sociales que fue poco proclive a incluir los cambios en el Imperio romano. La imagen de los grupos inferiores en la sociedad imperial expresa la compleja interacción entre los cambios en dicha sociedad y la constancia de sus modelos imperantes; así, continuidad y cambio aparecen como fenómenos frecuentes y típicos de la historia romana.

Los órdenes superiores elaboraron una imagen positiva de sí mismos para reforzar su posición privilegiada en el Imperio romano. Como complemento de esto, los estratos altos representaron en términos negativos a las capas que estaban por debajo de ellos para acentuar los marcados contrastes entre ambos. Las fuentes antiguas utilizaron todos los mecanismos discursivos y narrativos disponibles para construir una visión que aclarara los vicios y defectos de los grupos subalternos, los cuales, a sus difíciles condiciones de vida, debían añadir el estigma de ser poco valorados. La presencia de contradicciones, lugares comunes y estereotipos fortalecieron la baja estima social de esos grupos. Esa visión fue tan sólida que permitió tratar a los diversos individuos y núcleos que compartían una posición social baja con base en generalizaciones, sin tener en cuenta las diferencias económicas y políticas que podían tener. Ello fue producto del desprecio y poco interés que estos actores sociales despertaban en las personas que controlaban la política, la economía, la sociedad y la cultura de su tiempo.

Sin embargo, pese a esa solidez, un análisis más minucioso de las fuentes revelan las disonancias presentes en la imagen de los grupos inferiores: tras los rasgos homogéneos emergen los aspectos heterogéneos que vivían algunos sujetos de esos grupos. No obstante, las características negativas vinculadas a los sectores bajos aparecen tan frecuentemente en las fuentes que han provocado su aceptación acrítica, sin considerar los propósitos y fines para el medio social que les vio nacer. En términos generales, esta visión de los núcleos subalternos fue recreada en otros periodos históricos debido a sus altas posibilidades de adaptarse a sociedades con diferencias notables al interior. Inclusive en las sociedades occidentales del siglo XXI se utilizan conceptos, voces e imágenes que no les serían ajenos a los habitantes del Imperio romano. Resulta uno de los incontables lazos que unen al mundo occidental con la Antigüedad clásica, por lo cual conviene reconocer la existencia de esos vínculos, y reflexionar sobre el sentido de esa imagen para la sociedad imperial y el que tiene, o puede tener, para las sociedades modernas que han heredado algunos de los prejuicios del mundo antiguo.

## BIBLIOGRAFÍA

### Fuentes primarias

Agustín, *Las Confesiones*, trad. introd. y notas de Olegario García de la Fuente, Madrid, Akal, 1986, 385 p. (Akal Clásica 1)

-----, *The City of God against the pagans*, trad. introd. y notas de George G. Mac Cracken, Londres y Cambridge, William Heinemann-Harvard University Press, 1963, 6v. (The Loeb Classical Library)

-----, *Cartas*, trad. introd. y notas de Lope Cirelluelo, Madrid, Editorial Católica, 1951, 921 p. (Biblioteca de Autores Cristianos, 69)

-----, *Obras III. Obras filosóficas*, trad. introd. y notas de Víctor Capánaga, 3ª. ed., Madrid, Editorial Católica, 1963, 824 p. (Biblioteca de Autores Cristianos, 21)

Amiano Marcelino, *Historia*, trad. introd. y notas de María Luisa Harto Trujillo, Madrid, Akal, 2002, 971 p. (Akal Clásica, 66)

Apiano, *Historia Romana. Guerras Civiles I-II*, trad. y notas de Gerardo Sancho Royo, Madrid, Gredos, 1985, 322 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 83)

Apuleyo, *La metamorfosis o El asno de oro*, trad. introd. y notas de Juan Martos, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003, 2v (Alma Mater)

-----, *Apología*, trad. introd. y notas de Roberto Heredia Correa, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 2003, CXLIII-127 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Aristóteles, *Política*, trad. introd. y notas de Antonio Gómez Robledo, 2ª ed., México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 2000, XXX-250 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

-----, *Retórica*, trad. introd. y notas de Arturo Ramírez Trejo, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 2002, CCCIV-187 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Ausonio, *Obras*, trad. introd. y notas de Antonio Alvar Ezquerria, Madrid, Gredos, 1990, 2v. (Biblioteca Clásica Gredos, 146, 147)

Catón, *De l'agriculture*, trad. introd. y notas de Raoul Goujard, París, Société d'Édition "Les Belles Lettres", 1975, 342 p. (Collection des Universités de France)

Celso, *El discurso verdadero contra los cristianos*, trad. e introd. de Serafín Bodelón, Madrid, Alianza Editorial, 1988, 130 p. (El libro del bolsillo, 1324)

Cicerón, *De los deberes*, vers. y notas de Baldomero Estrada Morán, introd. de Antonio Gómez Robledo, México, UNAM, 1948, XLIV-145 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

-----, *Catilinarias*, pról., trad. y notas de Rafael Salinas, 2ª ed., México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1963, CXLII-80 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

-----, *De la adivinación*, trad. introd. y notas de Julio Pimentel Álvarez, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1988, 150 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

-----, *De la república*, trad. introd. y notas de Julio Pimentel Álvarez, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 150 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

-----, *Disputas Tusculanas*, trad. introd. y notas de Julio Pimentel Álvarez, 2ª ed., México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 2008, CCCXCII-237 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Cipriano, *Obras*, trad. introd. y notas de Daniel Ruíz Bueno, Madrid, Editorial Católica, 1964 (Biblioteca de Autores Cristianos)

Claudian, trad. introd y notas de Maurice Plautner, 1ª reimp., Londres y Cambridge, William Heinemann-Harvard University Press, 1956, 2v. (The Loeb Classical Library)

Columela, *On agriculture*, trad. introd. y notas de Harrison Boyd Age, Londres y Cambridge, William Heinemann-Harvard University Press, 1939, 2v. (The Loeb Classical Library)

*Comparación de leyes mosaicas y romanas*, trad. introd. y notas de Martha Elena Montemayor Aceves, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas-Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2006, CL-53 p. Bibliotheca Iuridica Latina Mexicana, 5)

Coripo, *Juánide-Panegírico de Justino II*, trad. introd. y notas de Ana Ramírez Tirado, Madrid, Gredos, 1997, 348 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 243)

Dio, *Roman History*, trad. introd. y notas de Earnest Cary, Londres y Cambridge, William Heinemann-Harvard University Press, 1927-55, 9v. (The Loeb Classical Library)

Dion de Prusa, *Discursos I-XI*, trad. introd. y notas de Gaspar Morocho Gayo, Madrid, Gredos, 1988, 547 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 110)

-----, *Discursos XII-XXXV*, trad. y notas de Gonzalo del Cerro Calderón, Madrid, Gredos, 1989, 503 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 127)

Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma I-III*, introd. de Domingo Plácido, trad. y notas de Elvira Jiménez y Esther Sánchez, Madrid, Gredos, 1984, 225 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 73)

-----, *Historia antigua de Roma IV-VI*, trad. y notas de Almudena Alonso y Carmen Seco, Madrid, Gredos, 1984, 348 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 73)

Elio Arístides, *Discursos I*, trad. introd. y notas de Fernando Gascó, Madrid, Gredos, 1987, 430 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 107)

-----, *Discursos II*, trad. y notas de Luis Alfonso Llera Fuero, Madrid, Gredos, 1997, 329 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 233)

-----, *Discursos III*, trad. y notas de Juan Manuel Cortés Copete, Madrid, Gredos, 1997, 276 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 234)

-----, *Discursos IV*, trad. y notas de Juan Manuel Cortés Copete, Madrid, Gredos, 1997, 524 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 238)

Epicteto, *Disertaciones por Arriano*, trad. introd. y notas de Paloma Ortiz García, Madrid, Gredos, 1993, 458 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 185)

Estacio, *Silvas*, trad. introd. y notas de Patricia Villaseñor Cuspinera (en prensa)

Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, trad. de Luis M. de Cádiz, introd. de Luis Aznar, Buenos Aires, Editorial Nova, 1950, 522 p.

-----, *Vida de Constantino*, trad. introd. y notas de Martín Gurruchaga, Madrid, Gredos, 1994, 423 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 190)

Eutropio, *Breviario/Aurelio Víctor, Libro de los Césares*, trad. introd. y notas de Emma Falque, Madrid, Gredos, 1999, 262 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 261 p.)

Fedro, *Fábulas/Aviano, Fábulas/Fábulas de Rómulo*, trad. introd. y notas de Antonio Cascón Dorado, Madrid, Gredos, 2005, 403 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 343)

Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana*, trad. introd. y notas de Alberto Bernabé Pajares, Madrid, Gredos, 1979, 534 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 18)

-----, *Vidas de los Sofistas*, trad. introd. y notas de María Concepción Giner Soria, Madrid, Gredos, 1982, 272 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 55)

Frontino, *Los acueductos de Roma*, trad. introd. y notas de Tomás González Rollán, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985, CXXVIII-125 p. (Alma Mater)

Frontón, *Epistolario*, trad. introd. y notas de Ángela Palacios Martín, Madrid, Gredos, 1992, 422 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 161)

Herodiano, *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio*, trad. introd. y notas de Juan J. Torres Esbarranch, Madrid, Gredos, 1985, 345 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 80)

Herodoto, *Historias*, trad. introd. y notas de Arturo Ramírez Trejo, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1976, 3v. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Hesiodo, *Poemas Hesiódicos*, trad. introd. y notas de María Antonia Crbera Lloveras, Madrid, Akal, 1990, 142 p. (Akal Clásica, 21)

*Historia Augusta*, trad. introd. y notas de Vicente Picón y Antonio Cascón, Madrid, Akal, 1989, 777 p. (Akal Clásica, 16)

Homero, *Ilíada*, trad. introd. y notas de Rubén Bonifaz Nuño, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1996, 2v. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Horacio, *Sátiras*, trad. introd. y notas de Rubén Bonifaz Nuño, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1993, CL-95 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

-----, *Epístolas*, trad. introd. y notas de Tarsicio Herrera Zapién, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1986 (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Jámblico, *Vida pitagórica-Protréptico*, trad. introd. y notas de Miguel Periago Lorente, Madrid, Gredos, 2003, 316 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 314)

Jenofonte, *La constitución de los atenienses*, trad. introd. y notas de Gerardo Ramírez Vidal, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 2005, CCXLI-16 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Jerónimo, *Contra Rufino*, trad. introd. y notas de Francisco Javier Tovar Paz, Madrid, Akal, 2003, 222 p. (Akal Clásica, 71)

Josephus, *Jewish Antiquities*, trad. introd. y notas de Louis H. Feldman, Londres y Cambridge, William Heinemann-Harvard University Press, 1965, 9v. (The Loeb Classical Library)

- Juliano, *Discursos*, trad. introd y notas de José García Blanco, Madrid, Gredos, 1979-82, 2v. (Biblioteca Clásica Gredos, 17, 45)
- , *Contra los galileos-Cartas y fragmentos-Testimonios-Leyes*, trad. introd y notas de José García Blanco, Madrid, Gredos, 1982, 225 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 47)
- Juvenal. *Sátiras*, trad. introd. y notas de Roberto Heredia Correa, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1974, CLXIV-126 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, trad. introd. y notas de Ramón Teja, Madrid, Gredos, 1982, 221 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 46)
- , *Instituciones Divinas*, trad. introd. y notas de Eustaquio Sánchez y Salor, Madrid, Gredos, 1990, 2v. (Biblioteca Clásica Gredos, 136, 137)
- Libanio, *Discursos I. Autobiografía*, trad. introd y notas de Antonio Melero Ballido, Madrid, Gredos, 2001, 231 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 290)
- , *Discursos II*. trad. introd. y notas de Ángel González Gálvez, Madrid, Gredos, 2001, 322 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 292)
- , *Discursos III. Discursos Julianeos*. trad. introd y notas de Ángel González Gálvez, Madrid, Gredos, 2001, 410 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 293)
- , *Cartas I-V*, trad. introd. y notas de Ángel González Gálvez, Madrid, Gredos, 2005, 561 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 336)
- Lucano, *Farsalia: de la guerra civil*, trad. introd. y notas de Rubén Bonifaz Nuño y Amparo Gaos Schmidt, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 2004, 286 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- Luciano, *Obras I*, introd. de José Alsina Cota, trad. y notas de Andrés Espinoza Alarcón, Madrid, Gredos, 1981, 502 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 42)
- , *Obras II*, trad. y notas de José Luis Navarro González, Madrid, Gredos, 1988, 471 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 113)
- , *Obras III*, trad. y notas de Juan Zaragoza Botella, Madrid, Gredos, 1990, 526 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 138)
- , *Obras IV*, trad. y notas de José Luis Navarro González, Madrid, Gredos, 1992, 494 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 172)
- Marcial, *Epigramas*, trad. introd. y notas de Antonio Ramírez de Verger y J. Fernández Valverde, Madrid, Gredos, 1997, 2v. (Biblioteca Clásica Gredos, 236, 237)
- Marco Aurelio, *Meditaciones*, trad y notas de Ramón Bach Pellicer, introd. de Carlos García Gual, Madrid, Gredos, 1977, 223 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 5)
- Novum Testamentum Graecum*, ed. de Robertus Stephanus, Ostia, Cantabrigiae, 1876, 599 p.
- Orígenes, *Contra Celso*, trad. introd y notas de Daniel Ruiz Bueno, Madrid, Editorial Católica, 1967, 634 p. (Biblioteca de Autores Cristianos, 271)
- Orosio, *Historias*, trad. introd. y notas de Eustaquio Sánchez y Salor, Madrid, Gredos, 1982, 2v. (Biblioteca Clásica Gredos, 53, 54)
- Ovidio, *Amores-Arte de amar-Sobre la cosmética del rostro femenino-Remedios contra el amor*, trad. introd. y notas de Vicente Cristóbal López, Madrid, Gredos, 1989, 526 p. (Bibliotheca Clásica Gredos, 120)
- Padres apologetas griegos (S.II)*, trad. introd. y notas de Daniel Ruiz Bueno, 2ª ed., Madrid, Editorial Católica, 1979, 1016 p. (Biblioteca de Autores Cristianos, 116)

Paladio, *Tratado de agricultura-Medicina veterinaria-Poema de los injertos*, trad. introd y notas de Ana Moure Casas, Madrid, Gredos, 1990, 498 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 135)

*Panegyrics Latins*, trad. introd. y notas de Édouard Galletier, París, Société d'Édition "Les Belles Lettres", 1949, 3v. (Collection des Universités de France)

Persio, *Sátiras*, trad. introd y notas de Germán Viveros, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1977, CXXXIV-24 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Petronio, *Satiricón*, trad. introd. y notas de Roberto Heredia Correa, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1997, CLIX-147 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Philostratus and Eunapius, *The lives of the sophists*, trad. introd. y notas de Wilmer Cave Wright, 2a. ed., Londres y Cambridge, William Heinemann-Harvard University Press, 1961, 565 p. (The Loeb Classical Library)

Platón, *La República*, introd. vers y notas de Antonio Gómez Robledo, 2ª.ed., México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 2000, CLXXXVI-382 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Plauto, *Comedias V*, trad. y notas de Germán Viveros, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1989, XCIX-355 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Plinio el Joven, *Cartas*, trad. introd. y notas de Roberto Heredia, México, Secretaría de Educación Pública, 1988, 360 p. (Cien del Mundo)

-----, *Letters and Panegyricus*, trad. introd. y notas de Betty Radice, Londres y Cambridge, William Heinemann-Harvard University Press, 1939, 2v. (The Loeb Classical Library)

Pliny, *Natural History*, trad, introd. y notas de H. Rackham y H.S. Jones, Londres y Cambridge, William Heinemann-Harvard University Press, 1939, 10v. (The Loeb Classical Library)

Plutarco, *Vidas paralelas*, trad. introd. y notas de Aurelio Pérez Jiménez, Madrid, Gredos, 1985-95, 2v. (Biblioteca Clásica Gredos, 77, 215)

-----, *Agide e Cleomene-Tiberio e Caio Gracco*, 3ª ed., trad. introd. y notas de Domenico Magnino, Milán, Rizzoli, 2001, 408 p. (BUR Classici)

-----, *Lisandro e Silla*, introd. de Luciano Canfora y Arthur Keaveney, trad. y notas de Federico María Muccioli y Lucía Ghilli, Milán, Rizzoli, 2001, 525 p. (BUR Classici)

-----, *Alessandro-Guglio Cesare*, 18ª ed., introd. de Antonio della Penna, trad. y notas de Domenico Magnino, Milán Rizzoli, 2004, 311 p. (BUR Classici)

-----, *Moralia. Obras morales y de costumbres I*, trad. introd. y notas de Concepción Morales Otal y José García López, Madrid, Gredos, 1985, 356 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 78)

-----, *Moralia. Obras morales y de costumbres II*, trad. y notas de Concepción Morales Otal y José García López, Madrid, Gredos, 1987, 329 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 98)

-----, *Moralia. Obras morales y de costumbres X*, trad. y notas de Mariano Valverde Sánchez, Helena Rodríguez Solominos y Carlos Alcalde, Madrid, Gredos, 2003, 534 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 309)

Polibio, *Historias V-XV*, trad. y notas de Manuel Balasch Recort, Madrid, Gredos, 1981, 632 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 43)

- Porfirio, *Vida de Plotino-Plotino, Eneádas I-II*, trad. introd. y notas de Jesús Igal, Madrid, Gredos, 1992, 538 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 57)
- , *Sobre la abstinencia*, trad. introd. y notas de Miguel Periago Lorente, Madrid, Gredos, 1984, 235 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 69)
- , *Contra los cristianos*, trad. introd. y notas de Enrique A. Ramos Jurado, *et.al.*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006, 173 p.
- Procopio de Cesarea, *Historia Secreta*, trad. introd. y notas de Juan Signes Codoñer, Madrid, Gredos, 2000, 350 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 279)
- Prudencio, *Obras*, trad. introd. y notas de Luis Rivero García, Madrid, Gredos, 1997, 2v. (Biblioteca Clásica Gredos, 240, 241)
- Res Gestae Divi Augusti*, introd. y notas de Jean Gage, 3ª ed., París, Société d'Édition "Les Belles Lettres!", 1977, 232 p. (Collection des Universités de France)
- Rutilio Namaciano, *El retorno/Geógrafos latinos menores*, trad. introd. y notas de Alfonso García-Toraño Martínez, Madrid, Gredos, 419 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 304)
- Rutilius Namatianus, *De reditu suo*, en *Minor Latin Poets*, trad. introd. y notas de J. Wight Duff y Arnold M. Duff, 3ª ed., Londres y Cambridge, William Heinemann-Harvard University Press, 1961, 838 p. (The Loeb Classical Library)
- Salustio, *La conjuración de Catilina*, trad. pról. y notas de Agustín Millares Carlo, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1984, XLVII-145 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- , *Guerra de Yugurta-Fragmentos de las Historias-Cartas a César sobre el gobierno de la República*, trad. pról. y notas de Agustín Millares Carlo. 1ª reimp., México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1998, LXXX-110 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- Séneca, *Cartas Morales*, introd. trad. y notas de José M. Gallegos Rocafull, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1951, 2v. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- , *Sobre la clemencia*, trad. introd. y notas de Carmen Codoñer, 2ª ed., Madrid, Tecnos, 2007, 119 p. (Clásicos del Pensamiento)
- , *Des bienfaits*, trad. introd. y notas de François Prechac, París, Société d'Édition "Les Belles Lettres", 1972, 2v. (Collection des Universités de France)
- , *Tratados Morales*, introd. trad. y notas de José M. Gallegos Rocafull, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1951, 2v. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- Sidonio Apolinar, *Poemas*, trad. introd. y notas de Agustín López Kindler, Madrid, Gredos, 2005, 343 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 337)
- Sidonius, *Poems and Letters*, trad. introd. y notas de W.B. Anderson, Londres y Cambridge, William Heinemann-Harvard University Press, 1939, 2v. (The Loeb Classical Library)
- Símaco, *Informes-Discursos*, trad. introd. y notas de José Antonio Valdés Gallego, Madrid, Gredos, 2003, 250 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 315)
- , *Cartas*, trad. introd. y notas de José Antonio Valdés Gallego, Madrid, Gredos, 2000-03, 2v. (Biblioteca Clásica Gredos, 281, 310)
- Sinesio de Cirene, *Cartas*, trad. introd. y notas de Francisco Antonio García Romero, Madrid, Gredos, 1995, 342 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 205)
- , *Himnos-Tratados*, trad. introd. y notas de Francisco Antonio García Romero, Madrid, Gredos, 1993, 429 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 186)

Suetonio, *Vidas de los Doce Césares*, trad. de Rosa María Aguado Cubas, introd. y notas de Antonio Ramírez de Verger, Madrid, Gredos, 1992, 2v. (Biblioteca Clásica Gredos, 167, 168)

-----, *Vida de los oradores y gramáticos*, en *Biografías literarias latinas*, introd. de Yolanda García, trad. y notas de José Abeal López, Madrid, Gredos, 1985, 310 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 81)

*Tabla de Cebes/Musonio Rufo, Disertaciones-Fragmentos menores/Epicteto, Manual-Fragmentos*, trad. introd. y notas de, Madrid, Gredos, 1995, 250 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 207)

Tácito, *Anales*, trad. introd. y notas de Crescente López de Juan, Madrid, Alianza Editorial, 1993, 607 p. (El libro del bolsillo, 1652)

-----, *Historias*, trad. introd. y notas de José Tapia Zúñiga, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1995, 2v. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

-----, *Diálogo sobre los oradores*, trad. introd. y notas de Roberto Heredia Correa, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1977, LXII-41p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

-----, *Vida de Julio Agrícola*, trad. introd. y notas de José Tapia Zúñiga, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1978, CXXIX-39 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Temistio, *Discursos Políticos*, trad. introd. y notas de Joaquín Ritore Ponce, Madrid, Gredos, 2000, 567 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 273)

Tertuliano, *Apologético-A los gentiles*, trad. introd. y notas de Carmen Castillo García, Madrid, Gredos, 2001, 319 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 285)

-----, *Acerca del alma*, trad. introd. y notas de J. Javier Ramos Pasalodos, Madrid, Akal, 2001, 182 p. (Akal Clásica, 63)

Tertullian, *Apologia-De spectaculis/Minucius Felix, Octavius*, trad. introd. y notas de Gerald H. Rendall, 4ª reimp., Londres y Cambridge, William Heinemann-Harvard University Press, 1966 (The Loeb Classical Library)

Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación I-III*, trad. introd. y notas de José Antonio Villar Vidal, Madrid, Gredos, 1990, 506 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 144)

-----, *Historia de Roma desde su fundación IV-VII*, trad. y notas de José Antonio Villar Vidal, Madrid, Gredos, 1990, 368 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 145)

-----, *Historia de Roma desde su fundación VIII-X*, trad. y notas de José Antonio Villar Vidal, Madrid, Gredos, 1990, 300 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 148)

Valerio Máximo, *Hechos y Dichos Memorables*, trad. introd. y notas de Santiago López Moreda, María Luisa Harto Trujillo y Joaquín Villalba Álvarez, Madrid, Gredos, 2003, 2v. (Biblioteca Clásica Gredos, 311 y 312)

Varrón, *De las cosas del campo*, trad. introd. y notas de Domingo Tirado Benedi, México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1945, 384 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Veleyo Patérculo, *Historia Romana*, trad. introd. y notas de María Asunción Sánchez Manzano, Madrid, Gredos, 2001, 269 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 284)

Virgilio, *Geórgicas*, trad. introd. y notas de Rubén Bonifaz Nuño, México, UNAM, 1963, XCI-92 p. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

Zósimo, *Nueva Historia*, trad. introd. y notas de José María Candau Morón, Madrid, Gredos, 1992, 560 p. (Biblioteca Clásica Gredos, 174)

## Fuentes secundarias

- Alföldy, Géza, *Historia social de Roma*, trad. de Víctor Alonso Troncoso, Madrid, Alianza Editorial, 1987, 304 p. (Alianza Universidad, 482)
- Altheim, Franz, *Historia de Roma*, trad. de Carlos Gerhard, México, UTEHA, 1961, 3v.
- Anderson, Graham, *The Second Sophistic. A Cultural Phenomenon in the Roman Empire*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993, 303 p.
- Anderson, Perry, *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, trad. de Santos Julia, 22ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1997, 312 p.
- Andreau, Jean, “Il liberto”, en Giardina, Andrea, ed., *L'uomo romano*, trad. de Paolo Russo, 9ª reimp., Roma-Bari, Laterza, 1996, 419 p. (Economica Laterza, 13)
- Annequin, J., M. Clavel-Lévêque y F. Favory, et. al., *Formas de explotación del trabajo y reacciones sociales en la antigüedad clásica*, trad. de Juan Colatrava Escobar, Madrid, Akal, 1979, 239 p. (Manifiesto, 82)
- Arce, Javier, “Otium et negotium: the great estates, 4th-7th century”, en Brown, Michelle y Leslie Webster, eds., *The transformation of the Roman world. AD 400-900*, Londres, British Museum Press, 1997, 258 p.
- Ariès, Phillippe y Georges Duby, dir., *Historia de la vida privada*, trad. de Francisco Pérez Gutiérrez, 6ª reimp., Madrid, Taurus, 1989, 5v.
- Armstrong, Gary y Richard Giulianotti, “Introduction: Reclaiming the Game. An Introduction to the Anthropology of Football”, en Armstrong, Gary y Richard Giulianotti, ed., *Entering the Field. New Perspectives on World Football*, Oxford y Nueva York, Berg, 1997, 319 p.
- Auguet, Roland, *Crueldad y civilización: los juegos romanos*, trad. de Carmen Marsal, Barcelona, Orbis, 1985, 190 p. (Biblioteca de Historia, 51)
- Baldson, J.P.V.D., *Los romanos*, trad. de Cecilia Sánchez Gil, 3ª reimp., Madrid, Gredos, 1987, 382 p. (Biblioteca Universitaria Gredos, 3)
- Ball, Warwick, *Rome in the East. The transformation of an empire*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000, 523 p.
- Barrow, R.H., *Los romanos*, trad. de Margarita Villegas de Robles, 22ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 221 p. (Breviarios, 38)
- Beard, Mary, North, John y Simon Price, *Religions of Rome*, 3ª reimp., Cambridge, Cambridge University Press, 2000, 2v.
- Béranger, Jean, “Ordres et classes d'après Cicéron”, en Nicolet, Claude, ed., *Recherches sur les structures sociales dans l'Antiquité classique. Caen 25-26 avril 1969*, Paris, Centre National de la recherche scientifique, 1970, 286 p.
- Bergeron, Louis, ed., *Niveles de cultura y grupos sociales*, trad. de César Guñazú, México, Siglo XXI, 1987, 295 p.
- Birley, Anthony R., *Marcus Aurelius. A Biography*, 1ª reimp., Londres y Nueva York, 2001, 320 p.
- Bland Simmons, Michael, *Arnobius of Sicca. Religious Conflict and Competition in the Age of Diocletian*, Oxford, Oxford University Press, 1995, 385 p. (Oxford Early Christian Studies)
- Blázquez, José M., “Rechazo y asimilación de la cultura romana en Hispania (Siglos IV y V)” en Pippidi, D.M., ed., *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VIe Congrès International d'Etudes Classiques*, Bucarest, Editura Academiei-Société d'Édition ‘Les Belles Lettres’, 1976, 549 p.

Bloch, Marc, “¿Cómo y por qué terminó la esclavitud antigua?”, en *La transición del esclavismo al feudalismo*, pról. de Carlos Estepa, 2ª. ed., Madrid, Akal, 1981, 220 p. (Akal Universitaria, 9)

Bloch, Raymond, *Los orígenes de Roma*, trad. de Rafael M. Bofill, Barcelona, Vergara, 1957, 163 p.

-----, *Los etruscos*, trad. de José Carreras y Raymundo Guiñó, Barcelona, Argos, 1961, 268 p.

Blokey, R.C., *Ammianus Marcellinus. A study of his Historiography and political thought*, Bruselas, Latomus, 1975, 214 p.

Bodei Giglioni, Gabriella, *Lavori pubblici e occupazione nell'antichità classica*, Bolonia, Pàtron Editore, 1974, 268 p. (Il mondo antico. Studi di Storia e di Storiografia, 4)

Bonner, Stanley F., *La educación en la Roma antigua. Desde Catón el Viejo hasta Plinio el Joven*, trad. de José M. Doménech Parde, Barcelona, Herder, 1984, 462 p.

Bowie, E. L., “Los griegos y su pasado en la segunda sofística”, en Finley, M.I., ed., *Estudios de Historia Antigua*, trad. de Ramón López, Madrid, Akal, 1981, 357 p. (Akal Universitaria, 8)

Bradley, Keith, *Slavery and Society at Rome*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, 202 p. (Key Themes in Ancient Society)

-----, “Animalizing the Slave: The Truth of Fiction”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 90, 2000, p.110-125

Briquel, Dominique, *Les étrusques. Peuple de la différence*, 10ª ed., París, Armand Colin, 1993, 224 p. (Civilisations U)

Brown, Michelle y Leslie Webster, eds., *The transformation of the Roman world. AD 400-900*, Londres, British Museum Press, 1997, 258 p.

Brown, Peter, *The cult of the saints. Its Rise and Function in Latin Christianity*, Chicago, University of Chicago Press, 1982, 187 p. (The Haskel Lectures on History of Religions. New Series, 29)

-----, *Power and Persuasion in Late Antiquity Towards a Christian Empire*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1992, 181 p. (The Curti Lectures)

-----, *El primer milenio de la cristiandad occidental*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 1997, 324 p. (La construcción de Europa)

-----, *Biografía de Agustín de Hipona*, trad. de Santiago Tovar y María Rosa Tovar, Madrid, Revista de Occidente, 1970, 614 p.

-----, *El cuerpo y la sociedad. Los hombres, las mujeres y la renuncia sexual en el cristianismo primitivo*, trad. de Antonio Juan Desmots, Barcelona, Muchnik, 1993, 672 p.

-----, “La Antigüedad tardía”, en Ariès, Phillippe y Georges Duby, dir., *Historia de la vida privada*, trad. de Francisco Pérez Gutiérrez, 6ª. reimp., Madrid, Taurus, 1989, 5v

Brunt, P.A., “Local Ruling Classes in the Roman Empire”, en Pippidi, D.M., ed., *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VIe Congrès International d'Etudes Classiques*, Bucarest, Editura Academiei-Societè d'Édition ‘Les Belles Lettres’, 1976, 549 p.

-----, *La caduta della Repubblica romana*, trad. de Franco Salvarotelli, Roma y Bari, Laterza, 2004, 171 p. (Economica Laterza, 342)

-----, “Trabajo y esclavitud”, en Baldson, J.P.V.D., *Los romanos*, trad. de Cecilia Sánchez Gil, 3ª. reimp., Madrid, Gredos, 1987, 382 p. (Biblioteca Universitaria Gredos, 3)

-----, “La plebe romana”, en Finley, M.I., ed., *Estudios de Historia Antigua*, trad. de Ramón López, Madrid, Akal, 1981, 357 p. (Akal Universitaria, 8)

-----, "Free Labour and Public Works at Rome", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 70, 1980, p.81-100

Burckhardt, Jacob, *Del paganismo al cristianismo. La época de Constantino el Grande*, trad. de Eugenio Imaz, 2ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1996, 437 p. (Sección de obras de Historia)

Burke, Peter, *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, trad. de Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa, 1996, 209 p.

-----, *Sociología e historia*, trad. de Belén Urrutia Domínguez, Madrid, Alianza, 1987, 147 p. (El libro del bolsillo, 125)

Cameron, Averil, *El mundo mediterráneo en la Antigüedad tardía (395-600)*, trad. de Teófilo de Loyosa, Barcelona, Crítica, 1998, 263 p. (Crítica Arqueología)

Candau Morón, José M., "Teocracia y ley: la imagen de la realeza en Juliano el Apóstata", en Candau Morón, José M., Fernando Gascó y Antonio Ramírez de Verger, eds., *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid, Coloquio, 1988, 241 p.

Carcopino, Jérôme, *La vita quotidiana a Roma all'apogeo dell'Impero*, trad. de Eva Amodeo Zona, introd. de Ettore Lepore, 14a. reimp., Roma-Bari, Laterza, 2008, 380 p. (Economica Laterza, 3)

Castel, Robert, *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, trad. de Jorge Piatigorsky, Buenos Aires, Paidós, 1997, 487 p. (Estado y Sociedad, 57)

Cavallo, Guglielmo, ed., *El hombre bizantino*, trad. de Pedro Bádenas de la Peña, Madrid, Alianza Editorial, 1992, 352 p. (El hombre europeo)

Chartier, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, trad. de Claudio Ferrari, 2ª. ed., Barcelona, Gedisa, 1995, 276 p. (Ciencias Sociales)

Chastagnol, André, "Les modes de recrutement du sénat au IVE siècle après J.-C.", en Nicolet, Claude, ed., *Recherches sur les structures sociales dans l'Antiquité classique. Caen 25-26 avril 1969*, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1970, 286 p.

-----, "Les Régionnaires de Rome", en *Les littératures techniques dans l'Antiquité romaine*, introd. de Claude Nicolet, Ginebra, Fundación Hardt, 1996, 260 p. (Entretiens sur l'Antiquité classique, 42)

Churruca, Juan de *Introducción histórica al Derecho Romano*, 7ª ed., Bilbao, Universidad de Deusto, 1994, 283 p. (Derecho, 7)

Clark, Donald Lemen, *Rhetoric in Greco-Roman Education*, Wesport, Greenwood Press Publishers, 1977, 285 p.

Clarke, M.I., "Educación y oratoria", en Baldson, J.P.V.D., *Los romanos*, trad. de Cecilia Sánchez Gil, 3ª. reimp., Madrid, Gredos, 1987, 382 p. (Biblioteca Universitaria Gredos, 3)

Conde Guerri, Elena, *La sociedad romana en Séneca*, pról. de José María Blázquez Martínez, Murcia, Universidad de Murcia, 1979, 407 p.

Corbier, "City, territory and tax", en Rich, John y Andrew Wallace-Hadrill, eds., *City and country in the ancient world*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, 305 p. (Leicester and Nottingham Studies in Ancient Society, 2)

Cornell, T.J., *Los orígenes de Roma, 1000-264 a.C. Italia y Roma de la Edad del Bronce hasta las guerras púnicas*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 1999, 572 p. (Crítica Arqueología)

Cracco Ruggini, Lellia, "La vita associativa nelle città nell'Oriente greco: tradizione locale e influenza romana", en Pippidi, D.M., ed., *Assimilation et résistance à la culture*

- gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VIe Congrès International d'Etudes Classiques*, Bucarest, Editura Academiei-Société d'Édition 'Les Belles Lettres' 1976, 549 p.
- , "Rome in Late Antiquity: Clientship, Urban Topography, and Prosopography", en *Classical Philology*, Chicago, vol. 98, núm. 4, octubre 2003, p.366-382
- Crawford, Dorothy J. "Imperial estates", en Finley, M.I. ed., *Studies in Roman Property*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007, 212 p. (Cambridge Classical Studies)
- Crook, J.A., *Law and life of Rome, 90 B.C.-A.D.212*, 3ª. ed., Ítaca, Cornell Paperbacks, 1991, 349 p. (Aspects of Greek and Roman Life)
- Cuomo, S. *Pappus of Alexandria and the Mathematics of Late Antiquity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, 234 p. (Cambridge Classical Studies)
- Dain, A. y P. Chantraine, *Introducción a la estilística griega*, pres. de Paola Vianello de Córdoba, trad. de Silvia Aquino López y Gerardo Ramírez Vidal, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1995, 124 p. (Manuales Universitarios, 1)
- Deperyot, Georges, *Crisis e inflación entre la Antigüedad y la Edad Media*, trad. de Juan Vivanco, Barcelona, Crítica, 1996, 339 p. (Crítica Arqueología)
- Dihle, Albrecht, *Greek and Latin Literature of the Roman Empire. From August to Justinian*, trad. de Manfred Malzahn, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, 647 p.
- Dixon, Suzanne, "Familia Veturia. Towards a lower-class economic prosopography", en Dixon, Suzanne, ed., *Childhood, Class and Kin in the Roman World*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, 282 p.
- Dodds, E.R., *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino*, trad. de J. Valiente Malla, Madrid, Cristiandad, 1975, 190 p. (El libro de bolsillo Cristiandad, 25)
- Domínguez Monedero, Adolfo J., *Solón de Atenas*, Barcelona, Crítica, 2001, 301 p. (Crítica Arqueología)
- Dunbabin, Katherine M.D., *Mosaics of the Greek and Roman World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, 357 p.
- , *The Roman Banquet. Images of Conviability*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, 291 p.
- , "Triclinium and Stibadium", en Slater, William J. ed., *Dining in a Classical Context*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1991, 217 p.
- Duncan Jones, R.P., "Some Configurations of Landholding in the Roman Empire", en Finley, Moses, ed., *Studies in Roman Property*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007, 212 p. (Cambridge Classical Studies)
- Dupont, Florence, *El ciudadano romano durante la República*, trad. de Amanda Foros de Gioia, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1992, 354 p.
- Eco, Umberto, *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, trad. de Francisco Serra Cantarell, Barcelona, Lumen, 1989, 446 p. (Palabra en el tiempo, 176)
- Esserling, Raphael M.J., "An spirit of improvement? Marble and the culture of the Roman Britain", en Laurence, Ray y Joanne Berry, eds., *Cultural identity in the Roman Empire*, Londres y Nueva York, Routledge, 2001, 205 p. (Classical Studies/Archaeology/Ancient History)
- Etienne, Robert, *La vida cotidiana en Pompeya*, trad. de José Antonio Miguez, Madrid, Aguilar, 397 p. (Cultura e Historia)
- y Georges Fabre, "Démographie et classe sociale. L'exemple du cimetière des *officiales* de Carthage", en Nicolet, Claude, ed., *Recherches sur les structures sociales dans*

*l'Antiquité classique. Caen 25-26 avril 1969*, Paris, Centre National de la recherche scientifique, 1970, 286 p.

Ferguson, John, *Le religioni nell'impero romano*, trad. de Cecilia Gatto Trocchi, Laterza, Roma-Bari, 1974, 312 p. (Biblioteca di Cultura Moderna, 756)

Finley, M.I., ed., *Estudios de Historia Antigua*, trad. de Ramón López, Madrid, Akal, 1981, 357 p. (Akal Universitaria, 8)

----- ed., *Studies in Roman Property*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007, 212 p. (Cambridge Classical Studies)

-----, *La Grecia primitiva. Edad del bronce y era arcaica*, trad. de Teresa Sampere, Barcelona, Crítica, 1986, 178 p. (Estudios y Ensayos, 121)

-----, *Esclavitud antigua e ideología moderna*, trad. de Antonio Prometeo Moya, Barcelona, Crítica, 1982, 213 p.

-----, *El nacimiento de la política*, trad. de Teresa Sampere, Barcelona, Crítica, 1986, 198 p. (Estudios y Ensayos, 159)

-----, *La economía en la Antigüedad*, trad. de Juan José Utrilla, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 263 p. (Sección de obras de Economía)

Forrest, W.G., *Los orígenes de la democracia griega. El carácter de la política griega 800-400 a. de C.*, trad. de Pedro López Barja de Quiroga, Madrid, Akal, 1988, 213 p. (Akal Universitaria, 123)

Frankel, Hermann, *Poesía y Filosofía de la Grecia Arcaica. Una historia de la épica, la lírica y la prosa griega hasta la mitad del siglo quinto*, trad. de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, Madrid, Visor, 1993, 515 p. (La balsa de la medusa, 63)

Frederiksen, M.W., "Ciudades y casas", en Baldson, J.P.V.D., *Los romanos*, trad. de Cecilia Sánchez Gil, 3ª. reimp., Madrid, Gredos, 1987, 382 p. (Biblioteca Universitaria Gredos, 3)

Friedlaender, Ludwig, *La sociedad romana. Historia de las costumbres en Roma desde Augusto hasta los Antoninos*, trad. de Wenceslao Roces, 1ª. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 1217 p. (Sección de Obras de Historia)

Gage, Jean, *Les classes sociales dans l'Empire Romain*, 2ª. ed., París, Payot, 1971, 501 p.

Garbarino, Paolo, *Ricerche sulla procedura di ammissione al senato nel tardo impero romano*, Milán, Dott. A. Giuffré Editore, 1988, 403 p.

Garnsey, Peter, *Food and Society in Classical Antiquity*, 1ª reimp., Cambridge, Cambridge University Press, 2000, 175 p. (Key Themes in Ancient History)

-----, *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman World, Responses to Crisis*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, 303 p.

-----, "El privilegio legal en el Imperio romano", en Finley, M.I., ed., *Estudios de Historia Antigua*, trad. de Ramón López, Madrid, Akal, 1981, 357 p. (Akal Universitaria, 8)

----- y Richard Saller, *El Imperio romano. Economía, sociedad y cultura*, trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 1991, 271 p. (Crítica Arqueología)

----- y Dominic Rathbone, "The Background to the Grain Law of Gaius Gracchus", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol.75, 1985, p.20-25

Gelzer, Mathias, *The Roman Nobility*, trad. de Robin Seager, 2ª. ed, Oxford, Basil Blackwell, 1975, 164 p.

Giardina, Andrea, "Il mercante", en Giardina, Andrea, ed., *L'uomo romano*, trad. de Paolo Russo, 9ª. reimp., Roma-Bari, Laterza, 1996, 419 p. (Economica Laterza, 13)

- Gigon, Olof, *La cultura antigua y el cristianismo*, trad. de Manuel Carrión Gútiéz, Madrid, Gredos, 1970, 259 p. (Biblioteca Universitaria Gredos, 17)
- Gowers, Emily, *The Loaded Table. Representations of Food in Roman Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1996, 334 p.
- Grahane, Mark, "Material culture and Roman identity. The spatial layout of Pompeian houses and the problem of ethnicity", en Laurence, Ray y Joanne Berry, eds., *Cultural identity in the Roman Empire*, Londres y Nueva York, Routledge, 2001, 205p. (Classical Studies/Archaeology/Ancient History)
- Grant, Michael, *A Social History of Greece and Rome*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1992, 197 p.
- Grey, Cam, "Contextualizing *Colonatus*. The *Origo* of the Late Roman Empire", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 97, 2007, p.155-175
- Griffin, Miriam, *Seneca. A philosopher in politics*, Oxford, Oxford University Press, 1979, 504 p.
- Grimal, Pierre, *La civilización romana. Vida, costumbres, leyes, artes*, trad. de J.C. de Serra, Barcelona, Paidós, 1999, 322 p. (Paidós Orígenes, 7)
- , *La vida en la Roma antigua*, trad. de Sandra y Fernando Schiumerini, Barcelona, Paidós, 1993, 133 p. (Paidós Studio, 95)
- , *Los extraviados de la libertad*, trad. de Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa Editores, 1990, 186 p. (Hombre y Sociedad)
- Hadot, Pierre, "El fin del paganismo", en Puech, Henri-Charles, dir., *Historia de las religiones. Las religiones en el mundo mediterráneo y el Oriente Próximo. Formación de las religiones universales*, trad. de Lorea Borutti, J.L. Ortega Matas y Alberto Cardín, México, Siglo XXI Editores, 1979, v.5
- Hands, A.R., *Charities and Social Aid in Greece and Rome*, Londres y Southampton, Thames and Hudson, 1968, 222 p. (Aspects of Greek and Roman Life)
- Harlow, Mary y Ray Lawrence, *Growing Up and Growing Old in Ancient Rome. A Life Course Approach*, Londres y Nueva York, Routledge, 2002, 184 p.
- Harries, Jill, "Favor Populi. Pagans, Christians and Public Entertainment in late Antique Italy", en Lomas, Kathryn y Tim Cornell, *'Bread and Circuses'. Euergetism and Municipal Patronage in Roman Italy*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003, 170 p.
- Harris Marvin y Eric. B. Ross, eds., *Food and Evolution. Toward a Theory of Human Food Habits*, Philadelphia, Temple University Press, 1987, 633 p.
- Hatch, Edwin, *The influence of Greek ideas on Christianity*, pról. de Frederick C. Grant, Nueva York, Harper & Brothers Publishers, 1957, 360 p. (Harper Torchbooks, 18)
- Heather, Peter, *La caída del Imperio Romano*, trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, Barcelona, Crítica, 2006, 710 p. (Tiempo de Historia)
- Hernando, Almudena, *Arqueología de la identidad*, Madrid, Akal, 2002, 224 p. (Akal Arqueología, 1)
- Heurgon, Jacques, *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas*, trad. de Antonio Antelo, Barcelona, Labor, 1971, 358 p. (Nueva Clío)
- Hight, Gilbert, *Juvenal the Satirist*, Oxford, Oxford University Press, 1952, 373 p.
- Himmelfarb, Gertrude, *La idea de la pobreza. Inglaterra a principios de la era industrial*, trad. de Carlos Valdés, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, 630 p. (Sección de obras de Historia)
- , "Las costumbres como moral", en *Historias*, México, 1988, núm 19, octubre-marzo, p.16-24

Hobsbawm, Eric J., *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, trad. de Joaquín Romero Maura, Barcelona, Crítica, 2001, 325 p. (Libros de Historia)

Holland Smith, John, *The Death of Classical Paganism*, Londres y Dublín, Geoffrey Chapman Publishers, 1976, 280 p.

Holleran, Claire, “The development of public entertainment venues in Rome and Italy”, en Lomas, Kathryn y Tim Cornell, *‘Bread and Circuses’. Euergetism and municipal patronage in Roman Italy*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003, 170 p.

Homo, Leon, *Evolución social y política de Roma*, trad. de C. López Nieves, México, Argos, 449 p.

Hope, Valerie, “Status and identity in the Roman world”, en Huskinson, Janet, ed., *Experiencing Rome. Culture, Identity and Power in the Roman Empire*, Londres, Routledge-The Open University, 2000, 378 p.

-----, “Negotiating identity and status. The gladiators of Roman Nîmes”, en Laurence, Ray y Joanne Berry, eds., *Cultural identity in the Roman Empire*, Londres y Nueva York, Routledge, 2001, 205p. (Classical Studies/Archaeology/Ancient History)

Hopkins, Keith, *Conquistadores y esclavos*, trad. de Marco Aurelio Galmorini, Barcelona, Península, 1981, 350 p. (Historia, Ciencia, Sociedad, 169)

-----, “La Romanización. Asimilación, cambio y resistencia”, en Alvar, Jaime y José María Blázquez, eds., *La Romanización en Occidente*, Madrid, Actas, 1996, 455 p.

-----, “Taxes and Trade in the Roman Empire (200 B.C.-A.D. 400)”, en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 70, 1980, p.101-125

-----, “On the Probable Age Structure of the Roman Population”, en *Population Studies*, Londres, vol.XX, núm. 2, 1966, p.245-264

-----, “Novel Evidence for Roman Slavery”, en *Past and Present*, Oxford, núm. 138, 1993, p.3-27

-----, “Movilidad de la elite en el Imperio romano”, en Finley, M.I., ed., *Estudios de Historia Antigua*, trad. de Ramón López, Madrid, Akal, 1981, 357 p. (Universitaria, 8)

Hus, Alain, *Los etruscos*, trad. de Joaquín Gutiérrez Heras, 5ª. eimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1996, 327 p. (Breviarios, 167)

Huskinson, Janet, “Elite culture and the identity of empire”, en Huskinson, Janet, ed., *Experiencing Rome. Culture, Identity and Power in the Roman Empire*, Londres, Routledge-The Open University, 2000, 378 p.

Jaczynowska, Marie, “Les organisations des iuvenes et l’aristocratie municipale au temps de l’Empire Romain”, en Nicolet, Claude, ed., *Recherches sur les structures sociales dans l’Antiquité classique. Caen 25-26 avril 1969*, Paris, Centre National de la recherche scientifique, 1970, 286 p.

Jenkins, Richard, *Social Identity*, 1ª reimp., Londres y Nueva York, Routledge, 1999, 206 p. (Sociology/Anthropology)

Johnson, Marguerite y Terry Ryan, *Sexuality in Greek and Roman Society and Literature. A Sourcebook*, Nueva York, Routledge, 2005, 244 p.

Jones, A.H.M., “El trasfondo social de la lucha entre cristianismo y paganismo”, en Momigliano, Arnaldo, ed., *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, trad. de Marta Hernández Iñiguez, pref. de Javier Arce, Madrid, Alianza Editorial, 1989, 251 p. (Alianza Universidad, 614)

-----, *The Greek City. From Alexander to Justinian*, Oxford, Oxford University Press, 1940, 396 p.

- , “El colonato romano”, en Finley, M.I., ed., *Estudios de Historia Antigua*, trad. de Ramón López, Madrid, Akal, 1981, 357 p. (Akal Universitaria, 8)
- Kennedy, George A., *A New History of Classical Rhetoric*, Princeton, Princeton University Press, 1994, 301 p. (Princeton Paperbacks)
- , *The Art of Rhetoric in the Roman World. 300 B.C.-A.D. 300*, Princeton, Princeton University Press, 1972, 658 p
- , *Greek Rhetoric under Christian Emperors*, Princeton, Princeton University Press, 1983, 333 p.
- Kolendo, J. “La formación del colonato en África”, en Annequin, J., M. Clavel-Lévêque y F. Favory, et.al. *Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad clásica*, trad. de Juan Colatrava Escobar, Madrid, Akal, 1979, 239 p. (Manifiesto, 82)
- Kunkel, Wolfgang, *Historia del Derecho Romano*, trad. de Juan Miquel, 1ª reimp., Barcelona, Ariel, 1989, 248 p. (Ariel Derecho)
- Kyle, Donald, *Spectacles of Death in Ancient Rome*, Londres y Nueva York, Routledge, 2001, 288 p.
- La transición del esclavismo al feudalismo*, pról. de Carlos Estepa, 2ª. ed., Madrid, Akal, 1981, 220 p. (Akal Universitaria, 9)
- Lambrechts, Pierre, *La composition du sénat romain de l’accession au trône d’Hadrien a la mort de Commode (117-192)*, Roma, “L’Erma” di Bretschneider, 1972, 234 p.
- Laurence, Ray y Joanne Berry, eds., *Cultural identity in the Roman Empire*, Londres y Nueva York, Routledge, 2001, 205 p. (Classical Studies/Archaeology/Ancient History)
- Lepelley, Claude, “The survival and fall of the classical city in Late Roman Africa”, en Rich, John, ed., *The City in Late Antiquity*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996, 204 p. (Leicester and Nottingham Studies in Ancient Society, 3)
- Liebeschuetz, J.H.W.G., *Continuity and Change in Roman Religion*, Oxford, Oxford University Press, 1979, 359 p.
- , *Decline and Fall of the Roman City*, Londres, Oxford University Press, 2001, 479 p.
- , “The end of the ancient city”, en Rich, John, ed., *The City in Late Antiquity*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996, 204 p. (Leicester and Nottingham Studies in Ancient Society, 3)
- Lomas, Kathryn y Tim Cornell, ‘*Bread and Circuses*’. *Euergetism and municipal patronage in Roman Italy*, Londres y Nueva York, Routledge, 2003, 170 p.
- López Eire, Antonio, *Semblanza de Libanio*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1996, 302 p. (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 42)
- López Salmonet, Francisco J., “Propaganda e ideología: Las imagen de la realeza en los panegíricos latinos”, en Candau Morón, José M., Fernando Gascó y Antonio Ramírez de Verger, eds., *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid, Coloquio, 1988, 241 p.
- Lot, Ferdinand, *El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media*, trad. de José Amorós Barra, México, UTEHA, 1956, 437 p. (La evolución de la humanidad, 47)
- Mac Mullen, Ramsay, *Changes in the Roman Empire. Essays in the Ordinary*, Princeton, Princeton University Press, 1990, 399 p.
- , “The Epigraphic Habit in the Roman Empire”, en *American Journal of Philology*, Baltimore, 1982, vol. 103, num.3, p.233-246
- Marrou, Henri-Irenee, *Historia de la educación en la Antigüedad*, 1ª reimp., trad. de Yago Barja de Quiroga, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, 541 p. (Sección de Obras de Educación y Pedagogía)

Martino, Francesco de, *Historia económica de la Roma antigua*, Madrid, Akal, 1985, 2v. (Akal Universitaria, 72, 73)

Michel, Alain, "Ordres et classes chez les historiens romains", en Nicolet, Claude, ed., *Recherches sur les structures sociales dans l'Antiquité classique. Caen 25-26 avril 1969*, Paris, Centre National de la recherche scientifique, 1970, 286 p.

Miles, Richard, "Communicating culture, identity and power", en Huskinson, Janet, ed., *Experiencing Rome. Culture, Identity and Power in the Roman Empire*, Londres, Routledge-The Open University, 2000, 378 p.

Millar, Fergus, *The Emperor in the Roman World*, Worcester y Londres, Duckworth, 1977, 656 p.

Mitchell, Richard E., *Patricians and Plebeians. The Origin of the Roman State*, Ítaca y Londres, Cornell University Press, 1990, 276 p.

Molina, José, "La herencia neoplatónica en occidente. Apuntes sobre la relación entre Jámblico y el cristianismo", en *Nova Tellus. Anuario del Centro de Estudios Clásicos*, México, 1998, núm. 16-2, p.79-143

Mollat, Michel, *Pobres, humildes y miserables en la Edad Media. Estudio social*, trad. de Carlota Valle, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, 299 p. (Sección de obras de Historia)

Momigliano, Arnaldo, ed., *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, trad. de Marta Hernández Iñiguez, pref. de Javier Arce, Madrid, Alianza Editorial, 1989, 251 p. (Alianza Universidad, 614)

-----, "Historiografía pagana e historiografía cristiana en el siglo IV D.C.", en *Estudios de historiografía antigua y moderna*, trad. de Stella Mastrangelo, 1ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1997, 330 p. (Sección de obras de Historia)

Morel, J-P., "L'artigiano", en Giardina, Andrea, ed., *L'uomo romano*, trad. de Paolo Russo, 9ª. reimp., Roma-Bari, Laterza, 1996, 419 p. (Economica Laterza, 13)

Morgan, Teresa, *Literate Education in the Hellenistic and Roman Worlds*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, 364 p. (Cambridge Classical Studies)

Morley, Neville, *Theories, Models and Concepts in Ancient History*, Londres y Nueva York, Routledge, 2004, 162 p.

Morris, Ian, *Burial and Ancient Society. The Rise of the Greek city-state*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, 262 p. (New Studies in Archaeology)

-----, *Death-ritual and Social Structure in Classical Antiquity*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, 264 p. (Key Themes in Ancient History)

-----, "The early polis as city and state", en Rich, John y Andrew Wallace-Hadrill, eds., *City and Country in the Ancient World*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, 305 p.

Mouritsen, Henrik, "Freedmen and Decurions: Epitaphs and Social History in Imperial Italy", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 95, 2005, p.38-63

Mrozek, Stanislas, "Le fonctionnement des fondations dans les provinces occidentales et l'économie de crédit à l'époque du Haut-Empire romain", en *Latomus. Revue d'études latines*, Bruselas, 2000, tomo 59, fascículo 2, abril-junio, p.327-345

Nicolet, Claude, ed., *Recherches sur les structures sociales dans l'Antiquité classique. Caen 25-26 avril 1969*, Paris, Centre National de la recherche scientifique, 1970, 286 p.

-----, "Cultura y sociedad en la historia romana", en Bergeron, Louis, ed., *Niveles de cultura y grupos sociales*, trad. de César Guinazú, México, Siglo XXI, 1987, 295 p.

Nock, A. D., *Conversion. The old and the new in religion from Alexander the Great to Augustine of Hippo*, Oxford, Oxford University Press, 1952, 308 p.

- Norris Cochrane, Charles, *Cristianismo y cultura clásica*, trad. de José Carner, 2ª reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 509 p. (Sección de Obras de Historia)
- Ogilvie, R.M., *Early Rome and the Etruscans*, 1ª. reimp., Glasgow, Fontana, 1979, 190 p. (Fontana History of Ancient World)
- Oliva, Pavel, *Esparta y sus problemas sociales*, trad. de Marina Picazo, Madrid, Akal, 1983, 343 p. (Akal Universitaria, 56)
- Osborne, Robin, "Pride and prejudice, sense and subsistence: exchange and society in the Greek city", en Rich, John y Andrew Wallace-Hadrill, eds., *City and Country in the Ancient World*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, 305 p.
- Owens, E.J., *The City in the Greek and Roman World*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992, 224 p.
- Parkin, Tim G. y Arthur J. Pomeroy, *Roman Social History. A Sourcebook*, Londres y Nueva York, Routledge, 2007, 388 p. (Routledge Sourcebooks for the Ancient World)
- Patlagean, Evelyne, "El pobre", en Cavallo, Guglielmo, ed., *El hombre bizantino*, trad. de Pedro Bádenas de la Peña, Madrid, Alianza Editorial, 1992, 352 p. (El hombre europeo)
- Pérez Jiménez, Aurelio, "El ideal del buen rey según Plutarco", en Candau Morón, José M., Fernando Gascó y Antonio Ramírez de Verger, eds., *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid, Editorial Coloquio, 1988, 241 p.
- Pflaum, H-G., "Titulature et rang social sous le Haut Empire", en Nicolet, Claude, ed., *Recherches sur les structures sociales dans l'Antiquité classique. Caen 25-26 avril 1969*, Paris, Centre National de la recherche scientifique, 1970, 286 p.
- Pippidi, D.M., ed., *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien. Travaux du VIe Congrès International d'Etudes Classiques*, Bucarest, Editura Academiei-Société d'Édition 'Les Belles Lettres', 1976, 549 p.
- Potter, T.W., *Roman Britain*, 2ª. ed., Londres, British Museum Press, 1997, 96 p.
- Ramos Jurado, E.A., "Mito y religión en la filosofía griega a fines del mundo antiguo", en Calvo Martínez, José Luis, ed., *Religión, Magia y Mitología en la Antigüedad clásica*, Granada, Universidad de Granada, 1998, 352 p. (Biblioteca de Estudios Clásicos, 8)
- Redondo, Emilio, "La educación romana", en Redondo, Emilio, coord., *Introducción a la historia de la educación*, Barcelona, Ariel, 2001, 519 p. (Ariel Educación)
- y Javier Laspalas, "La paideia griega", en Redondo, Emilio, coord., *Introducción a la historia de la educación*, Barcelona, Ariel, 2001, 519 p. (Ariel Educación)
- Remondon, Roger, *La crisis del imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio*, 2ª.ed., trad. de Carmen Alcalde y María Rosa Prats, Barcelona, Labor, 1973, 310 p. (Nueva Clío. La historia y sus problemas)
- Rich, John, ed., *The City in Late Antiquity*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996, 204 p. (Leicester and Nottingham Studies in Ancient Society, 3)
- y Andrew Wallace-Hadrill, eds., *City and Country in the Ancient World*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, 305 p. (Leicester and Nottingham Studies in Ancient Society, 2)
- Richard, Jean-Claude, *Les origines de la plèbe romaine. Essai sur la formation du dualisme patricio-plébéien*, Roma, École Française de Rome, 1978, p. (Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome)
- Rist, J.M., *Plotinus. The Road to Reality*. Cambridge, Cambridge University Press, 1977, 280 p.
- Robert, Jean-Nöel, *De Roma a China. Por la ruta de la seda en la Roma antigua*, trad. de Marta Moreno, Barcelona, Herder, 1996, 333 p.

Robinson, O.F., *Ancient Rome. City Planning and Administration*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, 256 p. (Law/History/Classics)

Ross, Eric. B., "An Overview of Trends in Dietary Variation from Hunter-Gatherer to Modern Capitalist Societies", en Marvin Harris y Eric. B. Ross, eds., *Food and Evolution. Toward a Theory of Human Food Habits*, Philadelphia, Temple University Press, 1987, 633

Rossiter, Jeremy, "Convivium and Villa in Late Antiquity", en Slater, William J. ed., *Dining in a Classical Context*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1991, 217 p.

Rostovtzeff, Mijail, *Historia social y económica del Imperio Romano*, trad. de Luis López Ballesteros, Madrid, Espasa-Calpe, 1998, 2v. (Austral)

-----, *Roma. De los orígenes a la última crisis*, trad. de Tula Núñez de la Torre, 7ª ed, Buenos Aires, EUDEBA, 1993, 291 p.

Rousselle, Aline, *Porneia. Del dominio del cuerpo a la privación sensorial. Del siglo II al siglo IV de la era cristiana*, trad. de Jorge Vigil, Barcelona, Península, 1989, 235 p. (Historia/Ciencia/Sociedad, 217)

Rudé, George, "Los movimientos de masas en la Europa preindustrial", en *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, trad. de Alejandro Pérez, Barcelona, Ariel, 1978, 310 p. (Ariel Historia)

Saller, Richard P. y Brent D. Shaw, "Tombstones and Roman Family Relations in the Principate: Civilians, Soldiers and Slaves", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 74, 1984, p.124-156

Salles, Catherine, *Los bajos fondos de la Antigüedad*, trad. de César Ayra, Buenos Aires, Juan Granica Ediciones, 1983, 319 p. (Las historias de la historia)

-----, *Lire à Rome*, Paris, Société d'édition Les Belles Lettres, 1992, 307 p. (Realia)

Scheidel, Walter, "Roman Age Structure: Evidence and Models", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 91, 2001, p.1-27

-----, "Human Mobility in Roman Italy, I: The Free Population", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 94, 2004, p.1-26

-----, "Human Mobility in Roman Italy, II: The Slave Population", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol.95, 2005, p.64-79

Shatzman, Israël, *Senatorial Wealth and Roman Politics*, Bruselas, Latomus, 1975, 512 p. (Collection Latomus, 142)

Shaw, Brent D., "Seasons of Death: Aspects of Mortality in Imperial Rome", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 86, 1996, p.100-138

-----, "The Age of Roman Girls at Marriage: Some Reconsiderations", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 76, 1987, p.30-46

-----, "Bandits in the Roman Empire", en *Past and Present*, Oxford, núm. 105, 1984, p.3-52

-----, "Il bandito", en Giardina, Andrea, ed., *L'uomo romano*, trad. de Paolo Russo, 9ª. reimp., Roma-Bari, Laterza, 1996, 419 p. (Economica Laterza, 13)

Sherwin-White, A.N, *The Roman Citizenship*, 2ª ed, Oxford, Oxford University Press, 1973, 486 p.

Shotter, David, *Roman Britain*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998, 98 p. (Lancaster Pamphlets)

Simelon, Paul, "Tot acerba funera!", en *Latomus. Revue d'études latines*, Bruselas, 2003, tomo 62, fascículo 3, julio-septiembre,

Sirks, A.J.B., "The colonate in Justinian's Reign", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, 2008, vol. 98, p.120-143

- Slater, William J. ed., *Dining in a Classical Context*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1991, 217 p.
- Sordi, Marta, *Los cristianos y el Imperio romano*, trad. de Amanda Rodríguez Fierro, Madrid, Ediciones Encuentro, 1988, 189 p. (Ensayos, 49)
- Southern, Pat, *Augustus*, Londres y Nueva York, Routledge, 2001, 271 p.
- Staerman, E.M., “La caída del regimen esclavista”, en *La transición del esclavismo al feudalismo*, pról. de Carlos Estepa, 2ª. ed., Madrid, Akal, 1981, 220 p. (Akal Universitaria, 9)
- Ste Croix, G.E.M. de, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 1988, 851 p. (Crítica Arqueología)
- Storoni Mazzolani, Lidia, *The idea of the city in Roman thought. From walled city to spiritual commonwealth*, trad. de S.O. Donell, Bloomington y Londres, Indiana, University Press, 1970, 288 p.
- Syme, Ronald, *La revolución romana*, trad. de Antonio Blanco Freijeiro, Madrid, Taurus, 1989, 722 p. (Taurus Humanidades)
- Taylor, Lily Ross, *Party Politics in the Age of Caesar*, Los Ángeles, University of California Press, 1971, 255 p.
- Thébert, Yvon, “Vida privada y arquitectura doméstica en el África romana”, en Ariès, Phillippe y Georges Duby, dir., *Historia de la vida privada*, trad. de Francisco Pérez Gutiérrez, 6ª. reimp., Madrid, Taurus, 1989, 5v.
- , “Lo schiavo”, en Giardina, Andrea, ed., *L'uomo romano*, trad. de Paolo Russo, 9ª. reimp., Roma-Bari, Laterza, 1996, 419 p. (Economica Laterza, 13)
- Thompson, E.A. *Romans and Barbarians. The Decline of the Western Empire*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1982, 329 p. (Wisconsin Studies in Classics)
- , “Revueles campesinas en la Galia e Hispania tardorromana”, en Finley, M.I., ed., *Estudios de Historia Antigua*, trad. de Ramón López, Madrid, Akal, 1981, 357 p. (Akal Universitaria, 8)
- Van Nijf, Onno M., *The civic world of professional associations in the Roman East*, Amsterdam, J.C. Gieben Publisher, 314 p. (Dutch monographs on ancient history and archaeology, 17)
- Vernant, Jean-Pierre, *Entre mito y política*, trad. de Hugo Francisco Bauzá, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 287 p. (Sección de obras de Historia)
- , *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, trad. de Juan Diego López Bonillo, 5ª reimp., Barcelona, Ariel, 2007, 384 p. (Ariel Filosofía)
- Veyne, Paul, *La vita privata nell'Impero romano*, trad. de María Garin, 2ª. ed., Roma y Bari, Laterza, 2006, 236 p. (Economica Laterza, 187)
- , *Le pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*, París, Editions du Seuil, 1976, 800 p.
- , *Séneca y el estoicismo*, trad. de Mónica Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, 268 p. (Sección de Obras de Filosofía)
- , “Vita di Trimalcione”, en *La società romana*, trad. di Carlo Di Nonno, 3ª reimp., Roma, Laterza, 2004, 262 p. (Economica Laterza, 66)
- Walbank, F.W., *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente*, trad. de Doris Rolfe, 5ª. reimp., Madrid, Alianza Editorial, 1996, 159 p. (Alianza Universidad, 209)
- Wacher, John, *The Towns of Roman Britain*, 2ª. ed., Londres y Nueva York, Routledge, 1997, 480 p.

Wallace-Hadrill, Andrew, "Emperors and Houses in Rome", en Dixon, Suzanne, ed., *Childhood, Class and Kin in the Roman World*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, 282 p.

-----, "The Emperor and His Virtues", en *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, Wiesbaden, 1981, vol.30, núm. 3, p.304-317.

-----, "Civilis Princeps: Between Citizen and King", en *The Journal of Roman Studies* Londres, 1982, vol.72, p.32-48

Ward-Perkins, Bryan, *La caída de Roma y el fin de la civilización*, trad. de Manuel Cuesta y David Fernández de la Fuente, Madrid, Espasa-Calpe, 2007, 301 p.

Weaver, P.R.C., "Movilidad social en el Alto Imperio Romano: la evidencia de los libertos imperiales y los esclavos", en Finley, M.I., ed., *Estudios de Historia Antigua*, trad. de Ramón López, Madrid, Akal, 1981, 357 p. (Akal Universitaria, 8)

Weber, Max, *Economía y sociedad. Teoría de la organización social*. trad. de José Medina Echavarría, México, Fondo de Cultura Económica 1997, 2v. (Sección de Obras de Sociología)

-----, "La decadencia de la cultura antigua. Sus causas sociales", en *La transición del esclavismo al feudalismo*, pról. de Carlos Estepa, 2ª. ed., Madrid, Akal, 1981, 220 p. (Akal Universitaria, 9)

Whittaker, C.R., "Agri Deserti", en Finley, M.I., ed., ed., *Studies in Roman Property*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007, 212 p. (Cambridge Classical Studies)

-----, "Il povero", en Giardina, Andrea, ed., *L'uomo romano*, trad. de Paolo Russo, 9ª. reimpr., Roma-Bari, Laterza, 1996, 419 p. (Economica Laterza, 13)

Wilson, Andrew, "Machines, Power and the Ancient Economy", en *The Journal of Roman Studies*, Londres, vol. 92, 2002,

Wood, Ellen Meiksins y Neal Wood, *Class Ideology and Ancient Political Theory. Socrates, Plato, and Aristotle in Social Context*, Oxford, Basil Blackwell, 1978, 275 p. (Blackwell's Classical Studies)

Yavetz, Zvi, "Fluctuations monétaires et condition de la plèbe a la fin de la république", en Nicolet, Claude, ed., *Recherches sur les structures sociales dans l'Antiquité classique. Caen 25-26 avril 1969*, Paris, Centre National de la recherche scientifique, 1970, 286 p.

-----, "The urban plebs in the days of the Flavians, Nerva and Trajan", en Reverdin, Olivier y Bernard Grange. eds, *Opposition et résistances a l'Empire d'Auguste a Trajan*, Ginebra, Fondation Hardt, 1987, 401 p. (Entretiens sur l'Antiquité classique, 33)